



El conde Garci-Fernández

Novela histórica del siglo X

Vicente Blasco Ibáñez



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA

REGIDORIA DE PATRIMONI I RECURSOS CULTURALS

© De esta edición: Ajuntament de València.
Regidoria de Patrimoni i Recursos Culturals
© De la Introducció: Emilio Sales (Casa Museo Blasco Ibáñez)
ISBN: 978-84-9089-389-0

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	4
El Conde Garcí-Fernández.....	7
Capítulo primero. Un trovador sospechoso.....	8
Capítulo II. De un tiro, dos pájaros.....	18
Capítulo III. Un santo de la Edad Media.....	23
Capítulo IV. Palabras y sucesos.....	28
Capítulo V. Lo que puede verse y oírse a través de un agujero...	35
Capítulo VI. Continuación del anterior.....	43
Capítulo VII. El conde soberano.....	56
Capítulo VIII. Escena nocturna.....	60
Capítulo IX. El horóscopo.....	68
Capítulo X. Una entrevista importante.....	78
Capítulo XI. El encuentro.....	92
Capítulo XII. Un medio supremo.....	102
Capítulo XIII. Tocando el cielo.....	112
Capítulo XIV. En el cielo.....	122
Capítulo XV. Seis años después.....	126
Capítulo XVI. Lotario.....	134
Capítulo XVII. Un corazón de mujer visto por dentro.....	141
Capítulo XVIII. En la boca del lobo.....	147
Capítulo XIX. Otro presentimiento de don Sancho.....	153
Capítulo XX. Ir por lana.....	160
Capítulo XXI. En el que se ve lo que el conde soberano hizo al saber la fuga de su esposa.....	167
Capítulo XXII. Un nuevo personaje.....	174
Capítulo XXIII. El barranco de las Brujas.....	184
Capítulo XXIV. La venganza del conde.....	193
Capítulo XXV. Donde se continúa el anterior.....	198
Epílogo.....	205

INTRODUCCIÓN

La seducción de los motivos históricos capitalizó en buena parte las primeras creaciones literarias de Vicente Blasco Ibáñez. Como consecuencia de sus lecturas juveniles, entre las que figuraban las novelas de Walter Scott, y de su sintonía con el movimiento valencianista impulsado por Llombart y Llorente desde *Lo Rat Penat*, Blasco buscó inspiración en la Edad Media, dando entrada en sus relatos a las disputas militares y los amores de cristianos y musulmanes, localizadas fundamentalmente en una Valencia recreada con trazos tópicos. Entre esas coordenadas básicas se desarrollaron los argumentos reunidos en el volumen *Fantasías (tradiciones y leyendas)*, que el joven escritor publicó en la Biblioteca de *El Correo de Valencia*, en 1887. Precisamente, ese mismo año y en idéntica colección iba a aparecer también *El conde Garcí-Fernández. Novela histórica del siglo X*. Esto es, desde su mismo título el autor informaba del sesgo genérico en que incardinaba su obra: el de la novela histórica, al estilo de un romanticismo que por aquel entonces ya había entrado en franco declive, si bien sobrevivía en su ramificación folletinesca.

Precisamente, en esta última dirección es en la que se orienta el relato aquí reproducido. Recuérdese que, solo cuatro años antes de dar curso a *El conde Garcí-Fernández*, Blasco se escapó a Madrid, donde ofició como amanuense de su admirado Fernández y González, e incluso pudo dar rienda suelta a su inventiva participando de forma directa en el proceso creativo. Que estaba familiarizado con la literatura de folletín es una realidad que pondría de manifiesto en otros libros posteriores, y que ahora permite contextualizar la peripecia novelesca del héroe castellano, al que eligió para urdir una trama ambientada en Burgos y sus alrededores, en la cual debe destacarse, de inicio, el componente legendario de la traslación histórica.

Dicho de otro modo. La novela se articula en torno a una línea principal muy simple, protagonizada por Garcí-Fernández, en paralelo a la cual fluyen aquellas lideradas por don Juan de Sepúlveda y Sancho de Antolínez. Si bien el narrador insiste en el contexto épico del argumento, es, en cambio, el motivo sentimental el que genera sus episodios más relevantes. Entonces nos encontramos con situaciones típicas como el influjo de las discordias entre familias, la insatisfacción vital a causa de una aspiración indefinible (en clave becqueriana), los enamoramientos repentinos, el adulterio y la venganza en aras de los imperativos del honor. En general, el predicamento de estos materiales, de clara raigambre romántica, viene a

eclipsar el posible interés del autor por contrastar el mismo valor histórico de los personajes o de los sucesos narrados. Y eso que, fiel a los usos de la tradición novelesca en que se inspira, Blasco intentará demostrar que apoya su discurso en unas fuentes historiográficas directas. En este caso su sostén documental lo encontró en el padre Mariana, al que citó a punto de terminar su relato. A la postre, esta elección resultaría decisiva a la hora de entender las discordancias entre la existencia del Garci-Fernández novelesco y la historia verídica del conde castellano, divergencias de las que, por otra parte, no fue responsable Blasco Ibáñez.

Ya ha sido señalado que, a diferencia de «mayoría de las épicas medievales españolas, la historia del conde Garci Fernández y su esposa es verdaderamente novelesca». Entre los textos medievales que acentuaron dicho perfil, se ha destacado la *Primera Crónica General* alfonsí, donde se enriqueció la versión novelizada ofrecida por la *Crónica Najerense*, «incluyendo que el conde castellano se casó dos veces con francesas. Acaba matando a una, Argentina, por cuestión de honra, y la segunda, Sancha, le traiciona»¹. Las referencias de Mariana a la leyenda se insertaban, pues, en una tradición a la que también acudieron, por ejemplo, dramaturgos como Zorrilla, en *El eco del torrente* (1842), aderezándola con una escenografía de pasadizos secretos y cavernas, y con juegos de identidades equivocadas. Ambientes y estrategias características del teatro y la novela histórica románticos en España, que también harían acto de presencia en el texto de Blasco Ibáñez reafirmando el entronque de la ficción con dicho movimiento².

Es más. En esta novela los motivos de raigambre romántica no solo se consumirán en aspectos referidos como las conductas impulsivas, las venganzas, el empleo del disfraz para encubrir la auténtica identidad o la aparición de personajes, como Clodovea, con extraños poderes mágicos que permiten vaticinar con exactitud el futuro. Sobre todo, ese poso de épocas pasadas, que delata además cierta impericia en el autor, adquiere especial relieve en aspectos como la composición, el estilo y la implicación directa del narrador. Sin rubor alguno, este se hace presente mediante expresiones casi formulísticas del tipo «hemos visto», «hemos dicho», a través de las cuales

¹ Marjorie Ratcliffe, «Ambición y maternidad: la leyenda de la condesa traidora en el teatro épico-histórico de los siglos XVIII y XIX», en *Nuevos caminos del hispanismo. Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (París, del 9 al 13 de julio de 2007)*, coord. de P. Civil y F. Crémoux, Iberoamericana, 2010.

² Ana Luisa Baquero Escudero, «Las novelas históricas olvidadas de Blasco Ibáñez», *Anales de Literatura Española*, 20 (2008), pp. 75-103.

pretende guiar al lector, estableciendo de continuo vínculos con situaciones ya contadas. Es un narrador que incorpora algunas digresiones, a modo de contextualización, sobre usos y costumbres medievales; que opina sobre la forma más conveniente de presentar a sus personajes o que aclara cuándo hace elisión de determinadas informaciones por considerarlas innecesarias. Del mismo modo, al tratar de alternar la peripecia de personajes distintos, se siente obligado a retraerse en el tiempo y en el espacio («Hemos dejado a...») para garantizar la continuidad del discurso. Fórmulas propias de la literatura de folletín que acaso Blasco utilizaba en exceso, a la vez que abusaba del párrafo breve, tendía a anteponer el adjetivo y, posiblemente llevado por las prisas, repetía construcciones sintácticas, mientras sus personajes quedaban en silencio, pausando una y otra vez unos diálogos a los que les faltaba naturalidad. Prácticas, en todo caso, que ilustran sobre el punto de partida de un escritor todavía en proceso de formación, que años después se desprendería de los ropajes librescos, acarreados del romanticismo peninsular, para ceder el protagonismo a la observación directa de esa realidad más próxima e inmediata de la cual es posible rescatar infinitas situaciones interesantes y el buen novelista puede describir, analizar e incluso trascender.

La edición

Se reproduce el texto de *El conde Garcí-Fernández*, a partir de su primera edición de 1887 (Valencia, Biblioteca de *El Correo de Valencia*), cotejada en casos puntuales con aquella de editorial Cosmópolis (Madrid, 1928) y la de las Obras Completas de Aguilar (Madrid, 1978, t. IV). Apenas se han realizado cambios significativos sobre las fuentes transcritas, limitándose la tarea de edición a regularizar la acentuación, según los usos normativos actuales de la RAE, o a resolver algunos pocos casos que podían resultar conflictivos, en cuanto a la puntuación del original.

El conde Garcí-Fernández
Novela histórica del siglo X

Capítulo primero

Un trovador sospechoso

EN una tarde de invierno del año 970 de la era cristiana, o sea en la época que Castilla estaba bajo la dominación del conde soberano don Garcí-Fernández, hijo del tan renombrado Fernán González; al mismo tiempo que el sol, entre celajes rojos y dorados, se hundía tras la alta cordillera de montañas que a algunas leguas de distancia circunda la ciudad de Burgos, un joven apuesto y de marcial aspecto marchaba, apoyado en un nudoso palo, por el camino que a la citada población conducía, apresurando el paso para encontrar alguna vivienda en que guarecerse, pues la noche iba avanzando y la capital castellana se encontraba aún a algunas leguas de distancia.

El joven, como antes hemos dicho, tenía un agradable aspecto.

Su moreno rostro, sus negros ojos, la naciente barba y la luenga y rizada melena que bajo su birrete se escapaba para descansar sobre los hombros, formaban en conjunto un rostro de belleza varonil realizado por cierta majestad impropia del humilde traje que vestía.

Componíase este de unas calzas azules, unos borceguíes de cordobán, un sayo de burdo paño y un birrete de piel de forma cónica adornado con una pluma de gallo.

Este traje se completaba con una dorada tiorba que pendía del cinto del joven, junto con un ancho cuchillo de montería.

Este último detalle demostraba la posición y categoría del joven, pues a voces decía que era un pobre juglar de los que en aquella época iban de aldea en aldea y de castillo en castillo, relatando al son de sus instrumentos las tremebundas aventuras de algún esforzado paladín o cantando laudatorias trovas a las damas hermosas.

Había momentos en que, contemplando aquellos ojos fieros y avasalladores, se comprendía que el joven no podía ser uno de los miserables hijos de las musas que se albergaban en los castillos junto con los perros, o se sustentaban con los restos de los festines, y se llegaba a adquirir la sospecha de que el juglar debía ser algún noble caballero disfrazado para llevar a cabo secretas hazañas; pero cuando se contemplaba su calzado algo roto y sus calzas agujereadas por más de una parte, se desvanecía toda sospecha y el mancebo volvía a aparecer tal como era; es decir, como un miserable trovador.

Como la noche veníase rápidamente, el cantor avivaba su paso, y con escrutadores ojos miraba a ambos lados del camino, esperando ver aparecer una vivienda, a cuyo hospitalario techo guarecerse.

Pero el deseo del joven no se cumplía.

A los costados del camino, que tan pronto se extendía en hondo desfiladero entre las montañas como se enroscaba por las faldas de estas hasta llegar a las cumbres para después bajar a los hondos valles, solo se veían escuetas peñas y pequeños bosques de un verde oscuro, que a aquellas horas, y envueltos en la semiluz del crepúsculo nocturno, semejaban gigantescos dragones que, tendidos sobre las asperezas del monte, aguardaban perezosos el paso de algún viajero para devorarlo.

El juglar comenzaba a inquietarse por aquella soledad, tanto más cuanto que el frío de la estación no permitía el dormir bajo los árboles.

Presa de alguna zozobra, subía las cuestas del camino con rápido paso y las bajaba corriendo, y de este modo fue avanzando hasta que la noche cerró por completo y el horizonte del camino se borró en la obscura niebla junto con todo el paisaje.

Entonces el joven se detuvo y murmuró:

—¡Vive Dios!, que mi situación es magnífica. La obscuridad no me permite el verme los dedos de la mano, y no sé si por estos alrededores existe otro ser que algún lobo. No sé qué hacer. Mal sitio es este para pernoctar; sigamos adelante. Más allá creo que el camino desemboca en un valle. Caminaré un poco más y veremos si desde allí veo algo que me indique un techo bajo el cual descansar.

Y el trovador emprendió otra vez su marcha, andando casi a ciegas, pues aunque la noche no era tempestuosa, como faltaban aún algunas horas para que saliese la luna, la obscuridad era completa.

El joven siguió su camino de tal modo, hasta que por fin llegó a un sitio en que, por las evoluciones del camino, comprendió que era el que antes en su monólogo había citado.

Con su mirada procuró penetrar en aquel ancho espacio, lleno de tinieblas, que ante él se extendía; pero por más esfuerzos que hizo nada vio.

Ni una luz que delatase una vivienda, ni otro ruido que el del viento al mecer los altos árboles de los bosques.

El juglar comenzó a desalentarse. Tenía ante sí en perspectiva una noche a la intemperie, y para complemento de su triste situación, sentía mucha hambre en el estómago y mucho frío en el cuerpo.

El joven comenzó a desesperarse.

—No hay otro remedio —murmuró—. Tendré que pasar la noche a la intemperie y dormir sobre las peñas. Duro es esto para aquel que ha pasado toda su vida bajo dorados artesanados y que ha dormido siempre sobre almohadones de pluma.

Pero en el mismo instante que así decía, en la cumbre de una pequeña montaña, a la mitad de la cual se extendía el camino, surgió una pequeña llama que comenzó a oscilar a impulsos del viento.

—¡Una hoguera! —se dijo el joven—. Eso parece indicar que allá arriba hay una casa, o, por lo menos, gente que tendrá algo que cenar. Allí me llaman.

Y diciendo esto, el joven empezó a trepar por las peñas, siempre en dirección a la hoguera, que cada vez iba creciendo.

Mientras subía, a la vacilante luz de la llama, pudo distinguir el indeciso contorno de un pequeño edificio, y alrededor de aquella tres sombras negras que se agitaban.

El trovador siguió subiendo monte arriba hasta que llegó al punto adonde se dirigía, y saltando un enorme pedrusco, cayó en una pequeña plazoleta, en el centro de la cual se levantaba una hoguera.

Al caer, de una rápida ojeada abarcó el aspecto de aquel lugar.

En el fondo de la plazoleta levantábase un mezquino edificio, que, a juzgar por el esquilón que pendía del remate de la fachada y de la cruz que alzaba ante su puerta, era una ermita.

Junto al fuego veíanse tres hombres.

Uno de ellos vestía un burdo sayal, y era el ermitaño, aunque su barbudo rostro y su torva mirada le daban más el aspecto de un bandido.

Los otros dos vestían el traje propio de los guerreros de la montaña.

Sus sayos y sus birretes eran de cuero, calzaban abarcas, cuyas correas, entrelazándose, subían hasta lo más alto de las piernas cubiertas de calzas de lana, y en la cintura llevaban cortas espadas que, junto con las venableras y grandes ballestas que en el suelo se veían, formaban su atalaje guerrero.

Entre los dos ballesteros existía una gran diferencia física.

El uno era un mocetón burdo y desgredado, respirando brutalidad y fuerza por todas partes de su cuerpo, y a quien nadie podía creer otra cosa que lo que representaba ser, un balletero tan apto para alistarse a sueldo bajo las banderas de algún señor feudal como para desvalijar viajeros en un camino.

El otro era, en cambio, un gentil mancebo, de rizada barba y noble rostro, cuyo cuerpo parecía a primera vista que no podía amoldarse al grosero vestido que lo cubría.

La distinción de sus modales y la nobleza de su talante, delataban al momento al hombre disfrazado.

Los dos ballesteros notaron la llegada de aquel importuno, y el más joven de ambos, al verle, no pudo reprimir un gesto de desagrado que no pasó desapercibido para el juglar.

Además de esto, levantándose, tomaron sus ballestas como para defenderse de aquel hombre que tan de repente se aparecía en un país que, por sus quebraduras, tan favorable parecía para las gavillas de bandoleros.

—No hay que moverse, señores —gritó el joven trovador al ver la actitud de los ballesteros—. Vengo solo y no creo que un pobre mancebo que no lleva otras armas que un puñal pueda causaros mucho miedo.

Al oír esto, tanto los monteros como el ermitaño, que también se había puesto a la defensiva, tornaron a sentarse junto al fuego, haciendo antes uno de ellos una seña al juglar para que se acercase.

—Dios guarde a los buenos ballesteros —dijo llegando hasta junto a la hoguera.

—Que él te dé prosperidad —contestó el más joven de los monteros—. ¿Podremos saber qué te trae por aquí?

—¿Sois vos el dueño de esta ermita?

—Nada te importa. Contesta antes a mi pregunta.

—Mal genio tenéis, señor balletero; pero, en fin, cada cual obra según su carácter, y vos, por la cuenta, lo debéis temer soberanamente endiablado; mas voy a satisfaceros contestando a vuestra pregunta. Soy un pobre trovador, como ya habréis conocido por mi mísero atalaje. Esta mañana salí de una posada situada a algunas leguas de aquí, y desde entonces que con cortos intervalos de descanso voy caminando, hasta que al venirse encima la noche y ver desde el valle la luz de esta hoguera, he determinado subir hasta aquí para que me deis hospitalidad.

—Quédate aquí si te place. Si tienes frío, caliéntate, y si quieres cenar, pronto nos ayudarás a despachar una succulenta pierna de venado que se está asando allí.

El juglar miró a la hoguera, y vio, efectivamente, un gran trozo de carne que, sostenido por un asador, se dejaba dorar por las llamas.

Tras estas palabras reinó el más completo silencio.

El trovador sentose en una piedra y extendió sus manos algo ateridas a las llamas en busca de calor, y en esta posición permaneció inmóvil.

Sin embargo, con el rabillo del ojo espiaba a aquellos tres hombres, el más joven de los cuales le contemplaba con imperturbable fijeza.

—¿Qué diablos mirará ese mozuelo? —se decía para su sayo el juglar—. Me tiene algo inquieto su contemplación.

Por algún tiempo permanecieron mudos los cuatro hombres en tal situación, hasta que, por fin, el más joven de los ballesteros rompió el silencio diciendo:

—¿Sabes, juglar, que tienes unas manos que, por lo finas y blancas, no son propias de hombre que pasa la vida vagando por el mundo?

—Una pregunta casi igual —contestó el aludido— pudiera haceros yo, pues ni vuestro rostro ni vuestra figura es propia de un hombre que, sin cesar, recorre llanos y salva montes para encontrar su existencia en la caza de los venados.

—Ten cuidado con lo que dices, porque hay cosas que no conviene nombrarlas.

—Lo mismo pudiera yo decir.

—¿Es eso una amenaza? —dijo el balletero poniéndose en pie y echando mano a la empuñadura de su corta espada.

—Tomadlo como gustéis; pero os advierto que, como ni a vos ni a nadie reconozco por superior, creo tener derecho a decir a los demás lo mismo que me dicen.

Y el juglar, al decir esto, también se había levantado y oprimía la empuñadura de su cuchillo.

El balletero le abarcó de una mirada centelleante; fue a sacar la espada y a arrojarse sobre él, pero de pronto se serenó, y volviendo a ocupar el pedrusco que le servía de asiento, dijo al juglar:

—Siéntate, mancebo. No ha podido menos de agradarme tu actitud, tanto más cuanto que reconozco que he obrado altaneramente contigo.

Y luego, murmurando, continuó:

—Son hábitos de grandeza que todavía me quedan. Es verdaderamente triste creerse señor cuando no se es más que un pobre balletero.

El juglar volvió a sentarse y el silencio a restablecerse entre los cuatro hombres, si bien aquel se encargó de romperlo, diciendo:

—Pensativo estáis, señor balletero, y hacéis mal en ello. Imitadme a mí, que hasta en los momentos que me siento agobiado por las penas, río como un loco.

—Eres todavía muy joven y de humilde esfera para sufrir los reveses del mundo.

—Pues yo no veo que vos os diferenciéis de mí en edad y posición.

—¿Qué sabes tú? Aunque de cuerpo joven, la desgracia me ha hecho viejo; y en cuanto a la posición nada hablemos, pues nadie puede saber lo que ayer fue un hombre y lo que será mañana.

—Esto me afirma más en mi ciencia (y perdonad la franqueza) de que sois un hombre disfrazado con tan humilde traje.

—Tal vez no vayas descaminado en tus suposiciones, y por lo que pueda convenirte en lo futuro, te daré un consejo: nunca vivas junto a los soberanos. Estos son como los altos árboles, que, chupando todas las substancias del suelo, matan a las pobres plantas que crecen a su alrededor.

—No está mal tu imagen. Pero soberanos conozco yo que hasta su sangre darían por mantener a los que a su lado se agrupan.

—¡Bah! Eso son vanas palabras. De seguro que entre los tales no estaría Fernán González, el difundo conde de Castilla.

—¿Fue él quien causó tu desgracia?

—Sí, él. Pero ¿qué te importa a ti esto? ¿Qué puedes tú hacer para remediar lo que ya es un hecho?

—Yo te juro que los condes de Castilla son buenos, y que si alguna vez se equivocan, procuran al punto remediar sus desaciertos.

—Otra vez vanas palabras. ¿Quién había de devolverme lo que he perdido? ¿El hijo de mi enemigo? ¿El actual conde soberano? ¡Bah! Garcí-Fernández es un mozuelo inexperto que a estas horas estará entregado a los placeres de su corte, y que nada sabe de lo que pasa en sus dominios.

—Don García Fernández vela por sus súbditos más de lo que creéis.

Y al decir esto, el juglar extendió su mano con ademán solemne.

—Veo que eres un loco. ¿Qué sabes tú, que andas errante, lo que hace el nuevo conde? Hablas simplemente por hablar. Sin duda que no eres lo que pareces. Tienes poco aspecto de cantor errante, pero todo lo más que podrás ser es un pajecillo escapado del castillo de sus señores para correr el mundo.

—Tal vez tengáis razón.

Después de tales palabras, los dos iban a abismarse en el mutismo, cuando el balletero más viejo dijo:

—La cena me parece que ya está lista.

Y luego, dirigiéndose a su compañero, dijo:

—¿La sacamos ya, señor?

—Haz lo que quieras, Fortún.

—¡Hola! —se dijo el trovador—. Ya va apareciendo algo. De sus palabras se desprende que son señor y criado.

El ballestero de aspecto zafio, acompañado del ermitaño, sacó entonces del fuego la pierna de venado, y vinieron a depositarla sobre un pedrusco que hacía las veces de mesa.

Los cuatro hombres sacaron sus correspondientes cuchillos y comenzaron a partir pedazos de carne, que engulleron remojándolos con sendos vasos de vino.

Durante algún tiempo no se escuchó más que el chocar de las mandíbulas y el roer de los huesos; pero una vez que el hambre que los cuatro sentían se fue satisfaciendo, y que el contenido de una pequeña ánfora, que con anterioridad había sacado el ermitaño, se hubo trasegado desde aquella a sus estómagos, cesó el ruido propio de una cena y se entabló una animada conversación entre el joven ballestero y el juglar, conversación a la que, como nuevos oyentes, asistieron, igual que antes, el ermitaño y el otro ballestero.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el montero joven.

—Yo me llamo Ruy, y en cuanto a mi linaje no me preguntéis nada, pues he procurado olvidarlo por algún tiempo. ¿Y vos?

—No tengo nombre. Los proscritos deben perderlo todo, hasta el linaje.

—Estáis muy triste.

—Es el estado de ánimo más propio de los favoritos de la desgracia. Pero supuesto que me hablas de mi tristeza, voy a pedirte un remedio para ella que llevas contigo.

—Hablad, que mi mayor gusto será corresponder a la merced que me habéis otorgado dándome abrigo y cena.

El ballestero miró entonces al ceñidor del joven y fijó su vista en la pequeña tiorba que de él colgaba.

Al ver esto, el trovador le dijo:

—Comprendo lo que queréis, señor ballestero. Os gusta el instrumento, y lo comprendo, porque es una magnífica tiorba, y tal vez no encontréis otra en el mundo que se le iguale. Siento no poder regalárosla, pues es uno de esos objetos que se aprecian con toda el alma, por los recuerdos que inspiran.

—No quiero que me la deis. Prestádmela por una noche, y os quedaré muy agradecido.

—Duro es para mí lo que pedís; pero, al fin, no tengo ningún inconveniente en dejárosla siempre que me juréis devolvérmela por vuestra palabra de caballero.

—De balletero, dirás. Los que como yo son unos villanos, no pueden usar de los privilegios de los nobles.

—¡Bah! Haced lo que os digo; es un capricho mío. Jurad como caballero, pues me parece que vos sois tan villano como yo.

—Como gustes, pues. Juro devolverte tu tiorba mañana al amanecer.

—Pues tomadla, y solo os encargo que la cuidéis como si fuera una amada.

Ruy (pues así había dicho el joven que se llamaba) descolgó de su ceñidor el brillante instrumento, que entregó al balletero.

Entonces este dirigióse a su acompañante, que parecía ocupado solamente en seguir con la vista las chispas que saltaban de la hoguera, y le dijo en voz baja, casi al oído:

—Fortún, esta noche habrá serenata allá abajo.

—Tened cuidado, señor. Los sonidos de los instrumentos atraen los venablos de las atalayas.

—No tengo cuidado alguno.

—Además de los atalayas pueden acudir a la música los de la Hermandad de Hierro.

—¿Te olvidas, acaso, de que somos unos pobres monteros? ¿Qué interés pueden tener en hacer daño a unos hombres, al parecer tan bandidos como ellos?

—Haced lo que gustéis, señor. ¿Cuándo os vais?

—Ahora mismo.

—¿Y qué hacemos de ese muchachuelo?

—Me es un tanto sospechoso. Ahora ya ha cenado; entradlo en la ermita y que se acueste. Sobre todo que duerma con la puerta cerrada.

—Se cumplirá lo que mandáis. Ahora mismo entrará en la ermita.

Mientras así hablaban los dos hombres, Ruy les miraba a hurtadillas y murmuraba:

—Soberbias cosas deben decirse los dos. Auguro algo malo. Allá veremos en qué para esto.

En este punto su monólogo, le interrumpió el joven y misterioso balletero, diciéndole:

—Has andado mucho, joven Ruy, y debes sentir en el cuerpo ese cansancio que solo se remedia con el sueño. Entra, pues, a acostarte.

—No tengo grandes deseos de dormir.

—Eso son ilusiones que haces sobre tu fortaleza. Entra en la habitación del ermitaño, que ya este te ha preparado un lecho digno del mismo conde Garcí-Fernández.

El juglar, al escuchar esto, se sonrió, y comprendiendo que era inútil el insistir más, dijo:

—Como gustéis. Vamos a dormir.

Y se levantó del pedrusco que le servía de asiento.

Los tres hombres hicieron lo mismo, y el ermitaño encendió en la hoguera una tea resinosa,

—¿Vos no entráis? —preguntó Ruy al joven balletero.

—No; yo me marcho a probar la bondad de tu instrumento.

—Pues entonces, pasad buena noche, y que Dios os guarde.

Después de esto el trovador siguió al ermitaño hasta el pequeño edificio.

Al mismo tiempo de entrar volvió la cabeza y vio cómo el balletero joven se despedía de su compañero, y después salía de la honda plazoleta saltando sobre las rocas y desapareciendo inmediatamente.

Ruy entró en la ermita, y después de atravesar una mezquina capilla y pasar por una puertecilla que había en el fondo, penetró en un regular aposento, en un rincón del cual vio dos armaduras completas, y después entró en otro tan estrecho que casi tenía honores de madriguera,

En un extremo vio un lecho formado de hojas secas y algunas pieles.

—Ahí tenéis vuestra cama —dijo el ermitaño a Ruy, levantando la antorcha para que alumbrara mejor la habitación.

—¿Y vos no os acostáis, santo varón?

—No, hermano. Yo prefiero pasar las noches al raso, sufriendo las inclemencias del tiempo y rezando por los que están en pecado.

—Respeto vuestras aficiones. Pero yo, por mí, puedo aseguráros que, aunque cristiano neto, tal es mi cansancio, que en esta noche prefiero dormir, aunque sea en perjuicio de mi alma.

—Nadie os dice lo contrario.

Y el ermitaño, que, dicho sea de paso, tenía más aspecto de redomado bribón que de santo anacoreta, por lo que a la legua se conocía que era un hombre disfrazado, al pronunciar las últimas palabras empujó con hercúlea fuerza a Ruy dentro de la habitación, cerró después la puerta por la parte de fuera y sus pisadas demostraron que se iba alejando.

—Heme aquí preso —murmuró el juglar empujando la puerta de la habitación para ver si cedía.

Pero esta era de fuerte roble y apenas si se movió a impulsos de los brazos del joven.

—Y esto está muy obscuro —continuó el joven—. Poco he ganado con venir a esta ermita; bien es verdad que he cenado magníficamente, pero

también lo es que estoy encerrado, y tal vez no me sea fácil escapar. Comenzaremos por reconocer el terreno.

Y Ruy, al terminar su monólogo, empezó a andar tentando con sus manos las paredes desnudas y frías de la habitación.

De pronto su mano tropezó con las maderas de una ventana.

Intentó abrirla, y al principio no pudo; pero después de grandes esfuerzos lo consiguió, y un rayo de luna penetró en la estancia para trazar sobre el pavimento una ancha faja de luz.

Capítulo II

De un tiro, dos pájaros

Así que la ventana quedó abierta, Ruy asomose a ella y miró al suelo como para calcular la distancia.

Esta era bastante regular, pues estando la ermita asentada en un alto pico, la ventana daba a una honda cortadura.

—¡Por vida del diablo! —murmuró el juglar—. Yo había creído fácil el escaparme por esta ventana, pero veo que la cosa ofrece algunos inconvenientes. Y yo necesito seguir a ese balletero, pues ha excitado profundamente mi curiosidad. ¿Dónde irá a estas horas? Ha dicho que infeliz del que se arrima a los poderosos, y ha hablado mal del difunto conde soberano Fernán González. Ningún noble de Castilla estuvo jamás quejoso de él. ¿Quién será, pues, ese hombre? Aquí hay un misterio que es preciso que yo aclare, y lo lograré. ¡Lo juro por la memoria de mi padre! Salgamos, pues, de aquí, sea como sea.

El joven, después de decir esto, tornó a asomarse a la ventana y a medir la distancia que le separaba del suelo.

—¡Ira de Dios! —decía desesperado—. Maldita contrariedad es esta que no puedo salvar, a pesar de todo mi ingenio. ¿Cómo saldré de aquí? Y en esta habitación no hay nada, absolutamente nada que ayude mi evasión. No veo más que una cama de pieles y hojas.

Y el joven se quedó abstraído contemplando aquello que debía ser su lecho.

De pronto su rostro se animó, y recogiendo del suelo las pieles curtidas, dijo en voz baja:

—Ya tengo lo que busco.

Sacó un largo cuchillo, y fue rasgando aquellas en gruesas tiras que retorció y anudó con habilidad y prontitud suma.

Al poco rato tenía una cuerda fuerte y resistente de piel, que podía muy bien ayudarle en su evasión.

Ató un extremo de ella al alféizar de la ventana y arrojó el otro a la parte de afuera, asomándose después para ver hasta dónde llegaba.

A la cuerda faltábale aún bastante para tocar el suelo.

—No importa esto —dijo el juglar—. Salgamos de aquí de cualquier modo, aunque ello me cueste un buen batacazo.

Esto diciendo el joven, montose en la ventana, cogió con ambas manos la cuerda, y echando su cuerpo fuera, deslizose a lo largo de esta con la agilidad de un mono.

Cuando sus manos tocaron el extremo de la cuerda, su cuerpo se agitó en el espacio a algunos palmos del suelo.

—Preparémonos a sufrir un costalazo —dijo Ruy, y soltando la cuerda cayó al suelo con sordo ruido, para levantarse inmediatamente.

—¡Por el diablo —continuó—, que el golpe no ha sido tan fuerte como yo creía! ¡Vamos adelante!

El joven, antes de partir, prestó atención y escuchó las pisadas del viejo ballestero, a quien desde el fondo de la hondonada se veía pasear frente a la puerta de la ermita.

—Pasea, zafio mocetón —murmuró Ruy—. Tú y el ermitaño habéis dejado un agujero en la jaula, y por él se os escapa el pájaro. Hasta la vista, bribones.

Y después de esto, con toda la ligereza propia de sus pocos años, comenzó a trepar por uno de los lados de la hondonada, y dando la vuelta a la ermita echó a correr en la misma dirección que una hora antes había tomado el joven ballestero.

—Por fuerza debo estar loco —decía mientras corría—. ¿Adónde voy? Ni lo sé. Tras un hombre a quien no conozco, por un terreno que aún conozco menos, y llevado de una curiosidad sin fundamento. Gracias que ha salido la luna y esto está algo claro, si no esta era la noche que me rompía la cabeza contra un peñón o iba a dormir el sueño eterno al fondo de algún precipicio.

Como el joven seguía al ballestero, y este, al parecer, no había bajado al valle, sino que había enderezado su ruta a través del monte, de aquí que el joven emprendiera igual camino.

—Es preciso que le alcance —se dijo—, y para ello tendré que aumentar mi marcha. Él debe de estar ya bastante lejos, pues salió una hora antes que yo de la ermita. A correr, pues.

Y Ruy emprendió una continua carrera por entre los peñascos cargados de matorrales, que, levantándose altivos, proyectaban sus negras sombras sobre el suelo iluminado por la luna.

Cerca de media hora seguiría de este modo nuestro doncel, y en este pequeño transcurso de tiempo cruzó las laderas de tres enormes montañas.

El juglar no encontraba a su paso más que breñas, y de vez en cuando algún corpulento álamo que, envuelto en la blanca luz del astro nocturno y

mecido por el fresco vientecillo que susurraba entre sus ramas, semejaba gigantesco fantasma cantando a media voz extraña cantinela.

—¡Por vida de Dios! —murmuraba Ruy—. ¿Si me habré perdido? Esto es un desierto, y no se ve en parte alguna una señal que delate seres vivientes. ¿Adónde voy a parar? No lo sé, pero yo no me vuelvo atrás. Sigamos hasta ver adónde me conduce esta aventura.

Por algún tiempo continuó andando con paso acelerado, sin que su vista percibiera nada extraordinario en aquel monótono y fantástico paisaje; pero por fin llegó a un punto en que aquel haz de montañas terminaba para dejar abierto un ancho valle a un lado del cual levantaba sus robustas torres un fuerte y grande castillo, en cuyos muros todavía se veían a aquella hora alguna que otra ventana iluminada.

Al ver esto Ruy, murmuró:

—Creo no engañarme si digo que por aquí cerca debe de estar mi balletero.

El juglar se dirigió hacia el castillo.

Este no estaba tan cercano como creía.

Caminó todavía algún tiempo, y cuando una corta distancia le separaba de él, escuchó un dulcísimo prelude, cuyas notas, llevadas por el viento, se extendieron hasta el mismo castillo.

—He ahí mi tiorba —dijo Ruy—. Conozco perfectamente sus sonidos.

Y como estos salían de un pequeño bosque cercano a la fortaleza, el joven dirigióse a él, teniendo cuidado de, al andar, resguardarse en la sombra que proyectaban los mil accidentes del terreno, y ocultar de este modo su presencia.

Cuando llegó al bosque vio a las orillas de este, apoyado sobre el tronco de un fuerte y añoso roble, al balletero que tañía su tiorba.

El juglar le contempló sonriéndose, y dijo:

—Lo que yo me figuraba; cuestión de amores. Ese hombre es un noble disfrazado; no me cabe la menor duda. ¿Quién habitará este castillo? Teniendo obligación de saber todas las cosas de Castilla, estoy muy poco enterado de ellas. Allá veremos qué resulta de esta aventura que excita mi curiosidad. Yo aquí aguardo pacientemente.

Y el juglar, al decir esto, se agazapó junto a una peña, no sin antes murmurar:

—No toca mal ese mancebo.

Efectivamente, el balletero tañía la tiorba como un consumado maestro, y como si con esto creyera no demostrar su habilidad, después, con

voz varonilmente entonada, empezó a cantar una trova, en la que se decían mil metafóricas lisonjas a una mujer incógnita, cuyo nombre no sonaba en los versos.

Ruy escuchaba con complacencia aquel canto, y como competente en el arte, le prodigaba en su interior algunas alabanzas; pero de pronto sus ojos vieron algo que le obligó a ponerse en guardia.

Detrás de los troncos de los árboles fueron surgiendo hombres vestidos, con corta diferencia, de igual modo que el ballestero cantor. Todos llevaban la espada en la mano, y cautelosamente fuéronse acercando a aquel.

Ruy los contó. Eran más de treinta.

El primer impulso del juglar fue sacar el puñal y correr a la defensa del joven, pero se detuvo al comprender, por el número de enemigos, lo infructuosos que serían sus esfuerzos.

Los hombres se extendieron en un ancho semicírculo, y estrechándose por momentos, fuéronse acercando cautelosamente al ballestero que seguía cantando.

Semejaban una colosal araña extendiendo sus garras para aprisionar a la indefensa mosca.

—¿Qué saldrá de aquí? —se decía el juglar—. ¿Estocadas o prisión? Es verdad que no puede decirse, aunque parece que ellos solo quieren apoderarse de él sin hacerle daño. ¿Quién impulsará a esos hombres a hacer eso? ¡Por Cristo, que he de saberlo y no le faltará al miserable su castigo!

Al mismo tiempo que esto decía el juglar, aquellos hombres misteriosos arrojáronse sobre el infeliz cantor.

Por algunos instantes sonó ese rumor propio de una lucha desesperada y cuerpo a cuerpo.

Pero, por fin, este cesó y volvió a restablecerse el silencio más absoluto.

Ruy vio que de repente habían desaparecido aquellos hombres y el ballestero.

Tenía vehementes deseos de saber en qué pararía toda aquello; así es que, poco a poco, fue abandonando su escondrijo y llegó al sitio teatro de la sorpresa.

El suelo estaba removido por la lucha, y a un lado, tirada sobre el musgo, veíase la dorada tiorba que brillaba a la luz de la luna.

El mancebo la recogió, y mientras la colocaba en su antiguo lugar, se decía:

—Ahora me convenzo más de que ese ballestero es un noble señor. Debo estarle agradecido por la cena con que hace pocas horas me obsequió,

y además, mi deber me llama a defenderle por lo mismo que está sin auxilio en manos de muchos hombres. ¿Qué querrán hacer de él? No lo sé, y ¡por Cristo, que he de averiguarlo! En marcha, Ruy. Ellas son muchos, tú eres solo; pero no importa, para vencerles tengo algo más que mi puñal.

Y el joven, después de este monólogo, fue a internarse en el bosquecillo por donde creía haber visto escapar al extraño grupo; pero de pronto sintiose cogido por vigorosos brazos y derribado al suelo.

Antes de que pudiese dar el menor grito ni defenderse, sintiose amordazado y con los brazos atados a la espalda.

Ruy miró a los que de tal modo le habían aprisionado, y vio que eran hombres con los peores rostros del mundo y que vestían el traje propio de los ballesteros montañeses.

Aquellos hombres misteriosos que no pronunciaban la menor palabra lo levantaron del suelo, y poco después el juglar marchaba rodeado de ellos.

Sus espadas, desenvainadas, advertían al joven la imposibilidad de fugarse.

El silencioso grupo atravesó el bosquecillo, y comenzaron a caminar por una serie de abruptas veredas que serpenteaban entre las rocas.

Ruy miraba a todos sus acompañantes y solo veía rostros feroces.

Comprendía que aquellos hombres pertenecían a una de las guerrillas de bandidos tan numerosas en aquella época, y por esto solo miraba a un lado y otro del camino, esperando llegar a la profunda cueva en que lo encerrasen.

Como había estado caminando con cortos intervalos de descanso desde la madrugada, sentía pesadez en las piernas, y sus pies comenzaban a negarse a andar.

—¿Va esto a durar mucho? —preguntó con cierta insolencia al que parecía ser jefe de la partida.

Ruy, por toda contestación, recibió con el arco de una ballesta un fuerte golpe en la espalda.

Capítulo III

Un santo de la Edad Media

EN la mañana siguiente a la noche que ocurrieron los sucesos antes narrados, el muy alto y poderoso señor don Fernán Antolínez, cuando el alba comenzaba a vencer con su blanca luz las tinieblas que cubrían el cielo, levantose de su colosal y blasonado lecho, y vistiéndose un largo sayo de brocatel, fue a sentarse en un taburete de figura octogonal, junto a una de las ojivas de la cámara, y a través de sus cristales púsose a contemplar, a la indecisa luz del matutino crepúsculo, el vasto paisaje.

El castillo parecía despertar de su sueño.

Por una gran plaza de armas comenzaban a transitar algunos escuderos entonando canciones licenciosas, y de vez en cuando, escuchábanse los relinchos de los caballos y el matutino cantar de los gallos.

Don Fernán, después de contemplar largo tiempo el horizonte, tornó a arrellanarse en su asiento, y apoyando la frente en las manos, púsose a meditar.

Ahora es cuando, aprovechando la abstracción que le producían sin duda las mil ideas que en tropel bullían dentro de su cabeza, vamos a describirle a los lectores.

Don Fernán era ya algo viejo. La escarcha de los años había plateado sus luengas barbas y cabellera, que formaban como un marco de armiño a su rostro franco y bondadoso.

Sus muchos años no habían logrado hacer en él gran mella, y su figura era musculosa y atlética, hasta el punto de que ya en la vejez todavía pasaba por un hombre temible en los combates.

Su vida era un modelo de virtud.

Gozaba de muy buena fama en toda Castilla, y esto era debido a que, a más de ser uno de los consejeros de confianza que el conde Fernán González dejó al morir a su hijo, había sido protagonista de un suceso extraño que la gente por unanimidad había calificado de milagro.

El conde Fernán González, aquel héroe casi legendario que fundó el estado de Castilla, y cuya espada fue durante muchos años el terror de los sarracenos, murió en los instantes en que más necesaria era su presencia en Castilla

Los alarbes, viendo que ya no existía el que hasta entonces había sido su terror, invadieron Castilla y se apoderaron de Sepúlveda y San Esteban de Gormaz, fuertes villas situadas en la misma frontera castellana.

Mas el difunto conde soberano parecía haber dejado en herencia a su hijo Garci-Fernández todo su indómito valor, y de aquí que este, cuando todavía tenía los ojos húmedos de tanto llorar la muerte de su padre, hiciera convocatoria para la guerra a todos los nobles de Castilla.

A los pocos días, el ejército castellano marchaba en dirección a la frontera en busca de las mesnadas sarracenas.

No tardaron en encontrarse los dos ejércitos enemigos.

El de Castilla sentó sus reales en un lugarejo cercano a San Esteban de Gormaz.

Apenas el día comenzó a clarear, salió de este último el ejército alarbe, que era muy superior en número al cristiano.

La embestida no se hizo mucho de esperar.

Después que los ballesteros de una y otra parte escaramucearon durante algún tiempo, el conde Garci-Fernández, que apenas si había salido de la niñez, y que a pesar de esto se cubría con una pesada cota de malla y regía un fogoso corcel a la cabeza de sus mejores caballeros, arrojose con la impetuosidad del huracán sobre los escuadrones sarracenos.

Estos, mayores en número, sostuvieron la embestida, y aun la rechazaron.

Era la primera vez, después de muchos años, que los esfuerzos de los castellanos se estrellaban contra las lanzas alarbes; así es que el desaliento comenzó a cundir en las filas cristianas; el pánico, a reinar en aquellos corazones, hasta entonces esforzados, y el ejército del conde soberano se retiró del campo de batalla.

En vano Garci-Fernández, lleno de ira, alentaba a los suyos y buscaba la muerte, metiéndose por entre las filas agarenas, rodeado solamente de sus más fieles caballeros; en vano agitaba al viento el hasta entonces invicto pendón de Castilla, al mismo tiempo que daba golpes a diestro y siniestro con su hacha de dos filos; todo era inútil; una mala estrella parecía como que gravitaba supersticiosa influencia sobre el joven conde y le obligaba a ser derrotado la vez primera que medía sus armas con los enemigos de su patria.

Garci-Fernández veíase a cada momento más abandonado.

Sus soldados huían allá lejos a la desbandada, y cada vez era menor el número de los castellanos que a su lado peleaban.

El corcel que montaba debilitábase por momentos a causa de la mucha sangre que perdía por sus descomunales heridas..., y a cada momento

el conde soberano veíase en el peligro de venir al suelo y ser hecho prisionero por los enemigos.

De pronto a sus espaldas sonaron gritos, juramentos y ayes de dolor; y al mismo tiempo, un caballero que, por lo brillante de su armadura, parecía como que entraba por primera vez en combate, arrojose sobre los alarbes con furia irresistible.

Sus manos oprimían la empuñadura de un descomunal mandoble que subía y bajaba rápidamente a uno y otro lado de la cabalgadura, sembrando la muerte entre los sarracenos que le acometían.

Un buen número de ballesteros castellanos, enardecidos por el ardor bélico de aquel hombre, le seguían a pie, y con sus espadas abrían ancha brecha en las filas enemigas.

El conde miró con curiosidad al nuevo adalid y reconoció en él, a pesar de que llevaba el rostro cubierto por el capuchón de malla, a don Fernán Antolínez, cuya ausencia había notado al empezar el combate.

Al ver sus heroicos esfuerzos y que los alarbes comenzaban a amedrentarse, acometió otra vez con furioso empuje los escuadrones enemigos, y los antes dispersos castellanos que ya habían vuelto a reunirse, le siguieron en el ataque.

El resultado no se hizo esperar.

Los alarbes se defendieron algunos instantes contra aquel rudo ataque, mas por fin de casi vencedores convirtiéronse en vencidos, y volviendo grupas a sus corceles huyeron del campo del combate, atravesando el Duero, que cerca de allí corría, y entrando a la desbandada en San Esteban de Gormaz.

Los castellanos quedaron vencedores gracias a los esfuerzos de don Fernán Antolínez.

Al terminar el combate, el conde soberano buscó al caballero para darle las gracias por el servicio que a su patria había hecho.

Pero en vano se le buscó por todas partes.

Don Fernán Antolínez había desaparecido, y solo se encontraron de él su caballo muerto y sus armas tintas en sangre y abolladas por los golpes de sus enemigos.

El conde creyó que su respetable y valiente consejero había muerto, y mandó a un sinnúmero de servidores que buscaran el cadáver, diligencia que resultó vana, pues después de numerosas pesquisas no se pudo dar con él.

Garci-Fernández, lleno de tristeza por la muerte de Antolínez, tornó con sus caballeros al lugarejo en que había sentado sus reales. Así que entró en él, lo primero que se ofreció a su vista fue el viejo caballero que todos

creían muerto, y el cual se le acercó, y con voz entrecortada y temblorosa rogole le perdonase su gran falta a cambio de las muchas hazañas que en otras ocasiones había llevado a cabo.

El conde soberano no pudo comprender a qué falta se refería su valiente vasallo, y sin escuchar más razones le estrechó entre sus brazos, felicitándole por su proeza, mediante la cual la próxima derrota habíase trocado en victoria.

Don Fernán quedose inmóvil al escuchar estas palabras, pero después pareció reponerse, y con gran asombro de los oyentes comenzó a hacer la siguiente relación:

Algunos momentos antes de que el ejército castellano saliese al campo de batalla, don Fernán había pasado por frente a la iglesia del lugarejo, y como viera que en ella se disponían a celebrar una misa, entró con intención de oírla, pues le pareció muy buena ocasión de reconciliarse con Dios cuando dentro de poco iba a entrar en combate.

Apenas comenzó el divino oficio, a la parte de fuera del templo sonaron los clarines castellanos, y poco después el ejército del conde soberano salió en busca de los sarracenos.

El religioso noble dudó entre permanecer de rodillas o salir del templo para cumplir con su deber; pero pensando en lo poco meritorio que sería a los ojos de Dios el abandonar la misa cuando aún no había terminado, y considerando además que tenía la costumbre de oírlas siempre completas, aguardó que aquella acabase con la esperanza de que dispondría del suficiente tiempo para incorporarse al ejército.

Pero la misa tardó bastante tiempo en concluir y don Fernán tuvo que permanecer de rodillas en el centro del pequeño templo rodeado solamente de algunas viejas villanas, que con aspecto azorado y labio trémulo rezaban por el triunfo de las armas castellanas.

Cuando el de Antolínez salió, por fin, a la plaza del lugarejo, sufrió una fuerte sorpresa que le dejó anonadado.

Su caballo y sus armas habían desaparecido, y por más que buscó, no pudo encontrar a ninguno de los escuderos que marchaban siempre junto a su cabalgadura.

Al encontrarse desarmado y sin medios para acudir al combate, sintió tal vergüenza, que, a pesar de sus años, púsose a llorar amargamente, juzgándose deshonorado.

En tal estado de espíritu aguardó durante muchas horas, hasta que, por fin, el conde soberano tornó a los reales, sucediendo entonces la escena antes descrita.

Júzguese, pues, ahora la sorpresa de don Fernán al escuchar las felicitaciones del conde Garci-Fernández y la de este al oír de labios del primero todo lo que acabamos de narrar.

Todos se quedaron perplejos, sin poder dar a aquello una natural explicación.

El conde soberano, por más esfuerzos que hacía, no podía dudar de que aquel guerrero, a cuyos esfuerzos se debía el feliz éxito del combate, era el mismo don Fernán Antolínez; su rostro, su cuerpo y armas eran los mismos; pero, por otra parte, allí estaban también el cura y algunos vecinos del lugarejo que afirmaban rotundamente haber visto al caballero en el templo y por las calles, mientras se verificaba el combate.

De pronto, en el ejército castellano comenzó a circular una versión, salida de la boca de no sabemos quién y que dio la solución de aquel hecho extraño.

Todo se explicaba perfectamente. Aquello no era otra cosa que un portentoso milagro, pues a la legua se conocía que Dios, considerando que su virtuoso siervo Antolínez, a causa de su piedad, faltaba a su deber de caballero, para librarle de la deshonra que su ausencia en el combate pudiera acarrearle, había enviado uno de sus ángeles, que tomando el rostro y el cuerpo de don Fernán, hizo sus veces, rompiendo a golpes de mandoble innumerables cabezas sarracenas.

Aquella versión de autor incógnito alcanzó un verdadero triunfo, pues todos tuvieron empeño en aceptarla, por lo mismo que estaba en completa conformidad con el espíritu religioso de la Edad Media, gran amigo de cosas sobrenaturales.

Y tal fue el entusiasmo que produjo entre los castellanos, que unánimemente declararon santo a don Fernán, y poco faltó para que en vida le colocasen en los altares.

El viejo caballero era para todos un dechado de virtud; grandes y chicos le respetaban, tanto por su bondad como por su exaltación religiosa; así es que nadie extrañó el que mereciese tales favores de Dios.

El conde soberano fue el que más complacido se mostró por todo lo ocurrido.

Su amor propio se sentía halagado al tener por consejero y privado a un santo.

Y de resultas de tal suceso, don Fernán Antolínez alcanzó una inmensa popularidad en Castilla, que en algunas ocasiones casi llegaba a obscurecer la de don Garci-Fernández.

Capítulo IV

Palabras y sucesos

HEMOS dejado a don Fernán Antolínez sentado junto a una ventana de su cámara, y al parecer tan hondamente preocupado que por mucho tiempo permaneció tan inmóvil como si estuviera dormido.

Mas no era así. Don Fernán pensaba en lo que todo padre que se encuentra en su situación.

Tenía una hija que pasaba por ser una de las doncellas más hermosas de Castilla.

Jamás en sus oídos habían sonado palabras amorosas, pues nadie había sido osado a acercarse a ella, ni aun en las épocas en que, acompañando a su padre, vivía en la pequeña corte de Burgos.

Pero hacía ya algunos días que don Fernán tenía noticia de que por las noches un desconocido rondaba la fortaleza por la parte adonde caían los ajimeces de la cámara de su hija.

Como en confirmación de todo esto, la noche anterior había oído los sonidos de una tiorba y una trova cantada por masculina voz, y en la que se tributaban mil elogios y galanterías a una hermosa, cuyas perfecciones, a juzgar por lo que los versos decían, eran iguales a las de su hija.

Pero otra cosa preocupaba a don Fernán, y era que después de la canción hubiese escuchado como el rumor de una lucha.

Aquello era causa de una interminable serie de conjeturas.

El caballero se preguntaba interiormente quién podía ser aquel nocturno cantor y aquellos hombres que habían luchado con él.

—No comprendo esto —se decía—. El puente levadizo de mi castillo no ha bajado en toda la noche; los rastrillos han permanecido cerrados, y ni uno de mis servidores ha salido más allá de las murallas. ¿Quiénes serán esos hombres que han luchado con el cantor? Triste sería para mí que su cadáver apareciese en las cercanías de mi castillo. Si resultara ser algún noble, siempre podrían creer que yo asesinaba a los que venían a cantar trovas de amor a mi hija. Sería horrible el que tal pensasen... Pero, ante todo, sepamos con certeza lo sucedido anoche.

Y después de este monólogo interno, don Fernán se levantó, y acercándose a una panoplia de armas que ornaba uno de los muros de la cámara, dio con el puño un fuerte golpe en un escudo.

La cóncava pieza de hierro produjo un sonido bastante intenso.

A los pocos instantes el tapiz que cubría la puerta de entrada levantose por un lado y entró en la estancia un hombre tan viejo como don Fernán, aunque no tan fornido, y que iba vestido de fuerte malla, como si estuviera dispuesto a todas horas a entrar en combate.

Era el alcaide del castillo de Antolínez, y a más de tan alto cargo, reunía los no menos honrosos de primer escudero, mayordomo y portaestandarte, siempre que su señor partía para la guerra.

Así que entró en la cámara, saludó profundamente a don Fernán, y después de dar algunos pasos, quedose erguido en el centro de la cámara.

—¿Sabes para qué te llamo? —le dijo al momento el caballero.

—Señor —contestó el alcaide—, mi obligación es daros todas las mañanas cuenta de lo que sucede por la noche en el castillo y sus alrededores.

—¿Tienes que decirme alguna novedad?

—Sí, señor. Anoche tuvimos serenata y después algo peor. Vos debisteis oírlo todo, pues tenéis el sueño ligero.

—Es verdad. Escuché algo semejante al rumor de una lucha, pero creí que incomodado por el canto, habíais salido del castillo con algunos escuderos para propinarle una buena paliza al trovador.

—Mucho me hubiera guardado de hacerlo si tal pensamiento hubiese acudido a mi imaginación. Una joven hermosa como lo es vuestra hija puede muy bien ser obsequiada con serenatas por nobles señores a quienes no se puede dar de cintarazos tan impunemente.

—Y no siendo de este castillo los que le acometieron, ¿qué otros pueden ser? En muchas leguas a la redonda no hay nadie que se atreva a cometer tropelías mientras yo viva.

—¿Vos lo creéis así? Pues sabed que no muy lejos de este castillo, y en un lugar que yo conozco, vive gente malvada, que al mismo tiempo es lo bastante poderosa para tomar testa fortaleza en un momento.

—Tú deliras. Por estas montañas no hay otras gentes de armas que las mías.

—Eso podría decirse si en el mundo no existiese la Hermandad de Hierro.

—¿Cómo! ¿Los terribles aventureros viven cerca de mi castillo?

—Sí, don Fernán; y no deben abrigar intenciones hostiles, porque de otro modo a estas horas tendríamos que estar en la muralla defendiendo la fortaleza. Hace ya algunos días que veo aparecer en las quebraduras cercanas al castillo hombres cuyo aspecto y trajes concuerdan con los que distinguen a los Hermanos de Hierro.

—¿Y es muy numerosa esa banda de aventureros?

—Unos dos mil, según se dice.

—Hay quien asegura que son capaces de apoderarse de Castilla siempre que quieran.

—Y aun del reino de León. Cada uno de ellos es tan feroz y temerario, que vale por un ejército.

—Algo me cuesta el creer lo que me dices; ¿cómo es posible? ¿Cómo es posible que en mis montañas pueda vivir tanta gente? ¿Qué indicios hay para creerlo? Solo que algunos hombres de aspecto montaraz aparecen en los alrededores del castillo. ¡Bah! Esos son monteros furtivos a quienes yo daré una buena ración de azotes por atreverse a cazar en mis dominios.

—Pues yo no dudo, señor, de que la Hermandad de Hierro está cerca de nosotros. ¿Quiénes, si no sus individuos, se hubieran atrevido a cometer un hecho como el de anoche?

—¿Y no has encontrado fuera del castillo ningún cadáver ni rastro de sangre?

—Nada, señor. Solamente a la entrada del bosquecillo que desde aquí se ve he notado en el suelo un sin número de revueltas pisadas, y la huella de un cuerpo caído a tierra.

—¿Has seguido el rastro?

—Sí; pero a los pocos momentos he tenido que abandonarlo, pues se internaba en la montaña, y ya sabéis que los pies no dejan huella en las rocas.

—¿Y no sospechas quién pueda ser el rondador?

—Nada sé de cierto, pero algo puedo deciros. Perdonadme que antes no os haya dado cuenta de ello.

—Habla, que me tienes impaciente.

—Por boca de una de las doncellas de vuestra hija doña María, sé que esta ama a un caballero llamado don Juan...

—¿Don Juan de qué?...

—Ignoro su linaje. Solo sé que es joven y apuesto, y que por estas cercanías anda siempre disfrazado de montero.

Don Fernán quedose pensativo, y al poco rato murmuró:

—No conozco a ningún don Juan que tenga dominios en Castilla ni forme parte de la corte del conde soberano.

Quedose otra vez silencioso, y luego continuó:

—Solo un don Juan conozco: don Juan de Sepúlveda; el hijo de aquel mal vasallo, tan enemigo del conde Fernán González como mío.

—¿Y no podría ser él al que ama vuestra hija?

—¿Sabes lo que dices? ¿Don Juan de Sepúlveda amado por mi hija? ¡Nunca! A los dos les separa un abismo imposible de salvar.

Don Fernán, al decir esto, se había puesto en pie, y su rostro, contraído por la furia, demostraba que se sentía molestado en grado sumo por aquella suposición del viejo servidor.

—Perdonad, don Fernán —dijo el alcaide con humilde tono.

—Perdonado estás; pero te advierto que jamás consentiré que por segunda vez vuelvas a pronunciar tales palabras ante mí. ¡Por Belcebú, que antes matara a mi hija que entregarla a tal hombre!

—Mirad, don Fernán, que tales palabras no sientan bien en un hombre a quien todos tienen justamente por santo.

El caballero al escuchar esto pareció serenarse.

—Es verdad —dijo después de una larga pausa—; la ira me ofusca la razón y profiero palabras pecadoras sin saber lo que digo. Además, soy un inocente al exaltarme de tal modo, pues en verdad no sabemos quién pueda ser ese nocturno cantor, y tus palabras no han sido otra cosa que una simple suposición. Márchate... Pero no; quédate un momento. Tengo que darte algunas órdenes.

El alcaide, que ya iba a salir de la cámara, quedose erguido en el centro de la puerta, esperando los mandatos de su señor.

Don Fernán dijo después de reflexionar un poco:

—Hoy mismo parto para Burgos. ¿Qué te parece mi decisión?

—Muy bien, señor. Tendréis vuestras razones para ello.

—Quiero hacer que mi hija no se enamore de nocturnos trovadores. Además, los Hermanos de Hierro me inspiran algún cuidado. Ya sabes lo que es el valor de un padre cuando está cerca de sus hijos. Si estuviera solo en el castillo no temería a esos bandidos, pero teniendo aquí a mi María, tiemblo de pensar que puedan acometer alguna noche la fortaleza.

—Comprendo la justicia de vuestro razonamiento. ¿Cuándo habéis de partir?

—Hoy mismo al mediodía.

—Está bien, señor. Voy a dar las necesarias órdenes para que se verifique la partida.

—Aguarda, yo salgo también. Voy a ver a mi hija para decirla que se disponga a la marcha.

Y esto diciendo, don Fernán calose un blasonado birrete y salió de la estancia en pos del alcaide.

A los pocos pasos se separaron los dos viejos, y el caballero, después de atravesar algunas lujosas cámaras y largos pasadizos, parose junto a una

labrada puerta de cedro, en cuyas hojas dio un fuerte golpe con la palma de la mano.

—Entrad —dijo desde adentro una voz pura y argentina.

Don Fernán abrió la puerta y penetró en un camarín amueblado con todo el gusto artístico propio de aquella época.

En medio de la estancia, envuelta en una amplia túnica de un color blanco nieve, y apoyándose en el respaldo de un alto sitial lleno de incrustaciones, veíase a María, la hija del de Antolínez.

Nada tan hermoso y al mismo tiempo tan puro como el rostro de aquella mujer.

Tenía los ojos negros, lucientes, vivos; unos de esos ojos en cuyo insondable fondo se refleja la pasión, y que cuando miran fijamente parece como que queman.

Añádase a esto una larga cabellera de color castaño ligeramente ondeada; unos labios rojos, tras los cuales asomaban los dientes pequeños y brillantes como perlas; un cutis blanco como la azucena, y a trechos sonrosado como el color de las flores, y se tendrá por completo la descripción de aquel rostro divino que todavía adquiriría más realce con la expresión de pureza que lo animaba.

Era alta, bien formada, de regulares carnes y de majestuoso andar, y se veía en ella el tipo acabado de la doncella feudal débil como una niña o sublime como una matrona romana y habituada a las terribles guerras y a oír silbar las flechas en el espacio.

Don Fernán, así que entró en la estancia, acercose a su hija, estampó en su pura frente un apagado beso y fue a sentarse en el mismo sitial, cuyo respaldo servía de apoyo a María.

—Hoy estás algo triste, hija mía. Se nota claramente que alguna idea poco grata te domina. ¿Qué tienes?

Al escuchar estas palabras, la joven miró a su padre indecisa, y luego, como quien toma una resolución, dijo:

—Anoche pasaron ciertas cosas fuera de este castillo que me han impresionado bastante.

—¿Según eso, tú también has escuchado el canto y el rumor de la lucha?

—Sí, padre mío. Encontrábame leyendo un pergamino de trovas que vos hace tiempo me regalasteis, cuando escuché todo eso que habéis dicho.

—¿Y no sospechas a quién iba dirigido el canto?

—¿Quién sabe!... —dijo María con turbación—. Tal vez a alguna de mis doncellas.

—Pues dile a la que sea que su cantor ha tenido mucha desgracia.

—¡Cómo!... —exclamó la joven con impetuosidad— ¿Qué queréis decir?

—Nada importante, hija mía. Que el nocturno trovador ha sido muerto.

Don Fernán, al decir esto, mentía; pues, como ya sabe el lector, el noble caballero no tenía el más leve indicio de cuál había podido ser el fin de aquel hombre desconocido. Únicamente con el deseo de sondear el corazón de su hija, viendo el efecto que la producía, la daba aquella falsa noticia.

María, al escuchar las palabras de su padre, quedose como aterrorizada; los colores de sus mejillas se desvanecieron, y una mortal palidez invadió todo su rostro.

—No sabe esconder su pena —decía don Fernán interiormente.

Después de una breve pausa la joven tornó a hablar:

—¿Y no habéis encontrado su cadáver?

—No, hija mía; pero en cambio hay señales que a las claras delatan la muerte de ese cantor.

—¿Y quiénes han sido los asesinos?

—¿No has oído tú nunca hablar de los Hermanos de Hierro?

—Sí; a algunas de mis doncellas he oído decir que forman una terrible banda de salteadores, terror de la infeliz comarca en que sientan sus reales.

—Pues no te han informado mal

—Pero decid, padre mío: ¿para qué habéis hecho tal pregunta?

—Para decirte que los Hermanos de Hierro han acampado en estos alrededores, y ellos son sin duda los que dieron anoche muerte a ese infeliz cantor.

—¿Y qué pensáis hacer? Esos hombres son un temible peligro.

—Si yo estuviera solo en el castillo, nada. Permanecería quieto, y de seguro que si llegaban a intentar el asalto de sus murallas, tendrían que caer muchos antes que este pobre viejo. Pero te tengo a mi lado, y por esto prefiero marcharme a Burgos, o lo que es lo mismo, huir de la vecindad de esos bandidos antes que exponerte a mil peligros.

—¿Y cuándo partimos para Burgos?

—Dentro de pocas horas.

—Temo que nos suceda alguna desgracia. Esos bandidos son tan audaces.

—No temas. Más de cien hombres formarán nuestra escolta.

—Afortunadamente, cuando marchó con vos estoy tranquila. Dios os protege.

—Por esto mismo los Hermanes de Hierro no se atreven a ponerse en nuestro camino. Prepárate, pues, para la marcha. Poco es lo que necesitas, pues ya sabes que nuestra casa de Burgos la tienes alhajada a tu gusto y satisface todas tus necesidades.

Y el buen don Fernán, después de dar un beso a su hija, salió de la estancia, y bajando a la plaza de armas púsose a inspeccionar el modo como el alcaide preparaba la partida.

En aquel mismo instante, María, cansada de fingir ante su padre una indiferencia que no sentía, y libre ya de la presencia de aquel, daba rienda suelta a sus lágrimas.

La incertidumbre de la suerte de aquel incógnito cantor a quien nosotros ya conocemos, y que, según el alcaide del castillo era su amado, destrozaba su alma.

Las horas pasaron velozmente. Y el sol fue avanzando por el cielo.

Cuando la gran campana del castillo anunciaba el mediodía, por la fuerte poterna comenzó a aparecer una lucida cabalgata.

Formábanla un grupo de escuderos armados de largas lanzas que abría la marcha, y detrás rodaban, tiradas por briosas mulas, dos grandes literas en las que iban María y sus doncellas.

Cerraba la marcha don Fermín armado de punta en blanco y montando un brioso trotón, y tras él iba un fuerte escuadrón de servidores armados hasta los dientes.

Aquella cabalgata tomó el camino que conducía a Burgos. Durante una hora el alcaide del castillo estuvo contemplando, sentado en una almena, cómo atravesaba la llanura.

Pero al cabo de algún tiempo aquel tropel de hombres y caballos se convirtió en una línea negra y ondulante que poco a poco fue perdiéndose en las quebraduras de los lejanos montes.

Capítulo V

Lo que puede verse y oírse a través de un agujero

EN la Edad Media eran muy comunes las grandes bandas de malhechores, tan comunes que los reyes, sabiendo que pululaban en sus dominios, se abstendían de atacarlas, bien por miedo, bien porque pensaban que en alguna ocasión podrían necesitar de ellas.

Y, efectivamente, esto sucedía siempre que algún soberano tenía que declarar la guerra a un vecino.

Para que le ayudasen en su empresa bélica, convocaba a sus nobles que le traían, para improvisar un ejército, grandes contingentes de vasallos mal armados y pocos combatientes aguerridos, por lo que tenía que aprovecharse de los bandidos que por efecto de su vida continuamente de lucha y de la coacción que sobre ellos ejercía el jefe, eran los soldados más disciplinados y temibles de aquella época.

Y a causa de esta necesidad de tener a sueldo las lanzas de los salteadores, veíanse al que meses antes robaba en un camino marchar luego junto a un rey, y aun en ciertos momentos alcanzar de este un título nobiliario, después orgullo de sus descendientes.

En aquella época tan anómala el hombre solo tenía dos caminos que emprender: el del claustro o el de la guerra; y aquel que se dedicaba a la profesión militar, como no en todos tiempos los reyes tenían cuestiones que dirimir en el campo de batalla, encontrábase hambriento y tenía que cambiar su categoría de soldado por la de bandido.

Tratándose, pues, de tal clase de hombres, natural era que las bandas de salteadores de aquella época fueran numerosas y bien disciplinadas, al mismo tiempo que invulnerables, pues su número jamás decrecía, y era temible atraerse la ira de aquellos extraños ejércitos que tan pronto sentaban sus reales en un estado como aparecían en otro.

Aquellas bandas eran parásitos creados por la feroz Edad Media, y al mismo tiempo movibles asilos para los infelices, pues numerosos eran los que corrían a ingresar en ellas, refugiándose de este modo de las iras de un señor feudal o de la opresión de un reyezuelo despótico.

Eran un mal, pero en aquel tiempo en que el bien y la fraternidad habían abandonado por completo a las clases desheredadas para refugiarse entre los poderosos, era un mal necesario por lo mismo que servían para la salvación de los desgraciados.

En poder de una de aquellas bandas había caído Ruy.

En la que era conocida con el nombre de Hermandad de Hierro, especie de sociedad francmasónico-comunista, en la que todos eran iguales, alcanzaban la misma parte en los botines y se reglamentaban todos los actos sobre la base de la fraternidad, si bien tenían un jefe que les dirigía y castigaba con brazo inexorable.

Hemos abandonado al joven juglar en el momento que, rodeado de bandidos y sufriendo de vez en cuando algún golpe en las espaldas, marchaba monte arriba sin saber adónde era conducido.

Mucho tiempo estuvo andando por entre zarzas y rocas, siempre en línea recta.

Tuvo que salvar una larga serie de empinados vericuetos y profundos barrancos, y caminar por sendas cuya existencia apenas si se traslucía bajo los espesos zarzales que las cubrían, pero por fin llegaron a un sitio en que, al doblar el recodo que formaban un grupo de peñas, aparecieron las negras bocas de unas grandes cuevas, a la entrada de las cuales, un buen número de hombres, cuyo aspecto era con corta diferencia igual al de los aprehensores de Ruy, agrupábanse junto a unas grandes hogueras que despedían negro y pestilente humo.

Al llegar cerca de la cueva los bandidos y el juglar, aquellos hombres que estaban junto a la hoguera dieron algunos gritos extraños, a los que los primeros contestaron de igual modo.

—Esto debe ser una señal —se dijo Ruy.

El joven y su hostil escolta llegaron hasta las hogueras, y entonces todos aquellos hombres, que bien pasarían de cien, se acercaron al grupo e hicieron mil preguntas a sus compañeros.

Pero de pronto todos callaron y abrieron paso a un hombre fornido, atlético y de rostro feroz, que dirigiéndose al jefe de los que guardaban a Ruy, le preguntó:

—¿Quién es ese?

Y al decir esto señalaba al juglar.

—A lo que parece es un pobre diablo —contestó el preguntado.

—¿Por qué lo traéis aquí?

—Lo encontramos en el lugar donde cogimos al otro, y como ya comprenderás, bueno es que desaparezcan aquellos que son testigos de nuestros actos.

Entonces el bandido de cuerpo atlético, que a juzgar por las muestras de respeto que le daban los demás debía ser uno de los jefes de la banda, preguntó al juglar:

—¿Quién eres y cómo te llamas?

—Yo, como veréis por mi atalaje, soy un infeliz que se mantiene con lo que la gente quiere darle, y que pasa la vida cantando trovas.

—¡Bonita ocupación! Aquí cantarás mejor sufriendo las palizas que te demos.

—¿Qué hacemos de él? —preguntó uno de los presentes.

—No sé qué deciros —contestó el bandido—; siento mis tentaciones de mandarlo ahorcar inmediatamente de cualquier árbol... Pero no; veamos antes qué dice el capitán, pues para hacerle bailar al extremo de una cuerda siempre estaremos a tiempo mañana. Por ahora encerradle, que cuando salga el sol ya sabremos lo que hacer.

Los bandidos, al escuchar tal orden, empujaron a Ruy hacia la entrada de una de las cuevas.

Antes de emprender la marcha el juglar, oyó este corto diálogo entablado entre el jefe de la cuadrilla que le había hecho prisionero y el bandido atlético:

—¿Y el capitán?

—Está allá dentro. Hace un instante me ha ordenado que le entrase en su habitación a ese joven vestido de balletero que habéis apresado.

—De seguro que después de la conversación le mandará ahorcar.

—No lo creas. Ese joven le causa mucho interés, y además el capitán está desconocido, pues ya hace mucho tiempo que no le gusta ver bailar a nadie en el espacio.

Ruy, rodeado de sus fieros guardianes, atravesó la boca de aquella cueva ahumada por las continuas hogueras.

Primeramente pasó por unas largas galerías abiertas en la roca viva y que estaban alumbradas a largos trechos por resinosas antorchas, y después de atravesar algunas plazoletas, en el suelo de las cuales veíanse tendidos un buen número de bandoleros, llegó frente a una pequeña, aunque fuerte, puerta de madera.

Los acompañantes del juglar la abrieron, descorriendo los grandes cerrojos que la aseguraban al muro.

—¿Te han dicho que debíamos encerrarlo aquí? —preguntó uno de los bandidos a otro.

—No, pero poco importa. Los hombres que como este van a ser ahorcados pronto, pueden quedar cerrados en cualquier parte con tal de que estén seguros.

Ruy, en tanto, nada decía.

Aquel joven se había transfigurado. La sonrisa había huido de su rostro, que ahora estaba ceñudo, y su mirada era fiera y provocativa.

—Entra aquí, cantorcillo —le dijo uno de los bandidos empujándole a la otra parte de la fuerte puerta.

Ruy, a la débil luz de una antorcha enclavada en el muro a alguna distancia, pudo examinar rápidamente aquella oscura habitación que se abría ante él.

De las paredes vio colgados cascos, rodelas, espadas, lanzas y toda clase de armas, tanto ofensivas como defensivas.

Aquello debía ser la armería de los bandidos.

El joven apenas pudo abarcar con una mirada todo aquello, pues inmediatamente los bandidos cerraron la puerta, dejándolo en la más completa oscuridad.

En el primer instante quedose erguido y con los brazos cruzados en el centro de la estancia.

Dentro de su cabeza se agitaba un mar de pensamientos.

Aquella alegría había ya desaparecido, y no podía menos de conmoverse al ver el peligro en que se encontraba.

Interiormente se decía:

—He aquí donde me ha conducido el deseo de curiosear en estúpidas aventuras. Esos salvajes me han prometido ahorcarme mañana. ¡Miserables! Usurpan atribuciones que no son suyas y creen que en Castilla puede ahorcar otro que no sea el conde soberano. He recibido golpes e insultos, ¡yo!, ante quien tiemblan muchos hombres. Esos miserables no reconocen otra autoridad que la de su capitán; sin embargo, ya veremos si mañana puedo reducirlos a la obediencia. Muy fructuoso ha sido mi viaje, pues he visto grandes cosas. Ahora, para digno final, la casualidad me ha arrojado en poder de unos bandidos, como deseando con esto que yo sepa todo lo que hay en Castilla. Por esta noche durmamos, y ya veremos mañana lo que sucede.

Y Ruy, al decir esto, comenzó a andar a tientas por la estancia, esperando encontrar algún sitio mejor para tender su cuerpo que aquel pavimento húmedo y duro.

En diversas direcciones cruzó paso a paso la estancia, y sus manos siempre vinieron a tocar el frío muro o las numerosas armas que de él estaban colgadas.

Ni un mal banco encontraba el juglar para acostarse.

Siempre aquellos paredones, cuyo espesor debía ser muy grande, o aquella puerta imposible de abrir.

El juglar estaba bien guardado en la armería.

Aquello parecía una colosal tumba de la cual era imposible salir.

Ruy, al extender otra vez sus brazos para tocar el muro, tropezó con un casco y un escudo de hierro que colgaban de una escarpia.

Las dos piezas cayeron al suelo, y al chocar contra él produjeron una vibración estridente.

El juglar, instintivamente, bajose a recogerlos, y cuando iba a colocarlos en su lugar, observó una cosa que le llamó profundamente la atención.

A la altura de su pecho, y en el trozo de pared que antes cubría el escudo, veíase una pequeña mancha de luz rojiza.

Aquello parecía un ojo de un ser sobrenatural que contemplaba al juglar.

Este reconoció mejor aquello y pudo ver que era un agujero hecho en el muro, por el que se filtraba un rayo de luz.

—Esto —murmuró Ruy— da a una estancia contigua. ¿Quién estará en ella? La luz parece indicar que no está solitaria. Miremos, pues. Los malos tratos que he sufrido de esos miserables me dan derecho a todo.

El joven, después de decir esto, miró por el agujero.

Vio parte de una estancia también abierta en la roca viva, aunque no tan desmantelada como la armería.

En el centro había una gran mesa, sobre ella una lámpara y a ambos lados dos grandes sillas de cuero, que indudablemente, a juzgar por ciertas señales, eran robadas de alguna abadía.

Sentado en una de ellas veíase a un hombre de noble, aunque ceñudo rostro, y que vestía igual a los demás bandidos.

Solamente en algunos detalles conocíase que era de categoría superior.

Por las aberturas del sayo se vislumbraba una magnífica cota de mallas y a la cintura llevaba una rica espada, cuya empuñadura era de oro.

Sobre los hombros tenía recogido un amplio capuchón, con el que en un momento podía cubrirse el rostro.

Conocíase al instante que aquel hombre debía ser el capitán de los Hermanos de Hierro.

Cuando Ruy contempló su rostro, no pudo menos de exhalar un grito de sorpresa.

—¿Cómo es esto? —murmuró—. ¿Fernán Antolínez el jefe de estos bandidos? ¡Imposible!

En efecto, el hombre que Ruy veía a través del agujero tenía el mismo rostro y los mismos ademanes de don Fernán.

Solo después de mirarle mucho tiempo notábase que era un poco más joven que el caballero Antolínez.

Esta pequeña diferencia no pasó desapercibida para el ojo observador de Ruy, el cual tornó a murmurar:

—¡Brava semejanza! De seguro que a no ser por esa pequeña diferencia de edades sería muy difícil el conocer, de los dos, cuál es el bandido y cuál el caballero. ¡Por los cuernos del diablo!, que don Fernán Antolínez tiene un parecido con este hombre que le honra. ¡Un capitán de bandidos! Pero pongamos toda la atención en este agujero, pues parece que aquí van a pasar cosas muy graves.

Y el joven, después de decir esto, púsose a mirar con mucha atención a la estancia vecina.

El capitán permanecía inmóvil en la misma posición, pero de vez en cuando volvía sus ojos a la puerta de la estancia como esperando que entrara alguien por ella.

Pasó algún tiempo sin que nada viniera a alterar la calma de la situación.

Por fin, en la puerta de la estancia apareció un hombre que no era otro que el joven balletero a quien Ruy había seguido desde la ermita al bosquecillo.

Los dos hombres, el capitán y el montero, se quedaron durante un buen rato contemplándose hasta que el primero dijo con voz reposada, señalando a aquel el vacío sillón:

—Sentaos, don Juan de Sepúlveda.

—¡Cómo!, ¿me conocéis? Pero... aguardad. Vois sois don Fernán Antolínez. ¿Cómo os veo en este sitio?

—Caballero, os engañáis. Don Fernán Antolínez es el privado del conde Garci-Fernández, y yo no soy otra cosa que un pobre capitán de aventureros.

—¿Pero esa semejanza?

—¿Qué queréis? Dios ha querido que, si no por la nobleza, al menos por el rostro, sea igual a uno de los primeros caballeros de Castilla.

—Semejanza perfectísima.

—Lo creo. En más de una ocasión me han confundido con ese santo varón, lo que me ha obligado a presentarme siempre ante la gente envuelto el rostro en este capuchón que veis sobre mis hombros.

Después de estas palabras reinó un corto intervalo de silencio que interrumpió el ballestero, a quien ya sabemos que llamaban don Juan de Sepúlveda.

—¿Podréis decirme, capitán, por qué motivo vuestros hombres se han apoderado de mí? ¿Acaso habéis dado vos tal orden?

—Sí, joven.

—¿Y con qué derecho me habéis aprisionado?

—¡Bah! ¡Donosa pregunta! ¿Os venís con derechos a mí que no los conozco ni respeto humano poder? El capitán de los Hermanos de Hierro os ha aprisionado porque tal ha sido su voluntad, y además porque tiene que haceros importantes declaraciones.

—Sois un hombre brutal.

—Lo sé, don Juan, y no debéis culparme a mí por ello, sino a la naturaleza que me hizo de tal moda.

—¿Cómo sabéis mi nombre?

—Del mismo modo como conozco perfectamente vuestra historia.

—¿Quién sois, entonces?

—Ni yo mismo podría contestarme si me hiciera tal pregunta.

—¿Y vuestro nombre cuál es?

—Luego satisfaré vuestra curiosidad.

—Haced lo que gustéis. ¿Pero podré saber qué declaraciones son esas de que antes me hablabais?

—A hacéros las voy; pero aguardad. Antes de todo quiero haceros una pregunta. ¿Vos amáis a una joven que es de las más hermosas de Castilla?

—Nada os importan mis amores; pero creo inútil negaros lo que para algunos ya no es un secreto. Amo a María, la hija de don Fernán Antolínez.

—¿Y no sabéis que vuestro amor es de imposible realización?

—María me ama tanto como yo a ella.

—No quiero deciros eso, sino que su padre se opondrá siempre a vuestra unión.

—Lo comprendo. Si en otro tiempo fui poderoso, hoy soy un pobre montero, y en la miseria es demasiada osadía el alzar mi mirada hasta la hija de un caballero tan poderoso como Antolínez.

—Hay otro inconveniente de mayor fuerza que ese que citáis.

—Decidme cuál es, porque yo lo ignoro.

—Entre don Fernán y vuestro padre existía un verdadero mundo de odios, y hoy es seguro que conserva todavía el suficiente rencor en su alma

para no acceder jamás a que un hijo de Sepúlveda alcance la mano de su hija María.

—No lo creáis. Alguna enemistad existía entre mi padre y don Fernán, pero tan solo era debida a que este, llevado de su amor al conde Fernán González, odiaba a todos aquellos que no eran amigos de su señor.

—No creáis tal cosa. Antolínez os profesa un odio a muerte.

—No veo la razón...

—Es muy sencillo, y cuando yo os haga las revelaciones que antes os he prometido, lo encontraréis todo muy natural. Don Fernán os aborrece hasta el punto de que, a pesar de su santidad y virtud aparentes, sería muy capaz de meter a su hija en un convento si se viera precisado a entregársela.

—¿Tan enemigo mío es?

—Tanto, que no tendría inconveniente en mataros si pudiera.

—Vos exageráis.

—En el momento en que os cuente ciertas viejas historias, conoceréis la exactitud de mis palabras.

—Pues contad, ¡vive Dios!, que ya me tenéis harto impaciente.

—Escuchadme, pues, con atención.

Y el capitán de los Hermanos de Hierro arrellanose en su sillón de cuero como aquel que se dispone a hablar por mucho rato.

Don Juan hizo lo propio, y poniendo sus codos en la mesa, apoyó su frente sobre las manos.

Ruy, desde el otro lado del agujero, al escuchar esto, también se preparó, acercando más su oído al muro, al mismo tiempo que se decía interiormente:

—¡Grandes cosas voy a escuchar! Por de pronto ya sé que ese balletero es don Juan de Sepúlveda. Ahora comprendo el motivo de aquellas duras palabras que en la ermita profirió contra el difunto conde Fernán González. Su padre, el viejo Sepúlveda, guardó hasta la tumba malos recuerdos del conde soberano. ¡Maldita memoria mía! Ya se me había olvidado todo esto. Pero oigamos lo que va a decir ese gran bandido, que parece tan enterado de las cosas de Fernán Antolínez.

Capítulo VI

Continuación del anterior

REINÓ durante algunos instantes el más profundo silencio en la estancia donde se encontraban Sepúlveda y el capitán de los Hermanos de Hierro.

Este, después de mirar a todos lados como para convencerse de que nadie que no fuera don Juan le escuchaba, comenzó a hablar así:

—Hará poco más o menos como unos veinte años, o sea en la época que Castilla acababa de emanciparse del reino de León, y el conde Fernán González llevaba a cabo todas aquellas hazañas que le adjudicaban el dictado de héroe, don Ramiro de Sepúlveda, vuestro padre, y don Fernán Antolínez, eran los dos caballeros más apuestos y valientes que figuraban en la corte del conde soberano.

Aun cuando se encontraban en la madurez de su edad, la mano del tiempo no había llegado a blanquear sus cabellos, y los dos emprendían todavía empresas amorosas.

Vuestro padre era casado y no tenía otro hijo que vos, que entonces tendríais próximamente dos años.

Don Fernán Antolínez era viudo y tenía por único descendiente a María, que contaba poco más o menos vuestra misma edad.

Por aquel tiempo llegó a Burgos una dama francesa, de gran hermosura, que marchaba en peregrinación a Santiago de Galicia.

Antes que ella, la fama había llegado, como galante heraldo, a la corte de Castilla para cantar sus gracias y su hermosura.

Y no eran desmerecidos los elogios.

Aquella mujer era espléndidamente hermosa, y reunía en sí todos esos hechizos que desatan las voces de la carne y ciegan los entendimientos más fríos y difíciles de apasionarse.

Vuestro padre y Antolínez enamoráronse de ella.

Pero la pasión presentose en ambos de diversa forma.

Don Fernán, que tenía el corazón virgen, pues su difunta esposa apenas si había logrado interesarle, se enamoró de la francesa con todo el apasionamiento de un mancebo, y vuestro padre, que había gozado en demasía de los placeres del mundo y que tenía el sentimiento del amor algo gastado, formose el propósito de que aquella mujer fuera suya, más por orgullo y por excitaciones del amor propio que por cariño.

Los dos pretendientes pusieron en práctica toda clase de medios para ablandar el corazón de aquella hermosa extranjera, que prolongaba su estancia en Burgos, sin duda porque eran muy de su agrado aquellos homenajes que le rendían.

Armoniosas serenatas, brillantes torneos, espléndidos regalos: estas fueron las armas que por igual emplearon vuestro padre y don Fernán para lograr el amor de aquella mujer.

Esta, al principio, parecía no saber a quién elegir de los dos; pero, por fin, su corazón se inclinó a vuestro padre.

Y a los pocos días todo Burgos sabía que la dama francesa era la amante del señor de Sepúlveda.

Ya podéis comprender lo que pasó después.

Don Fernán, desesperado en vista de los desaires de aquella mujer, a quien amaba cada vez más, odió a vuestro padre y le juró eterna enemistad.

Os advierto ahora, para que lo juzguéis de aquí en adelante, que don Fernán es semejante a aquel dios romano que, según he oído decir a los frailes, tenía dos caras.

El padre de vuestra amada es virtuoso y amigo de la bondad con todos aquellos que no irritan sus ocultas pasiones.

Pero, ¡ay de los que se atraigan su enemistad!

Semejante a las culebras que mudan de piel, él se despoja de su exterior bondadoso siempre que ha de aborrecer a alguno, y aparece tal como es: grandiosamente terrible.

Cuando vuestro padre le arrebató el amor de la dama francesa manifestóse de igual suerte.

En silencio maduró su plan de venganza, y poco a poco fue poniéndolo en práctica.

Por aquel tiempo el conde soberano Fernán González, aunque casado con doña Sancha de Navarra, a la que amaba mucho, todavía andaba en aventuras; y acostumbrado a conquistar plazas a los moros, no le era odioso el conquistar corazones, aunque estos fueran los de las damas más allegadas a los caballeros de su corte.

Esto lo sabía toda Castilla.

Don Fernán necesitaba un instrumento para su venganza, y lo encontró en el conde soberano.

Digo mal, porque este no ayudó la empresa del vengativo caballero, pues su nombre fue lo único que se mezcló en aquel asunto.

El señor de Antolínez, a pesar de lo ocurrido, seguía siendo amigo, aunque en la apariencia, de vuestro padre.

Este estaba entregado por completo al amor de la dama francesa amor carnal del que ya comenzaba a hastiarse un poco, y dejaba en el olvido a vuestra madre, santa señora entregada a sus devociones, y que al saber los deslices de su esposo, solo se le ocurría rezar al cielo por la salvación de su alma.

Una mañana el señor de Sepúlveda, al salir de su casa de Burgos, vio cómo un muchacho dejaba caer a sus pies un pergamino, escapando después a todo correr. El caballero lo recogió del suelo, y desdoblándolo púsose a leerlo.

Era una misiva que estaba sin firmar y decía así:

«Al señor de Sepúlveda:

Se le advierte que si quiere ver cómo esta noche el conde soberano don Fernán González, mientras él está ausente, entra en su casa para arrebatarle el honor de que es depositaria su esposa, puede colocarse en la calle, junto a la puerta, antes de la medianoche».

Vuestro padre quedose estupefacto al leer el pergamino escrito en una letra que le era totalmente desconocida.

Una tempestad de celos estalló en su corazón, y los más terribles pensamientos cruzaron por su cerebro.

Prometiose el velar por su honor, castigando a los que lo empañasen, y serenándose un tanto esperó pacientemente a que llegase al noche, y con ella la hora que le marcaban en el pergamino.

Vuestro padre era igual a todos los hombres aficionados a las infidelidades conyugales.

De continuo tenía en olvido a su esposa; pero en aquellos instantes recordaba su honor y se juraba el castigarla.

La noche llegó por fin, y vuestro padre fue a colocarse, embozado hasta los ojos, en un rincón de la calle frente a su casa.

Una luna clara y esplendente campeaba en el cielo, y bañaba con su blanca luz la casa solariega de los Sepúlvedas.

Desde el acechadero que ocupaba vuestro padre podía conocer a todo aquel que atravesara la puerta de su casa.

La medianoche sonó, por fin, en todas las campanas de Burgos.

Entonces la puerta de la casa de los Sepúlvedas se entreabrió, y un hombre embozado salió a la calle. Don Ramiro lo reconoció al momento.

Como caballero de la corte del conde soberano conocía a este perfectamente, y no le cupo la menor duda sobre la verdad de la denuncia que en el pergamino se le hacía.

Aquel hombre era el conde Fernán González.

Tenía sus mismos ademanes, y aunque su rostro no podía verse por estar cubierto con el embozo, sus ropas eran las mismas.

El noble caballero, al ver aquello, sintió que sus ojos se cerraban, y las orejas le zumbaron.

La ira, el odio y la indignación le ahogaban, y en poco estuvo que no viniera al suelo.

Sin darse cuenta exacta de ello tiró de la espada y arrojose sobre el ilustre amante de su esposa.

Don Juan había escuchado hasta entonces con calma aquella relación; pero al llegar esta a tal estado, levantose rápidamente de su asiento y gritó:

—¡Mientes, miserable bandido! Y de seguro que a conservar yo la espada que los tuyos me han arrebatado, con ella te atravesara el corazón. Mi madre fue una mujer honrada, y jamás manchó con impurezas el limpio linaje de los Sepúlvedas. Tu relación es un burdo tejido de falsedades.

El capitán de los Hermanos de Hierro permaneció tranquilo ante aquella indignación del joven, y después, con acento glacial, le contestó:

—Nadie os dice lo contrario; y si tenéis la suficiente calma para seguir escuchándome, os convenceréis de que en nada quise empañar el puro recuerdo que vuestra madre ha dejado después de su muerte. Lo que os estaba contando era una infernal maquinación de don Fernán Antolínez.

El joven, al escuchar estas palabras, pareció serenarse; volvió a ocupar su asiento y, luego de pasarse la mano por la frente, dijo con voz imperiosa:

—Continuad.

—Hemos abandonado a vuestro padre —continuó diciendo el bandido— en el mismo instante que se arrojaba espada en mano sobre aquel hombre embozado.

Su intención era atravesarle a estocadas; pero antes de que pudiera acercarse a él vio aparecer a cuatro hombres de mal aspecto que también espada en mano le cercaron.

Vuestro padre tuvo que defenderse, y en el entretanto, aquel hombre, que aparecía ante sus ojos como raptor de su honra, escapó por uno de los extremos de la calle.

El librarse de aquellos cuatro jayanes que torpemente le acometían, fue para el señor de Sepúlveda obra de poco tiempo.

Acosados por la espada del caballero, huyeron a la desbandada y a todo correr.

Entonces quedó vuestro padre solo en el centro de la calle, y con el convencimiento de su deshonor.

Cuando al cabo de algunos momentos entró en su casa, sintió tentaciones, inspirado por el furor, de dar de puñaladas a su esposa.

Dirigióse a la cámara de esta, y desde la puerta, sin ser notado, vio un espectáculo que hizo caer el puñal de sus manos y desvaneció el odio en su pecho.

Vuestra madre, que todavía velaba, os tenía en su regazo, y mirándoos cariñosa, rezaba en voz baja, sin duda por el bien de su esposo.

Vos salvasteis la vida de ella, pues el que os dio el ser debilitose a vuestra vista.

Después no sé lo que pasó, ni lo que vuestro padre pensaría.

Lo cierto es que a la mañana siguiente la señora de Sepúlveda, con todos sus servidores, abandonaba el solariego caserón de Burgos para trasladarse a su castillo feudal.

Vuestro padre quedose en la ciudad solo por algunas horas.

Cuando era ya algo entrada la mañana, y el alcázar del conde soberano estaba concurrido por los numerosos caballeros de la corte que acudían a visitar a Fernán González, el señor de Sepúlveda llegó a la puerta de aquel, montado en su corcel de guerra y armado de punta en blanco como si fuera a entrar en combate.

Desmontó, y después, con aspecto altanero, subió la escalera, atravesó las vastas cámaras llamando la atención por su atalaje de todos los cortesanos, y llegó hasta donde estaba el soberano de Castilla.

Este no pudo menos de extrañarse igualmente al ver al caballero con tan guerrero aspecto.

Vuestro padre irguióse ante el conde y le dijo así con ronca voz:

—Habéis empañado el limpio honor de los Sepúlvedas; habéis afrentado en sus tumbas a mis gloriosos antepasados con ayuda de una mujer liviana. El que tal hace no es digno de que los hombres de mi alcurnia y mi brazo le presten obediencia. Desde este instante quedo desligado de todo vasallaje; no os conozco, conde soberano. Además, os odio y os insulto y reto, como felón miserable. ¡Raptor de honras, toma tu merecido!

Y el irritado caballero, al decir esto, despojose de un guantelete de hierro y lo arrojó a los pies del conde soberano.

Fernán González, ante aquel insulto inesperado, quedose lleno de asombro; pero al momento, trémulo de ira, arrojose sobre don Ramiro de Sepúlveda, que en aquellos instantes trasponía los umbrales de la cámara.

—¡A él! —gritó el conde soberano a sus cortesanos—. ¡Coged a ese miserable, que ha de pagar el insulto con su sangre!

Todos se arrojaron sobre vuestro padre; pero este, dando algunos golpes con su espada, logró abrirse paso y llegar a la puerta del alcázar, en donde de un salto montó en su caballo.

Al poco rato salía a todo escape de Burgos, sin que nadie lograra alcanzarle.

El conde Fernán González, después de tan extraña escena, entregose a una desesperación sin límites y juró por su honor que no sería digno de mandar en Castilla si no cortaba dentro de poco la cabeza del señor de Sepúlveda.

La indignación del conde soberano era muy natural, si se considera que el insulto que vuestro padre le dirigió fue injusto.

Fernán González ni conocía a vuestra madre ni jamás había intentado manchar en lo más mínimo el honor de los Sepúlvedas; así es que, por más que reflexionó, no pudo acertar la significación de las altaneras palabras que don Ramiro le había dirigido.

—Ese miserable —se decía el conde— solo ha querido insultarme por orgullo, pues no veo que tenga un motivo formal para ello. ¡Insultarme a mí!, ¡ira de Dios! ¡A mí, ante quien tiemblan muchos poderosos!...

Y después de esto se juraba repetidas veces el no cejar hasta conseguir la total ruina de vuestro padre.

Un hombre había allí al lado del conde soberano que, al contemplar tanta ira e indignación, se sonreía imperceptiblemente.

Este hombre era don Fernán Antolínez.

Para aplastar a vuestro padre necesitaba un colosal peñasco, y este peñasco fue para él el conde Fernán González.

Conocía el carácter violento de don Ramiro y el vengativo e implacable del soberano de Castilla, y creyó que para consumir su venganza nada mejor que arrojar a aquellos dos hombres el uno contra el otro.

Para ello valiose de los más infames medios.

Envió a vuestro padre el pergamino anónimo que ya conocéis, y después, aprovechando el prestigio que tenía el alcázar condal, sacó por la noche del guardarropa de Fernán González el traje que este más acostumbraba usar.

A fuerza de oro había logrado conquistar a un criado de la casa de los Sepúlvedas, y mediante este auxiliar pudo esconderse en aquella y salir ante la vista de vuestro padre, procurando imitar todo el continente y ademanes del conde soberano.

—¡Cómo! ¿Qué decís? —interrumpió en aquel instante D. Juan de Sepúlveda—. ¿Aquel hombre disfrazado era Fernán Antolínez?

—Tal como lo oís —continuó el capitán de los Hermanos de Hierro—. Solo el padre de vuestra amada, a pesar de su santidad, es capaz de urdir una trama tan infernal. Después ya sabéis lo que sucedió. El terrible deseo de Antolínez llegó a realizarse.

Vuestro padre se encerró en su castillo negando la obediencia al conde soberano y declarándose independiente.

Fernán González envió una mesnada y un verdugo para que se apoderaran del castillo y fuera cortada la cabeza del señor de Sepúlveda.

El deseo del conde soberano no se cumplió en todas sus partes.

El castillo fue tomado por asalto a los pocos días y sus defensores pasados a cuchillo; pero no fue ejecutado don Ramiro porque, acompañado de vuestra madre, que os llevaba en brazos, escapó por una mina subterránea.

Errantes y recelosos atravesasteis parte de Castilla, entrando después en el reino de León, en donde permanecisteis muchos años.

Vuestro padre, temeroso del conde Fernán González, y maldiciéndole a cada instante, fijó su vivienda en un espeso bosque, y allí tuvo que dedicarse a leñador para poder ganarse la subsistencia.

Allí crecisteis vos sin otro cariño que el de don Ramiro; pues vuestra madre murió al poco tiempo, no pudiendo sufrir aquella vida azarosa ni las injustas recriminaciones de su esposo.

De entonces a ahora han transcurrido muchos años. Hoy sois un hombre y de vuestra vida del bosque solo os quedan dos recuerdos.

El de vuestro padre muerto en una noche tempestuosa, en una mísera cabaña, sin otro auxilio que el que podíais prestarle vos, que entonces teníais quince años, y el de los tristes consejos que os dio a la hora de la muerte.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó don Juan.

—Aquí lo sabemos todo, joven; y en prueba de ello voy a deciros cuáles fueron las últimas palabras de don Ramiro. Os aconsejó que huyerais de la amistad de los condes de Castilla, y que les profesarais siempre un odio a muerte, por ser los causantes de su ruina.

¡Cuán lejos estaba de sospechar en aquel instante el infortunado señor de Sepúlveda, que su desgracia provenía, más que del conde Fernán González, de su antiguo amigo Antolínez!

Tras estas palabras, don Juan y el bandido quedaron silenciosos.

Por fin el primero, mirando fijamente al otro, dijo:

—Cosas tan raras me habéis contado, que no sé si creerlas.

—No os puedo obligar a ello, así es que podéis creer lo que queráis.

—Don Fernán Antolínez es un santo.

—Para mí es un hombre como todos los demás, y aún peor, pues cuando se enfurece tiene la suficiente fuerza de voluntad para llevar a cabo los actos más terribles.

—Es un santo. Toda Castilla sabe lo que le sucedió en la batalla de San Esteban de Gormaz.

—Lo mismo os hubiera podido suceder a vos.

—Un ángel, con su mismo rostro y aspecto combatió por él.

—Y decid: ¿no podría ser yo ese mismo ángel?

—Vos sois un capitán de bandidos.

—Pero, según habéis confesado hace un instante, tengo un rostro casi igual al de Fernán Antolínez, y ya veis que con esta circunstancia bien pude yo cumplir la misma misión que el ángel de San Esteban de Gormaz.

Don Juan quedose silencioso, y de repente exclamó:

—Ante todo, ¿quién sois vos que tan enterado estáis de todo?

—Un capitán de aventureros.

—¿Y no tenéis historia?

—La tengo; pero tanto he procurado olvidarla, que ni yo mismo me la relato por no recordarla.

—Haced un esfuerzo y contádmela.

—Mucho pedís, pero os complaceré; porque mi relación será una prueba de la verdad de los hechos que antes os he dado a conocer.

Ahora me llaman el capitán de los Hermanos de Hierro; pero al nacer mi nombre era Sancho de Antolínez.

—¡Cómo! —exclamó don Juan—. Sois hermano...

—De don Fernán Antolínez —dijo el bandido sin dejar que aquel terminara su exclamación— y tío, por tanto, de vuestra amada, a la que apenas si conozco.

Yo era el hijo segundo, y mi padre destinó a Fernán, por ser el hermano mayor, a la guerra y a poseer el señorío de nuestra casa, y a mí a ingresar en un convento. ¡Rayo de Dios! Cada vez que lo pienso me enfurezco. Hacerme a mí cogulla, ¡a mí, que solo he nacido para repartir golpes en los combates y llevar una vida errante y aventurera!

Cuando conocí la resolución de mi padre prometí al instante no cumplirla.

Y como las exigencias de aquel continuaban, y yo estaba cada vez menos dispuesto a aceptar la sosegada vida del claustro, una mañana cogí de la armería todo un equipo de guerra, bajé luego a las cuabras para

apoderarme de un caballo, y momentos después salí a todo galope por la poterna en medio de la mayor sorpresa de mis servidores.

Aquel día cumplía yo diecisiete años; pero a pesar de mi corta edad, era tan valeroso y fornido como un escudero, pues la vida extraña y casi salvaje que hice en mi niñez me había dado una fuerza extraordinaria.

En mi camino no tuve rumbo fijo.

Solo procuraba el alejarme cada vez más de mi padre, y con este propósito, y gastando el poco dinero que al escaparme me había procurado, fui pasando de reino a reino hasta llegar a Francia, donde por entonces eran también muy frecuentes las guerras.

Entré al servicio de varios señores feudales, guerreé sin descanso, y en una batalla recibí tantas heridas que mis compañeros me dieron por muerto, dejándome abandonado sobre el campo de combate.

Por fortuna, algunos buenos hombres, especie de bandidos y merodeadores a un tiempo, me encontraron tendido sobre un charco que formaba mi sangre, y cuando ya se disponían a despojarme de mi armadura, notaron que mi corazón aún latía, y llevados de una piedad algo extraña en ellos, me recogieron y condujéronme a su guarida, en donde al cabo de muchos días y gracias a sus cuidados recobré la salud.

Una vez bastante fuerte para poder luchar, y gustándome en extremo la vida errante de aquellos hombres, entré a formar parte de la banda, de lo cual, merced a mi valor y osadía, logré hacerme jefe al poco tiempo.

Para alcanzar tal puesto, para mí muy honroso, tuve que valerme de un tremendo medio.

Una noche, en que nos repartíamos el botín de una correría, trabeme de palabras con el capitán, y no pasó mucho tiempo sin que los dos sacáramos las espadas y yo le atravesara el corazón de una estocada.

Así que me puse a la cabeza de mi gente, pasé con ella a España.

Una vez aquí, comencé a observar con mis compañeros una conducta muy fructuosa. En tiempos de guerras poníamos nuestras lanzas a sueldo, y en los de paz nos dedicábamos a robar viajeros.

Pronto la fama fue repitiendo por todas partes nuestras proezas, y esto fue motivo más que suficiente para que en tropel acudieran a alistarse en mi banda hombres de corazón duro y fuerte brazo.

Y esta engrosó de tal modo que tuve necesidad de formar la Hermandad de Hierro, tal como hoy es.

Mediante ella soy un poderoso que no temo a ningún rey de la tierra, por lo mismo que soy independiente y puedo desafiar impunemente sus iras.

Si me place, me río del conde soberano de Castilla, y puedo talarle los campos o incendiarle sus villas, cosa que jamás he hecho, pues nunca olvido que soy castellano y, por lo mismo, allá en el fondo de mi pecho guardo cierta veneración a los valientes soberanos de mi patria, y descargo siempre mis rencores sobre los reyes vecinos.

Tengo espías en todas partes que investigan lo que yo les mando, y desde este rincón sé todo lo que pasa en Castilla.

No soy un hombre honrado, lo confieso: he cometido crímenes, he robado; pero puedo aseguraros, joven, que hay en el mundo muchos que son peores que yo.

Tal es mi historia, don Juan; y aquí tenéis a Sancho de Antolínez que, criándose para fraile, ha logrado, merced a su valor y su audacia, el disponer a todas horas de dos mil lanzas, cosa que no poseen muchos reyes de la tierra.

—En verdad que vuestra historia es también interesante —dijo don Juan.

—Os lo hubiera sido más a relatarla detalladamente y con todos sus episodios. Pero... ¿en qué estábamos? ¿Qué os quería yo demostrar al relataros mi vida?

—La fingida santidad de don Fernán Antolínez.

—Es verdad; mi hermano solo me debe el ser santo a mí. ¿Recordáis lo que sucedió en San Esteban de Gormaz? Mientras mi hermano se ocupaba en oír devotamente una misa, un hombre igual a él en todo combatía con los alarbes de una manera tan esforzada, que a él debió la victoria más que a nadie el ejército de Castilla.

—Aquel hombre era un ángel.

—Aquel hombre era un bandido, pues era yo. En aquella ocasión, como en otras muchas, yo, acompañado de algunos de los míos, seguía al ejército de Castilla, y presencié cómo este salía de sus reales para acometer a las mesnadas sarracenas. Si me preguntáis por qué seguía al ejército del conde soberano, os diré que en él servían a sueldo, entonces, la mayor parte de los Hermanos de Hierro, y por lo tanto me convenía el vigilarlos de cerca.

Cuando al despuntar el día los escuadrones castellanos salieron con dirección a San Esteban, yo noté, con gran extrañeza, que entre los caballeros que rodeaban a Garci-Fernández no marchaba mi hermano.

Por más que pensé no pude explicarme aquella ausencia.

Volví otra vez al lugarejo en donde sentaba sus reales el ejército castellano, y busqué por todas partes a mi hermano, con el fin de librarle de la deshonra que sobre él caería, si es que dejaba de asistir al combate.

Pero por más que hice no pude encontrarle.

La batalla había empezado ya y desde el lugarejo oíase su estruendo.

En aquellos momentos estaba verdaderamente desesperado, pues yo no podía consentir que un Antolínez dejase de acudir al combate.

De pronto, en la plazoleta de la iglesia, tropecé con los escuderos de mi hermano que tenían de la rienda su corcel de guerra y le guardaban la armadura.

Al ver aquello ocurrióseme una idea que puse inmediatamente en práctica.

Era preciso que un Antolínez tomase parte en el combate, y ya que no mi hermano, quería ser yo.

Despojeme de este capuchón que siempre me cubre el rostro cuando estoy fuera de esta cueva, y presenteme a la vista de los escuderos.

Estos, inmediatamente engañados por mi parecido con don Fernán, me tomaron por él y se apresuraron a vestirme la armadura.

Momentos después llegaba yo al lugar del combate en el mismo instante que los castellanos eran derrotados y el conde soberano se batía a la desesperada.

En aquel momento me sentía con fuerza sobrehumana. Iba a combatir por primera vez por mi patria y no por señores extraños. Además me encargaba de salvar el honor de mi hermano.

Yo no sé lo que por mí paso. Clavé los acicates a mi caballo, y como un torbellino me lancé en medio de la pelea, dando golpes a diestro y siniestro con brazo incansable.

Mediante mi empuje y el de algunos que me siguieron, el ejército alarbe quedó desbaratado y el de Castilla, victorioso.

Yo perseguí a los sarracenos hasta la otra parte del Duero, y una vez allí bajé del caballo, que dejé abandonado lo mismo que mis armas.

Después retireme a estas fragosidades para seguir mi vida de bandido y con la gran satisfacción de haber velado por el honor de mi familia.

Luego he sabido que a mi hermano, de resultas de aquel suceso, le han declarado casi santo, y que a mí se me ha confundido con un ángel, cosa de la que he reído bastante.

Esto es, en pocas palabras, lo que sucedió en San Esteban de Gormaz; con que ya veis adónde queda la santidad de don Fernán, y si este no es un hombre como todos los demás y aun con malas pasiones que no son muy comunes.

—Nada me prueba —dijo don Juan— la veracidad de lo que decís, pero no sé por qué tengo confianza en vos y os creo. Mas decid: ¿qué os mueve a decir tales cosas contra un hermano?

—Yo le odio desde pequeño, como odio a todos aquellos que atacan a su enemigo en la sombra y no tienen el carácter franco y decidido. Además, tengo algunos otros motivos para no quererle. A sus intrigas para con mi padre debí el que de pequeño me destinaran a un convento. Él sabía que yo jamás llegaría a ser monje, y con tales maquinaciones acariciaba el deseo de que yo huyese de mi casa para no volver nunca. Es un hipócrita temible.

Tras estas palabras reinó un largo intervalo de silencio, que don Sancho interrumpió, por fin, diciendo:

—Yo, que vivo aislado y sin cariño de nadie, amo a mi sobrina María, vuestra amada. Pocas veces la he visto, pero esas me han bastado para conocer que es una joven tan hermosa de alma como de rostro. Vos la queréis hacer vuestra esposa, y yo, que la amo como a una hija, no puedo menos de ayudaros.

—¿Queréis darme vuestro apoyo para que consiga su mano?

—Sí, don Juan; os ayudaré y de seguro que María será vuestra esposa. Os he revelado el secreto de la enemistad que os profesa don Fernán, para que no extrañéis el que se oponga a vuestro matrimonio con todas sus fuerzas. No temáis; le venceremos.

—Pero, ¿y mi padre? ¿Y el juramento que le hice al morir de que le vengaría del que fue causa de su ruina? Yo creía que este era el conde Fernán González, y como ya es muerto, mi odio había amenguado un tanto. Pero ahora que sé por vos que existe el causante de la desgracia de mi padre, quiero vengarme, ¡qué digo vengarme!, ansío hacer trizas a ese miserable que fraguó nuestra ruina.

—Calmaos, don Juan; han pasado ya muchos años desde entonces, y los odios deber ir borrándose junto con el tiempo. El derramar sangre, aunque sea la de un enemigo, no influye en nada de lo que ya fue.

—No son vuestras palabras propias...

—Ibais a decir de un capitán de bandidos; acabad. Pues bien, si tales cosas os digo es por experiencia propia. Yo tengo mucha sangre sobre mi conciencia, y por lo mismo seré siempre un infeliz. Además, ¿vos no amáis ahora a María?

—Tanto como antes.

—¿Y queréis basar vuestra felicidad sobre un charco de sangre? Creedme, es mejor que persistir en vuestros odios hacer que el amor sea el medianero que acabe con aquellos; de este modo lograréis la felicidad.

—¿Y qué queréis que haga?

—Para deciros eso os he mandado traer aquí, y tal ha sido mi propósito al revelaros tan viejas historias. Por no sé qué oculto sentimiento sois de mi agrado, y quiero conquistar vuestra dicha y la de mi sobrina. Para que alcancéis la mano de esta última es preciso abandonar ante todo esa posición miserable.

—¿Cómo lograrlo?

—Presentaos al actual conde soberano; es un joven noble y generoso, y de seguro que olvidará, para favoreceros, las ofensas que su heroico padre recibió del vuestro.

—Esa proposición es algo denigrante para mí y jamás la pondré en práctica.

—¡Bah! Tiempo tenéis para reflexionar sobre ella, y creo que al fin comprenderéis su conveniencia. Pensad que por tal camino podéis llegar a ser el esposo de María.

—Y si llegara a ser otra vez el señor de Sepúlveda, ¿qué más podría suceder?

—Eso ya lo veríamos después. No nos faltaría algún medio para ablandar el corazón de mi hermano, a quien todos tienen por santo.

—Muy grave es lo que me proponéis, don Sancho. Yo prefiero seguir siendo un miserable balletero a tener que implorar el favor de los dos enemigos de mi padre.

—No os exijo una contestación inmediata, pero os aconsejo que reflexionéis con detención mis palabras.

Después de decir esto los dos hombres quedaron silenciosos.

De pronto dijo don Sancho después de fijar su mirada en el rostro de su interlocutor:

—La noche está ya muy avanzada y no tardará mucho en amanecer. Acostaos y dormid, que mañana tiempo tendréis para reflexionar lo que mejor os convenga.

—¿Y vos no os acostáis?

—Yo tengo por costumbre huir de la luz; así es que prefiero vivir de noche. De día duermo unas cuantas horas. Pero seguidme; voy a servirlos de guía y conducirlos al lecho que os destino.

Tras estas palabras, los dos hombres se levantaron de sus asientos, y enlazados del brazo, salieron de la estancia.

Ruy el juglar, a través del agujero, escuchó el ruido de sus pasos al alejarse.

Después no oyó nada.

Capítulo VII

El conde soberano

LA luz indecisa de la aurora batallaba con las tinieblas de la noche.

En el cielo todavía brillaban estrellas, aunque algo amenguadas por la naciente claridad, y allá en el horizonte, por encima de las cumbres de las montañas, iba desarrollándose paulatinamente una faja de luz pálida.

La luna había acabado de desaparecer.

Una densa bruma se esparcía por el espacio, y los altos montes, las agudas rocas y los copudos árboles se borraban y perdían poco a poco sus contornos como el paisaje de una linterna mágica que se disuelve a los ojos del espectador.

El crepúsculo matutino parecía anunciar un día frío, uno de esos días de invierno en que el sol cruza por el cielo sin avistarse ni remotamente con la tierra.

Las hogueras que ardieron toda la noche junto a las cuevas de la Hermandad de Hierro habían ido apagándose, y junto a sus humeantes tizones veíanse tendidos un buen número de bandidos entregados al sueño y envueltos en sus tabardos para preservarse del frío.

Solo a alguna distancia de las cuevas estaban despiertos algunos hermanos que, inmóviles como estatuas y apoyados en sus ballestas, vigilaban para evitar una sorpresa.

El crepúsculo fue poco a poco avanzando hasta convertirse en día.

La bruma se desvaneció un tanto y se aumentó la luz, aunque siempre pálida e indecisa.

Un hombre apareció en la entrada de la cueva más grande.

Era el capitán de los Hermanos de Hierro y llevaba el rostro cubierto por un amplio capuz.

De este modo se presentaba siempre don Sancho, y solo los más antiguos de la banda lograban verle la faz cuando entraban en su habitación.

A la puerta de la cueva se detuvo un instante, y después acercó a sus labios una corneta de marfil que llevaba pendiente del cuello.

Un toque extraño y agudo resonó en el espacio, y fue a perderse en los ecos de las montañas y de las cuevas.

Aquello fue como una mágica señal.

Los bandidos que estaban acostados junto a las hogueras se levantaron, aunque desperezándose, y fueron a agruparse a corta distancia de don Sancho.

Momentos después, por las bocas de las cuevas salían verdaderos raudales de hombres.

En un instante llenose la gran plaza que se extendía frente a aquellas.

Aquel inmenso grupo presentaba un conjunto híbrido al par que original.

Allí se veían rostros de todas clases, unos graves y ceñudos y otros sonrientes y apicarados.

Los trajes eran diversos, las armas también, y en el tipo de todos aquellos hombres se veían diferencias de raza y nacionalidad.

El bandido atlético que la noche anterior recibió el grupo que conducía al juglar avanzó hasta colocarse junto a don Sancho.

Era el segundo jefe de la banda.

—¿Están todos? —preguntó aquel.

—No, capitán. Aún no han vuelto los doscientos hombres que marcharon al reino de León para devastar las posesiones de ciertos señores feudales.

—¿Ha ocurrido algo esta noche?

—Sí. Ahí dentro tenemos encerrado a un joven que los nuestros encontraron cerca del lugar en donde apresaron al otro.

—¿Quién es?

—Un juglar de los que ganan la vida cantando y tañendo la tiorba.

—¿Y decís que lo encontraron...?

—En el mismo lugar que al otro, cerca del castillo de Antolínez. Deben ser los dos jóvenes amigos, pues el montero fue sorprendido mientras tañía una tiorba, y el juglar, a pesar de su profesión, no llevaba instrumento alguno. Sin duda él es el dueño de la tiorba y se la prestó al otro.

Don Sancho, al oír esto, quedose un instante pensativo, y luego dijo a su lugarteniente:

—Que conduzcan a ese juglar ante mi presencia.

Cuatro hombres se internaron corriendo en la cueva grande.

Momentos después volvían, llevando en medio a Ruy.

Este estaba pálido por el cansancio y el sueño, pero marchaba con una dignidad impropia de su situación.

Sus ojos miraban con arrogancia a todos aquellos rostros feroces.

Cuando estuvo frente a don Sancho cruzose de brazos, e irguiendo su cabeza con altivez, fijó su mirada en aquellos ojos que se veían a través de las aberturas del capuz.

—Joven —dijo el bandido con acento grave—, yo soy el capitán de los Hermanos de Hierro, en cuyo poder estás, y has de decirme la verdad en todo cuanto yo te pregunte.

—Jamás acostumbro a mentir.

—Lo celebro. Empieza, pues, a contestarme. ¿Conoces tú al montero a quien anoche aprisionaron al mismo tiempo que a ti?

—Sí; ese joven no es lo que parece. No es un montero, sino un noble, y se llama don Juan de Sepúlveda.

—¿Es amigo tuyo?

—No lo conozco más que desde anoche.

—¿Y cómo sabes que es un noble?

—Del mismo modo que sé que es el amado de doña María Antolínez y que el padre de esta causó la ruina de su padre.

—¡Vive Dios, que sabes mucho!

Ruy fijó con insolencia, cada vez más creciente, sus ojos en su interlocutor, y le dijo:

—Pues todavía sé más.

—Ten cuenta con lo que dices, juglarcillo, que hay cosas que por saberlas conducen a los hombres a ser ahorcados. ¿Cómo sabes todo eso?

—Porque lo he oído de vuestros labios anoche.

—¡Ira del cielo, que no comprendo lo que dices! Creo que te burlas y lo vas a pasar mal. ¿Sabes con quién hablas?

—Sí. Con don Sancho de Antolínez, noble y bandido al par.

Al escuchar estas palabras, el capitán de los Hermanos de Hierro conmoviose profundamente. Avanzó algunos pasos, y casi tocó con su capuz el rostro del juglar.

Alrededor de los dos hombres, los bandidos contemplaban con curiosidad la escena.

Don Sancho quedose algunos instantes silencioso, y sus ojos brillaron como ascuas de fuego a través del capuz.

Aquel detalle era muy conocido de sus compañeros y sabían su significado.

Siempre que tal cosa sucedía peligraba la vida de un hombre.

El capitán puso una de sus pesadas manos sobre un hombro de Ruy, y dijo con voz ronca:

—Joven, sabes demasiadas cosas para que yo te permita la vida. El que conoce mis secretos busca la muerte. Disponte a ser colgado de un árbol.

Ruy escuchó con frialdad aquellas palabras, y luego, haciéndose un paso atrás, dijo con voz grave:

—Vos no podéis ahorcarme. Para ello necesitáis de un poder que no tenéis.

—¡Cómo! ¿Qué dices? ¿Que yo, jefe de los Hermanos de Hierro, no puedo ahorcarte? Dentro de un instante te convencerás de lo contrario.

Y don Sancho, al decir esto, hizo a su segundo jefe una señal.

Varios hombres se desprendieron del grupo y fueron acercándose a Ruy.

—¡Basta! —gritó este—. Basta de palabras vanas. ¡Sancho de Antolínez, mira esto!

Y al decir así, el joven entreabrióse el sayo por el pecho y dejó ver un gran medallón de oro groseramente labrado y que llevaba pendiente del cuello.

Don Sancho quedose absorto al verlo.

—¿Qué es esto? —murmuró—. ¡El medallón de Fernán González! ¡El tradicional emblema de los condes soberanos!...

—¡Sí, miserable! —dijo Ruy—. ¡De rodillas ante tu señor! Eres castellano, y por lo tanto, vasallo mío.

Y el joven, apenas hubo dicho esto, volvió su rostro a los bandidos, les abarcó con una mirada altiva y avasalladora, y les gritó con voz de trueno:

—¡Miserables! ¡Descubríos ante mí! Yo soy Garci-Fernández, el conde soberano.

Capítulo VIII

Escena nocturna

LA ciudad de Burgos presentaba de noche aquel aspecto propio de todas las ciudades de la Edad Media.

Apenas las sombras de la noche se esparcían por sus calles, cerrábanse todas las puertas, y solo a través de sus rendijas distinguíase el reflejo de alguna luz.

Cuando las campanas hacían sonar en el espacio el triste toque de cubrefuego³, aquellos vestigios de vida se apagaban, y la ciudad quedaba enteramente muerta.

En las noches que no eran de luna, la obscuridad llegaba a su límite absoluto.

Y como si esto no fuera bastante a impedir que nadie saliera de su casa, en las calles que separaban un barrio de otro cruzábanse grandes cadenas y se cerraban las puertas de los arcos que las cortaban a trechos.

Aquellos obstáculos de que se erizaban las calles tenían por objeto el prevenir los peligros tan propios de una época de fuerza.

Los ladrones y asesinos pululaban lo mismo en el monte que en la ciudad, y evitando la circulación por la noche, se impedía el que aquellos hiciesen de las suyas, al mismo tiempo que se evitaban sangrientas escenas nacidas de pendencias ocasionadas por celos y amoríos.

Pero tales precauciones no llenaban su objeto completamente, pues muchas eran las noches en que los buenos burgaleses oían desde la cama el choque de espadas en la calle, y no era extraño que por las mañanas se encontrase tendido junto a un guardacantón el cadáver de un hombre.

Los robos también menudeaban, pues al parecer era empresa fácil para los ladrones el saltar las cadenas y atravesar los portales. También los amantes sabían vencer tales obstáculos, pues no era raro encontrar, casi pegado a una reja y embozado hasta los ojos, algún apuesto galán entablando pláticas amorosas con su dama.

En resultado final.

A pesar de los obstáculos, todas las noches venía ocurriendo lo mismo en la capital de Castilla.

³ Toque con que las campanas invitaban a los moradores a apagar la luz y el fuego.

El caserío señorial que don Fernán Antolínez poseía en Burgos estaba situado casi en el centro de la ciudad, muy cerca del alcázar del conde soberano.

Era un enorme edificio de obscura piedra, con pocas ventanas y con techos volados, cuyas puntas remontábanse audazmente por el espacio.

Aquel caserón no se excluía de la general costumbre, y apenas se hacía de noche corriáanse los enormes cerrojos de su portón, cerrábanse sus ventanas, y el coloso de piedra quedaba en la obscuridad como dormido.

Nada venía a alterar durante la noche la calma de aquel edificio.

Ni la menor luz se distinguía a través de las vidrieras de las ventanas, ni se escuchaba el chirriar de alguna puerta al abrirse.

Se conocía al momento que para sus habitantes, al mismo tiempo que la noche, venía el sueño.

Sin embargo, en la noche que trasladamos nuestra escena desde las abruptas montañas a la ciudad de Burgos, veíase en el caserón de los Antolínez una cosa desacostumbrada.

Junto a una reja del piso bajo columbrábase en la obscuridad la figura de un hombre embozado. Aun acercándose hasta llegar junto a él, no podía vérsese el rostro, y lo único que distinguirse podía era el extremo de su espada desnuda que asomaba por bajo de la capa.

Escuchábase el rumor de una conversación en voz apagada, y a la otra parte de la reja distinguíase, aunque muy inciertamente, el cuerpo de una mujer.

Aquello era una entrevista amorosa.

Conocíase que eran dos amantes los interlocutores.

De vez en cuando sus manos se estrechaban a través de los hierros de la reja y sus palabras cesaban para dar lugar a los suspiros.

En esta situación permanecían el galán y la dama, y el tiempo, que transcurría con rapidez, no tenía poder para hacer que terminara su entrevista.

La medianoche ya había sonado en las campanas de Burgos hacía mucho tiempo.

El hombre embozado permanecía inmóvil junto a la reja.

De pronto separose un poco de ella y examinó con detención la calle.

Su mirada luchó por atravesar las sombras que la llenaban.

Al galán le había parecido oír pisadas al extremo de la calle.

Pronto conoció que su oído no le había engañado.

Sobre el pavimento de la calle sonaban sordas y lentas las pisadas de algunos hombres que, al parecer, se acercaban.

De pronto aquellos pasos cesaron.

Sin duda los que se acercaban habían adivinado, en la obscuridad, la presencia del galán; y como no era lo más común el encontrarse con gente en las calles de Burgos, se preparaban con siniestros fines.

El embozado amante, apenas cesaron aquellos pasos, dijo en voz baja algunas palabras a su dama, y la reja se cerró sin estrépito.

Durante algunos instantes reinó completo silencio.

El galán sacó por bajo del manto su diestra que empuñaba la espada.

Apenas tal hizo, cuatro hombres surgieron de la obscuridad a pocos pasos de él.

Sus espadas brillaban en la sombra, e iban también envueltos en oscuros mantos que apenas si delineaban los contornos de sus cuerpos, dándoles el aspecto de tétricos fantasmas.

El amante apoyó su espalda en el muro, y allí aguardó en actitud defensiva.

Uno de los embozados le dijo con cavernosa voz:

—Vuestra bolsa, señor, y os dejamos en paz.

—Pasad adelante —contestó el aludido, que no era otro que don Juan de Sepúlveda—. Soy demasiado pobre para regalaros mi dinero. Marchaos si no queréis probar el filo de mi hierro.

Aquellos hombres, por toda contestación, cayeron sobre el joven noble, y sus espadas le acosaron por todas partes.

Don Juan, a los primeros golpes, conoció que se las había con consumados espadachines que lograrían acabar con él.

Las puntas de aquellos hierros continuamente amenazaban su pecho, y apenas si tenía suficiente tiempo para desviarlas.

Los golpes que los cuatro hombres le dirigían eran cada vez más fuertes y certeros.

Solo a su gran habilidad en el manejo de la espada debía don Juan el no haber caído atravesado por las primeras estocadas.

Pero el joven noble comenzaba a conocer que, de todos modos, iba a sucederle aquello.

Su brazo se rendía por el cansancio que venía a producirle el tener que parar tan furiosos golpes.

Varias veces estuvo a punto de ser desarmado, pues al tirarse a fondo, sus acometedores casi le arrancaban la espada de las manos.

Don Juan se dio por muerto, pues abrigó la seguridad de que de un momento a otro le enclavarían contra el muro.

Con mirada angustiosa tendió su vista alrededor por ver si aparecía en la calle alguien que viniera en su auxilio.

Pero aquella estaba solitaria.

El joven noble sintiose víctima del abatimiento.

Su brazo, cansado, no podía ya sostener la espada, y su mano, aflojándose, soltaba la empuñadura.

De pronto don Juan oyó un ronco grito de angustia y vio caer a uno de los cuatro hombres.

Tras el caído apareció otro embozado, espada en mano; pero este, en vez de atacar a don Juan, la emprendió a estocadas con los tres acometedores; y estos, llevados de la sorpresa, comenzaron a retroceder.

Entonces don Juan sintiose más animado, y siguiendo la conducta de su salvador, se separó del muro para atacar a aquellos que, momentos antes, ponían en peligro su vida.

Durante algunos instantes, acometedores y acometidos fueron de un lado de la calle a otro, completamente revueltos y dándose furiosos golpes.

Aquello era una terrible pendencia, y solo se oían maldiciones y juramentos al compás del chocar de las espadas que brillaban en la obscuridad como serpientes de plata.

De pronto todo cesó.

Los tres salteadores escaparon a todo correr por un extremo de la calle, el otro quedose tendido sobre un charco formado por su propia sangre, y don Juan y su auxiliar permanecieron en el centro de aquella, todavía con la espada en la mano, como si temieran una nueva embestida.

El joven noble y su incógnito compañero permanecieron silenciosos por algunos momentos, pero, por fin, el de Sepúlveda acercose a aquel, y dándole la mano, le dijo:

—¡Caballero! No sé quién sois, pero os juro que eternamente os estaré agradecido por el servicio que me habéis prestado esta noche.

—No he hecho más que cumplir con el deber que hace tiempo me he impuesto —contestó el aludido—. Vi a un hombre en peligro, e inmediatamente corrí a salvarle.

—Quisiera saber vuestro nombre para reconoceros en toda ocasión y poder agradeceros lo mucho que os debo.

—Yo soy de los que no tienen nombre.

—Igual puedo deciros yo.

—No —contestó el encubierto—. Me engañáis al decirme tal cosa. Vos tenéis nombre, y por cierto bien esclarecido. Os llamáis don Juan de Sepúlveda.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó asombrado el joven.

—Yo lo sé todo; así como tampoco ignoro el motivo que os trae a Burgos. Amáis a doña María Antolínez, y hace un instante estabais hablando con ella a través de esa reja.

—¿Sois el diablo?

—No, pero sé tanto como él. ¿Cuándo pensáis ir a ver al conde soberano?

—¿Qué queréis decirme con eso?

—Que no habéis puesto en práctica los consejos que anteanoche se os dieron. Para alcanzar la mano de vuestra amada necesitáis, ante todo, solicitar del conde soberano que os reconozca como a noble de Castilla y os devuelva vuestro antiguo señorío.

—Caballero, no sé qué pensar de vos. Debéis ser algún espíritu infernal cuando tan enterado estáis de cosas que han sido tratadas con el mayor secreto. ¿Quién sois? Vuestra voz no me es del todo desconocida.

—Tal vez me hayáis visto en otra ocasión. Y en cuanto a quién soy, solo os diré que me intereso por vos, y deseo que cuanto antes volváis a tener la jerarquía que os corresponde.

—Es muy difícil eso. El conde soberano acogerá mal mis pretensiones, recordando antiguos insultos que su padre recibió del mío. Además, los que están en la cumbre, para nada se acuerdan de los que tienen bajo sus pies.

—No lo creáis, Sepúlveda. El conde Garci-Fernández conoce toda la verdad de lo sucedido entre su padre y el vuestro, y se halla muy inclinado a perdonar en vos las faltas de don Ramiro.

—Gran personaje debéis ser cuando tan enterado estáis de lo que el conde soberano piensa.

—Tal vez no andéis desacertado al hacer tal suposición.

—Entonces, caballero, voy a atreverme a pedir un favor.

—Hablad, don Juan.

—Yo quiero hablar con el conde soberano tan solo porque de este modo tal vez logre la mano de mi amada. Por lo demás, creedme que me repugna el comparecer ante su presencia. ¡No puedo olvidar que su padre degradó al mío, obligándole a convertirse de poderoso señor en humilde leñador!

—No apruebo vuestra altanería.

—Tal es mi carácter, hablándoos con verdad. Varias veces he intentado el presentarme en el alcázar de Garci-Fernández, y siempre mis pies se han negado a obedecer la voluntad. Tener que presentarme en la

mansión del conde soberano como un miserable vagabundo, y solicitar de sus criados que me dejen libre el paso, es deshonoroso para un hombre de mi alcurnia, para un Sepúlveda, que tiene por antecesores una legión de héroes.

—¿Y qué es lo que queréis de mí?

—Caballero, no sé si decíroslo —murmuró con humilde acento don Juan—. Voy tal vez a importunaros, pero no importa. Sois generoso y noble, como lo habéis demostrado hace un instante salvando mi vida, y con tales condiciones los hombres están siempre dispuestos a favorecer a sus semejantes que necesitan de apoyo.

—Decid lo que queráis sin reparo alguno, que yo os juro que si lo que pedís está en mi mano, cumpliré vuestro deseo inmediatamente.

—A juzgar por vuestras palabras de antes, sois poderoso y gozáis de la confianza del conde soberano.

—Más de lo que creéis.

—Presentadme, pues, mañana a él. Os pido que me ayudéis contra mi orgullo de raza, que se subleva siempre que pretendo avistarme con Garci-Fernández. Si no me favorecéis, creed que nunca haré esto, aunque mi terquedad me cueste el perder a mi amada.

—Don Juan, contad con mi apoyo.

—Yo quiero evitar en lo posible el presentarme ante el conde soberano como un miserable que solicita perdón.

—Hablad más claro. Vos, llevado de vuestro carácter, queréis tratar con el conde soberano de igual a igual, y no consentís que vuestra presentación tenga el menor parecido con la del vasallo que vuelve sumiso.

El joven Sepúlveda quedose algunos instantes silencioso, y por fin dijo:

—Habéis adivinado mi pensamiento.

—Algo difícil de conseguir es lo que pedís —contestó el desconocido—; pero la bondad de Garci-Fernández es tanta, que de seguro asentirá a vuestro deseo. Yo se lo pediré encarecidamente.

—¡Oh!, gracias caballero. No sé cómo manifestaros mi agradecimiento. Os debo la vida, y ahora os deberé también el que recupere mi antiguo linaje.

—El conde soberano echa en olvido los odios pasados, y solo desea que todos los hijos de Castilla le estén agradecidos.

Tras estas palabras reinó un largo intervalo de silencio.

El incógnito interlocutor dijo por fin a don Juan:

—¿Pensáis permanecer en este sitio?

—No —contestó el joven noble—. Mi amada debe haberse retirado al escuchar el ruido de la pendencia.

—No lo creáis. Yo veo bastante en la obscuridad y me parece distinguir que la reja se halla entreabierta. Vuestra amada, sin duda, nos escucha. Despedíos de ella, y después marchémonos. Yo os acompañaré hasta vuestra casa.

Don Juan acercose a la reja, tras la cual estaba María; habló con esta algunos instantes, y después acercose al embozado, diciéndole:

—Vámonos cuando queráis.

Los dos hombres comenzaron a andar y a los pocos momentos salieron de la calle.

El acompañante de Sepúlveda preguntó a este:

—¿Dónde vivís, don Juan?

—Cerca de aquí. En la hostería de El Buen Burgalés.

—Vamos allá. Yo os acompañaré hasta su puerta, pues tengo la seguridad de que solo no lograréis llegar a ella en toda la noche.

Los dos hombres siguieron andando, y ya no se cruzó entre ellos la menor palabra.

Atravesaron algunas estrechas y desiguales calles que formaban intrincados zigzags, y de pronto, al entrar en una más ancha, se encontraron con que les cerraba el paso uno de aquellos portales de que hemos hablado al principio de este capítulo.

—¡Por Cristo —dijo Sepúlveda a la vista de aquello—, que no había yo contado con tal impedimento! Cuando hace ya algunas horas he ido a hablar con mi amada, he encontrado este portal abierto, y como soy forastero en Burgos, no creí encontrarlo cerrado. ¿Qué hacemos ahora, caballero?

El preguntado, por toda contestación, acercose al portón, y sacando su brazo por debajo de la capa introdujo en la cerradura una llave.

La puerta se abrió y los dos pasaron al otro lado de la calle.

El desconocido volvió a cerrarla por el lado opuesto, y después de guardarse la llave, continuó su marcha silencioso.

—Cada vez —dijo de pronto don Juan— creo más que sois un poderoso personaje, pues abris sin ninguna dificultad las puertas, cuyas llaves, a lo que creo, solo tiene el conde soberano.

El embozado no contestó nada y siguió caminando.

A pesar de que su rostro no podía distinguirse en la obscuridad, veíase, por lo cabizbajo, que estaba pensativo y que en su magín se revolvía alguna oculta idea.

Después de caminar por un corto espacio de tiempo, los dos se detuvieron frente a un caserón de no muy bella apariencia.

—Aquí es vuestro alojamiento —dijo entonces a don Juan su incógnito acompañante—. Mañana en las primeras horas presentaos a la puerta del palacio condal, y allí encontraréis un escudero que os conducirá ante la presencia del conde soberano.

—Gracias, caballero. Pero os ruego que antes de marcharos me digáis vuestro nombre. Quiero conocerlo para demostraros de algún modo mi agradecimiento.

—No os lo digo ahora; pero perded cuidado que ya lo sabréis.

—Debo haberos visto otra vez, pues vuestra voz no me es desconocida.

—Puede que os equivoquéis. Pero... ¡quedad con Dios! Tal vez os estarán aguardando ahí dentro.

—No; únicamente está en la hostería un escudero que me es fiel hasta en los días de adversidad, el buen Fortún.

—Le conozco también. ¡Adiós don Juan! Mañana os esperará el conde soberano.

Y el embozado, después de decir estas palabras, se alejó calle abajo, mientras que el de Sepúlveda llamaba a la puerta de la hostería.

El joven noble estaba admirado del conocimiento que aquel hombre extraño demostraba tener de todas sus cosas, y por más reflexiones que se hacía no lograba adivinar ni remotamente quién pudiera ser.

Capítulo IX

El horóscopo

EL incógnito embozado, como antes hemos dicho, después de separarse de don Juan siguió caminando por la calle abajo.

Cada vez iba más pensativo, y no parecía cuidarse de los peligros que ofrecía el andar a aquellas horas y con tal obscuridad por las calles de Burgos.

Con paso apresurado atravesó algunas de ellas, y merced a aquella llave de que ya antes se había valido, pudo ir salvando todos los obstáculos que a su paso encontraba.

Poco a poco fuese alejando del centro de la ciudad, e internándose en la red de callejuelas que formaban los miserables barrios que estaban ya adosados a las murallas.

El desconocido ya no pasaba junto a suntuosos caserones, y a una parte y a otra solo veía miserables casuchas de techos bajos y agrietados y de muros de tierra.

Conocíase que en aquellas callejuelas solo habitaban judíos, rufianes y todas aquellas clases de gente extraña que formaban la hez de la sociedad de aquella época.

El embozado se internó, por fin, en una callejuela tan estrecha, que solo con extender los brazos podía tocar los muros de ambas partes.

En algunos instantes la atravesó en toda su longitud, y al final encontrose con un muro tan alto que su cima se perdía en la densa obscuridad.

Aquello era una parte de las murallas de Burgos.

Allí terminaba la ciudad.

El desconocido colocose entonces junto a la mezquina puerta de una fea casucha que, por las desigualdades y grietas de su fachada, semejábese en la obscuridad al rostro gesticulador de una vieja infernal.

—Aquí es —murmuró el embozado.

Y sacando por bajo del manto su diestra armada de la tizona, dio con la empuñadura de esta dos fuertes golpes en la puerta de la casucha.

Las maderas, que por cierto estaban bastante carcomidas por el sol y las lluvias, crujieron como si fueran a romperse, y toda la casa pareció que se conmovía.

—Muy débil es el nido de la bruja —dijo en voz baja el desconocido.

Luego esperó pacientemente a que contestaran desde dentro y abrieran la puerta.

Al poco rato, por las rendijas de esta filtrose una indecisa claridad y sonaron pasos como de una persona que se acercaba.

—¿Quién sois? —preguntó, por fin, desde dentro una voz femenil.

—Abre pronto y déjate de preguntas —contestó con tono imperioso el embozado—. Necesito de ti.

Entonces la puerta se abrió, apareciendo en el umbral una mujer que llevaba una gran lámpara en la mano.

Aquella mujer tenía el aspecto propio de la que se encuentra fluctuando entre la edad madura y la vejez.

Su cuerpo era gallardo, su estatura regular y en el rostro todavía se notaban rasgos de una belleza superior que el tiempo comenzaba a devorar.

Era, en fin, una hermosura que acababa de caer vencida ante la horrible arruga y la implacable cana.

Iba envuelta en una larga túnica blanca, cuyos pliegues borraban todos los contornos de su cuerpo; a la cabeza llevaba una toca del mismo color, y arrollado al cuello un collar de extrañas piedras que lanzaban, heridas por la luz, vivísimos reflejos.

La mujer miró atentamente al recién llegado, levantando su lámpara para que la luz le diera de lleno, y solo vio un hombre embozado hasta los ojos en un negro manto y que llevaba la cabeza cubierta por un birrete de escarlata.

—Entrad, caballero —le dijo después de un corto espacio de contemplación—. Mi ciencia está a vuestro servicio.

El embozado entró en el interior de la casucha, y la mujer cerró la puerta.

El recién llegado miró a su alrededor y vio que se encontraba en una pequeña estancia desmantelada y sin mueble alguno.

La mujer no se detuvo en ella.

Abrió una pequeña puertecita que había en el fondo y la atravesó seguida del embozado.

Los dos penetraron en una cámara de regulares dimensiones que contrastaba con la otra pieza desmantelada que la servía de recibimiento.

Sus muros estaban colgados de paños rojos que formaban grandes pabellones, y a trechos, se veían escritos en ellos con doradas letras de alfabetos misteriosos concisos lemas.

En el centro del techo, un gran murciélago disecado abría sus alas, y en el suelo solo se veían como únicas muebles algunos cojines, un pebetero

vacío y un taburete, sobre el cual se erguía un horrible buitre, que de vez en cuando aleteaba produciendo con sus plumas un seco ruido.

La mujer, apenas entró, dejó su lámpara sobre el mismo taburete que sustentaba al buitre, recogió un libro del suelo, y luego, separando dos cojines del montón que momentos antes le servía de asiento, a juzgar por las huellas que todavía conservaban, los colocó de modo que pudieran servir para el recién llegado, a quien dijo:

—Podéis ya descubrirnos, señor. Sentaos si os place y decidme qué es lo que os trae a la mansión de la hechicera.

El hombre, al oír esto, despojose de su manto, que arrojó a un rincón de la estancia.

Se vio entonces que era un joven apuesto, que vestía un corto sayo de brocado carmesí con franja de oro y calzas de brillante malla.

Su espada tenía una rica empuñadura, incrustada de piedras preciosas, y sobre el pecho ostentaba, pendiente de una gruesa cadena de oro, un medallón del mismo metal.

La mujer abarcó de una mirada el aspecto que presentaba aquel joven, y al fijarse en el medallón dio un agudo grito de sorpresa; y tal fue su temblor, que no pudo menos de caer de rodillas.

—¡Cielos! —exclamó con acento de miedo y sorpresa—. ¡El conde soberano!

En efecto, aquel joven no era otro que Ruy el juglar, o más bien, el conde Garci-Fernández.

Su rostro había perdido aquella expresión juguetona y ligera, propia de un pajecillo, y con la cual lo habíamos presentado al principio de esta narración.

Ahora su continente era el de un hombre grave; su boca no sonreía, y en la frente tenía esa profunda arruga que delata un pensamiento en continua ebullición y un carácter austero y enérgico.

El conde soberano, al oír las palabras de la hechicera, la dijo:

—Sí, yo soy. Levántate, pues; no he venido aquí a que me prestes homenaje.

El joven soberano decía estas palabras con acento tan imperioso, que la mujer levantose inmediatamente.

—Siéntate —continuó diciendo aquel—. Yo vengo aquí como un simple caballero, y deseo que me digas la verdad en todo cuanto te pregunte.

—Hablad, señor. Mi ciencia no miente jamás. Preguntad cuanto gustéis.

—Ante todo, quiero saber si tus predicciones son ridícula farsa o verdades incontestables. Piensa bien lo que me dices, pues si me engañas, ya sabes que en Castilla tengo calabozos de sobra para encerrar en ellos misteriosas hechiceras.

—Señor, no tengo por qué engañaros. Lo que yo prediga a vuestro destino se cumplirá indudablemente. No es mi saber lo que influye en mis palabras, sino el espíritu del porvenir que habla por mi boca.

—Allá veremos si me convences. Pero antes de empezar hagamos una prueba sobre la bondad de tu ciencia.

—Decid, señor.

—Ante todo te mando que te sientes.

La mujer obedeció y el conde soberano sentose también en los cojines que aquella le había separado.

El joven permaneció algunos instantes pensativo, y después, dijo:

—Adivina desde cuándo estoy en Burgos.

—¡Ah, señor! Eso es muy fácil, pues el pasado es para mí un libro que leo de corrido y sin ninguna dificultad. Voy a complaceros al momento.

La hechicera quedose algunos instantes pensativa, y luego comenzó a decir así:

—Hoy a mediodía habéis entrado en Burgos. Hace ya más de un mes que salisteis de él vestido de juglar, y durante este tiempo habéis recorrido Castilla, cumpliendo el deseo de conocer de cerca las necesidades de vuestros súbditos, y al mismo tiempo de procuraros alguna distracción original o alguna aventura que calmase vuestro tedio, pues la vida tranquila del alcázar condal sé que no agrada a vuestro carácter emprendedor.

—Hechicera, dices la verdad —dijo el conde soberano.

—En vuestro viaje —continuó la mujer— os han sucedido muchas cosas. En todas partes os han tomado por lo que parecíais, esto es, por un pobre juglarcillo, y habéis hecho una vida miserable y vagabunda durmiendo en los pajares de las posadas y en los portales de los castillos, y recibiendo limosnas a cambio de vuestros cánticos. Pero, en cambio, habéis visto vuestros dominios tal como son, despojados de esos atavíos con que siempre se adornan cuando llega su soberano. Anoche os sucedieron cosas verdaderamente notables. Unos bandidos os prendieron, y en su cueva supisteis muchas cosas que muy pocos conocen.

—Basta, mujer; me convenzo de la verdad de tu ciencia. Lees perfectamente en el libro del pasado, y tengo completa confianza de que igual harás en el del porvenir.

—Hablad, señor, que inmediatamente seréis obedecido. Decid: ¿qué os trae por aquí?

—Quiero consultarte, y explicándote lo que hace tiempo siento, deseo que me digas si encontraré un remedio.

La hechicera entornó los ojos como para escuchar mejor, e hizo una seña al conde soberano como indicándole que podía hablar.

El buitre había cesado de aletear, e inmóvil en el taburete, parecía adoptar la misma posición que su dueña.

El conde Garci-Fernández comenzó a hablar así:

—Hechicera, yo estoy triste de continuo, y por más que procuro distraerme, no consigo desvanecer esta melancolía que continuamente mora en mi corazón. Yo siento en mi ser como la falta de algo. A mi alrededor todo lo veo solitario, y en el espacio columbro a todas horas una cosa vaga e indefinible, que al cruzar por el espacio, deja tras sí una estela de perfumes y armonías, y que en la noche viene junto a mi lecho a robarme el sueño y ponerme intranquilo, febril y delirante. Me siento casi enfermo y conozco que dentro de mi pecho hay un vacío que es necesario llenar. ¿Puedes decirme lo que es esto?

La hechicera entreabrió sus ojos, que eran negros, luminosos y profundos, y envolviendo al conde soberano en una mirada propia de mujer experta, al par que sonreía, dijo:

—Eso es amor, conde soberano.

—¿Amor? —exclamó este—. ¿Amor? Nunca lo he sentido. Las damas de Castilla jamás han logrado interesarme con sus miradas y hechizos. Hace poco tiempo venía yo hacia esta casucha triste y cabizbajo, envidiando allá en mi interior a los que aman y encuentran una mujer que los adore. Yo no logro que mi corazón palpite ante la presencia de ninguna hermosa. Conozco que este vacío que siento es ocasionado por la falta de cariño; pero por más que miro a mi alrededor, no puedo encontrar la chispa que haga brotar el volcán amoroso en mi ser. Yo pienso, al ver esto, si seré víctima de algún oculto sortilegio, si algún poder misterioso me habrá condenado a buscar eternamente un algo indefinido que me falta, y por lo mismo vengo aquí para que, consultando el porvenir, me digas si algún día podré amar, y quién será la mujer que cautivará mi corazón.

La hechicera quedose algunos instantes pensativa, y, por fin, dijo:

—Conde soberano. Comprendo muy bien lo que habéis explicado. Es indudable que amáis a una mujer que existe; pero si no la encontráis en Castilla es sencillamente porque es una extranjera.

—¿Y quién es? —preguntó Garci-Fernández con ansiedad—. ¿En dónde está? ¡Oh! Dímelo, hechicera, dímelo cuanto antes.

—Tened calma, conde soberano. Yo llamaré en mi auxilio a la ciencia, y de seguro que satisfaré vuestras preguntas.

—Pues haced eso cuanto antes.

La hechicera entonces se levantó y le dijo:

—Conde soberano, vais a ver a la mujer que el porvenir os destina.

Y después de decir esto salió de la estancia, volviendo a entrar a los pocos momentos llevando en la mano un brasero con ascuas que arrojó en el recipiente del pebetero.

Luego metió su mano bajo el taburete que sustentaba al buitre y sacó una pequeña escudilla que contenía unos polvos negros.

La hechicera los arrojó sobre el fuego del pebetero.

Instantáneamente elevose una densa columna de humo que se arrollaba en caprichosas espirales, y por la estancia esparciase un perfume extraño que en los primeros instantes parecía dificultar la función de los pulmones, pero que después hacía más grato el respirar.

El conde Garci-Fernández aspiró con fruición aquel perfume.

La mujer, en tanto, había vuelto a sentarse; pero ahora tenía sobre su hombro izquierdo al feo buitre que, aleteando o erizando sus negras plumas, acercaba su corto pico a la oreja de aquella como para decirle algo.

La hechicera permaneció por algún rato silenciosa.

Tenía los ojos cerrados, y conocíase, por las arrugas de su frente, que reflexionaba profundamente.

De pronto se incorporó y dijo al conde soberano, que la contemplaba atentamente:

—Vuestra mano, señor.

Garci-Fernández extendió su diestra hasta colocarla junto a la lámpara de mano.

Entonces la mujer la cogió por los dedos y se puso a examinar con detención las líneas de su palma.

Después soltó la mano, y cogiendo el libro que momentos antes estaba por el suelo, púsose a leer en sus páginas.

El perfume del pebetero iba, en tanto, esparciéndose cada vez más por la estancia.

El conde soberano, al aspirarlo, sentía que su cerebro se obscurecía, envolviéndose en nubes rosadas, y sus miembros se debilitaban y todo su cuerpo sentía ese abandono propio de una somnolencia voluptuosa.

Su vista se debilitaba y los detalles de la cámara íbanse borrando para él como en una tenue niebla.

Garci-Fernández iba siendo víctima por momentos de aquel dulce sopor.

A pesar de esto no dejaba de ver a la hechicera y su extraña habitación.

El joven soberano vio cómo aquella, en una de las páginas del libro que tenía sobre sus rodillas, trazaba algunas líneas.

La mujer, al hacer esto, parecía haber llegado a lo más profundo de su meditación.

Así pasaron algunos instantes, hasta que, por fin, la hechicera levantose de su asiento, y colocándose en el centro de la estancia, extendió sus brazos con ademán solemne, y después, dijo con grave voz:

—Conde soberano, ya tengo hecho vuestro horóscopo, y por él sé cuál es la mujer que en lo futuro será dueña de vuestro corazón.

Garci-Fernández fue a hablar, y de su boca, por más esfuerzos que hizo, solo pudieron salir algunos sonidos inconexos.

—No os esforcéis —continuó la mujer—. Para nada necesitáis hablar, pues en este instante leo yo perfectamente en vuestro pensamiento. ¿Queréis conocer a la que un día será la esposa del conde soberano de Castilla? Pues voy a cumplir vuestro deseo.

Y esto diciendo, la hechicera fuese al fondo de la cámara y recorrió uno de los grandes cortinajes rojos que cubrían el muro.

Quedó descubierto un colosal espejo de acero bruñido, que llegaba desde el pavimento hasta el techo.

Nada empañaba su tersa superficie, pues por una circunstancia extraña, la estancia, con todos sus mil detalles, no se reflejaba en su oscuro fondo.

El conde soberano contempló con ansia el espejo y nada vio.

Entonces la mujer extendió con ademán imperioso su brazo, murmuró algunas palabras de extraña cadencia, y una gran mancha, semejante a la que deja sobre un cristal el aliento de un ser humano, comenzó a proyectarse en el espejo.

Poco a poco aquella mancha fue delineándose en el bruñido acero.

Paulatinamente se concentró, adquiriendo los contornos suaves y mórbidos de una mujer hermosa.

En la parte superior comenzó a dibujarse un rostro de peregrina belleza, y el resto de la mancha se coloró tomando la forma de un rico y suntuoso traje.

Al poco rato la imagen estaba ya formada, y el conde soberano veía en el fondo del espejo, de pie y en actitud graciosa y seductora, a una mujer de rubia y rizada cabellera, cuyos ojos le miraban con diabólica insistencia.

En aquella mirada adivinábase la tentación y el convencimiento de una superioridad sin límites.

Garci-Fernández, en brazos de aquella somnolencia voluptuosa, no pudo explicarse lo que sintió; pero lo cierto es que su corazón agitóse como para absorber toda la sangre que circulaba por las venas y que todo su cuerpo experimentó un intenso estremecimiento.

En aquella misteriosa figura reconoció a la vaga imagen que motivaba sus tormentos.

La hechicera, en tanto, con los ojos fijos en el conde soberano examinaba el efecto que aquella aparición le producía.

Al notar su estremecimiento no pudo menos de sonreírse orgullosa por el triunfo que su ciencia alcanzaba en aquellos instantes.

—Señor —dijo—, leo en vuestro pensamiento que esa es la mujer en quien mil veces habéis soñado. No tardaréis mucho en conocerla realmente. Preparaos a verla desaparecer por hoy, pues mi saber es insuficiente para retenerla por más tiempo en este espejo.

Efectivamente, la imagen iba borrándose por momentos.

Aquellos contornos fuéronse desvaneciendo hasta formar una incierta mancha, y, por fin, el espejo vino a quedar desierto de reflejo alguno.

Al mismo tiempo que la figura se desvanecía, el extraño perfume que llenaba el espacio de la cámara íbase evaporando.

El conde soberano sufría cada vez menos los efectos de la somnolencia.

El sopor desaparecía, hasta que, por fin, salió de aquel estado de pasividad.

Entonces, aunque algo quebrantado, levantose de su asiento.

La hechicera estaba con los brazos cruzados junto al pebetero, que solo contenía negras cenizas.

—Contéstame —la dijo Garci-Fernández—. ¿Quién es esa mujer? ¿Cómo se llama?

—Solo sé que se llama Argentina, y su padre es un noble francés.

—¿No sabes más de ella?

—No, señor.

—¿Y la veré alguna vez en mi vida?

—Antes os he dicho que muy pronto. Doña Argentina será vuestra esposa dentro de algunos meses.

—Hechicera, me das la vida con tus palabras. Yo te juro que mi felicidad es inmensa en estos instantes. Toma con esto una prueba de mi agradecimiento.

Y el joven soberano, al decir tales palabras, entregó a la mujer una bolsa de cuero que sacó de su escarcela.

La hechicera la dejó sobre el taburete, y en el sonido que produjo al caer sobre este, conocióse que contenía monedas de oro.

Después de esto, el conde tomó su capa del suelo, y embozándose en ella se dispuso a salir.

La mujer cogió la lámpara de mano y se preparó a acompañarle hasta la puerta de la calle.

Al salir de la mágica cámara, Garci-Fernández preguntó a su acompañante:

—¿Cómo te llamas?

—Clodovea, señor.

—Si alguna vez necesitas de mí ven a buscarme. Quiero prestarte el apoyo de mi poder a cambio de tus predicciones.

Clodovea abrió la vieja puerta de la calle.

Una ráfaga de frío aire penetró en la casa, y por poco no apagó la luz de la lámpara.

—¡Dios os guarde, señor!

El conde soberano, sin contestar, salió a la calle, perdiéndose al instante en la obscuridad.

Entonces la mujer cerró la puerta y atravesando aquella desmantelada estancia, volvió a entrar en la cámara.

Apenas entró en ella, uno de los rojos cortinajes sufrió una ligera oscilación.

Después, descorriose y apareció un hombre.

Tras él solo se veía el negro muro y una pequeña puertecita.

El hombre avanzó hasta llegar junto a la hechicera.

La luz de la lámpara diole de lleno en el rostro, y pudo verse que era don Sancho Antolínez, el capitán de los Hermanos de Hierro.

En vez del traje de guerra con que le hemos visto en la montaña, usaba un largo ropón de pieles, llevando además la cabeza descubierta.

Conocióse en él que acababa de levantarse del lecho.

Con mirada avasalladora contempló a la hechicera, y luego, con voz en que se notaba el timbre imperioso de la superioridad, la preguntó:

—¿Quién estaba aquí hace un instante, Clodovea?
—El conde soberano —contestó la aludida con humildad.
—¿Garcí-Fernández aquí? —dijo con extrañeza don Sancho.
—Sí; ha venido, como muchos otros, a que le predijera su destino.
—No le creía capaz de semejante tontería.
—¿Crees acaso misteriosa mi ciencia?
—Ha tiempo que la tengo calificada de tal, aunque no la comprendo.
¿Qué te ha preguntado?
—Quería conocer una mujer que ha tiempo llena su pensamiento.
—¿Y quién es ella?
—Una francesa llamada Argentina.
—¿La conoces tú acaso?
—No; pero mi poder ha sido suficiente para hacerla comparecer ante el conde soberano.
—No sé si creer tus palabras.
—No son mías, sino del destino que ha hablado por mi boca. He levantado el horóscopo de Garcí-Fernández, y por él he sabido que dentro de poco tiempo Argentina será la condesa soberana de Castilla.
—¿Se lo has dicho así a él?
—Sí, pero he callado una parte del horóscopo. Mi predicción no ha sido completa para él.
—¿Y por qué?
—Me lo exigía así el destino para que los sucesos pudieran verificarse.
—¿Y qué es ello?
—Oíd bien y acordaos para que un día reconozcáis la verdad de mi predicción. En el fondo del horóscopo del conde soberano he visto sangre, mucha sangre. Algún día su esposa caerá al golpe de su puñal. Lo dice mi ciencia, que es tan eterna como el mundo y los astros. Garcí-Fernández, al unirse a esa mujer, va a ser presa de una fatalidad.
Después de estas palabras, don Sancho púsose pensativo y Clodovea volvió a sentarse con timidez en los almohadones.
El más completo silencio reinó en la mágica cámara.
Solo de vez en cuando sonaba el seco ruido que el buitre producía con su aleteo.

Capítulo X

Una entrevista importante

EL alcázar del conde soberano no ofrecía en su parte exterior ningún adorno propio del arte.

Era una colosal construcción de piedra completamente aislada por una gran plaza y tres callejuelas, y presentaba un aspecto verdaderamente original por su conjunto extraño y desordenado.

Sus muros, a los que las inclemencias del tiempo habían dado ese color pardusco, verdadero sello de ancianidad, estaban perforados por numerosas ventanas abiertas, sin atender a ninguna regla arquitectónica, y tenían el carácter propio de todas las obras hechas al azar y sin orden alguno.

Sus techos eran desiguales. Unos apuntados que terminaban en agudas agujas; otros redondos como casquetes de guerra, y todos ellos ostentaban penachos de silvestres plantas nacidas entre el verdoso moho que las lluvias habían ido formando.

Los ángulos del alcázar estaban flanqueados por esbeltas torrecillas, en cuyas paredes se abrían estrechas saeteras para el caso de una defensa.

Las ventanas tenían fuertes rejas, y la puerta que daba a la plaza tenía dos recias y pesadas hojas de madera chapadas de hierro.

El alcázar tenía aquel aspecto de guerra tan necesario en todos los grandes edificios de la Edad Media, época de fuerza en que se desconfiaba del vecino y jamás se lograba desterrar el recelo de un ataque o un asalto.

Entonces era necesario para el hombre la coraza que libraba del golpe, y para el edificio, la ferrada puerta o el inaccesible muro que defendía de todo ataque.

Además aquel alcázar convenía a la majestad de los condes soberanos de Castilla.

Esta se encontraba en los primeros tiempos de su independencia, gracias a los esfuerzos de Fernán González, que logró separarla del reino de León; tenía que luchar con los moros por ser estado fronterizo y tener al mismo tiempo que estar siempre ojo avizor con los reyes cristianos, y por lo tanto, sus condes soberanos debían ser hombres de guerra siempre dispuestos a montar a caballo para presentarse en el campo de batalla.

Tal carácter tenían los soberanos de Castilla. No eran reyes entregados a los goces de su corte, sino adalides formados en el fragor de las batallas, y por esto su mansión debía respirar esa grandeza guerrera brutal, si

se quiere, pero severa e imponente. El alcázar condal respondía verdaderamente a tal exigencia.

Conocíase que tras aquellos muros dormía un soldado rudo y enérgico, no un rey afeminado y disoluto.

Aquellos negros paredones jamás habían escuchado rumor de cortesanas fiestas, y los únicos sonidos que habían venido a estrellarse contra su superficie eran el crujir de las armaduras y la alegre canción entonada junto a la mesa después de alcanzar una victoria.

Las cuadras del alcázar no contenían lujosas literas, sino fogosos corceles de combate, y las paredes de los salones, en vez de estar colgadas de suntuosos tapices representando historias de amor, ostentaban grandes trofeos de pesadas armas.

La servidumbre del alcázar era la mejor muestra del carácter del conde soberano.

Por todos lados solo se veían escuderos de rostros fieros y acuchillados, garzones de guerrero continente y pajes de lanza acostumbrados a su tierna edad a los azares del combate.

Las hermosas doncellas, los rubios trovadores y los picarescos juglares no tenían la menor representación entre la servidumbre del alcázar.

El carácter del conde soberano, soltero, enemigo de galanterías cortesanas y amante solo de la guerra y el poder, reflejábase en todo el edificio.

Garci-Fernández tenía, a pesar de esto, su corte, como todos los soberanos; pero esta no dejaba de estar en consonancia con lo antes dicho.

Formábanla caballeros eternamente vestidos de crujiente malla, siempre dispuestos a empuñar la lanza y cubrirse con el casco, y viejos nobles de faz grave y serena, en cuya frente se transparentaba la reflexión y madurez de juicio.

Estos eran los que, todas las mañanas, bien a pie o a caballo, ora solos, ora seguidos de guerrera escolta, llegaban al alcázar y subían a su gran cámara para comparecer ante la presencia del conde soberano, que en la mayor parte de ellos reconocía a los mejores amigos de su padre Fernán González.

A la mañana siguiente de la noche en que pasaron los sucesos narrados en los capítulos anteriores, el alcázar presentaba el aspecto antes descrito.

En la ancha plaza veíanse un buen número de caballos que algunos pajes sostenían por las bridas, y de vez en cuando llegaba algún caballero,

que después de desmontar y separarse de su séquito, pasaba los umbrales de la gran puerta.

La mañana estaba bastante avanzada.

A pesar de lo cruda que era la estación, el cielo estaba azul, sin que nubecilla alguna manchara su pureza, y un sol radiante y esplendoroso lucía en el espacio.

Sus rayos envolvían en una nube de oro al alcázar, dándole un tinte risueño que amenguaba un tanto el aspecto severo y el negruzco color del edificio.

Aquella misma luz hacía centellear los arcos de los caballeros y las armas de los que en la plaza estaban.

Estos eran solamente escuderos y pajes que pacientemente aguardaban, conversando, la salida de sus señores.

A más de estos veíase en un extremo de la plaza y junto a la calle más grande que desembocaba en esta un hombre con aspecto de soldado que en el pecho de su sobrevesta llevaba bordadas las armas que distinguían a la servidumbre del conde soberano.

Aquel hombre, con la diestra apoyada en la empuñadura de su espada, permanecía inmóvil.

A juzgar por la curiosidad con que contemplaba a todos los que a la plaza iban llegando, aguardaba indudablemente a alguien.

De pronto, al ver venir por la calle, en cuyo extremo estaba situado, dos hombres de aspecto humilde, embozados en negros mantos, su rostro se animó con una mueca de satisfacción.

Cuando aquellos dos hombres llegaron junto al escudero, este los detuvo y les preguntó:

—¿Quiere ver alguno de vosotros al conde soberano?

—Yo —contestó el más joven de los dos.

—¿Os llamáis don Juan de Sepúlveda?

—Sí —contestó el joven, que efectivamente era don Juan.

—Pues entonces seguidme.

Los tres hombres atravesaron la plaza, y al llegar junto a la puerta del alcázar se detuvieron.

Don Juan de Sepúlveda volvióse entonces a su acompañante y le dijo:

—Quédate aquí, Fortún. La conferencia será larga, pero no importa; no te separes del alcázar.

Después de dicho esto, el joven noble traspuso el umbral de la puerta precedido del escudero.

Primeramente atravesó una larga crujía, y luego subió por una ancha escalera de piedra, cuya balaustrada ostentaba los blasones de Castilla.

Después entró en una vasta cámara, por la que se paseaban algunos servidores, y últimamente en otra en la que, agrupados y en amigable conversación, veíase a toda la nobleza que formaba la corte del conde soberano.

La entrada del joven en la cámara produjo alguna sensación.

Aquellos nobles, cubiertos con ricas vestiduras y de brillante aspecto, no pudieron menos de extrañarse al notar la presencia de don Juan, a quien no conocían, y que llevaba puesto todavía el traje de miserable montero con que le hemos visto al principio de esta novela.

El de Sepúlveda, sin hacer caso de las miradas un tanto insolentes que aquellos hombres le dirigían, fue a sentarse en el hueco de una ventana, y allí esperó la vuelta del escudero que había desaparecido tras una gran puerta.

Don Juan sufría mucho en aquellos instantes.

Su orgullo de familia no podía menos de sublevarse ante aquellos gestos de extrañeza que hacían los cortesanos al mirarle.

Varias veces, al notar la insolencia con que algunos jóvenes nobles sonreían al mirarle, estuvo tentado de tirar de la espada y retarles; pero el recuerdo de María y la necesidad de avistarse con el conde soberano lograban detenerle.

De pronto la gran puerta que rasgaba el muro del fondo de la cámara se abrió, y el escudero de antes salió por ella.

Buscó con la vista a don Juan, y así que le vio le hizo una señal para que se acercara.

El joven obedeció, y entonces le dijo el criado:

—El conde soberano os espera. Entrad.

Los cortesanos, al escuchar estas palabras, extrañáronse mucho más, y no pudieron menos de manifestar su sorpresa con un prolongado murmullo.

Todos pensaron a un tiempo quién sería aquel miserable montero que lograba ser admitido ante el conde soberano con preferencia a lo más escogido de la nobleza castellana, y por más que reflexionaron no pudieron explicarse tal misterio.

Entre tanto, don Juan atravesaba la gran puerta precedido del escudero.

Este descorrió un pesado cortinaje, y después retiróse.

Don Juan penetró entonces en la gran cámara de honor del alcázar.

Era bastante extensa y estaba adornada con todo el lujo de que era susceptible la época.

Las ventanas estaban cubiertas por vidrieras pintadas que representaban figuras de santos y paladines groseramente dibujadas.

Los rayos del sol, al filtrarse a través de ellas, proyectaban sobre el suelo manchas de luz irisada.

El techo era de riquísimo artesonado, y las paredes estaban cubiertas por luengos tapices, en los que se veían bordadas escenas de guerra que representaban las principales hazañas del conde Fernán González.

El pavimento consistía en una riquísima alfombra de fabricación árabe, sin duda robada a los sarracenos en alguna correría.

Esparcidos por la habitación, sin orden alguno, veíanse un buen número de sitiales y escabeles dorados, cuyos rojos almohadones parecían aguardar a los visitantes.

En el fondo de la cámara, sobre un pequeño estrado, veíase el asiento del conde soberano.

A ambos lados de este y pendientes del muro, se ostentaban dos panoplias de armas, y al lado del condal sillón, colgada también, se veía la armadura que en un tiempo usó Fernán González, y que ahora vestía Garcí-Fernández siempre que entraba en combate.

Al penetrar en la cámara don Juan de Sepúlveda miró a todos lados, y solo vio a un hombre casi perdido en la sombra de un rincón.

Al verle aquel hombre, avanzó al mismo tiempo que decía:

—Acercaos más, don Juan.

Los dos hombres vinieron a encontrarse frente a frente junto a una ventana, cuya luz, llena de extrañas tintas, les envolvió.

El de Sepúlveda, al contemplar el rostro de aquel hombre, no pudo ahogar un grito de sorpresa.

Acababa de reconocer al juglarcillo que algunas noches antes había encontrado en una ermita.

—¿Cómo! ¿Eres tú, Ruy? —dijo con acento de asombro.

—Veo que me recordáis perfectamente —contestó con frialdad el interpelado.

—Caballero —dijo don Juan con voz grave—. Perdonadme que os haya tratado con familiaridad. Os creía un miserable juglar; pero, a lo que veo, sois persona de mucho valimiento en la corte.

—No os engaños.

—Y aun me parece que igualmente sois el que anoche me salvó la vida, obligándose después a proporcionarme una entrevista con el conde soberano.

—Así es.

—Permitidme, caballero —dijo entonces el joven noble con acento respetuoso— que os haga una pregunta. ¿Quién sois vos que tan misteriosamente os ponéis ante mi paso para favorecerme?

—El que tú buscas. Soy Garci-Fernández, el conde soberano.

Don Juan, al escuchar esto, palideció; y fue tal su sorpresa que tuvo que apoyarse en el respaldo de su sitial.

Durante algunos instantes permaneció inmóvil y anonadado.

—Volved de vuestra sorpresa —le dijo en tanto Garci-Fernández—. En dos distintas ocasiones, sin saber que hablabais con el conde soberano, me habéis hecho poseedor de vuestros secretos; así es que no tenéis por qué atemorizaros en mi presencia. Sois mi amigo, y desde este instante quedan borradas las enemistades y odios que reinaban entre mi padre y el vuestro. Una oculta simpatía me atrae hacia vos y estoy dispuesto a haceros todo el bien que pueda. ¿Qué es lo que queréis? ¿Ser un Sepúlveda poderoso y de reconocida nobleza en la corte de Castilla? Pues lo sois desde este instante. ¿Deseáis ser el esposo de María Antolínez? Pues, ¡por Dios!, os juro que no pasará mucho tiempo sin que os unáis a ella. Sí, tened confianza; yo emplearé todo mi poder en ablandar a su padre don Fernán, ese santo hipócrita. Don Juan, no tengáis los ojos bajos en mi presencia. Ya os lo he dicho antes: sois mi amigo, y como a tal con la frente bien alta debéis estrechar mi mano.

Y Garci-Fernández, al decir esto, tendió su mano a Sepúlveda que la tomó murmurando:

—Señor, no sé cómo agradecer vuestra bondad. Anoche me salvasteis la vida, y hoy me devolvéis el honor.

Tras estas palabras, los dos jóvenes quedáronse silenciosos algunos instantes, hasta que por fin dijo el conde soberano:

—Creo que conocéis al padre de vuestra amada.

—Sí, conde soberano.

—¿Y le habéis visto entre los nobles que ocupan la antecámara?

—No, señor. ¡Ah, si le hubiera visto, tal vez, no logrando contener mis instintos de venganza, me hubiera arrojado sobre él para exterminarle y lavar de este modo la mancha de los infortunios con que cubrió a mi desgraciado padre!

—¿Jamás os habéis encontrado frente a él?

—Nunca. Solo le conozco de haberle visto pasear por los alrededores de su castillo acompañado de algunos de su servidumbre.

—Pues procurad imponer alguna moderación a vuestros instintos.

—¡Oh! Eso jamás. Yo no puedo olvidar...

—Sois bastante testarudo, don Juan. Sabéis que solo haciendo paz con don Fernán podréis alcanzar la mano de su hija y sin embargo os empeñáis en vengaros de hechos olvidados por todos y que solo viven en vuestra memoria.

—Decís bien, conde soberano. Yo necesito unirme con María, y para ello pasaré por todas cuantas pruebas me exijáis.

—Así que venga el de Antolínez al alcázar os presentaré a él, obligándole a que deponga todo rencor y os admita para marido de su hija.

—Veo bastante difícil el que lo logréis.

—Descuidad, en algunas ocasiones me acuerdo de que soy conde soberano, y sé imponer mi voluntad.

Después de dicho esto, volvió a reinar otra pausa que rompió Garci-Fernández, diciendo:

—Señor de Sepúlveda, voy a ponerlos en el rango de que a vuestra familia despojó mi padre. Os presentaré a mi corte para que reconozca vuestra perdida nobleza.

Y el conde soberano, al decir esto, cogió por el brazo a Sepúlveda y lo llevó a la puerta de la cámara.

Una vez allí recorrió el pesado cortinaje de brocado, dejando a su vista la antecámara ocupada por los nobles.

Estos, al ver a su soberano, dejaron de conversar y se inclinaron respetuosamente.

Reinó un silencio absoluto.

Garci-Fernández, con el rostro grave y sereno, abarcó de una mirada a sus nobles vasallos, y después dijo así, con acento solemne:

—Caballeros castellanos. Este que a mi lado veis, vestido con traje de humilde montero, es el noble señor don Juan de Sepúlveda, hijo de don Ramiro de Sepúlveda, degradado injustamente por mi padre Fernán González. La voluntad del conde soberano es que vuelva a ocupar su antiguo señorío y a gozar de todos los derechos y preeminencias vinculados en su estirpe, y por lo tanto mando a todos mis nobles vasallos, bajo la pena de incurrir en mi desagrado, que lo consideren como a tal.

Todos los nobles inclinaron la cabeza en señal de obediencia y asentimiento, mientras don Juan los contemplaba con cierto orgullo a causa

de la desdeñosa curiosidad de que momentos antes había sido objeto en aquel mismo sitio.

El conde soberano, después de esto, llevando siempre al lado al noble Sepúlveda, volvió a entrar en la cámara de honor.

Antes de hacer esto dirigióse al escudero que estaba de guardia en la puerta, diciéndole:

—Así que llegue don Fernán Antolínez hacedle pasar.

Al encontrarse el conde soberano y su amigo otra vez en la cámara, sentáronse ambos, no sin que el segundo hiciera alguna resistencia.

—Esperemos que llegue el padre de vuestra adorada —dijo Garcí-Fernández, y después añadió con acento jovial—: ¡vive Dios, amigo Sepúlveda, que todavía recuerdo la mala acción que me hicisteis en aquella ermita. Como si yo fuera un animal dañino, me encerrasteis en un cuartucho, sin duda para que no os estorbara, queriendo averiguar dónde ibais a aquellas horas.

—¡Pero no fue menor la que vos me jugasteis —observó don Juan en el mismo tono—, pues al regresar a la ermita vi que habíais escapado por una ventana, exponiéndoos a aplastaros de un golpe!

—Grandes cosas os sucedieron aquella noche.

—¡Cómo! ¿Sabéis?...

—Os seguí en vuestra excursión nocturna y pude ver cómo obsequiabais con una serenata a María Antolínez y os prendían después los Hermanos de Hierro.

—Desconocía en absoluto esto.

—Sí, don Juan. Os seguí y también me hicieron prisioneros aquellos bandidos, encerrándome después en una bóveda de sus cuevas que les servía de armería. Allí, a través de un agujero, escuché la conversación que tuvisteis con don Sancho de Antolínez.

—¡Cómo! ¿Conocéis a don Sancho?

—Sí. Es un hombre apreciable a pesar de la repugnante vida que hasta hoy ha llevado. Me he propuesto también el arrancarle de esa situación en que se encuentra, por lo que le veréis alguna vez por aquí.

—¿Y cómo lograsteis salir del poder de los Hermanos de Hierro?

—A la mañana siguiente presentáronme al capitán, y como este, llevado de un arrebató de cólera, intentara ahorcarme, tuve que decir quién era yo.

—¿Y qué sucedió luego?

—Don Sancho se arrodilló ante mí reconociéndome como señor, y yo le di la mano a besar como a vasallo. Los suyos me aclamaron con

entusiasmo y el capitán antes de que yo partiera me dijo que contase para todo con él.

—Brava aventura pasasteis, conde soberano, solo por seguirme.

—Don Juan, os olvidáis que yo os seguía, no solo por curiosidad, sino también para velar por aquel instrumento que os entregué.

—¡Ah! Ya recuerdo; la tiorba, aquella tiorba que yo dejé abandonada cerca del castillo de Antolínez al tener que luchar con los Hermanos de Hierro. Perdonadme, conde soberano, si no os devuelvo vuestro instrumento.

—No hay por qué, Sepúlveda. La tiorba está en mi poder; miradla.

Y al decir esto, el conde soberano señaló con el índice de su diestra una de las panoplias del muro, en el centro de la cual veíase el dorado instrumento.

—La aprecio —continuó Garci-Fernández— más que por su valor por el cariño que la he tomado. Es un recuerdo de mi padre, que con ella allá en sus mocedades hizo muchas serenatas junto a las rejas de las hermosas, o entretuvo sus ocios de campamento. Además ha sido siempre mi fiel compañera en las expediciones que he hecho por mis dominios, y más de una vez, viéndome obligado a dormir a la intemperie, he reclinado en ella la cabeza.

El conde soberano, al decir estas palabras, miraba cariñosamente el instrumento.

Por fin, no pudiendo contenerse, se levantó de su asiento con el deseo de descolgarlo y tenerlo entre sus manos; pero en el mismo instante el cortinaje que cubría la puerta se entreabrió por un lado y apareció en el dintel un hombre ya viejo, con la blanca cabeza descubierta.

Era Fernán Antolínez.

Al verle el conde soberano avanzó hacia él, no sin antes hacer una seña a don Juan, como recomendándole la prudencia que antes le había encarecido.

—¡Dios guarde al respetable caballero! —dijo Garci-Fernández con tono que procuró hacer bastante jovial.

—Señor —respondió el de Antolínez respetuosamente—. Acaba de decirme uno de vuestros servidores que deseabais verme.

—Efectivamente. Deseo que conozcas a un nuevo noble castellano, al hijo de un hombre que fue tu mejor amigo.

Don Fernán escuchó aquellas palabras con extrañeza, y después dijo:

—Nada sabía de eso, e ignoro además a quién os referís, pues jamás he tenido en el mundo otro amigo verdadero que vuestro padre.

Garci-Fernández sonriose imperceptiblemente, y por única contestación cogió por el brazo a don Juan, y lo acercó al de Antolínez, diciéndole:

—Aquí tienes al noble señor don Juan de Sepúlveda, hijo de don Ramiro Sepúlveda, que fue tu amigo.

Aquellas palabras causaron en el viejo caballero la sorpresa que ya podrá imaginarse el lector.

Palideció intensamente, y durante algunos momentos permaneció inmóvil sin despegar sus labios.

Al cabo de algún rato, ya repuesto de su sorpresa, dijo con voz tranquila:

—Mucho me extraña vuestra conducta, señor.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el conde soberano.

—Sin duda habéis olvidado que el padre de este joven fue el mayor enemigo del vuestro.

—Lo sé, e igualmente sé también que mi padre, al perseguirlo y degradarlo, obró, aunque sin saberlo, injustamente.

—No comprendo vuestras palabras, señor —dijo don Fernán con voz un poco temblona.

—Quiero decir que mi padre fue, de una manera inconsciente, el instrumento de destrucción que empleó una mano vengativa.

El de Antolínez quedó bastante desconcertado al oír esto; pero luego, reponiéndose, contestó:

—Os engañáis al decir eso. Nadie mejor que yo puede saber lo que hace ya muchos años sucedió entre Sepúlveda y vuestro padre. El primero, llevado, a lo que creo, de ridículos celos, insultó públicamente al conde soberano.

Don Juan, al escuchar esto, no pudo contenerse y gritó:

—¡Sí, miserable! ¡Pero tú fuiste quien preparó...!

El joven noble no pudo decir más, pues tuvo que callarse ante el imperioso ademán que Garci-Fernández hizo para imponer silencio.

Don Fernán, sin hacer caso de esto, continuó:

—Vuestro padre, conde soberano, fue ofendido de una manera brutal, y en toda su vida borró de la memoria el recuerdo de la injuria.

El viejo caballero calló un instante, y luego continuó con acento severo:

—Considerad, conde soberano, el dolor que experimentaríais vuestro padre si, levantándose de la tumba, viera a su hijo reconocer como amigo y noble de su corte al hijo de don Ramiro.

Garci-Fernández había permanecido inmóvil y contemplando fijamente a don Fernán mientras decía las anteriores palabras.

Pero cuando este acabó de proferir las últimas, no se pudo contener.

Todo su cuerpo se estremeció, sus ojos chispearon de cólera, y dando un puñetazo sobre el respaldo de su sitial, gritó con voz de trueno:

—¡Vive Dios!, que nunca creí, anciano, que llevaras tu falsía a tal extremo. ¡Amenazarme tú con el desagrado de mi padre! ¡Tú, que para cumplir los designios que te inspiraban tus pasiones sacrificaste a un amigo y empleaste como instrumento a otro a quien debías respetar por ser tu soberano! ¡Miserable! Para ti no existe sagrado y desentierras a mi padre para asustarme con él, cuando debías temblar en su presencia por haberle impulsado a hacer injustas cosas que no eran propias de su carácter. Fernán Antolínez, ¡eres un villano!, y en nada se te conoce esa santidad con que te adornas. Tú no eres un varón justo, y la capa de piedad con que te cubres solo envuelve un abismo de maldades. Acabas de ofenderme con tus palabras y puedes dar gracias a tus canas y al respeto que me inspiran tus años; si no, cuenta que ahora mismo caerías estrangulado a mis pies.

El conde soberano estaba verdaderamente terrible al decir esto.

Sus ojos se veían inyectados de sangre, y un temblor convulsivo hacía castañetear sus dientes.

Fue a hablar más, pero no pudo; la cólera había puesto un nudo en su garganta.

Sentose en un sitial, y poco a poco su faz se fue serenando.

Don Juan le contemplaba atentamente y lanzaba de vez en cuando miradas furiosas al de Antolínez, que tenía la cabeza inclinada como abrumado por el rudo apóstrofe del conde soberano.

Esta extraña situación duró muy pocos instantes.

Un escudero penetró en la estancia, y después de hacer una profunda reverencia acercose a Garci-Fernández con ademán misterioso.

—¿Qué queréis? —preguntó este.

—Señor —murmuró el escudero casi a su oído—, acaba de llegar, sudoroso y cubierto de polvo, un emisario de la frontera, que pide con toda urgencia el hablar con vos.

Al oír esto, el conde soberano hizo un ademán que denotaba extrañeza, y dijo con voz baja:

—No sé qué pueda ser. Tengo pactadas treguas con los sarracenos, y no creo que estos hayan hecho una irrupción en mis dominios.

Quedose algunos instantes pensativo, y luego dijo en alta voz:

—Conduce a ese emisario a mi cámara particular, que allí iré yo dentro de un instante.

El escudero salió de la estancia.

Garci-Fernández levantose entonces de su asiento y dirigiéndose a los dos caballeros les dijo así:

—Señores, os dejo solos por poco tiempo; aguardadme aquí. Dentro de un instante volveré para ocuparme de vuestros asuntos; ahora me llaman los de mi estado.

El joven conde se dispuso a salir de la cámara; pero antes murmuró al pasar por junto a don Fernán:

—Ya sabes mi carácter. Escucha mi deseo y cúmplelo. Necesito que te reconcilies con Sepúlveda y le entregues la mano de tu hija, a quien ama. No pronuncies una sola palabra para oponerte, pues con ello excitarás mi cólera, y ya sabes cuán terrible es esta.

El soberano, después de decir esto, salió de la estancia.

Quedaron de pie y frente a frente don Fernán y don Juan.

Los dos tenían la cabeza baja y permanecían inmóviles.

En la cámara reinaba un completo silencio, y aquellos dos hombres, más bien que seres vivientes, semejaban estatuas.

Poco a poco las cabezas de los dos fueron irguiéndose y las miradas se cruzaron.

Los dos caballeros se miraron fijamente y sin pestañear.

En sus ojos se pintaba el odio, el reto insolente y el deseo de venganza.

Aquella situación era insostenible y el silencio cada vez más impropio.

Don Fernán fue, por fin, quien lo rompió, diciendo con acento un tanto sardónico:

—¿Qué queréis de mí, pobre montero, que tan fijo me miráis?

—Caballero —contestó el joven, con dignidad, al par que con reprimida cólera—, tengo un nombre ilustre que todos pueden pronunciar sin temor a mancharse los labios, y por tanto os recuerdo que soy el noble don Juan de Sepúlveda, señor, como vos, de villas y castillos.

—Procuraré no olvidar vuestra indicación —dijo el de Antolínez con ironía—. Os llamaré noble señor, en vez de pobre montero, y comenzaré por preguntaros si todavía guardáis el hacha de leñador con que vuestro padre se buscaba la subsistencia en los bosques de León como el último de los villanos.

Don Juan, al escuchar esto, palideció, y oprimiendo con su diestra la empuñadura de la espada, gritó con voz colérica:

—¡Calla, miserable viejo!, si no quieres que te aplaste como a una víbora. Mi padre, viviendo como un leñador, fue mil veces más noble y digno que tú, siendo favorito de los condes soberanos. Él fue un hombre honrado, un desgraciado; mientras que tú eres un miserable, un ser rastrero, infame hasta el último límite, y cobarde por añadidura.

Entonces fue don Fernán quien se tornó pálido, y echó mano al puño de su espada.

—Mide tus palabras, miserable jovenzuelo —rugió—. Piensa que mi brazo es fuerte y puedo castigarte saciando en ti el odio que profesé a tu padre.

—¿Castigarme a mí? Tú eres quien debes temer el furor de mi venganza. Si hace un instante no he caído sobre ti como un rayo, fue porque veía ante mí al conde Garci-Fernández; pero piensa que estamos solos y que puedo olvidarme de que eres el padre de la que amo, para atravesarte el pecho con mi espada.

—No te temo. Todavía queda en mi brazo fuerza para acabar con la vida de un Sepúlveda.

—Mi paciencia se acaba, y te advierto que te colocas junto al abismo de la muerte.

—Basta ya de palabras. Siempre serás para mí odioso, y ni ahora ni nunca podré reconocerte como a un compañero en nobleza, ni te concederé la mano de mi hija.

—Anciano, reflexiona lo que dices.

—¿Piensas atemorizarme? ¿Crees que estas canas son un padrón de cobardía? Pues saca tu espada y riñamos; de este modo demostraremos a todos que jamás podréis estar juntos un Antolínez y un Sepúlveda.

—Sea, pues. Comprendo que dices la verdad. Entre nosotros son imposibles los lazos de la unión, y solo puede existir la muerte. En este momento olvido a tu hija y al mundo, y solo pienso en vengar a mi padre. Crucemos nuestras espadas.

—Aquí, no.

—Pues donde queráis.

—Salgamos.

—Os sigo.

Y después de esto, los dos nobles se embozaron en sus mantos, y con el semblante fosco abandonaron la estancia.

Momentos después salían del alcázar condal.

Don Juan, al pasar por cerca de su escudero Fortún, que le aguardaba, le hizo una seña para que no le siguiera.

Al salir de la plaza el joven preguntó a don Fernán:

—¿Adónde vamos?

—Fuera de Burgos. A un lado del camino de Francia hay un bosquecillo que parece hecho de encargo para nuestro deseo.

—Vamos allá.

Cuando los dos nobles decían esto, un hombre embozado y con el birrete tan echado sobre la frente que solo dejaba ver sus ojos, pasó por su lado.

Al principio detúvose como dudando si seguiría a don Fernán y su acompañante, pero luego movió su cabeza como aquel que toma una resolución, y atravesando la plaza entró en el alcázar condal.

Capítulo XI

El encuentro

AQUEL día era verdaderamente aciago para el conde Garci-Fernández.

Después de la cólera que le habían producido las altaneras palabras de don Fernán Antolínez, sufría otro cruel disgusto con las noticias que le había proporcionado aquel mensajero cuya llegada le anunciaron.

Algunos walíes árabes, sin permiso del califa de Córdoba y llevados de sus deseos belicosos, habían hecho una entrada por las fronteras de Castilla, pasando a sangre y fuego cuantos poblados encontraban.

Las tropas que guardaban la frontera, siendo poco numerosas, habían tenido que replegarse ante el enemigo, y su jefe enviaba aquel mensajero demandando refuerzos que al conde soberano le eran imposible reunir con la presteza que la urgencia del peligro requería.

Por este motivo Garci-Fernández estaba furioso, y presa de la mayor agitación, se paseaba por la cámara.

Necesitaba improvisar en algunas horas un ejército y no tenía otras mesnadas que las de los nobles, que tan difíciles eran de reunir.

—Por más que reflexionaba, el conde soberano no encontraba un medio para remediar aquella situación peligrosa en que se encontraba Castilla, y su impotencia le llenaba de desesperación.

En tal estado de ánimo vinieron a avisarle que un hombre encubierto solicitaba con insistencia hablar con él.

—¡Que se vaya al infierno! —gritó el joven conde así que le dieron tal noticia.

Pero después repúsose y dio orden a su servidor para que entrase aquel desconocido.

En tanto que este entraba, el mensajero del ejército de la frontera retiróse a descansar.

A los pocos momentos penetró en la estancia el hombre anunciado.

Era alto y fornido, y además del manto y birrete llevaba un gran capuchón que le cubría todo el rostro, dejando solamente los ojos al descubierto.

Garci-Fernández reconoció inmediatamente en él al capitán de los Hermanos de Hierro.

—No es necesario que os descubráis —dijo el soberano—. Os reconozco perfectamente; sois don Sancho.

—Efectivamente, señor —dijo el bandido sin descubrirse.

—¿Qué os trae por aquí?

—Hace poco rato he visto salir del alcázar a mi hermano y don Juan de Sepúlveda.

—¿Y no sabes dónde iban?

—Creo que a batirse. Así lo he comprendido por la expresión de sus rostros y por ciertas palabras que han dicho al pasar junto a mí.

El conde soberano, al escuchar estas palabras, quedose como perplejo y sin saber qué resolución tomar.

—¡Por Cristo —exclamó después—, que tu hermano es un miserable que, a pesar de sus canas, comete una imprudencia a cada instante! De seguro que es él quien ha retado a Sepúlveda. Quiero castigarle, y por lo mismo lo primero que debo hacer es impedir el que se batan. ¿Sabes el lugar del combate?

—Sí, señor. Cuando los he visto se dirigían a un bosquecillo que hay a uno de los lados del camino de Francia.

—Pues vamos allá. Acompáñame, Sancho.

—Como gustéis, señor.

Garci-Fernández cogió uno de los birretes que en unión de otras muchas prendas tenía colgados junto a su lecho, que ocupaba un extremo de la cámara, y cuando ya se disponía a atravesar la puerta se detuvo de pronto, y dándose una palmada en la frente, dijo:

—Lo cierto es que por atender a los asuntos de esos dos hombres voy a olvidar otros más graves, cual son los de Castilla.

—¿Qué os sucede, señor? —preguntó con interés don Sancho.

—Acaban de comunicarme de la frontera muy malas noticias. Los sarracenos han entrado en son de guerra por mis dominios, y yo necesito enviar tropas cuanto antes.

—¿No las tenéis?

—No. Para juntar algunas mesnadas necesito llamar en mi auxilio a los nobles, que, fiados en las treguas que yo tengo pactadas con el rey de Córdoba, tampoco se hallan preparados para la guerra.

—Confiad en que dentro de algunas horas tendréis dos mil lanzas marchando hacia la frontera.

—¿Cómo puede ser eso?

—¿Olvidáis que soy el capitán de los Hermanos de Hierro? Mis gentes hace tiempo que están ociosas y les será muy grato, en vez de desvalijar a indefensos viajeros darse de cuchilladas con los moros.

—¡Oh, gracias, mi buen Sancho! Con tal servicio me salvas y al mismo tiempo preparas tu rehabilitación. Marcha a la frontera y pelea con los sarracenos, que yo te prometo recompensarte haciéndote aparecer con tu verdadero y noble nombre y borrando de la memoria de todos tu vida de bandido.

—Agradezco vuestra promesa; pero ya que estáis libre del compromiso que sobre vos pesaba, corramos ahora a evitar ese desafío. He perdido mucho tiempo procurando convencer a los servidores del alcázar para que me dejaran llegar a vuestra presencia, y en estos momentos tal vez se dispongan mi hermano y don Juan a cruzar sus espadas. ¡Corramos, señor!

El conde soberano hizo un signo de asentimiento, y, seguido de don Sancho, salió del alcázar y bajó a la plaza por una escalerilla excusada.

Una vez allí, Garci-Fernández detuvo al menor de los Antolínez que ya se disponía a correr, y se acercó a los escuderos que guardaban los caballos de los nobles que arriba estaban.

Aquellos, al ver al conde soberano, se quitaron sus birretes con el mayor respeto.

Garci-Fernández, sin atender a esto, montó en el caballo que tuvo más cerca, e hizo una seña a don Sancho para que le imitara.

Este obedeció.

El joven conde afirmose en los estribos, y golpeando con sus talones los lomos del bruto, dijo a su encubierto compañero:

—¡Ahora, al galope!

Los dos jinetes salieron de la plaza rápidos como una exhalación, y se internaron en las cercanas calles.

Los caballos corrían a todo galope, y al ruido que sus cascos producían sobre el duro suelo, los transeúntes apartábanse a un lado, saludando con respeto al conde soberano, que pasaba ante ellos con la rapidez de un meteoro.

Todos se hacían la misma pregunta:

—¿Dónde irá Garci-Fernández a estas horas y seguido de ese encapuchado?

Entretanto, los dos jinetes atravesaron las puertas de la ciudad y salieron al campo, comenzando a correr por el camino llamado de Francia, antigua vía de la que en la actualidad no queda el menor rastro, y que en aquella época era bastante transitada por los numerosos peregrinos que de todas las naciones se dirigían a Santiago de Compostela.

Los caballos volaban más bien que corrían sobre aquel camino, que no ofrecía ningún obstáculo.

El conde soberano y don Sancho, a pesar de esto, les golpeaban los ijares con los pies incesantemente.

De pronto, al salvar una revuelta del camino, apareció ante sus ojos el bosquecillo a que se dirigían.

Cuando estuvieron junto a él, Garci-Fernández y su acompañante pararon sus cabalgaduras.

El primero se apeó y dijo al otro:

—Quédate aquí guardando los caballos, y si oyes un silbido, entra en el bosque.

Don Sancho permaneció sobre la silla y cogió las riendas del corcel que momentos antes montaba el conde soberano.

Este saltó fuera del camino y se internó en la arboleda.

Fue avanzando cautelosamente a través de los matorrales, con el oído atento para conocer el sitio donde se efectuaba el desafío.

Nada se escuchaba, y el silencio solo era interrumpido por el zumbido del viento al agitar las ramas.

El joven soberano comenzó a abrigar el temor de haber llegado demasiado tarde y encontrarse ya con el cadáver de uno de los dos contendientes.

Pero a los pocos instantes llegó a sus oídos el seco retintín que producían dos espadas al chocarse.

Garci-Fernández dirigió sus pasos hacia el lugar de donde procedía aquel sonido, y al poco rato llegó a una plazoleta del bosque, en el centro de la cual don Fernán y Sepúlveda, espada en mano, se acometían furiosamente.

La lucha, a juzgar por las huellas encontradas que el removido suelo presentaba, y la fatiga retratada en los rostros de los combatientes, duraba mucho tiempo.

Gruesas gotas de sudor rodaban por las frentes de los dos, y sus brazos parecían cansados y próximos a soltar la espada.

Sin duda las fuerzas eran iguales, y ninguno de los dos combatientes lograba alcanzar ventaja sobre el otro.

—¿Os parece que descansemos? —preguntó don Fernán a su enemigo en el mismo instante que el conde soberano llegaba a la plazoleta.

—Como gustéis —contestó don Juan—. Pero os advierto que accedo con la condición de que dentro de un breve rato continuemos la lucha. Uno de los dos ha de quedar tendido en este sitio.

Los dos contendientes bajaron sus espadas y quedaron inmóviles, contemplándose con ojos en que estaban retratados el odio y la amenaza.

Entonces fue cuando se interpuso entre ambos el conde soberano.

Los nobles, al verle, no pudieron ahogar una exclamación de sorpresa.

—¿Os causa asombro mi presencia? —les dijo Garci-Fernández—. Pues ¡vive Dios!, que no me la ha causado menor a mí el saber que hay en Castilla nobles que desobedecen al conde soberano y van a batirse sin hacer caso de sus órdenes. Habéis despreciado mi autoridad y ya sabéis que yo no reconozco en el mundo hombre alguno que pueda burlarse impunemente de mi poder.

—¡Señor! —murmuró don Juan con humildad—. Ese hombre ha proferido palabras ofensivas para mi padre y...

—Calla, Sepúlveda. Sé quién es ese viejo, así como tampoco se me oculta tu carácter pronto y pundonoroso. Esto no puede continuar por mucho tiempo, y es preciso que yo acabe de una vez con esos odios que os separan.

El soberano permaneció algunos instantes pensativo, y por fin, dijo así:

—Desobedientes vasallos, entregadme vuestras espadas.

Los dos nobles obedecieron al conde.

Cuando este tuvo en sus manos los dos aceros, continuó:

—Hoy mismo tendréis que acatar mi voluntad y acabaré vuestras disensiones, si es que no queréis sentir todo el peso de mi cólera. Por de pronto, vais a ir presos a mi alcázar.

Después de decir esto, Garci-Fernández dio un penetrante silbido.

Luego aguardó.

A los pocos instantes viéronse ondular los matorrales que rodeaban la plazoleta, y apareció don Sancho encubierto como antes en su capuchón.

El conde soberano le llamó aparte.

—Toma estas espadas —le dijo, y el bandido las tomó—. Vas a conducir al alcázar a esos hombres —siguió diciendo—. Encierra a cada uno en su cámara, y tú aguárdame en mi dormitorio.

—Señor —objetó don Sancho—, pensad en que he de avisar a los míos para salir cuanto antes en dirección a la frontera.

—Es verdad; con estas malditas cuestiones había olvidado tan importante asunto. Cumple, pues, mi primer encargo, y después ve en busca de los tuyos. ¿Cuándo partirás?

—Esta noche.

—Antes de marcharte ven a verme para recibir mis instrucciones. ¿Cuándo podré verte?

—Esta tarde. He reflexionado mejor, y para que los Hermanos de Hierro se reúnan al anochecer cerca de Burgos, me basta con enviar a las cuevas que ya conocéis a uno de los míos que tengo en la cuidad.

—Pues entonces, a la tarde te aguardo. Ahora, conduce a esos hombres al alcázar, y para que allí te obedezcan mis servidores, toma el medallón de los condes soberanos.

Garci-Fernández se desabrochó el sayo por el pecho y se quitó del cuello la cadena de la que pendía el medallón.

Después hizo entrega de él a don Sancho, que lo recibió con las mayores muestras de respeto.

En tanto que hacían todo esto el conde soberano y el capitán de los Hermanos de Hierro, don Fernán y Sepúlveda permanecían inmóviles y con la cabeza baja, sin perder su primitiva posición.

El joven conde volviose a ellos y les dijo;

—Vosotros seguid a este, que os custodiará hasta el alcázar, y una vez allí, permaneced encerrados hasta que yo llegue.

—¿Vos no venís? —le preguntó entonces don Sancho en voz baja.

—No —contestó Garci-Fernández—. Pienso seguir por el camino de Francia arriba. Hoy ha sido para mí un día de contrariedades y necesito correr a todo galope del caballo para que mi cabeza se refresque y se serene mi espíritu.

Después de esto, los cuatro hombres comenzaron a andar, y a los pocos instantes salieron del bosquecillo.

Los dos caballos de antes, atados al tronco de un árbol, pacían la hierba de alrededor.

Don Sancho los desató, y entonces el conde soberano montó en el mismo que le había conducido a aquel sitio.

El noble encapuchado no imitó a su señor.

Cogió su caballo de las riendas y echó a andar llevando a sus lados a don Fernán y al joven Sepúlveda.

Antes de que se alejaran, Garci-Fernández volvió la cabeza y les dijo así:

—Caballeros, no olvidéis las órdenes que os ha dado vuestro soberano, pues os prevengo que este no sufre muchas veces que se le desobedezca.

Después de decir tales palabras oprimió con sus talones los ijares del caballo, y este comenzó a correr en dirección opuesta a Burgos, o sea a la que llevaban los tres nobles.

El conde soberano dejó galopar a su corcel durante mucho rato.

Como antes había dicho, necesitaba entregarse a la emoción de una rápida carrera para que su espíritu se serenase un poco.

El caballo corría sin cesar, y el joven conde veía cómo quedaban atrás los árboles y las rocas que se levantaban a ambos lados del camino.

Este estaba muy lleno de revueltas, y sin cesar serpenteaba subiendo y bajando colinas, pero por fin el jinete llegó a un sitio en que aquel se desarrollaba recto a través de una dilatada llanura.

El conde soberano contempló la vasta extensión del camino y lo vio desierto, sin que un viajero interrumpiese con su negra silueta la blancura de aquella ancha cinta de tierra.

Solo allá en lo último veíase como una pequeña nubecilla parecida al polvo que levanta un tropel de caballos.

—¿Qué será aquello? —murmuró Garcí-Fernández—. Por este camino solo vienen peregrinos que se dirigen a Santiago, y es verdaderamente extraño que estos marchen a caballo.

Callose, y al poco rato, contemplando aquella mancha que poco a poco se agrandaba, continuó diciendo:

—Eso es gente de guerra. Ignoro quiénes puedan formar ese escuadrón; pero no importa, nada me cuesta el averiguarlo. Vamos a encontrarles a todo galope, y con esto tal vez nos metamos en alguna aventura que disipe el tedio que en mí producen los negocios de Castilla y las cuestiones de mis nobles.

Y el soberano lanzó su corcel con dirección al sitio donde se veía aquella nube de polvo.

Como el caballo galopaba furiosamente, la polvorienta mancha se agrandaba por momentos, y en su centro distinguíase el brillo de las armas y los oscuros contornos de muchos jinetes.

—No me equivocaba —decía Garcí-Fernández—. Es gente de guerra. ¡Allá veremos quiénes son!

Después de algún tiempo, el jinete se encontró a corta distancia de aquella desconocida cabalgata, y pudo ver quiénes la componían.

Abrían la comitiva algunos hombres de armas, montados en caballos, que parecían cansados de una larga marcha.

Después se veían tres hacaneas que ocupaban otras tantas mujeres cubiertas con negros mantos, y junto a ellas marchaba un viejo caballero armado de punta en blanco y que regía un fogoso trotón.

Últimamente marchaba detrás un grupo de hombres de armas igual al anterior, con la sola diferencia de que en vez de ir a la descubierta, custodiaba algunas mulas cargadas de pesados fardos.

El conde soberano, al ver de cerca a aquel extraño escuadrón que por sus hombres parecía mesnada de guerra y por sus hacaneas y mulas caravana de judíos, refrenó la marcha de su corcel, y parándolo por fin aguardó a un lado del camino.

A los pocos instantes la cabalgata llegaba junto a él.

Entonces aquel caballero viejo que marchaba al lado de las mujeres adelantose, y haciendo con la lanza un saludo cortés a Garci-Fernández, le preguntó con acento que delataba su calidad de extranjero:

—Dios os guarde, mancebo. ¿Podréis decirme si nos hallamos muy lejos de Burgos?

El joven soberano, después de contestar al saludo del caballero, le dijo:

—Os halláis ya muy cerca. Así que traspongáis esas colinas os encontraréis casi a sus puertas.

—¿Sois de este país? —siguió preguntando el caballero, que parecía tener bastantes deseos de conversar.

—En él he nacido —contestó Garci-Fernández.

—Gran país es Castilla. Digna cuna de un héroe tan esforzado como el conde Fernán González. ¿Le conocisteis vos?

—Y tanto.

—Yo, aunque extranjero, he tenido conocimiento de sus muchas hazañas, pues la fama se ha encargado de ir las pregonando por todas las naciones. ¿Es igual a su padre el actual conde Garci-Fernández?

—Mucho le falta a este que hacer para demostrar que por sus venas corre la sangre del héroe castellano.

—¿Sois vos amigo de Garci-Fernández?

—Más de lo que podáis figuraros, pues a ninguna hora me separo de él.

—¿Según eso, gozaréis de un alto puesto en su corte?

—No puedo quejarme del lugar que Dios me ha destinado en el mundo.

—Caballero, me sois en extremo agradable por vuestra presencia y cortesía; y como quisiera saber quién sois, comenzaré por deciros mi

nombre y posición. Yo me llamo el noble señor Carlos de Poitiers, soy conde feudal de Francia y me dirijo ahora a Santiago de Compostela para cumplir un voto que en otro tiempo hice. ¿Quién sois vos?

El conde soberano dudó en responder; pero por fin dijo con sencillez:

—Yo soy Garci-Fernández.

El caballero manifestó en su noble rostro la sorpresa que aquella declaración le causaba, y no pudo menos de murmurar:

—¡Cómo! ¿El señor de Castilla?

—El mismo, caballero.

—Perdonad, señor, mis anteriores preguntas, que ahora conozco lo indiscretas que fueron.

—No tenéis por qué demandarme perdón; antes al contrario, yo seré el primero que tendré que pedíroslo, pues Castilla es un estado puramente guerrero y puede ofrecer pocos alicientes a los viajeros que la atraviesan.

El conde soberano calló un instante y luego continuó:

—Vámonos a Burgos y os alojaréis en mi alcázar. Durante la corta época que llevo de soberanía, jamás extranjero de vuestro rango ha visitado mi corte, y quiero solemnizar vuestra llegada recibiendoos bajo mi techo.

—No sé cómo agradeceros tanto honor.

—¿Viajáis solo?

—No; me acompaña mi hija, joven a quien en Francia alaban mucho por su hermosura.

—Pues descuidad, que igual sucederá aquí; en mi corte tengo yo caballeros que sabrán hacerla justicia también como los franceses.

—Venid y la veréis.

El conde soberano y el caballero, rompiendo por medio de las gentes de armas, llegaron a donde estaban las hacaneas.

Por la riqueza de los mantos con que se cubrían las tres mujeres que las ocupaban, conocíase que eran una dama y dos doncellas.

El caballero paró su corcel junto a la primera, en el mismo instante que esta decía con voz armoniosa, que salía un tanto apagada por el manto:

—¿Qué es esto, padre mío?

—Hija mía, mira aquí a Garci-Fernández, el conde soberano de Castilla.

Al oír esto la dama se inclinó, y para ver mejor a nuestro héroe apartó de su rostro el manto que lo cubría.

En el mismo instante Garci-Fernández sufrió una intensa conmoción.

Aquella mujer era la misma que la noche antes había visto en el fondo del espejo mágico en casa de Clodovea la hechicera.

Con rápida mirada fue recorriendo los detalles de su rostro y de su cuerpo, y no le cupo la menor duda sobre la semejanza.

Tenía frente a sí, bajo forma material, la imagen indefinible de sus ensueños.

El conde soberano se sentía como ebrio por aquella emoción.

Le parecía que el paisaje y aquellos hombres de armas que permanecían silenciosos y como indiferentes ante aquella escena daban vueltas a su alrededor, y tuvo que cogerse con ambas manos de las crines de su caballo para no venir al suelo.

Entretanto el caballero francés, que no parecía notar la intensa sorpresa que experimentaba el soberano, le decía:

—Esta es mi hija Argentina.

Al oír este nombre que la noche anterior pronunció la hechicera, no le cupo la menor duda, y dejando caer la cabeza sobre el pecho, murmuró con alegría:

—¡Es ella! ¡Es ella!...

Capítulo XII

Un medio supremo

LA entrada del conde soberano con sus nobles huéspedes en el alcázar produjo en este una conmoción a la que no estaba acostumbrado.

Una verdadera nube de pajes y garzones entró en las cámaras de la parte más interna del palacio que, por innecesarias, hacía ya mucho tiempo que estaban relegadas al olvido, y con gran algazara se ocuparon en limpiar de telarañas los rincones y quitar el polvo que había ido amontonándose sobre los muebles.

La cocina del alcázar también sufrió una rápida transformación.

Este recinto, en el que apenas si en tiempos normales se notaba movimiento, por ser Garci-Fernández, como buen soldado, en extremo frugal, aquel día tenía un gran hogar atestado de leña, y sobre las llamas veíanse voltear, atravesados por asadores, un jabalí e innumerables aves.

El conde soberano, ya que no comida, por ser algo entrada la tarde, quería dar a sus huéspedes una espléndida cena, y para ello se hacían tales preparativos.

Si transformación había sufrido el alcázar, no era menor la que Garci-Fernández experimentó.

Él, tan austero y rudo, mostrábase ahora galante y dulce en extremo, y se desvivía por cuidar de todo aquello con que pretendía obsequiar a sus huéspedes.

Argentina le enloquecía cada vez más.

El conde soberano se sentía absorbido por momentos por aquellos ojos azules y extraños que de vez en cuando se fijaban en él con ese interés que las mujeres tan fácilmente saben manifestar.

Así que llegó con sus huéspedes al alcázar, entró con ellos a la gran cámara de honor y allí permaneció más de una hora hablando con el de Poitiers de asuntos diversos, mientras furtivamente miraba a Argentina, que con sus doncellas estaba asomada a una ojiva contemplando con curiosidad las casas y las calles de Burgos, que desde allí se veían.

La dama, de vez en cuando, conversaba en francés con sus doncellas.

Al conde soberano le parecía más interesante aquella mujer, al oírla charlar con la volubilidad de una niña en un idioma que él desconocía en absoluto.

Llegó un instante en que los extranjeros manifestaron deseos de retirarse.

—Tenéis razón —contestó Garci-Fernández al viejo caballero—. Estáis revestido todavía con vuestro arnés das camino, que por cierto no es traje muy cómodo fuera del combate. Ahora os conducirán a vuestras habitaciones.

Y el joven soberano, diciendo esto, llamó a algunos de sus servidores para que acompañaran a los huéspedes.

Al salir de la cámara, Argentina miró de una manera seductora a Garci-Fernández, saludándole al mismo tiempo con una amabilidad y distinción que denotaban la cortesanía francesa, tan desconocida en la ruda Castilla.

El joven sintiose como loco y tuvo que dejarse caer en un sitial, pues las piernas parecían negarse a sostenerle.

Cruzó los brazos, dejó caer la cabeza sobre el pecho y así permaneció mucho tiempo.

Dentro de su cabeza agitábase un mundo de encontrados pensamientos.

—¡Oh! —se decía—. ¡Si esa mujer llegase a amarme!

Pero apenas formulaba tal pensamiento se estremecía ante la posibilidad de que aquella mujer le despreciase.

—Ella es de una tierra en que los hombres son frívolos y galantes como mujerzuelas, y como yo solo soy un guerrero tosco y casi brutal es seguro que le pareceré un ser casi salvaje, solo digno de lograr su compasión.

Y dejando llevar su pensamiento de tales vaivenes, y entregado a tan recóndita lucha, permaneció mucho tiempo.

En su pecho tan pronto se alojaba la dulce esperanza, como la terrible desesperación.

De pronto notó como la presencia de un cuerpo delante de él, y levantando la cabeza vio erguido en el centro de la cámara a don Sancho de Antolínez, cubierto, como siempre, con su capuchón.

—¡Ah! ¿Eres tú? —dijo el soberano—. ¿Qué buscas por aquí?

—Señor, ya he dado mis órdenes a los Hermanos de Hierro. Al anochecer estarán en las cercanías de Burgos, e inmediatamente partiremos para la frontera.

—Está bien. ¿Querrás creer, Sancho, que ya me había olvidado de la apurada situación en que se encuentran los pueblos de la frontera?

—¿Tan preocupado estáis?

—¡Oh! No puedes figurártelo. Sancho, voy a depositar en ti mi confianza y a hacerte una revelación. Estoy enamorado.

—¿De quién?

—Acaba de llegar a mi alcázar un noble francés acompañado de su hija, llamada Argentina.

—¡Argentina! —murmuró con asombro don Sancho, recordando las palabras que la noche anterior le había dicho Clodovea la hechicera.

—Sí, ese es su nombre. Estoy enamorado de ella, pero de un modo que en ciertos instantes llego a dudar si mi razón está sana. ¡Ah, Sancho! Tú no sabes lo que es apasionarse de una mujer del modo que yo lo estoy.

—A vuestra edad son muy naturales esas pasiones, y hace tiempo que Castilla se extrañaba de que su conde soberano no hubiese buscado a una dama que compartiese con él el poder.

—Tal es mi deseo, y si ella accediera a mis súplicas...

—Accederá, perded cuidado. Castilla es un Estado que cada día es más importante, y no tan fácilmente desprezará una dama francesa ser la esposa del conde soberano.

—¡Quién sabe! —murmuró con melancólico acento Garcí-Fernández.

Y después de esto ambos quedaron silenciosos, hasta que de pronto don Sancho dijo así:

—Señor, yo he venido para algo más que anunciaros mi próxima partida a la frontera.

—Habla, que te escucho.

—Cumpliendo las órdenes que esta mañana me disteis, tengo encerrados en dos distintas cámaras del alcázar a mi hermano y a don Juan.

—También había olvidado esto. ¿Y qué te parece que debo yo hacer?

—Señor, obraríais perfectamente si procurarais apaciguar los odios que median entre los dos. Este es el único medio de que nuestro amigo Sepúlveda logre la mano de mi sobrina, y ya sabéis que el infeliz mancebo la ama tanto como vos a doña Argentina. Ya que podéis, labrad su felicidad.

—¿Y cómo? Don Fernán es testarudo y vengativo, y ni por un solo instante accederá a conceder su amistad al hijo de su antiguo rival. Por más que reflexiono no encuentro un medio eficaz para lograr tal reconciliación.

—Yo creo tenerlo, señor.

—Explicate, que inmediatamente pondré en planta tus planes. Mi único deseo es acabar con todas esas discordias que separan a mis nobles.

—Mi hermano estima en mucho su reputación de santidad, que ganó en la batalla de San Esteban de Gormaz del modo como vos ya sabéis.

—Sí; continúa.

—Además, él ha procurado siempre pasar por hombre de costumbres puras e intachables, y se desesperaría si alguien llegara a probar que cortejó, llevado de impuras pasiones, a aquella dama francesa que fue causa de su odio para don Ramiro de Sepúlveda.

—Creo que así sucederá.

—Pues bien; es indudable que si vos le hicierais ver la posibilidad de que su reputación de santo y hombre puro se desvanecería como un puñado de polvo en el viento, al instante accedería a todo cuanto le pidiereis.

—¿Y de qué modo podríamos hacerle ver tal posibilidad?

—Por un medio muy sencillo. Vos le llamáis, y cuando le amenacéis con su descrédito, yo apareceré con rostro descubierto, y por la semejanza que ambos tenemos, se convencerá de que fui el ángel de San Esteban de Gormaz.

—¿Y la otra amenaza? ¿Cómo podremos probarle que no siempre ha sido un hombre puro y santo?

—Existe hoy en Burgos la misma dama francesa a quien en otro tiempo tanto amó.

—Ignoraba tal cosa. ¿Quién es?

—Una hechicera que vive de hacer predicciones y levantar horóscopos.

—¿Una hechicera? ¿Cómo se llama?

—Clodovea.

Don Sancho vio la expresión de sorpresa que se pintó en el rostro del conde soberano, pero no hizo la menor mención de que la notaba, y continuó:

—Ha sido una mujer de vida bastante disoluta. Después de recibir los homenajes de los más grandes señores de Castilla y de León, un día se vio abandonada y tuvo que valerse de las ciencias ocultas que aprendió no sé en dónde para poder subsistir. Es una mujer de cuerpo todavía bello, pero siempre ha tenido un alma egoísta y malvada.

—¿Y puedes tú traer aquí a esa mujer?

—Yo la domino como el señor a la esclava, y ante mí no tiene voluntad. Está aguardando mis órdenes a la puerta del alcázar, y puedo hacerla subir así que gustéis.

—No me parece malo el medio que me propones. Realicémoslo y acabemos de una vez con estas discusiones que me distraen de mis asuntos. Quiero destruir la oposición de don Fernán, y si es que a pesar de todo no accede, le juro que pasaré por encima de todo respeto, que casaré a su hija

con don Juan, ya que ambos se aman, y que si es necesario a tu hermano, olvidándome de que fue amigo de mi padre, sabré ponerle en prisión y aun despojarlo de sus castillos si es que se me resiste.

El conde soberano, después de dicho esto, permaneció un momento silencioso, y después dijo:

—Don Sancho, ve a por esa mujer y aguarda en la antecámara a que yo te llame. Manda, además, que conduzcan a mi presencia a don Fernán.

El capitán de los Hermanos de Hierro obedeció y salió de la estancia.

Garci-Fernández permaneció sentado en su sitial, y allí aguardó un buen rato la presencia de don Fernán.

Este, por fin, entró en la cámara.

Traía la cabeza descubierta y en su rostro se notaba una expresión distinta de la que algunas horas antes ostentaba en el camino de Francia.

Con paso medurado acercose al conde soberano, que le dijo:

—Siéntate.

El viejo caballero pareció dudar, pero ante un gesto imperioso del soberano, obedeció sentándose frente a él.

Garci-Fernández le abarcó con una mirada fría, pero firme, y después le dijo con tranquilo acento:

—Antolínez, ya sabes mi carácter. Tengo en mis venas la sangre de Fernán González, y basta que uno se me resista para que al momento salte por encima de él.

—Lo sé, señor. Os he visto nacer, y conozco perfectamente vuestro carácter.

—Pues con esto comprenderás lo pernicioso que te será el resistirte a mis mandatos.

—Señor, hay cosas que obligan a hombre a mantenerse en una actitud que sabe le conduce a la perdición.

—Explica el por qué de tu conducta.

—Yo odio a los Sepúlvedas, y jamás podré consentir que sean mis amigos ni se enlacen con mi familia.

—Habla con verdad. Tú odias porque tu corazón solo es asequible al odio y a la envidia.

—Señor...

—No vaciles en hablar —dijo el conde soberano con exaltación—. Explicame el motivo de tales odios; quiero conocerlos de una vez.

—Ya os lo dije esta mañana. El padre de don Juan Sepúlveda insultó al vuestro, y esto...

—¡Calla, miserable! —interrumpió Garcí-Fernández con voz tonante—. No mientas más ni profanes la memoria de mi padre, empleándolo una vez más como instrumento para encubrir tus pasiones.

—¡Cómo! ¿Qué decís? —exclamó don Fernán con alguna turbación.

—Lo sé todo, Antolínez. Vos, el justo, el puro, el santo, por vengaros de don Ramiro de Sepúlveda que os había vencido al pretender el amor de una dama francesa, empleasteis el nombre del conde Fernán González para lanzar a aquel infeliz noble por la pendiente de su carácter pronto y fogoso, que le condujo a la perdición. Acordaos de la misiva anónima que un día recibió el padre de don Juan, y en la cual se injuriaba a la madre de este y al conde soberano.

Al oír esto, don Fernán palideció intensamente y miró asombrado a Garcí-Fernández.

—¿Palideces? —continuó este con creciente exaltación—. ¿Te asombras porque no puedes comprender que yo conozca tan recónditos secretos? ¡Ah!, miserable; la maldad y la falsía nunca quedan ocultas. Tú creías poder engañarme con tus hipócritas palabras, y aun esta mañana te has propuesto sembrar en mi alma el terror, evocando la sombra de mi padre. Cuando lo pienso, la ira bulle en mi corazón, y me siento con tentaciones, despreciando tus canas, de agarrarte por los hombros y humillarte a mis pies como un reptil inundo. Poner en tu boca el nombre de Fernán González, del que te valiste sin compasión como de un instrumento, solo es propio de infames.

El conde soberano, después de decir esto, calló.

Don Fernán, aunque permanecía pálido, se repuso un tanto y, por fin, dijo:

—Señor; mal obrasteis al insultar de tal modo a un pobre anciano. Desconozco esos infames hechos de que me acusáis y que sin duda me han sido atribuidos por algún calumniador. Jamás he amado a otra mujer que a mi esposa y, por lo tanto, mal podría odiar a don Ramiro de Sepúlveda por haberme vencido en la conquista de esa dama francesa de quien habláis. Yo —y no creáis que hago mi elogio—, aunque humilde pecador, he sido siempre hombre de puras costumbres, y sin duda por esto Dios me ha dispensado su protección. Recordad si no la batalla de San Esteban de Gormaz.

Esto último lo dijo el de Antolínez con el aplomo del que alega en su favor un argumento irrevocable, pero fue grande su sorpresa al ver vagar en los labios de Garcí-Fernández una sonrisa sarcástica.

—Tú has tenido un hermano —dijo este.

—Sí; hace ya muchos años que huyó de la morada de mi padre, y desde entonces no lo he vuelto a ver. Se llamaba Sancho.

—Lo sé, y aun si gustas, puedes añadir el detalle, para que el retrato resulte completo, de que se parece a ti como una gota de agua a otra.

—¿Qué queréis decir con eso, señor?

—Que tu hermano don Sancho fue el ángel que hizo tus veces en San Esteban de Gormaz.

Don Fernán, al escuchar esto, quedose sorprendido.

Aquellas palabras le producían el mismo efecto que un niño experimenta al ver derruido el castillo de naipes que forma con gran trabajo.

Sus ilusiones, o más bien dicho, la satisfacción que le producía su santidad, venía al suelo.

Don Fernán había llegado a convencerse de que Dios le diferenciaba de los demás mortales protegiéndole, y creía firmemente en la intervención del ángel en la citada batalla a la que él no asistió.

Júzguese ahora la decepción que sufriría al ver el rayo de luz que aclaraba aquella obscuridad, que solo había podido explicarse como un hecho sobrenatural.

—¿Tenéis seguridad en lo que decís? —preguntó, por fin, con voz trémula al conde soberano.

—Completa. De boca de tu mismo hermano he podido escuchar la intervención que por salvar el honor de la familia tuvo en San Esteban de Gormaz.

—Tal vez seáis víctima de una superchería, señor.

—Don Fernán, basta de vanas palabras, que en este instante no necesito de vuestros consejos. Las cosas que yo os digo tienen sus pruebas y sus fundamentos. Juzga, pues, tú ahora lo que yo puedo hacer contra ti, si es que te resistes a mis mandatos. Tu reputación de hombre santo, que tanto estimas, se desvanecerá en breves instantes como yo quiera.

—No podréis allegar prueba alguna.

—¡Cómo! ¿Crees tú que yo hablo sencillamente por costumbre, como una mujerzuela? Lo que Garci-Fernández dice al acusar a alguien, puede probarse al momento. Aguarda y verás. Voy a poner ante tus ojos los dos seres que mañana pueden ser los arietes que derrumben ese muro de fingida santidad en que te has encerrado. Vais a ver a tu hermano y a Clodovea, la que en otro tiempo fue causa de tus desavenencias con don Ramiro de Sepúlveda.

El conde soberano, diciendo esto, volviose hacia la puerta y gritó:

—¡Don Sancho! Si estáis ahí, entrad.

Apenas sonaron estas palabras, como si fuera un conjuro que evocaba mágica aparición, descorriose el tapiz que cubría la puerta, y aparecieron sobre el umbral de esta don Sancho Antolínez y Clodovea.

El primero se había despojado de su capuz y llevaba descubierto el rostro.

La segunda no iba vestida con aquel extraño traje blanco con que la hemos visto en otra parte de esta obra.

Llevaba un modesto traje de villana, y se cubría con un amplio manto negro.

Don Fernán reconoció a ambos al momento.

A don Sancho, por la completa semejanza que con él tenía, y a Clodovea, por los rasgos de belleza que todavía conservaba su rostro.

Con asombro los estuvo contemplando largo rato, mientras que el conde soberano permanecía inmóvil en su sitial y como indiferente a la escena.

Por fin, pasado algún tiempo, Garci-Fernández hizo una seña, y el bandido y la hechicera se retiraron.

Volvieron a quedar solos en la cámara don Fernán y el soberano.

—¿Qué dices a esto? —preguntó Garci-Fernández.

El de Antolínez no contestó.

—Ya ves —continuó el joven conde— que puedo a mi antojo hacerte mucho daño. Mañana puede saber toda Castilla que el noble señor don Fernán Antolínez, a quien se considera como un santo, es un hombre que por amor a una dama francesa, que fue casi una meretriz, causa la ruina de una noble familia, valiéndose para ello del conde Fernán González, cuya memoria todos respetan. Y si es que, a pesar de esto, quieres hacer valer tu santidad adquirida en San Esteban de Gormaz, ahí está tu hermano para probar que a su valor debiose el éxito de la batalla y no a la intervención de ningún ser sobrenatural. Y tales noticias tendrán su correspondiente prueba, porque ahí están ese hombre y esa mujer y yo, que soy el conde soberano, para asegurarlo; y no dudes que todos creerán lo que yo diga con preferencia a todas cuantas protestas hagas, pues la gente tiene una marcada tendencia a derribar a aquel que se halla muy alto, y tú te has elevado mucho. Entonces el desprecio caerá sobre ti, y todos se apresurarán a resarcirse con desdenes de los homenajes que ahora te prestan. ¿No es verdad que tu soberbia se rebela al contemplar tal perspectiva? ¿No es verdad que temes que llegue tal momento?

El conde soberano calló como esperando una contestación de don Fernán, pero al ver que este permanecía silencioso, continuó:

—Pues tan triste situación podrías evitarte solo con acceder a lo que te he pedido esta mañana. Depón esos odios que te separan de Sepúlveda y ten la seguridad de que jamás conocerá nadie esos lunares de tu vida que yo conozco. Concede la mano de tu hija a don Juan y todo habrá terminado. Esto te lo ruego, y teme que llegue el instante en que te lo mande, pues ya sabes que soy testarudo en mis deseos, que mi poder es omnipotente y sabré, si es necesario, arrancar de tu potestad a María para dársela al hombre que ama, y si tú te opones, encerrarte en un calabozo.

Don Fernán, al escuchar esto, dejó caer la cabeza sobre su pecho, como quien reflexiona, y así permaneció mucho tiempo.

—Te brindo con la paz —continuó Garci-Fernández—. Depón tus rencores, casa a tu hija con Sepúlveda y podrás gozar mientras vivas esa reputación de santo que te enorgullece. Piénsalo bien y contéstame, pues deseo acabar cuanto antes esa oposición que me distrae de otros asuntos.

El viejo caballero permaneció mucho tiempo en la posición antes mencionada, pero, por fin, levantó la cabeza, y mirando con ojos tristes a Garci-Fernández, le dijo:

—Señor, os obedezco. Haced de mí lo que gustéis.

—Haces bien en tomar tal determinación. Voy a llamar a don Juan.

—Perdonad, señor. Pero a eso no puedo acceder.

—¿Qué decís?

—Ya que accedo a que mi hija sea la esposa de un Sepúlveda, dispensadme al menos la pena de tener que estrechar la mano a don Juan.

—No te creía tan rencoroso, pero accedo a tus deseos. Márchate, si es que así lo quieres, sin reconciliarte; pero ten entendido que con ello me das un nuevo pesar, pues yo quisiera ver a toda mi nobleza sin discordias que la dividieran.

—Respetad mis pasiones. Mañana partiré de Burgos para encerrarme en mi castillo. ¿Cuándo dispondréis la boda de mi hija María?

—No puedo decírtelo. Creo que pronto; pero ya que te vas, déjala en mi alcázar, pues aquí estará más segura bajo la salvaguardia de mi autoridad.

—Adiós, señor —dijo don Fernán con triste voz—. Habéis violentado mi voluntad.

—Para hacer un bien —añadió Garci-Fernández.

Después de esto, el de Antolínez salió de la cámara con mesurado paso, dejando solo al joven soberano.

Este llamó entonces a don Sancho, que no tardó en aparecer en el dintel de la puerta.

—El medio que me propusiste —le dijo Garci-Fernández— ha surtido excelente efecto.

—¿Ha cedido mi hermano?

—Sí. Tu sobrina será dentro de poco la esposa de Sepúlveda.

—Grata noticia para los dos.

—Voy a comunicársela ahora mismo. ¡Quiera el cielo que mi amor sea tan afortunado como el de don Juan!

—No desmayes, señor. Doña Argentina no tardará mucho en ser condesa soberana de Castilla.

—Dios te oiga. ¿Cuándo partes para la frontera?

—Ahora mismo, señor. La tarde está próxima a terminar y al anochecer me aguardan los míos.

—Don Sancho —dijo entonces con solemne voz el joven soberano—. Piensa en la noble misión que vas a cumplir. Yo, el conde de Castilla, te encargo que libres a tu patria del peligro de una invasión. No vas como otras veces a combatir a sueldo por un señor que desconoces y por una causa que ignoras, vas a exponer tu vida por lo más santo que tiene el hombre. Lucha con valor, regenérate en el campo de batalla, que yo te juro que cuando vuelvas dejarás de ser el incógnito capitán de los Hermanos de Hierro, para ocupar el alto sitio que por jerarquía te corresponde.

—Gracias, señor —dijo con entusiasmo don Sancho—. Por primera vez en mi vida lucharé como un noble castellano. ¡Voy a la frontera a morir o a salvar a mi patria!

—Adiós, Sancho.

—Adiós, conde soberano.

Y tras estas palabras, el bandido salió de la estancia con airoso y enérgico continente.

Garci-Fernández quedó solo en la gran cámara, cuyos rincones comenzaban ya a ser presa de la obscuridad.

Los últimos reflejos del sol poniente se filtraban por las vidrieras de las ojivas.

El joven soberano abandonó la estancia murmurando:

—Don Juan está encerrado en una de las cámaras del alcázar. Vamos a enloquecerle con la noticia de la última decisión de don Fernán Antolínez.

Capítulo XIII

Tocando el cielo

NUNCA los habitantes de Burgos presenciaron fiestas tan suntuosas y repetidas como las que organizó el conde soberano con objeto de distraer al noble señor Carlos de Poitiers y su bella hija Argentina.

Los torneos, las danzas, las ruidosas partidas de caza y las veladas en el alcázar se sucedían sin interrupción, y los más apuestos caballeros de la nobleza castellana rivalizaban en presentarse suntuosamente.

Tales fiestas habían hecho perder a Burgos el carácter que hasta entonces había conservado como corte de un estado guerrero.

Todos estaban conformes en asegurar que ni las festividades que bastantes años antes se habían hecho para celebrar las bodas de Fernán González con doña Sancha de Navarra, podían compararse con las que estaban viendo.

Hasta los más rústicos villanos comprendían el significado de aquel afán que el conde soberano demostraba para obsequiar a los extranjeros, y sonriendo maliciosamente se decían:

—Esto huele a boda.

A pesar de estas suposiciones que el pueblo se hacía, Garci-Fernández no había dirigido ni una sola palabra de amor a Argentina.

Los días pasaban y, sin embargo, el joven soberano no declaraba su pasión.

Esta tardanza tenía su fundamento.

Garci-Fernández sentía algo semejante al miedo.

Siempre que se proponía a hablar a la joven francesa del amor que la profesaba, sentíase como detenido por una fuerza superior, y por más que hacía para vencerla no lograba realizar su deseo.

Mil veces en las fiestas que celebraba permanecía horas enteras al lado de Argentina y conversaba con ella de cosas indiferentes; pero siempre que se disponía a pronunciar la tan anhelada declaración, sentía como un nudo en la garganta y su lengua se negaba a obedecer al pensamiento.

El joven temblaba ante la extranjera.

Él, que jamás había sentido pavor en los más reñidos combates y las situaciones más aventuradas, se sentía como amedrentado cuando aquellos ojos azules, grandes y bellos, se fijaban en él con insistencia.

No parecía sino que en el fondo de aquellas cerúleas pupilas anidaba una hidra que le helaba con su mirar.

Una noche, por fin, sintiose con más arrojo, y reflexionando que su tranquilidad de espíritu exigía el salir pronto de tan incierta situación, se propuso el no acostarse sin antes haber manifestado a Argentina la pasión que por ella sentía.

Acababan de cenar en una de las vastas cámaras del alcázar.

En derredor de la gran mesa de roble tallado, cubierta de rico mantel, veíase a todo lo más selecto de la nobleza castellana.

Damas jóvenes y viejas, pero todas espléndidamente vestidas, y caballeros de cabeza cubierta por blanca cabellera o rizada melena, ocupaban todos los lados de la mesa.

A la cabecera de esta veíase sentado al conde soberano que tenía a su derecha al señor de Poitiers y su hija, y al lado opuesto a don Juan de Sepúlveda y María Antolínez.

Esta hacía ya muchos días que vivía en el alcázar durmiendo en la misma habitación que Argentina.

Las dos damas, aunque conociéndose pocos días, trabaron esa íntima amistad tan propia de la juventud que necesita identificarse con todos cuantos le rodean.

Sin embargo, notábase en ambas jóvenes algo diferente a un afecto sencillo e igual.

Argentina ejercía cierta presión y autoridad sobre María, que la obedecía dulcemente en todo.

Aquella mujer irradiaba como una atmósfera de dominación que todo venía a avasallar.

Como la cena había terminado ya, los comensales se entregaron a la conversación, y en la sala comenzó a reinar ese zumbido producido por muchas bocas que hablan a la vez.

Sepúlveda y su amada se miraban con arrobamiento y al mismo tiempo se hablaban con voz queda.

En aquel instante se olvidaban de todos los presentes y aun de que el mundo existía.

El señor de Poitiers había entablado animada conversación con don Egido de Saldaña, viejo caballero y antiguo amigo de Fernán González, que, junto con don Fernán Antolínez, había sido el consejero de Garcí-Fernández.

Argentina, que estaba al lado del conde soberano, permanecía silenciosa, pues nadie le dirigía la palabra.

Este mantenía en aquellos instantes una encarnizada lucha dentro de su cabeza.

Como siempre, se sentía víctima de aquella fuerza sobrenatural que le impedía decir palabras de amor a la francesa.

Por fin, hizo un esfuerzo, y contemplando breves instantes a Argentina, que estaba triste y como abstraída, la dijo:

—Sin duda, bella Argentina, os fastidiáis ya de los placeres de mi corte.

—¿Por qué lo decís, conde soberano?

—Porque en vuestro rostro veo señales de tristeza.

—¿Qué queréis? No puedo evitar mi carácter, que es un tanto serio y adusto.

—No he visto yo que vuestro carácter sea del modo como queréis pintarlo; pero aunque así fuera, creo adivinar la causa de vuestra seriedad.

—Decidla, conde soberano, y con ella sabré yo una cosa que hasta ahora me he esforzado en adivinar.

—Vos debéis sentir la falta de algo en el corazón.

—Le tengo ocupado por el amor de mi padre.

Al oír esta respuesta, que fue dada en tono algo seco, Garci-Fernández pareció vacilar; pero después animose, y con acento resuelto, aunque algo tembloroso, dijo:

—Eso no basta.

—¿Pues qué queréis que sienta en mi pecho?

—A vos os falta amor.

—¡Amor! —dijo Argentina mirando por primera vez al joven soberano y envolviéndole en las ondas de luz que brotaban de sus ojos—. Muchos han pronunciado junto a mi oído esa palabra, y por más que he aguzado mi ingenio, jamás he logrado entenderla.

—Tal vez haya sucedido así porque los que la pronunciaron no fueran de vuestro agrado.

—Puede ser que no os equivoquéis. Las palabras suenan en el oído con mayor o menor armonía, según la boca de donde salen.

—Esa observación es muy atinada. Figuraos que yo os dijera una cosa nueva; ¿cómo la recibiríais?

—Conde soberano, os habéis desvivido por obsequiarnos a mi padre y a mí en más de lo que merecemos; yo os estoy profundamente reconocida, y, por lo tanto, todo cuanto me digáis lo recibiré con agrado.

Argentina dijo esto con tan graciosa cortesanía, que Garci-Fernández se sintió bastante animado para decir:

—Entonces entenderéis cuanto os diga.

—Tal vez.

—Pues hagamos la prueba. A vos os falta amor, y yo os lo ofrezco.

—Conde soberano —dijo Argentina con gracioso enojo—. Sin duda tenéis por costumbre el burlaros de las extranjeras que llegan a vuestra corte.

Garci-Fernández, al oír esto, no sintió desaliento, antes al contrario, parecía que aquel enojo vencía el miedo que hasta entonces había abrigado, así es que con una fogosidad de la que él mismo se extrañaba, púsose a decir:

—¿Burlarme yo de vos? ¡Cuán poco conocéis el estado de mi corazón! Os he dicho la verdad; yo os amo con toda mi alma, y os aseguro que labraréis mi eterna infelicidad si al escuchar mis palabras en vuestro semblante se pinta el desprecio. ¡Si vos supierais lo que he experimentado antes de deciros tales palabras! De seguro que después os reiréis de mí, pero quiero deciroslo todo, absolutamente todo. Yo he temblado, yo he sentido miedo al pensar solamente en declararos mi pasión y que vos pudierais rechazarla. ¿No es verdad que es extraño que el conde Garci-Fernández, el que cuando aún era un niño ya vestía el arnés de guerra y lidiaba en sangrientos combates, el que tiene miles de vasallos que acatan sus órdenes y miles de lanzas que le siguen, haya sentido miedo ante una mujer? Pues así ha sucedido. Yo, el soberano guerrero, el hombre que comparado con los caballeros franceses aparezco como un ser salvaje y feroz e inasequible a toda dulce pasión, he temblado de miedo al amar una mujer. Juzgad ahora de la pasión que abrigo en mi pecho, y si las palabras de antes os las he dicho por mero pasatiempo.

Garci-Fernández, diciendo esto, habíase exaltado por momentos.

Hubo instantes en que incorporándose sobre su sitial casi tocaba con su rostro el de la dama francesa.

Sus ojos centelleaban de pasión, y agitaba los brazos como para dar más firmeza a sus palabras.

Los comensales, entregados a la conversación, no vieron la excitación del conde soberano; y si a alguno le llamó aquella la atención, procuró no fijarse, comprendiendo que esto no sería del agrado de aquel.

Cuando el joven soberano acabó de decir aquellas palabras, el silencio se restableció entre él y Argentina.

Esta última inclinó su hermosa cabeza sobre el pecho, y quedose pensativa.

El conde la contemplaba en tanto con ardorosa mirada, en la que se leía la incertidumbre.

En aquel momento volvía a sufrir el miedo de antes.

Con ansiedad aguardaba las palabras que salieran de los labios de la francesa, comprendiendo que de ellas dependía su felicidad.

Pero Argentina permanecía silenciosa.

Y así transcurrió un breve espacio de tiempo, hasta que, por fin, Garci-Fernández la preguntó con tembloroso acento:

—¿No creéis mis palabras dignas de ser contestadas?

—Conde soberano —dijo entonces la joven—, vuestras palabras son propias para ser meditadas. Vos me concederéis un plazo para que yo reflexione sobre lo que acabáis de decirme.

—Haced lo que gustéis, pues sois la dueña de mi porvenir. ¿Cuándo podré saber vuestra contestación?

—Mañana al amanecer.

—¿Y cómo?

—Si cuando salgáis de la cámara en que dormís, una de mis doncellas os entrega una misiva, tened por seguro que accedo a vuestro amor.

—¿No podríais darme tal contestación en este momento?

—No. Jamás he amado y, por lo tanto, ignoro qué clase de afecto es el que os profeso. Concededme la noche para reflexionar.

Después de esto, los dos jóvenes se callaron.

A los pocos momentos cada uno tomaba parte en la conversación de los comensales más cercanos.

Y de este modo transcurrió el tiempo hasta que las campanas de Burgos anunciaron la medianoche.

Sus sonos, que llegaron ahogados hasta la cámara del festín, pusieron en dispersión a los comensales.

Todos se levantaron, y unos tras otros fuéronse despidiendo del conde soberano y sus huéspedes.

Por fin, quedaron estos únicamente en la estancia con algunos servidores.

Argentina se apoyó en el brazo de su padre, y ambos dispusieron a retirarse.

Doña María Antolínez ya había marchado a la habitación que en el alcázar tenía dispuesta, lo mismo que Sepúlveda a la hostería de El Buen Buralés.

—Tened buena noche, conde soberano —dijo el de Poitiers.

—Que Dios os guarde —contestó Garci-Fernández.

Y después de esto, todos los que vivían en el alcázar se retiraban a sus habitaciones.

Pasado un corto espacio de tiempo, el conde soberano se encontraba tendido en su lecho y sin despojarse de su traje.

Por más esfuerzos que hacía le era imposible conciliar el sueño.

La duda, la incertidumbre le tenían en vela, y su malestar era tal, que se agitaba en su lecho sin poder dar a su cuerpo una posición que trajera el sueño a sus ojos.

Mientras esto sucedía al conde soberano, en la gran cámara que dividía las habitaciones de Argentina y su padre Carlos de Poitiers, ocurría la siguiente escena:

La hermosa francesa estaba sentada en un alto sitial, y por frente a ella paseábase su padre con el rostro ceñudo y aspecto preocupado.

En el momento que nosotros introducimos al lector en la estancia, el de Poitiers decía así:

—Lo he visto todo. Aunque procuraba atender a las palabras que me dirigía aquel anciano caballero que tenía sentado a mi diestra, he podido ver lo que entre tú el conde soberano ha sucedido.

—No sé qué queréis decir con eso. Garci-Fernández me hablaba...

—De amor —interrumpió a la joven su padre—. Yo también he tenido mi época de galanteos, y conozco perfectamente, y tan solo por los ademanes, lo que un hombre dice cuando se halla junto a una dama. Contesta a mis preguntas: ¿qué te ha dicho el conde soberano?

—Ya lo habéis adivinado hace un instante. Garci-Fernández me ha dicho que me ama.

—¿Y tú...?

—Yo —contestó con sequedad Argentina— no le amo.

—Siempre esa maldita pasión —murmuró el de Poitiers, y cesó en sus paseos, parándose frente a su hija.

Por algunos instantes la contempló con mirada avasalladora que la joven resistió, y por fin la dijo con voz severa:

—Argentina, hora es ya de que acabe esa maldita pasión que en tu pecho ha arraigado. ¿Por qué no correspondes al amor que te profesa Garci-Fernández?

—Ya podéis adivinar la causa.

—¿Amas todavía a Lotario?

—Sí, su recuerdo me sigue a todas partes, y ya que no mi cuerpo mi alma es suya.

—¡Vive Cristo!, que eso no será así. Hora es ya de que cese esa insensata pasión; te lo mando yo, ¡yo! que soy tu padre. ¿Crees tú que alguna

vez podrás lograr el ser esposa de Lotario? Nunca; yo me opondré mientras viva. Ese hombre es un infame.

—¡Padre! —exclamó Argentina con acento de indignación no exenta de fiereza.

—¿Acaso no lo sabes tú? Toda Francia conoce a Lotario por sus disipadas costumbres y sus malos sentimientos; es un miserable que deshonra la armadura de caballero que viste. Y sabiendo todo esto tú le amas, ¡tú!, que tienes por padre a uno de los más nobles y generosos caballeros franceses y que perteneces a una familia cuyos blasones no están empañados por la menor mancha de infamia. ¿Cómo tienes el corazón, que puede dar cabida a un amor tan insensato?

Argentina permaneció callada, escuchando a su padre con expresión altanera.

Este continuó a los pocos instantes:

—Tú debes ser la esposa del conde soberano. Reflexiona, hija mía, sobre la grandeza que podrías alcanzar dando tu mano a Garci-Fernández. Castilla es un Estado llamado a ser mucho por el tiempo, y sus condes son respetados por todos los reyes. ¿No te estremeces de orgullo y de placer al pensar que podrías ocupar, si quisieras, su trono?

—No, padre mío. Yo no amo a Garci-Fernández.

—Pues es mil veces más apuesto, afectuoso y puro que ese malvado Lotario.

—¡Oh!, no digáis eso. El conde soberano es un hombre rústico y de carácter feroz.

—Es un guerrero de familia de héroes.

—En cambio Lotario...

—Es una mujerzuela —interrumpió el de Poitiers—. Un hombre galante con las damas, que jamás ha derramado su sangre en el campo de batalla.

Después de esto siguió un largo intervalo de silencio, durante el cual el caballero francés continuó en sus paseos.

De pronto dijo:

—¡Hija mía! Hora es ya de que cese mi tolerancia. Hasta hoy solo he procurado alejarte de aquel hombre, y con este motivo hemos emprendido la peregrinación a Santiago de Compostela. Pero ahora te mando, ¡lo oyes bien!, te mando que olvides a Lotario, que ni por su edad, por su valor y por su conducta es digno de ti. ¡Ay de ti si no me obedeces! Por otra parte, yo solo deseo labrar tu felicidad y encumbrarte al elevado puesto que jamás pudiste soñar. ¿Sabes tú lo que es ser condesa soberana de Castilla? Hoy solo

eres hija de un caballero y puedes disponer de un castillo y su señorío anexo. Tienes doncellas que te sirvan y escuderos y pajes que te obedezcan; pero esto es una leve sombra comparado con lo que tendrías si algún día llegaras a ser condesa soberana. Entonces, en vez de villanas, por doncellas tendrías a las damas más nobles de Castilla que se desvivirían por servirte y ser tus confidentes. Los más nobles caballeros romperían en los palenques lanzas en tu honor; los trovadores cantarían a todas horas tu hermosura; vivirías siempre envuelta en una atmósfera de adulación y gloria, y cuando salieras de tu alcázar podrías ver a todo un pueblo inclinado a tu paso. Vastos territorios serían tus dominios; escuadrones de feroces guerreros aguardarían tus órdenes, y te bastaría hacer la más leve indicación a tu esposo para que este cumpliera al punto tus caprichos, y tendrías a granel sargas de perlas, ricas telas y mullidas alfombras arrancadas a los sarracenos por las lanzas castellanas. Tu nombre volaría en alas de la fama, por todo el mundo; tu hermosura sería celebrada en todos los países; serías respetada por los reyes al ser esposa del héroe castellano, y tu anciano padre lloraría de gozo al ver a su hija ocupar tan alta posición.

Argentina seguía con interés las palabras de su padre, y en su rostro conócíase que aquella detallada descripción cambiaba en mucho sus ideas, haciendo flaquear su firme voluntad.

El orgullo femenino rompía las trabas que hasta entonces le había tenido sujeto en lo más recóndito del alma, y aparecía para borrar todo lo pasado y dejar abierto ante los ojos de Argentina un porvenir de brillantes colores.

No es que queramos decir que aquel Lotario tan nombrado por el caballero francés se borrara del pensamiento de Argentina, pero lo cierto era que esta acogía cada vez con más agrado la idea de ser condesa de Castilla.

El conde Garci-Fernández ya no le parecía tan desposeído de aquella cortesía que a ella le gustaba, y hasta reflexionando le encontró algunas buenas cualidades que una hora antes le habían pasado desapercibidas.

Tal vez el lector se extrañe de tan repentina mudanza, pero el corazón de la mujer es un enigma, o más bien una máquina que funciona sin ajustarse a regla alguna.

Argentina estaba ya dispuesta a dar su mano a Garci-Fernández.

El de Poitiers, que era hombre bastante experto en los fenómenos del corazón humano, y conocía por el rastro de su hija los pensamientos que en ella se agitaban, la dijo:

—¿Qué es lo que piensas hacer?

—No sé —contestó con fingida zozobra la joven—. Haré lo que me mandéis.

—Acepta la pasión del conde soberano.

—Os obedeceré.

—¿Cuándo piensas manifestárselo?

—Mañana al amanecer.

—Sí, hija mía; cástate con Garci-Fernández y sé dichosa procurando olvidar a Lotario.

—¡Oh! Eso no sé si podré lograrlo.

—Fácil te será. Ese hombre jamás te ha amado.

—Padre, ¿vos ignoráis...?

—Sé lo que vas a decirme; en algún momento de pasión te habrá dicho que eres hermosa, que te ama y nada más. Bien sabes tú su vida. Antes que a ti ha amado a cien mujeres, ha sido casado, y como recuerdo de su difunta esposa guarda una niña, ha arrastrado una vida azarosa y disoluta, y tiene un corazón gastado e indiferente a todo afecto. De llegar a ser tu esposo, te hubiera tratado con desvío a los pocos días, y de seguro que a la mujer que llevaba su nombre hubiera preferido la primer meretriz de los mercados.

—A pesar de esto le amo —murmuró Argentina.

—En cambio —prosiguió Poitiers sin hacer caso de la interrupción—, Garci-Fernández es un alma que te ama con todo el ardor de sus pocos años. A su lado gozarás de un doble dominio, pues serás reina de su Estado y de su corazón.

Tras estas palabras, el caballero calló.

Su hija no contestó, y de esta manera pasaron algunos instantes.

El de Poitiers dijo por fin:

—Hija mía, la noche está ya muy avanzada y es hora de retirarnos a descansar.

—Tenéis razón —contestó Argentina levantándose de su sitio.

—¿En qué quedamos, hija mía?

—Mañana daré mi contestación satisfactoria a Garci-Fernández.

—Y serás la condesa soberana de Castilla.

Después de esto los dos retiráronse a sus habitaciones.

Como en invierno amanece tarde y además tenía por costumbre dormir pocas horas, el conde Garci-Fernández se paseaba por su cámara envuelto en un ropón de pieles, mucho antes de que apuntase el día.

Su dormitorio estaba alumbrado por una lámpara de mano, cuya llama oscilaba en continuo chisporroteo.

Con tal luz, las sombras que llenaban la habitación crecían y menguaban acompasadamente, y los contornos de los muebles se perdían en la obscuridad de los rincones.

El conde soberano meditaba en lo mismo de siempre.

La incertidumbre roía su alma.

Con ansiedad aguardaba el amanecer del día, y al mismo tiempo lo hubiera retardado a tener poder para ello.

Entregado a tan extraña lucha, permaneció el soberano mucho tiempo.

De pronto, en uno de sus paseos, notó que las vidrieras de las ventanas comenzaban a empaparse de la tibia luz del alba.

Aquello hizo estremecer al soberano.

El momento se acercaba.

Cesó en sus paseos, y dejándose caer en un sitial, hundió la cabeza entre sus manos.

En esta posición permaneció mucho tiempo, y en tanto fue avanzando el nacimiento del día.

Una luz ya más viva, aunque blanca, se filtraba por las ojivas para proyectar largas fajas de claridad sobre el pavimento de la estancia.

Garci-Fernández, al notar esto, fue a levantarse de su sitial; pero una fuerza como superior le retuvo en él.

Cuando ya las últimas sombras de la noche se habían disipado y la lámpara ardía con triste luz, sonó un golpe en la puerta de la estancia.

El joven conde levantose de su asiento y la abrió.

Una doncella de Argentina apareció en el umbral sonriendo.

En la mano llevaba un pequeño pergamino enrollado que exhalaba un grato perfume y del que pendía un sello dorado.

El soberano lo tomó, y retirose la doncella.

Con rápido paso acercose a una ojiva; desarrolló la misiva, y al leer el contenido su rostro se iluminó con una expresión de alegría.

Decía así:

«Pedidme como esposa a mi padre. Os amo.

ARGENTINA».

El conde soberano, en aquellos instantes, tocaba el cielo.

Capítulo XIV

En el cielo

A los pocos días sucedía lo que era de esperar.

Todo Burgos se alborozaba con la noticia de que su conde soberano iba a unirse en matrimonio con aquella dama francesa a quien todos tanto admiraban por su hermosura.

Se preparaban todos los festejos conocidos en aquella época.

En la plaza Mayor se levantaba un extenso palenque con vallas cubiertas de ricos tapices, y en el cual habían de romper lanzas los más nobles y apuestos jóvenes de Castilla.

Frente al alcázar condal, con gran regocijo de ayunos, se construía una alta fuente, por cuyos caños debían manar arroyos de vino, y en las afueras de Burgos, algunos pajes y escuderos de las casas más principales habían preparado una especie de mojiganga que prometía mucha algazara, al decir de los buenos burgaleses.

Desde el amanecer, la plaza del alcázar se veía llena de una abigarrada e inmensa multitud, que se estrujaba contra los muros, o las largas filas de guardias del conde soberano que, a caballo y apoyados en sus largas lanzas, guardaban, formados en batalla, la puerta del palacio.

La iglesia mayor de Burgos no se veía menos rodeada de curiosos burgaleses.

Todos pugnaban por penetrar en ella y poder contemplar la ceremonia nupcial del soberano, y eran muy pocos los que lograban burlar la vigilancia de los sacristanes que, junto con algunos arqueros del obispado, guardaban las puertas.

Cuando el sol se había remontado un tanto por el espacio, la comitiva nupcial comenzó a salir del alcázar.

Fuera inútil cuanto hiciéramos por pintar con exactitud aquella cabalgata, que mostraba todo el lujo y ostentación posibles en el siglo X.

Aquello era una orgía de sonidos, de colores y de brillantez.

Delante marchaban a caballo los timbaleros y clarineros de la casa condal, cubiertos con gorras rojas de velludo, sobrevestas del mismo color y calzas azules.

Detrás, a pie y en dos largas filas, los servidores del alcázar, y después, en número infinito, los mesnaderos, escuderos y pajes de las familias nobles formando un revuelto escuadrón que atronaba el espacio con el sonoro

galopar de sus corceles y hacía ondear en el viento un sinfín de brillantes lanzas, airosos penachos y vistosos pendoncillos.

Luego marchaban los nobles de Castilla.

Aquello era un escuadrón deslumbrante.

El sol le envolvía con sus rayos y arrancaba rojizos reflejos de los lucientes arneses que asomaban por bajo de cortos sayos de brocado, llenos de los más caprichosos y artísticos bordados.

En dicho grupo veíase encarnado todo el poder de Castilla.

Allí marchaban los viejos caballeros que con Fernán González habían conquistado grandes territorios a los moros, y allí también los jóvenes que con Garci-Fernández habían blandido sus mandobles contra las mesnadas sarracenas.

Y cabalgando mezclados con ellos veíase al obispo de jurisdicción temporal, tan pronto sacerdote como soldado, y al abad del monasterio, de pendón y caldera⁴, que tan pronto cantaba salmos en el coro como montaba en su trotón para acometer, lanza en ristre, a los irruptores alarbes.

Después de tan vistoso escuadrón notábase un ancho claro en la comitiva.

Todos los burgaleses conocían que estaba próxima la aparición del conde soberano.

Por fin apareció a todo correr de su caballo el portaestandarte condal, después los heraldos y por fin venía Garci-Fernández vestido con un largo sayo cuajado de pedrería, que a los rayos del sol reverberaba con una luz semejante a la de las estrellas.

Además cubría su cabeza con un bonete orlado por la corona condal, y calzaba borceguíes de rojo tafilete y espuelas de oro.

A algunos pasos detrás de él marchaba, tirada por fuertes y empenachadas mulas, una litera, dentro de la cual iba Argentina.

Vestía un sencillo traje blanco, y solo a la cintura llevaba un rico ceñidor cuajado de pedrería, lo mismo que el velo que pendía de su cabeza.

Junto a la litera marchaba a caballo, con gallardo continente, el conde Carlos de Poitiers, que siguiendo su costumbre no había abandonado, ni aun en aquella ceremonia, su traje de guerra.

⁴ La expresión «pendón y caldera» hace referencia al privilegio que concedían los reyes a los ricos hombres de Castilla cuando estos acudían a la guerra, en su socorro, con sus gentes. Gracias a esta merced, tenían como divisa propia un pendón en señal de que podían levantar gente, mientras que la caldera significaba que se ocupaban del mantenimiento de dicha tropa.

Tras la litera, montadas en hacaneas, se veían algunas de las damas más principales de Castilla, y últimamente cerraban la marcha una mesnada entera de guardias del conde soberano.

La muchedumbre que llenaba las calles se conmovía al pasar la última parte de la comitiva.

Los burgaleses y villanos del campo que se apiñaban junto a las casas, se descubrían al pasar el conde soberano, y en las ventanas y en lo más alto de las torrecillas agitaban vistosos tapices y se arrojaban pequeñas ramas sobre la litera que ocupaba Argentina.

Todo eran aclamaciones y gritos, y el espacio se conmovía con una gigantesca vibración que aumentaba el incesante voltear de las campanas.

Garci-Fernández, seguido de sus nobles y de su futura esposa, penetró por fin en la iglesia.

¿A qué describir ahora lo que allí sucedió?

Todos nuestros lectores pueden imaginárselo.

El obispo de Burgos unió en matrimonio al conde soberano con la dama francesa, y media hora después todos los burgaleses sabían que su señor compartía el poder con doña Argentina, condesa soberana de Castilla.

Después hubo en Burgos lo que es de rigor en tales casos.

En el alcázar condal un banquete que en el lenguaje del día podríamos calificar de monstruo, pues a él asistieron más de cuatrocientos comensales entre señores feudatarios, nobles palatinos, obispos y abades de pendón y caldera.

Por la tarde todos estos, a más del pueblo de Burgos, asistieron al palenque que en la plaza se había levantado.

En un alto estrado cubierto de ricos tapices tomaron asiento los condes soberanos, acompañados de sus más allegados.

La nobleza más joven de Castilla, ostentando brillantes armaduras y briosos corceles, tomó parte en la justa y fueron muchas las lanzas que se rompieron y algunos los que rodaron por el suelo acompañados de los silbidos de la multitud.

Don Juan de Sepúlveda fue el caballero que al terminar la jornada resultó vencedor y recibió de manos de doña Argentina el premio ofrecido.

María Antolínez, desde el estrado condal, contempló con gozo el triunfo de su adorado.

Cuando la noche vino, Garcí-Fernández y su esposa seguidos de todo su pueblo y a la luz de las antorchas, retiráronse al alcázar.

Allí las aclamaciones fueron muchas, y algunos juglares cantaron algunas trovas en honor de los desposados, que fueron coreadas por la multitud.

Por fin el pueblo se fue retirando de la plaza, y pasado algún tiempo, los alrededores de la mansión condal quedaron completamente desiertos.

Dentro de esta, las cámaras también estaban desiertas.

Los servidores del alcázar se hallaban ya descansando en sus aposentos.

El de Poitiers se había ya retirado al suyo, y las doncellas de doña Argentina acababan de dejarla en el dormitorio del conde soberano.

Este, trémulo por efecto de agradable incertidumbre y anhelante de pasión, empujó la puerta de su estancia, en la que tantas veces había soñado aquello que era ya una realidad.

En aquellos instantes iba a tocar el cielo.

Próximamente dos semanas después, Burgos se conmovió con la celebración de otras bodas, que si bien no eran tan fastuosas como las de Garci-Fernández, no por esto dejaron de llamar la atención de la nobleza y el pueblo.

Don Juan de Sepúlveda se casó con doña María de Antolínez.

El conde soberano no quiso que su joven amigo esperase más tiempo la realización de su dicha.

Él y doña Argentina apadrinaron el enlace y colmaron a los recién casados de valiosos presentes.

Don Fernán Antolínez no quiso asistir a la boda, a pesar de los ruegos de su hija y del conde soberano.

Allá en la soledad de su castillo se había arraigado más en su alma el profundo odio que profesaba a don Juan de Sepúlveda.

Los dos jóvenes esposos fueron a vivir en el caserón solariego de los Sepúlvedas, confiscado por Fernán González, y que Garci-Fernández había devuelto a su amigo junto con todos sus bienes.

La felicidad se resiste a la pintura más que el dolor, y por lo tanto difícil será expresar la dicha que experimentaban el conde soberano y don Juan al encontrarse unidos con aquellas dos mujeres a las que tanto amaban.

Baste decir que eran los hombres más felices de Castilla.

Capítulo XV

Seis años después

ERA una mañana de invierno.

Desde el amanecer, el día se había manifestado en el cielo con una tenue claridad que apenas si lograba filtrarse a través de las apiñadas y negras nubes; una lluvia espesa y pertinaz caía sobre las calles de Burgos.

A causa de ello, estas estaban desiertas.

Por ellas no se veía transitar a los buenos burgaleses con sus coletos de piel y a sus mujeres envueltas en largos mantos, ni pasaban nobles a caballo seguidos de sus servidores; y solo de vez en cuando, saltando los charcos del pavimento y resguardándose con los anchos aleros de las casas, aparecía algún que otro hombre embozado hasta los ojos para preservarse mejor del contacto del agua.

Cuando la mañana estaba ya próxima a finalizar, dos hombres de tal clase topáronse al revolver una esquina en la plazoleta que existía trente al alcázar del conde soberano.

Los dos, como acabamos de decir, iban envueltos en negros mantos y se distinguía muy poco de sus rostros.

A pesar de esto notábase entre ambos una gran diferencia.

Por bajo de los mantos aparecían las piernas de uno, cubiertas por rojas calzas y altos borceguíes de ante, y las del otro, oprimidas por el férreo tejido de la malla y llevando los talones resguardados por fuertes acicates.

El primero llevaba a la cabeza una rica gorra de velludo, y el segundo un casquete de hierro bruñido, reforzado con clavos agudos y gruesos.

Las espadas que asomaban por los extremos de los mantos eran también diferentes.

La del primero era una espada no muy larga, con vaina de velludo y aguda contera, y la del segundo una descomunal tizona de ancha hoja, encerrada en una vaina de cuero con sencilla contera de hierro.

Los dos tenían un noble talante, y a juzgar por los detalles de sus trajes que dejaban ver, eran un noble burgalés y un guerrero, sin duda llegado de la frontera y con recientes recuerdos de luchas con los alarbes.

Como antes hemos dicho, los dos hombres se toparon al doblar una esquina; dirigíanse, indudablemente, al alcázar; y al empujarse, de labios del guerrero salió un franco y enérgico juramento.

Pero apenas esto sucedió, los dos hombres se desembozaron, y tendiéndose los brazos gritaron simultáneamente:

—¡Don Sancho!

—¡Don Juan!

Y seguidamente se abrazaron.

Eran nuestros amigos don Sancho Antolínez y don Juan de Sepúlveda.

Los dos amigos permanecieron algunos instantes abrazados, hasta que, por fin, se separaron, y el de Sepúlveda preguntó así:

—¿Cuándo habéis venido a Burgos?

—Hace pocas horas que llegué —contestó don Sancho—. Dos días atrás, todavía estaba en la frontera montado a caballo, siendo con mis valientes el terror de los infieles amigos de algaradas.

—Mucho tiempo hace que no os veo.

—Seis años, o sea el tiempo necesario para que sucedan muchas cosas. Yo os puedo asegurar de mí, que nada nuevo me ha ocurrido. He batallado con moros sin cesar, he quemado caseríos, he dado tajos y mandobles, he conquistado nuevos territorios a Castilla y... nada más.

—Esa vida os es la más grata.

—Lo habéis adivinado; la guerra es mi elemento, y en ella pasan para mí los años con la rapidez de un día. ¿Pero qué hacemos aquí? ¡Ira de Dios! La lluvia cae sobre nosotros y es preciso que nos guarezcamos en cualquier parte. ¿Dónde ibais?

—Yo, al alcázar.

—A igual punto me dirijo; pero no estoy dispuesto a ir ahora que tan buena compañía he encontrado. Es preciso que, en honor a nuestro encuentro, charlemos un buen rato, como lo hicimos en aquella memorable noche.

—¿Cuál?

—Aquella en que os hice conducir a las cuevas de los Hermanos de Hierro. Conque ¿adónde vamos?

—Si os place podemos entrar en La Nobleza Castellana.

Y don Juan, al decir esto, señalaba una taberna frente al alcázar, que por ser favorecida solamente por los nobles y estar vedada a los villanos la entrada en ella, ostentaba tal título en la muestra colgada sobre su puerta.

—Vamos donde gustéis —contestó don Sancho.

Y tras esto, los dos se dirigieron a la taberna, entrando en ella.

Era poco más o menos como todos los establecimientos de tal clase en aquella época.

Las paredes estaban cubiertas por hiladas de colosales toneles, y sobre algunos banquillos veíanse algunas medidas y no pocos vasos y botellas de metal.

Al entrar los dos amigos, un hombre de semblante lleno y rubicundo y de prominente abdomen salió a su encuentro, birrete en mano, saludándoles respetuosamente.

—¡Hola!, maese tabernero —dijo don Juan—. Sube un jarro de vino del mejor al cuarto de la gran ventana, y déjanos después solos.

El tabernero cogió entonces una de las vasijas y se dispuso a llenarla.

Entre tanto los dos hombres comenzaron a subir por una escalera de madera que conducía al piso superior del edificio, y a los pocos instantes se encontraban sentados en derredor de una grande y no muy limpia mesa situada en el centro de una estancia rasgada al fondo por una gran ventana acristalada.

El dueño de la taberna entró poco después, y dejando sobre la mesa el jarro de vino que le habían pedido a más de dos vasos, se retiró.

Los dos amigos se echaron vino en sus vasos, bebieron y después comenzaron la siguiente conversación:

—¿Y qué sucede por Burgos desde que yo me marché? —preguntó don Sancho.

—Nada cuya importancia salte inmediatamente a la vista.

—Ya sé que al poco tiempo de mi partida os casasteis con mi sobrina.

—Sí, María es mi esposa, a pesar de aquella oposición de su padre.

—¿Y qué es de mi hermano?

—Don Fernán está encerrado en su castillo desde entonces, y no ve a otros seres que a los viejos escuderos que le rodean, y al alcaide de su fortaleza, que creo es tan anciano como él. Dicen que hace una vida de asceta.

—Bien lo necesita para que Dios le perdone sus pecados. ¿Y no ha depuesto sus odios para con vos?

—No; varias veces he intentado visitarle en su castillo, pero jamás ha querido recibirme.

—¿Sois muy feliz con vuestra esposa?

—Mucho; ella me adora, y yo la correspondo de igual modo. Soy el hombre más feliz de Castilla.

—¿Tenéis muchos hijos?

—Dos solamente.

Tras estas palabras los dos nobles tornaron a beber, y don Sancho a preguntar al breve rato:

—¿Y el conde soberano? Creed que tengo grandes deseos de verle, pues sin duda estos años que han transcurrido deben haberle transformado bastante, lo mismo que a vos, que ya no sois el mancebo que ha tiempo conocí. ¿Cómo está Garci-Fernández?

Al escuchar esto don Juan púsose serio, y por la expresión de sus ojos conocíase que no era muy grato lo que tenía que contestar.

—Mala cara hacéis, amigo Sepúlveda. ¿Qué le sucede al conde soberano?

—Es muy infeliz —contestó don Juan con acento triste.

—¡Infeliz! No comprendo. ¿Infeliz un hombre que es soberano de Castilla y por añadidura está casado con una mujer que era toda su ilusión?

—Amigo don Sancho. El conde soberano, a pesar de esto, es más desdichado que el último de sus vasallos.

—¿Qué es lo que le sucede?

—Su mujer no le ama.

—¡Por Cristo!, que es extraño lo que me decís. ¿Doña Argentina no ama a su esposo?

—No.

—Pues no comprendo en qué os podáis fundar para decir tal cosa. ¿Le ha sido acaso infiel? Esto no es creíble, pues a suceder así hace ya mucho tiempo que no viviría. El conde soberano jamás sufrirá la más leve mancha en su honor.

—Doña Argentina no ha faltado jamás a sus deberes conyugales; pero esto nada importa para lo que antes os he dicho, pues se puede muy bien ser fiel y sin embargo no amar al esposo.

—¿Y Garci-Fernández siente mucho el desvío de su esposa?

—Garci-Fernández agoniza. Cuando lo veáis, de seguro que apenas si lo conoceréis. El pesar mora de continuo en su alma, y su estado se agrava al ver que cada vez aumenta más el desvío de su esposa.

—Mal camino sigue nuestro soberano.

—Y tan malo. ¡Si vierais cuánto padece el infeliz! Así como doña Argentina le rechaza, su pasión se aumenta hasta el punto de que por ablandar el corazón de su esposa lleva a cabo los más extraños actos. Yo le he visto a él, que ha sido terror en los combates, y que con una sola mirada hace temblar a los señores más díscolos y osados, arrastrarse a los pies de su esposa demandándola un poco de amor.

—¡Vive el cielo!, que es interesante lo que me decís.

—Muy pocos son los que lo saben en Castilla. Los condes se presentan en público con la sonrisa en los labios para hacer creer a sus

súbditos una felicidad que no existe. Es una farsa precisa para los que ocupan tan altos puestos.

Aún parece que contemplo la escena que, escondido, presencié en una noche del año pasado.

Yo había notado que desde pocos meses después de casarse, el conde soberano se mostraba cada vez más triste y taciturno.

Por más reflexiones que me hice no pude adivinar la causa de tal tristeza.

Garci-Fernández se hallaba recién casado, y yo, que por hallarme en igual situación me encontraba feliz, no podía creer que su tristeza proviniera de su esposa.

Formando mi conjeturas transcurrió para mí el tiempo, hasta que por fin el año pasado, como antes os he dicho, puede conocer la causa de su pesar.

Una noche antes de que se cenara en el alcázar, tuve que ver al conde soberano que se había retirado de la cámara en que estábamos reunidos algunos dignatarios de Castilla.

Me dirigí a su aposento y no lo hallé, y juzgando que estaría en el de su esposa, fui a entrar en él, pero cuando ya iba a empujar la puerta me detuve al escuchar la voz del conde soberano que hablaba en tono para mí desconocido.

Aquella voz tenía ese sonido ronco propio de las gargantas oprimidas por los sollozos.

—Argentina —decía—, mírame a tus pies. ¿Quieres más? ¿Deseas que me humille hasta colocar mi cabeza bajo tus talones? Eres muy cruel. ¿Por qué no me amas? Mi autoridad, mi nombre, mi prestigio, todo lo olvido cuando estoy ante ti, y me arrastro a tus pies como una serpiente, implorando tan solo una mirada de amor.

—Pero, ¿qué queréis de mí, conde? —contestaba doña Argentina— ¿Acaso falto a mis deberes y no obedezco todos vuestros mandatos?

—Falta algo en ti, y ese algo es el amor. Tu voz, al hablarme, es fría; tu mirada, indiferente; tu acento, seco y desabrido, y todo en ti indica al ser que cumple una obligación, pero no a la mujer enamorada. ¿Te soy acaso repulsivo?

—Conde, sois mi esposo.

—Pues entonces, ¿por qué esa frialdad? ¡Ah! Argentina, hay momentos en que temo volverme loco. Mi cabeza se agita en encontrados vaivenes; la sospecha palpita en mi corazón, y llega un instante en que tengo celos y busco a mi alrededor el objeto que llena tu corazón.

—Conde, me ofendéis y no puedo escuchar por más tiempo vuestras palabras.

Y al mismo tiempo que oí esto noté que cerraban una puerta y que sonaban los pasos de doña Argentina al alejarse.

El conde quedose gimiendo en la estancia, pero al poco rato salió.

Al verme sonrió con amargura, y dijo:

—Sin duda lo has escuchado todo, mi buen Sepúlveda.

—Todo, señor —le contesté con tristeza.

—Ya lo ves —exclamó—. Ella me desprecia, no me ama, y por más esfuerzos que hago no logro enternecerla. ¿Qué mano oculta anda aquí? ¿Qué es lo que esa mujer siente? ¡Dios mío! ¡Cuán desgraciado soy!

Y al decir esto, Garci-Fernández se abrazó a mí y púsose a llorar como un niño.

Don Sancho, creedme; esa mujer es una infame, y en aquel instante tal fue mi indignación, que de buena gana la hubiera dado de puñaladas.

Desde entonces que, ya en el secreto, pude ir notando cómo la melancolía se iba apoderando de Garci-Fernández.

Las palabras que yo le digo para consolarlo son ineficaces como los ocultos medios que he puesto en juego para lograr que doña Argentina ame a su esposo.

El conde soberano se encuentra en un estado verdaderamente alarmante.

Unas veces, tranquilamente me cuenta sus penas; otras se indigna, y su imaginación exaltada le hace ver rivales que se empeña en encontrar entre los nobles de su corte.

Creedme, si esto continúa mucho tiempo temo que el conde Garci-Fernández se vuelva loco.

Don Sancho escuchó toda esta relación con rostro ceñudo, y al terminarla le preguntó a don Juan:

—¿Y vos qué creéis de doña Argentina? ¿Qué causa creéis que motiva su frialdad para con el conde?

—La soberana es una mujer ruda y altanera, y en su pecho jamás debe haber hallado eco el amor. Ella se casó con Garci-Fernández por vanidad y sin sentir por él el menor afecto.

—Esto no es causa suficiente para un desvío que ya raya en el desprecio.

—Hay más. Los castellanos somos guerreros y nada más. En todas partes nos portamos como hombres, y no deben ser del agrado de una

francesa criada entre trovadores y en cortesanas fiestas, nuestras maneras francas pero rudas, y nuestras costumbres algo belicosas.

—En eso que decís reconozco más fundamento; pero yo creo algo más. Doña Argentina debe amar a algún hombre de su país, y ensimismada en sus recuerdos, le será odioso todo cuanto la diga o haga el conde soberano

—Posible es esto.

—Las mujeres tienen unas veces sentimientos que las convierten en ángeles, y otras pasiones que las envilecen. Tal vez doña Argentina desprecie al conde soberano porque tenga puesto su pensamiento en algún miserable trovadorcillo francés que vaya durmiendo por las perreras de los castillos y mendigando de los señores un mendrugo de pan.

—Todo puede ser.

Después de dicho esto, los dos hombres permanecieron silenciosos. Por fin dijo don Sancho:

—Creed, amigo Sepúlveda, que ni remotamente hubiera podido imaginarme esas noticias que me habéis dado. ¡Yo que creía al conde soberano el hombre más feliz de los mortales!

—Esto es lo que cree también toda Castilla; pero en tanto que el engaño sigue, Garcí-Fernández se empeora, y yo creo que hasta va a morir. Me inspira mucho cuidado esa languidez que ha acometido todos sus miembros. ¡Ira de Dios! Yo, por mi parte, prefiero, más que esto, una cuchillada.

—Decís muy bien, don Juan. Es preciso que salvemos al soberano.

—¡Salvarlo! ¿De qué?

—De ese estado peligroso en que se encuentra.

—No veo el medio.

—Yo sí. Él está enfermo por el desvío de su esposa; hagamos que doña Argentina le ame.

—¿Y cómo? Eso es poco menos que imposible; yo he puesto mil planes en planta con el mismo objeto, y jamás he logrado un buen éxito.

—Yo tal vez sea más afortunado. Os advierto que tengo ya mi idea sobre el asunto.

—Decidla.

—Buscaré por todo el mundo, si es necesario, al hombre que llena el pensamiento de la condesa y lo mataré. Doña Argentina le llorará algún tiempo; pero después libre ya de tal amor, mirará con más buenos ojos al que tenga más cerca, esto es, a su esposo.

—No veo yo la eficacia de tal plan.

—Es excelente.

—A estocadas nada se arregla en estas cuestiones.

—¡Quién sabe! Cortar siempre es bueno.

—Eso será en el campo de batalla, pero no en la vida vulgar.

—¡Bah! El combate existe en todas las ocasiones de la vida; esta es una batalla y, por tanto, bueno es cortar.

—Haced lo que os plazca.

—¿Me ayudaréis?

—Sí, os lo prometo. Deseo salvar a todo trance al conde soberano.

—Vamos al alcázar. ¿Nos recibirá a estas horas el conde?

—Sí. Es la hora en que da audiencia a todos sus nobles.

—Pues en marcha.

Los dos nobles se levantaron de sus asientos y volvieron a tomar los mojados mantos que al entrar hablan arrojado a un rincón.

Después salieron de la estancia y descendieron por la escalera al piso bajo.

Al pasar por junto al tabernero, don Juan dejó en su mano una pieza de plata que aquel recibió con grandes cortesías.

Al salir a la plaza se envolvieron con sus mantos, y la atravesaron sufriendo la incesante lluvia, entrando después en el alcázar condal.

Capítulo XVI

Lotario

CUANDO don Sancho Antolínez llegó a la presencia del conde soberano, apenas si pudo conocerlo.

Aquel rostro había sufrido una completa transformación.

Al color fresco y sonrosado de antes había sucedido una palidez semejante a la de la cera; sus ojos ya no tenían aquella brillantez, antes al contrario, estaban como empañados por una nube de tristeza, y el óvalo de su cara desaparecía bajo una espesa y rizada barba negra.

Todo denotaba en Garci-Fernández la tristeza. Su frente estaba surcada de continuo por profundas arrugas, y alrededor de sus ojos se veían dos cercos violáceos que delataban largas horas de insomnio y de llanto.

Cuando don Sancho le vio, estaba sentado en un gran sitial de su cámara, envuelto en una hopalanda de pieles.

Con triste mirada contemplaba a través de una ojiva cómo caía la lluvia, y a pesar de su juventud estremecía de frío.

—¡Hola, buen Sancho! —exclamó apenas tuvo en su presencia al antiguo capitán de los Hermanos de Hierro—. Han pasado algunos años desde que nos vimos por última vez, y a pesar de ello tú te conservas tan fuerte y vigoroso. Cuán cambiado debes encontrarme; ¿no es verdad, valiente guerrero?

—Señor —le contestó don Sancho—, ya sabéis que yo no sé mentir, y, por lo mismo, jamás he servido para cortesano. Con toda mi franqueza os digo que os encuentro bastante diferente a como os dejé. Sin duda experimentáis un agudo pesar.

—Algo hay de verdad en tus suposiciones. Padezco mucho, pero... ¿a qué hablar de eso? Cuéntame tus aventuras en la frontera.

Al llegar a este punto, la conversación tomó un giro muy diferente.

Don Sancho Antolínez contó sus proezas; las mesnadas alarbes que había desbaratado, junto con los castillos que habían pasado del poder del califa de Córdoba al del conde soberano, y las aldeas pasadas a cuchillo.

Sus ojos chispeaban de entusiasmo y su voz temblaba de orgullo al relatar sus hechos, y llegó instante en que, recordando una fuerte cuchillada o un potente golpe de lanza, agitaba sus brazos en el espacio como si quisiera exterminar a algún enemigo oculto en el aire.

Garci-Fernández le escuchaba con agrado.

La relación de don Sancho le interesaba hasta el punto de huir de su rostro la expresión de dolor para dejar paso a otra de ansiedad o de alegría, según eran las palabras del viejo guerrero.

Cuando este terminó de hablar, el conde soberano permaneció algunos instantes silencioso, y por fin dijo así:

—Muy bien, don Sancho. Has cumplido lo que hace seis años me prometiste, has luchado sin descanso por tu patria, y justo es que yo premie tus fatigas y peligros. Hasta hoy has sido un incógnito guerrero, cuyo linaje ha desconocido todo el mundo; desde este instante eres para Castilla entera don Sancho Antolínez, primer mesnadero del conde soberano y noble de su corte.

—¡Tanto honor!... —murmuró el caballero inclinando un poco la cabeza.

—Lo tienes muy merecido. El capitán de los Hermanos de Hierro ha muerto: ahora queda el noble Antolínez. Mañana te presentaré a toda mi corte.

Don Sancho sintiose lleno de satisfacción. La ambición de toda su vida había sido el ocupar aquel alto cargo, del que se separó en su niñez para lanzarse a la vida azarosa del bandido.

Por fin podía combatir con el rostro descubierto al lado de la nobleza castellana y conquistar glorias que no fueran atribuidas a su hermano.

Durante un poco tiempo más conversó con el conde soberano; pero, por fin, comprendiendo que este tendría imperiosas obligaciones que cumplir, salió de la cámara despidiéndose hasta el día siguiente.

Al salir vio en la antecámara al de Sepúlveda que estaba rodeado de algunos caballeros que, conociendo su privanza con Garci-Fernández, se desvivían por alcanzar su amistad.

Don Juan abandonó a tales acompañantes, acercose a don Sancho y le preguntó:

—¿Qué os ha parecido el conde soberano?

—Está muy quebrantado por el dolor. Esa francesa es seguro que acabará con él.

—¿Os ha recibido bien?

—Me ha colmado de honores. Soy primer mesnadero y noble de su corte. Mañana me presentará a esta.

—Os felicito por ello. ¿Dónde vais ahora? Venid a mi casa, que en ella viviréis perfectamente.

—No sé si acceder a vuestra ruego. Antes he de ir a otro lugar.

—Haced lo que gustéis, ¿Cuándo nos veremos?

—Mañana en este mismo sitio.

Después de estas palabras, los dos nobles se estrecharon la mano con afectuosidad, y don Sancho salió de la estancia.

Cuando llegó a la plaza notó que la lluvia había arreciado y que el frío era inaguantable.

Se embozó hasta los ojos con su manto y empezó a andar.

Mientras atravesaba calles y callejuelas al deficiente abrigo de los aleros de los tejados iba murmurando:

—En verdad que no puedo quejarme de mi fortuna. Yo, que por efecto de mi vida estaba destinado a morir en una horca, como buen salteador de caminos, me encuentro ahora con que soy noble de Castilla y no sé cuántas cosas más. Algo me ha costado el ganarlo, pero también es mucho lo que yo he gozado en la frontera repartiendo tajos a diestro y siniestro. Voy a ser primer mesnadero, esto es, la lanza que en el combate más cerca marchará del conde soberano. Viviré en el alcázar, tendré mis pajes y me presentaré con toda la magnificencia propia de mi alcurnia y de mi cargo. Esos palaciegos me estimarán como se estima al perro que tiene buenos dientes y amenaza con morder, y todos rivalizarán en adularme. Ayer me prestaban acatamiento los bandidos y hoy los nobles palaciegos. No sé si gano o pierdo con esto.

Ante este pensamiento, don Sancho cesó en su monólogo mudo.

Cuando esto hizo, se encontraba en una ancha calle frente a la hostería de El Buen Buralés.

Durante un buen rato estuvo contemplándola, y por fin dijo así:

—He ahí un buen sitio donde guarecerme. La verdad es que, a pesar de mi nuevo rango, me estoy mojando como un simple villano. ¿Entraré aquí? No; tengo mi habitación de otros tiempos, y a ella me dirigiré.

Después de esto, continuó su marcha por la calle abajo, dirigiéndose hacia lo último de la ciudad.

Aquella ruta era la misma que seis años antes hemos visto seguir al conde soberano para ir a casa de Clodovea la hechicera.

Al mismo punto se dirigía don Sancho. Ya sabe el lector las relaciones que mediaban entre este y la hechicera, y que en sus tiempos de bandido, siempre que entraba en Burgos, se escondía en casa de aquella.

—¿Qué se habrá hecho esa mujer? —iba murmurando el de Antolínez mientras andaba—. ¿Estará todavía en Burgos? Ella pertenece a esa clase de seres que tienen por patria al mundo, y que, siempre errantes, aparecen en todas partes. Tal vez la encuentre todavía. Últimamente parecía que sus instintos de vagabunda se habían calmado un tanto, y que no tenía

muchos deseos de entregarse a una vida agitada. En fin, allá veremos si la encuentro.

Mientras esto decía, don Sancho llegó a la callejuela que terminaba en los muros de Burgos, y en la cual ya sabemos que existía la casa de Clodovea.

El guerrero avanzó por la estrecha vía y llegó por fin frente a la vieja casucha.

El tiempo no había alterado mucho su fachada, semejante a una fisonomía vieja y rugosa. La lluvia caía a chorros de su tejado, y se escurría serpenteando a lo largo de las grietas de sus muros.

Don Sancho dio un fuerte golpe en la puerta que estaba cerrada.

Nadie contestó. Reinaron algunos instantes de silencio, que solo interrumpía el chocar contra el pavimento de los raudales de agua que caían del tejado.

—¿No estará? —se preguntó don Sancho.

Y después volvió a repetir sus golpes contra la puerta.

Cuando estos resonaron en el interior de la casucha, oyose ruido de pasos como de una persona que se acercaba a la puerta, y, por fin, una voz de una mujer preguntó:

—¿Quién sois?

—Abre, Clodovea —contestó el guerrero.

—No os conozco; decidme vuestro nombre.

—Soy el capitán. ¿Tan pronto me has olvidado? Abre presto la puerta si no quieres que la eche abajo.

Don Sancho dijo estas palabras con tono brutal, y tal vez por esto mismo la mujer se apresuró a abrir la puerta.

Cuando aquellas maderas casi carcomidas giraron chirriando sobre sus goznes, apareció a la parte de adentro del umbral Clodovea vestida del mismo modo como ya la vimos en otra parte de esta relación, aunque un poco desfigurada, pues las arrugas se habían extendido un tanto por su rostro y su cabellera estaba más canosa que negra.

A pesar de esto, sus ojos brillaban todavía como dos carbunclos, y en el húmedo fondo de ellos se distinguía la luz de las pasiones.

Al ver a don Sancho quedó profundamente sorprendida.

Palideció y sus ojos tomaron durante un instante una expresión de terror, pero rápidamente se repuso y sonrió con amabilidad al recién llegado.

Para el guerrero no pasaron desapercibidas tan rápidas transformaciones, así es que dijo a Clodovea con frío acento:

—Según veo, mi llegada te causa mucha impresión.

—No es más que la sorpresa. ¡Ya veis! Hace tanto tiempo que no os he visto.

—¿Estás sola en la casa?

—Sí —contestó con precipitación la hechicera.

—Mejor. Vengo a ocupar por muchos días mi aposento.

Al oír esto Clodovea estremeciose y por algunos instantes no supo qué decir.

—Vamos adentro —continuó don Sancho—. La lluvia cae sin cesar, ese maldito tejado me cala con sus chorros hasta los huesos, y no es muy grato permanecer en medio de la calleja.

A pesar de estas palabras, que fueron dichas con la misma entonación que una orden, Clodovea permaneció inmóvil como si no temiera a aquel hombre, ante cuya mirada siempre bajaba la vista con temor.

Parecía que con su cuerpo quería obstruir la puerta e impedir la entrada a don Sancho.

—¿No has oído? —dijo este con acento casi colérico—. ¡Pronto, a un lado; déjame entrar!

Y uniendo a sus palabras la acción, empujó a Clodovea con su fuerte brazo, y apartándola entró en la casucha cerrando después la puerta.

La hechicera bajó entonces la cabeza con desaliento y púsose a temblar.

—¿Qué tienes? —le preguntó con energía el de Antolínez—. ¿Qué te sucede? No creo que te cause terror mi presencia hasta el punto de hacerte temblar.

La mujer nada contestó.

Entonces el viejo guerrero fue a entrar en la mágica cámara, que, como ya sabemos, se comunicaba con una oculta estancia.

Clodovea, al ver esto, salió de su ensimismamiento para interponerse entre la puertecilla de la cámara y don Sancho.

—¡Por Dios!, capitán —dijo con acento angustioso—. No entréis.

—¿Por qué? —contestó con extrañeza el caballero— Veo en ti algo inexplicable, y es preciso que aclare ese misterio que te rodea. Aquí soy yo el señor, soy el capitán de los Hermanos de Hierro y como tú perteneces a la asociación, debes obedecerme como una esclava. Quítate de delante o te aplasto contra el muro.

—¿Dónde vais? —preguntó con ansiedad Clodovea.

—A mi cámara, ¿no te lo he dicho antes? Algo ocultas allí, y por ¡Cristo vivo!, que deseo conocer lo que es ello. ¡Aparta!

Y don Sancho, al decir esto, dio un empujón a la mujer, y penetró en la mágica cámara.

La atravesó, y descorriendo uno de los rojos cortinajes, dejó al descubierto la puertecilla que ya conocemos.

Estaba cerrada, pero el caballero dio algunos golpes en ella tan furiosos que la hicieron retemblar.

—¿Quién es? —preguntó una voz de hombre desde dentro.

—Abrid si no queréis que eche la puerta abajo y os saque de las orejas.

La puertecilla se abrió, apareciendo un hombre.

No era un viejo, pero conocíase que estaba ya en la última etapa de la juventud.

Tenía una hermosura varonil, pero sus ojos presentaban una expresión tal de villanía rastrera que le hacían antipático desde el primer instante.

Su rostro, además, estaba surcado por algunas prematuras arrugas que eran como indeleble sello que delataba una vida de crápula y de agitadas pasiones.

Vestía de una manera modesta y solo sus rizadas cabellera y barba cargadas de perfumes, la finura de sus manos y la espada con empuñadura de oro que ceñía, daban a entender su origen noble.

Con asombro no exento de pavor contempló a don Sancho que le miraba con el ceño fruncido, y por fin le dijo con voz insegura:

—¿Qué queréis?

—¿Con permiso de quién ocupáis esa habitación?

—Con el de Clodovea, y creo que esto es suficiente.

—No tanto como pensáis, y en prueba de ello os mando que inmediatamente abandonéis esta casa.

—¡Caballero!...

—Si esto no os gusta decidlo, que espada llevamos los dos y podemos arreglar nuestras cuestiones aquí mismo.

—No os conozco —dijo con tono un tanto desdeñoso aquel hombre— y no tengo por costumbre cruzar mi espada con aquellos cuyo linaje ignoro.

Don Sancho al oír esto estremeciose de rabia; sus ojos chispearon y gritó:

—Pues vas a conocerme, mujercilla perfumada.

Y al decir esto, rápido como una exhalación, agarró a aquel hombre por la cintura, y llevándolo en alto atravesó la cámara, llegó junto a la puerta de la calle y abriéndola lo arrojó en medio del encharcado pavimento.

Fue tal el empuje de sus brazos que el hombre cayó de bruces hundiendo su rostro en el barro.

El de Antolínez, al verle caer, lanzó una carcajada burlona y cerró la puerta.

Cuando volvió la cabeza vio escondida en un rincón a Clodovea, que, temblando, le contemplaba con espantados ojos.

—¿Qué hacía aquí ese hombre? —le preguntó.

—Vivía desde hace algunos meses en esta casa.

—¿Quién es?

—Un noble francés. En los últimos tiempos de mi vida galante le conocí.

—¿Serías su amante?

—Sí —contestó Clodovea con voz casi imperceptible.

—¿No sabes por qué está en Burgos?

—Lo ignoro.

—Pues bien, ese hombre no vendrá más a esta casa. Yo voy a ocupar mi aposento. He pasado la noche galopando y necesito descansar.

El guerrero se dirigió a su estancia.

Cuando ya estaba en la puertecilla, y mientras se despojaba de su manto, dijo a Clodovea:

—¡Ah! Se me olvida una pregunta. ¿Cuál es el nombre de ese cobarde?

—Se llama Lotario.

Capítulo XVII

Un corazón de mujer visto por dentro

DEJAMOS abandonada en nuestra narración a doña Argentina en el día que ocupó el trono de Castilla, uniéndose con Garci-Fernández.

Desde entonces hasta el día en que seis años después ocurrió la escena narrada en el capítulo anterior, la hermosa francesa sufrió un mundo de encontradas impresiones, y si bien su cuerpo ocupaba un espacio en el interior del alcázar, su pensamiento, en alas de la imaginación, volaba muy lejos para trasladarla a su patria.

¿Era la nostalgia de la patria lo que la producía tal estado de abstracción?

Ya habrá comprendido el lector que era Lotario el que llenaba su pensamiento.

Las palabras del señor Carlos de Poitiers, su padre, revelaron esto mismo en los capítulos anteriores.

Doña Argentina amaba al tal Lotario, pero de una manera tan intensa que muchas veces en los diálogos mudos que entablaba con su espíritu en momentos de reposo llegaba a preguntarse si aquel hombre no le habría dado un filtro mágico, por el cual era dueño de su voluntad.

El amor había ido creciendo en el pecho de la dama sin darse apenas cuenta de ello.

¿Cómo nació? Si esta pregunta se la hubieran hecho a doña Argentina, de seguro que no acertara a dar una contestación.

Cuando apenas contaba dieciséis años y estaba en el castillo de su padre, oyó hablar de Lotario, que por su vida depravada y sus aventuras llamaba en aquel entonces la atención de toda Francia.

Doña Argentina tenía un carácter muy especial. Era una mezcla confusa de energía y de ambición, y se sentía subyugada por todo lo romanesco o que causara un escándalo general.

Aquel hombre, cuyo nombre pronunciaban las mujeres con escándalo y los hombres con desprecio, le fue sumamente interesante, y poco a poco el afecto que por él sentía arraigó cada vez más en su pecho.

Nada significaban para ella los actos villanos y la vileza con que se portaba con algunas mujeres después de hacerlas suyas; Lotario aparecía siempre en sus ensueños como un ser sobrenatural rodeado de un ambiente de dorada luz y de dulces y armónicos cantos.

Todo su deseo era conocerle. Por fin un día lo logró, pues en un gran torneo que se celebró en la corte de Francia se encontraron frente a frente Argentina y Lotario.

La fama de aquella era muy grande. Los trovadores de la Provenza habían cantado diversas veces su hermosura, y los más bravos paladines habían roto lanzas en algunos palenques para declararla la mujer más bella del mundo.

Esto era más que suficiente para interesar a Lotario.

El libertino, que tenía por la mejor gloria el conquistar el corazón de todas cuantas mujeres encontraba a su paso, no pudo menos de sentir interés por aquella hermosa que tan envidiable fama gozaba, y emprender su conquista considerando que su prestigio de seductor llegaría a su apogeo si lograba hacerla suya.

Lotario y Argentina, empujados por distintas fuerzas, no pudieron menos de confundirse.

Ella se sentía impulsada por el amor, y él por el deseo de conquistar el más brillante florón de su corona de seductor.

Los dos se amaron tal como se podía amar en aquellos tiempos en que en los castillos se hacía una vida de familia.

Argentina estaba constantemente al lado de su padre. Solo lograba burlar la vigilancia de este en algunos instantes que aprovechaba para hablar rápidamente algunas palabras desde una alta ojiva con Lotario, que aguardaba al pie del muro.

Algunas veces se vieron de cerca y a solas los dos amantes, pero esto fue siempre por tan corto espacio de tiempo, que a Lotario le fue imposible emplear sus artes de seductor.

El honor de Argentina se mantuvo incólume; su virtud no sufrió el menor menoscabo; pero esto tan solo fue debido a la imposibilidad con que el libertino tropezaba siempre que se proponía avistarse con Argentina.

Esta estaba de continuo bajo la salvaguardia de su padre y de los altos muros, que se resistían con sus asperezas a todo escalo nocturno.

Por fin un día el de Poitiers vino en conocimiento de la pasión de su hija.

Redobló su vigilancia para conocer quién interesaba el corazón de Argentina; y cuando supo que era Lotario sintió verdadero temor.

Sabía de lo que era capaz aquel libertino a quien odiaba como siempre odian los hombres nobles y francos a los depravados y arteros.

Además tenía noticia de que Lotario había estado casado con una infeliz mujer, a la cual había dado lentamente muerte con el escándalo de sus

ruidosas aventuras, y esto hacía huir de su imaginación la idea de darle la mano de su hija.

Desde el primer instante formose el propósito de evitar la presencia de aquel hombre en los lugares en que estuviera su hija.

Buscó el medio de poner en práctica su deseo.

Primeramente pensó en retarle a singular combate y darle de estocadas; pero considerando que esto sería un lance ruidoso, creyó más prudente emprender una peregrinación a Santiago de Compostela, con el pretexto de cumplir un solemne voto hecho mucho antes.

Argentina accedió, no sin gran repugnancia, a los deseos de su padre, y a los pocos días los dos partieron con sus servidores en dirección al citado lugar.

Lotario experimentó una fuerte sorpresa al notar la ausencia de su amada.

El de Poitiers había tomado tan bien sus medidas, que nadie supo decirle a qué punto se habían dirigido Argentina y su padre.

Algunos días permaneció triste el elegante caballero.

Argentina había logrado interesar un tanto su corazón.

Pero al poco tiempo su melancolía desapareció, y tornando a su vida agitada y ruidosa, el recuerdo de aquella casi borrose de su imaginación.

Ya sabemos lo que sucedió al de Poitiers y su hija antes de llegar a Santiago de Compostela.

Cuando el padre de Argentina regresó a Francia y esparció la noticia de que su hija era condesa soberana de Castilla, Lotario mostrose bastante sorprendido, pero después encogiose de hombros y murmuró:

—Ahora está demasiado alta para que yo la alcance.

Y luego se entregó al libertinaje, procurando borrar de su memoria el nombre de Argentina.

En tanto esta pensaba a todas horas en Lotario.

Tal vez el lector se extrañe de que existiendo en el pecho de la hermosa tal cantidad de pasión por el elegante francés, accediera tan pronto a unirse con el conde soberano de Castilla, pero esto se explica fácilmente si se tiene en cuenta la verdadera naturaleza de las mujeres.

El alma de todas ellas es un sereno lago en cuya tersa superficie se refleja el amor con sus más rientes colores; aquella agua está siempre dispuesta a absorber en sus claras linfas los rayos de la pasión; pero más abajo, allá en lo más profundo, existe el légamo de la ambición que reposa tranquilo.

Dichosa la mujer que no tropieza con una mano que remueva el bajo fondo.

Ama siempre, es sencilla y cándida, lleva su amor a la abnegación heroica y figura en la historia con el nombre de Julieta y Eloísa.

Pero si hay algo que remueve el légamo, si la ambición se siente tocada, las limpias aguas se enturbian y la claridad transparente del amor se ensucia con el deseo de lo alto.

La mujer que tal experimenta se convierte en fría calculadora y su corazón se petrifica.

Esta transformación sufrió Argentina.

Los esplendores de la gloria y del poder le cegaron y llegó un instante en que se olvidó de Lotario, no para pensar en Garci-Fernández, sino en ser condesa soberana.

Cuando lo logró y hubo experimentado todos los goces del alto puesto que ocupaba, sufrió una reacción.

Las ideas ambiciosas fueron retirándose poco a poco al fondo y el amor volvió a renacer más vigoroso y apasionado que antes.

Argentina, cuando despertó de su sueño de ambición, encuentre con que estaba unida a un hombre amando a otro.

Aquel lazo que la tenía sujeta al conde soberano irritaba su carácter soberbio y enérgico, y su primer instinto contra él fue odiar a Garci-Fernández.

Este sufrió bien pronto las consecuencias de tal aversión.

Argentina le despreciaba y cada día separábase más de él.

A sus palabras de amor contestaba siempre la dama con enfado, y entre los dos entablábase una especie de divorcio que pasaba oculto hasta para la mayor parte de los palaciegos.

Los condes soberanos solo se veían de cerca en las horas de comer, pues por la noche se retiraban a distinto aposento.

Garci-Fernández estaba desesperado. Varias veces intentó acabar con aquella situación extraña imponiéndose a su esposa, pero siempre se detenía y se humillaba ante aquella mujer que sabía subyugarle con su frialdad y su mirada avasalladora.

En el pensamiento de Argentina cada vez tomaba mayor cuerpo y colorido la figura de Lotario, a quien la distancia hermoseaba más.

A todas horas pensaba en él y tal era la necesidad que sentía de verle, que en algunos instantes creía vivir completamente sola y como en el espacio.

¿Qué sería de Lotario?

Esta era la pregunta que de continuo se hacia Argentina, sin que pudiera encontrar una contestación.

Los viajeros que de Francia pasaban por Burgos y entraban en el alcázar eran muy pocos y estos nada decían que pudiera satisfacer la curiosidad de la condesa soberana.

Poco más o menos un año antes del día en que don Sancho Antolínez volvió de la frontera, llegó una mañana al alcázar condal un mensajero de Francia, siendo portador de una noticia bastante interesante.

El noble señor Carlos de Poitiers había muerto a consecuencia de una caída del caballo.

Argentina no se sintió conmovida ante tal noticia tanto como su condición de hija reclamaba.

Garci-Fernández casi sintió más que su esposa la infausta nueva.

Aquella muerte pareció acrecentar más la pasión de la dama.

Hasta entonces había contenido sus instintos, más que todo por su respeto, mezcla de temor, que profesaba a su padre; pero al saber su fin acarició en su pensamiento la idea de ver a Lotario a toda costa.

Nada importaba para ella el conde soberano.

La amorosa solicitud de este le había debilitado a los ojos de su esposa, que estaba segura de cegarle y acallar sus sospechas solo con una palabra apasionada.

Para el carácter de Argentina, un pensamiento era inmediatamente un hecho; así es que no tardó mucho en poner en práctica su proyecto.

Un mensajero de confianza partió por su encargo de Burgos para buscar a Lotario, llevando un pergamino que decía sencillamente:

«Si me amas todavía ven.

ARGENTINA DE POITIERS».

Pasaron unos dos meses, y al cabo de este tiempo presentose el citado mensajero una noche en su cámara.

—Él está en Burgos —dijo—. Me ha costado encontrarle, pero apenas leyó vuestra misiva me siguió.

Inútil es que digamos la satisfacción que experimentó la condesa soberana.

Aquella noche se avistó con Lotario y desde entonces que siempre al dar la segunda vigilia las campanas de Burgos volaba a los brazos del francés.

En tanto el conde Garci-Fernández languidecía de desesperación en su aposento.

Lotario pasaba el día oculto en la casucha de Clodovea, a quien conocía de muchos años antes, o sea cuando estaba en el período álgido de su vida galante.

De este modo evitaba el que nadie conociera su presencia en Burgos. Por las noches se avistaba con Argentina.

¡Cómo pintar aquellos amores adúlteros! Argentina abrazaba frenéticamente a Lotario, y tal era su pasión que sus besos eran mordiscos y con sus miradas parecía querer exterminarle.

Cuando se encontraba al lado del elegante francés se olvidaba de todo y jamás pensaba en que existía un hombre que era su esposo.

Garci-Fernández era mucho más joven que Lotario, era más apuesto y de continente varonil y su carácter era más noble y franco.

A pesar de esto, Argentina le odiaba para amar a aquel miserable de costumbres afeminadas que tenía sobre la conciencia un sinnúmero de actos tan villanos que casi rayaban en crímenes.

Misterios del corazón femenino.

Capítulo XVIII

En la boca del lobo

EN los primeros capítulos de esta obra recordarán nuestros lectores que apareció un personaje, del cual no hicimos gran caso, pero del que ahora tenemos por necesidad que volver a ocuparnos.

Nos referimos a Fortún, aquel escudero de don Juan de Sepúlveda, a quien conocimos en aquella ermita cercana al castillo de Antolínez.

El tosco mocetón había participado de la suerte de su señor.

Al recobrar el de Sepúlveda su rango perdido y unirse en matrimonio con María Antolínez, Fortún subió también en categoría, pues de servidor de un noble arruinado y emprendedor de aventuras, pasó a ser primer escudero de una de las mejores casas de Burgos.

Si estaba o no orgulloso Fortún con su rápido ascenso, podían decirlo casi todos los burgaleses.

De continuo se le veía por las calles de la ciudad embozado con su manto rojo, con gentil talante, haciendo el amor a todas cuantas villanas encontraba a su paso.

Aquella rusticidad casi salvaje de antes había desaparecido.

El continuo roce que ya seis años tenía con los servidores del alcázar le había hecho adquirir una expresión desenvuelta, propia de los criados de nobles casas que consideraban a los buenos burgaleses como seres de inferior categoría, a los que podían dar de cintarazos impunemente.

Fortún hacía una vida bastante alegre.

Su señor, que le consideraba casi como un hermano, pues no podía olvidar las muchas penalidades que había sufrido sirviéndole en su época de desgracia, lo empleaba poco en su servicio, y solo por las mañanas le obligaba a acompañarle al alcázar cuando iba a avistarse con el conde soberano.

El resto del día lo pasaba haciendo el amor a alguna bella burgalesa, cuyo corazón cautivaba con su gentil presencia, o en las tabernas, donde vaciaba jarro tras jarro en la amable compañía de algún aventurero, mitad bandido, con el que disputaba las más de las veces, si es que no se salían ambos a la calle para tirar de las espadas.

Por las noches se retiraba bastante tarde al caserón de Sepúlveda.

Era el último trasnochador que transitaba por las calles de Burgos, antes que estas se erizasen de los obstáculos de que ya hemos hablado en otro lugar.

Una noche Fortún salía de una de las mejores tabernas de Burgos y se encaminaba a su casa.

En el cielo campeaba una luna esplendente, y las casas proyectaban con sus sombras sobre el pavimento de las calles, alumbrado por el astro nocturno, grandes manchas de obscuridad.

El escudero llevaba en su estómago el peso de algunos jarros de vino y esto le hacía vacilar y perder un tanto su centro de gravedad.

Cuando salió a la calle el aire de la noche le serenó un tanto; pero a pesar de esto continuó dando alguno que otro traspies.

La espada se le enredaba entre las piernas y el manto se deslizaba de sus hombros.

—¡Vive Cristo! —murmuraba—, que el maldito vino ha producido en mí un efecto diferente al de otras noches. Conozco que he cargado bastante la mano. Vamos pronto en busca del lecho, que mis piernas parecen cansarse de pasear mi cuerpo por las calles.

Y Fortún, al decir esto, procuraba hacer más rápido su paso. Con esto solo lograba hacerlo más vacilante.

El escudero, para llegar al caserón de Sepúlveda, tuvo que pasar por frente al alcázar condal.

Cuando entró en la plazoleta detúvose para contemplar con esa fijeza estúpida, tan propia del beodo, la inmensa mole de piedra que, alumbrada por la luna, remontábase en el espacio.

La plaza estaba desierta y ni el menor ruido venía a turbar el silencio que en ella reinaba.

—Esto parece un cementerio —murmuró Fortún—. Me dan tentaciones de gritar desaforadamente para que despierten todos esos babcas de burgaleses que a esta hora ya duermen.

Y el escudero, mientras decía esto, dando más traspies que pasos, en vez de entrar en la calle que conducía al caserón de su señor acercábase cada vez más al alcázar condal.

Llegó un instante en que se encontró junto al cerrado portón, y tuvo que apoyar sus manos en los clavos de aquel para sostenerse mejor.

—¿Qué hará a estas horas el conde soberano? —siguió murmurando el escudero—. Ganas me dan de descargar con el aldabón cuatro o cinco buenos golpes para que se levante de la cama, pero esto sería una broma

pesada que indudablemente me costaría recibir unos cuantos azotes sobre las espaldas. Dejemos reposar a los habitantes del alcázar.

Fortún, al decir esto, soltose de la puerta y fue a alejarse.

En aquel mismo instante apareció un hombre embozado en uno de los ángulos de la plaza.

El escudero, al verle, fuese sobre él guiado solamente por ese instinto hostil propio de la embriaguez.

El desconocido al ver esto se detuvo, y por cierta ondulación de su manto conociose que echaba mano a la empuñadura de la espada para prevenirse de toda agresión.

Fortún llegó a pocos pasos de él y se paró imitando al desconocido.

Por algunos instantes los dos se contemplaron y de sus labios no salió palabra alguna.

—Pasad, buen mozo —dijo por fin el escudero con acento provocativo—. ¿O es que vais a permanecer en ese sitio por toda una eternidad? Mirad que os aguardan en algún sitio.

—Yo voy adonde quiero —dijo el desconocido con acento extranjero.

—O adonde podáis, porque es seguro que si yo os cerrara el paso y dijera que no quería pasaseis adelante, tendríais que retiraros con la velocidad de un galgo.

—¡Por Dios!, que estáis bastante procaz. ¿Qué es lo que queréis? ¿Mi bolsa?, pues yo os la daré.

—¡Ah! ¿Qué concepto habéis formado de mí? ¿Me tomáis por un ladrón? ¡Vive Dios!, que eso es una ofensa que no consentiré y que lavaremos inmediatamente con sangre. ¡Bellaco!, al aire la espada.

El desconocido, al oír esto, se hizo algunos pasos atrás y después dijo, con tono bastante intranquilo:

—Siento haberos ofendido, y por ello os pido mil perdones.

—Me tenéis miedo, ¿no es verdad? —repuso Fortún con entonación brutal.

—No; no es eso. Si queréis reñiremos, pero yo no juzgo esto lo más prudente, tanto más cuanto que necesito de vos.

—¿Necesitáis de mí? —dijo el escudero con extrañeza.

—Sí. Podéis prestarme un servicio que yo os agradeceré con un puñado de doblas de oro.

—Vos diréis.

—Ante todo, ¿qué profesión tenéis?

Fortún iba a contestar la verdad, diciendo quién era y al servicio de quién estaba, pero sin que él pudiera explicarse la causa, formose el propósito de engañar al desconocido.

Por causa del viento de la noche o del encuentro con aquel hombre su embriaguez se había disipado un tanto y comenzaba a interesarse por lo que este pudiera decirle.

—¿Queréis saber quién soy yo? —dijo—. Pues un miserable aventurero que no tiene otro patrimonio que su espada. Vivo de lo que me dan los señores, y siempre estoy dispuesto a acometer toda clase de empresas.

—Tú eres el hombre que yo necesito.

—¿Y vos quién sois?

—¿Qué te importa a ti? Bástete saber que soy rico y que puedo llenar tu escarcela de oro.

—No deseo más que eso.

—Para lograrlo será necesario que me obedezcas en todo cuanto te mande.

—Hablad, pues.

—Mañana por la noche necesito que esté en este sitio un hombre de decisión como tú que vaya acompañado de algunos amigos.

—¿Cuántos hombres necesitáis?

—¿De cuántos puedes disponer?

—El número de mis amigos es infinito. Decid el número y seréis obedecido.

—Con seis habrá bastante.

—Vendrán seis hombres.

—Una vez aquí vigiláis, espada en mano, las avenidas de la plaza.

—Vigilaremos.

—Yo vendré con dos caballos.

—¿Y qué haremos después?

—Entraré en esa calleja que hay a la derecha del alcázar.

—Me parece bien.

—Y al poco rato volveré a salir.

—¿Solo?

—No; con una mujer.

—Ya no me parece eso tan bien.

—Necio, ¿crees tú que os iba a llamar y a regalaros mi oro para entrar y salir en la calleja?

—Según veo, se trata de un rapto.

—Has acertado. ¿Tienes acaso miedo de tomar parte en él?

—¡Yo! ¿Por qué lo decís?

—Ese alcázar es del conde Garci-Fernández.

—¡Bah! No temo por eso. Además, no creo yo que con nuestra aventura hagamos mucho daño a Garci-Fernández.

—Dices bien.

Y el desconocido, al decir esto, ocultó más su cara en el embozo del manto para sonreírse.

—Pero tú —continuó este— temerás el entrar en una empresa en que puede ser víctima alguno de tu patria.

—Señor, yo no tengo patria. Todo el mundo es para mí igual.

Y al decir esto fue Fortún el que se sonrió con malicia.

Durante algunos instantes reinó un absoluto silencio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el embozado.

—Manfredo, señor —contestó el ladino escudero sin vacilar.

—Pues bien, Manfredo; creo que ya tenemos poco que hablar. Ya sabes en qué consiste el servicio. Mañana por la noche, aquí.

—Seréis obedecido.

—Si acaso la aventura no se realizara mañana, ¿dónde podría verte?

—En una taberna que existe en la plaza del Coso podréis encontrarme al mediodía.

—Está bien. Si no voy a buscarte, ya sabes que debes aguardarme aquí a la hora indicada. Ahora, toma algunas monedas como en adelanto de la recompensa.

El desconocido introdujo su mano en la escarcela, y después, sacando un brazo por debajo del manto, entregó algunas doblas de oro a Fortún.

Este, a pesar de las nieblas que obscurecían en aquellos instantes todavía su cerebro, pudo notar que había caído al suelo un pequeño pergamino arrollado.

El escudero nada dijo, a pesar de comprender que había caído de la escarcela del desconocido, sin que este lo advirtiera.

—Creo que estarás contento —dijo el embozado.

—Mucho, señor; y por lo mismo os prometo serviros mañana con el mejor buen deseo.

—Hasta mañana, pues, Manfredo. Creo que sabrás guardar el silencio necesario en estos casos.

—¡Oh, señor! Esa advertencia es innecesaria.

—Que Dios te guarde.

—Adiós, señor. Hasta mañana por la noche.

Después de estas palabras, los dos hombres se separaron, tomando opuestas direcciones.

El desconocido salió de la plazuela y se internó en la calleja que antes había indicado.

Fortún caminó algunos pasos por una de las calles que desembocaban frente al alcázar; pero después, con paso más firme y silencioso, volvió al lugar que momentos antes ocupaba.

El pequeño pergamino estaba todavía sobre el suelo. Lo recogió, y guardolo en su bolsillo murmurando:

—Dios sabe lo que aquí dirá. De buena gana daría en estos instantes mi espada por ser un fraile versado en cosas de lectura, y poder enterarme de lo que dice este pergamino que excita mi curiosidad. Esta noche o mañana lo enseñaré a mi señor, que es hombre tan listo en cuestiones de letras como de armas.

Pero después de decir esto, Fortún no volvió sobre sus pasos.

Por algunos instantes pareció indeciso; pero después, andando cautelosamente como un lobo en acecho, fuese acercando a la esquina que formaba el alcázar a la entrada de la calleja, por la que había desaparecido aquel hombre.

Cuando estuvo en ella arrojose al suelo, y sacando al descubierto su cabeza por junto al guardacantón, pudo ver lo que pasaba en la calleja.

A la mitad de esta levantábase una torrecilla pegada al muro del alcázar.

Junto a su pequeña puerta estaba inmóvil el desconocido y como aguardando.

Así permaneció mucho tiempo; pero, por fin, el sutil oído de Fortún percibió el ligero rechinar de un cerrojo al descorrerse.

La puerta se abrió tragando rápidamente al embozado.

—¡Diablo! —murmuró entonces el escudero—. Esto es más grave de lo que al principio creía. Me parece que comienzo a ver claro, y que mi señor apreciará en mucho el que yo le relate todo esto. Vámonos a casa, pues de todos modos tengo a ese hombre en mi poder. Me parece que ha venido a caer, sin saberlo, en la boca del lobo.

Y diciendo esto, el escudero levantose del suelo y se encaminó al caserón de Sepúlveda.

Capítulo XIX

Otro presentimiento de don Sancho

EL antiguo capitán de los Hermanos de Hierro leyantose de su cama de muy buen humor.

Como ya sabemos, pasó gran parte del día anterior y de la noche descansando en la habitación que tenía en casa de Clodovea la hechicera.

Solo de este modo venció al cansancio que de su cuerpo se había apoderado, a causa de una incesante marcha a caballo desde la frontera a Burgos.

Apenas el bravo don Sancho se levantó de la cama, vistiose las pocas prendas de ropa de que para dormir se había despojado, y después saliose a la calle.

Clodovea le vio marchar y no le dijo la menor palabra.

Esta estaba cada vez más supeditada por el carácter enérgico de aquel hombre.

Don Sancho, al salir a la calle, vio que la mañana estaba poco más o menos como el día anterior.

El cielo tenía un color plomizo y parecía amenazar con una próxima lluvia.

El viejo caballero detúvose un instante en la embocadura de la callejuela, y allí pareció reflexionar.

—Pienso —murmuró— que lo mejor será ir a casa de Sepúlveda. De paso veré a mi sobrina, a la hermosa María, que apenas si la he visto más de cuatro veces. Vamos allá a contemplar a esos jóvenes dichosos, a ver de cerca una felicidad de la que yo jamás he gozado.

Y don Sancho, después de decir esto, siguió calle arriba, siempre en dirección al centro de la ciudad, en el que existían las mansiones de los principales nobles.

Cuando llegó a dicho punto, púsose a inspeccionar detenidamente los escudos de armas que adornaban la parte superior de las puertas de los palacios.

Como no sabía a ciencia cierta cuál era la casa de sus sobrinos, por serle Burgos muy poco conocido, de aquel modo pensaba encontrarla.

Por fin pudo ver en el frontispicio de un caserón de piedra un gran escudo con las armas unidas de los Sepúlvedas y los Antolínez.

Atravesó el portón, que estaba abierto.

Entonces vio ante sí una ancha escalera con balaustrada de piedra, y a ambos lados las puertas de grandes cuadras, dentro de las cuales se veían muchos jayanes limpiando caballos y dando lustre a algunas armas.

Don Sancho subió la escalera y penetró en el piso superior.

Primeramente se encontró en una gran cámara por la que se paseaban cuatro o cinco hombres entre escuderos y pajes.

El viejo caballero preguntó al que tenía más cerca:

—¿Está don Juan?

—Hace un instante que se halla en la cámara de la señora.

—Pues anunciadles mi visita.

—¿Cómo os llamáis?

—Diles que está aquí su tío don Sancho Antolínez.

—Esperad aquí.

Y el criado, al decir esto, levantó un pesado cortinaje e introdujo al guerrero en una lujosa estancia, dejándole después solo.

No tuvo que esperar mucho rato.

A los pocos instantes penetraron en la habitación don Juan y doña María.

Esta última estaba muy transformada desde el día en que la vimos en otra parte de esta narración.

Ya no era la doncella casi ideal, tímida y ruborosa.

Ahora era la matrona, la madre de familia, que, al mismo tiempo que la belleza, lleva impresa en sus ojos la altiva expresión de la mujer honrada que cumple con sus deberes.

Al verla don Sancho no pudo menos de confesarse para sí que su sobrina era la mujer más hermosa de Castilla.

Y así era, en verdad, pues la belleza de doña Argentina era de otra especie, y puesta en parangón con aquella, decaía a causa de la atmósfera misteriosa y siniestra que la rodeaba.

Tío y sobrina se abrazaron con efusión.

Después entre los tres se entabló una conversación, que no reproducimos por no ser de interés para nuestros lectores.

En ella se trataron cuestiones de familia; se habló de don Fernán, de la antigua vida de don Sancho, y aún este procuró entretener a su sobrina con el relato de alguna de sus estupendas aventuras.

Doña María encontraba a su tío muy amable y decidor, y le escuchaba con profunda atención.

En tanto, don Juan no cesaba de hacer disimuladamente algunas señas a don Sancho.

Este no notaba nada, y seguía charlando, con gran desasosiego de Sepúlveda.

Por fin, volvió la cabeza inadvertidamente y pudo observar una de las señas.

No la comprendió; pero al notar otra vez que la repetía, fijó su atención y pudo conocer lo que aquello significaba.

Don Juan tenía algo grave que decirle.

Aquella seña le aconsejaba que alejase a María de la cámara para quedarse solos.

Don Sancho procuró obedecer las indicaciones de Sepúlveda, e hizo lo posible para que su sobrina abandonase la cámara.

Doña María debió comprender que los dos hombres deseaban que se alejara, por cuanto se levantó de su sitio y los dejó solos.

Entonces don Juan abandonó su asiento, y colocándose casi junto al oído de don Sancho, le dijo con acento misterioso:

—Tengo cosas muy graves que deciros.

—¿De quién?

—Dejad que me explique y me comprenderéis mejor.

Don Sancho se arrellanó en su sitio como aquel que se dispone a escuchar noticias muy graves.

En tanto, don Juan dijo así:

—Os advierto que habéis acertado en la suposición que ayer hicisteis cuando bebíamos en la taberna de los nobles.

—Tanto hablamos —contestó don Sancho— que no recuerdo a qué palabras mías os referís.

—Recordad que al hablar del desvío que la condesa soberana muestra a su esposo, vos supusisteis que doña Argentina tendría algún amante en Francia, cuyo recuerdo absorbería toda su atención.

—Es verdad; eso dije, y lo mismo pienso ahora.

—Y habéis acertado. Doña Argentina ama a un hombre cuyo nombre ignoro.

—Y ese hombre, ¿en dónde está?

—Aquí en Burgos.

—¿Cómo sabéis todo esto?

—Leed, don Sancho.

Y don Juan, al decir esto, metió la mano en su escarcela y sacó un pequeño pergamino algo manchado de barro que entregó a su viejo interlocutor.

Don Sancho pasó su vista por la misiva y leyó lo siguiente:

«Si me amas todavía, ven.

ARGENTINA DE POITIERS».

—¿Qué es esto? —dijo don Sancho cuando terminó la lectura—. ¿Esta es la letra de la condesa soberana?

—Sí. Puedo asegurarlo, porque la conozco. He visto muchos escritos suyos.

—¿Y cómo ha llegado tal misiva a vuestro poder?

—Eso es más grave. Mi escudero Fortún la recogió del suelo después de hablar con un desconocido.

—¿Cuándo fue eso?

—Anoche, frente al alcázar condal.

Y después de decir esto, don Juan púsose a relatar todo lo ocurrido en la noche anterior entre Fortún y el desconocido.

El ladino escudero había contado a su señor todo lo ocurrido, sin omitir el menor detalle.

Así como el de Sepúlveda iba haciendo el relato, don Sancho fruncía el ceño, y parecía absorto en profundos pensamientos.

Cuando terminó don Juan, el viejo guerrero continuó silencioso, por lo que su sobrino dijo:

—¿Qué os parece todo esto?

—Que el conde soberano va a quedarse sin mujer si nosotros no procuramos conjurar ese suceso que ocurrirá esta noche.

—Lo mismo había pensado yo.

—Por fortuna eso es fácil. Ese miserable, a quien no conocemos, se llevará una decepción cuando pretenda escaparse con doña Argentina.

—¿Estáis seguro de que el desconocido pretende escaparse con la condesa soberana?

—No creo que su intención sea otra. Ese pergamino nos lo demuestra.

—¿Y quién creéis que pueda ser ese hombre?

—¿No os ha dicho Fortún si su acento era extranjero?

—Sí.

—Pues entonces sospecho que sea un hombrecillo afeminado, a quien ayer arrojé al suelo.

—¿Y en qué afirmáis tal suposición?

—No lo sé. No tengo prueba alguna, pero mi instinto incomprensible me lo dice, y ya sabes que él jamás me engaña. Recordad si no mis sospechas de ayer.

—¿Y cómo se llama ese hombre a que os referís?

—Lotario. Es un noble francés, compatriota, por tanto de doña Argentina, y tiene el tipo afeminado que a esta le es grato.

—No tardaréis mucho en saberlo de cierto, pues esta noche nos avistaremos con él.

—¿Qué habéis pensado hacer?

—Fortún, para cumplimentar las órdenes que le dio aquel hombre, ha de llevar consigo esta noche seis hombres. Vos y yo seremos dos de estos. ¿Qué os parece?

—Muy bien.

—Además, para completar el número vendrán con nosotros cuatro escuderos.

—De seguro que no se escapará ese francés, y si es lo que yo creo, me prometo el darle una buena tanda de cintarazos antes de entregarlo al conde soberano.

—¡Pobre Garci-Fernández! ¿Qué dirá cuando conozca los propósitos de su mujer?

—Dura será la prueba. El ama a doña Argentina con una pasión sin límites; y tal será el efecto que le produzcan nuestras revelaciones y lo que esta noche suceda, que yo, a pesar de ser un viejo guerrero, pierdo la tranquilidad al pensarlo. Su carácter es enérgico y arrebatado, hasta el punto de que tal vez dé de puñaladas a la esposa adúltera.

—Más vale que conozca la verdad que permanezca en un perpetuo engaño.

Tras estas palabras los dos callaron.

Al cabo de algún tiempo, don Juan dijo al viejo Antolínez:

—La mañana está muy entrada y tengo que ir al alcázar.

—Vamos allá, que yo os acompañaré.

Después de esto, los dos nobles penetraron en la habitación de doña María; despidiéndose de ella, y poco después salieron del caserón.

Detrás de don Juan marchaba Fortún el escudero, en cuyo rostro se notaban todavía las señales de la embriaguez de la noche anterior.

El de Sepúlveda y su tío seguían conversando por la calle mientras marchaban al alcázar.

—¿Y creéis —decía don Juan— que el desconocido en cuestión es ese Lotario al que ayer arrojasteis en medio de la calle?

—Un oculto presentimiento me dice que sí. El amante de doña Argentina indudablemente es un francés. Lo delata así esa misiva que tenéis en vuestro poder.

—Pues en Burgos no existe hoy, que yo sepa, ningún caballero de Francia.

—Razón de más para que yo crea que Lotario es el hombre de que nos ocupamos. Por su porte y distinción conócese que es un noble caballero. Ahora bien: ¿qué razón hay para que permanezca oculto en una casucha y no se deje ver en público?

—Es verdad.

—Ese Lotario nunca salía de día por las calles de Burgos, y en cambio, todas las noches las pasa fuera de casa. Fortún vio al desconocido entrar en el alcázar por una torrecilla lateral, y eso hace pensar que todas las noches hará lo mismo. ¿No hay, pues, razón para creer que Lotario es el mismo que esta noche detendremos al ir a poner en práctica su plan?

—Discurrís con mucho acierto, y yo no tendría inconveniente en afirmar que el desconocido de anoche y ese francés a que os referís son una misma persona.

—Tengo seguridad de ello.

—Ya tenemos, pues, una nueva revelación. El amante de doña Argentina llámase Lotario.

—¿Diremos ahora todo esto al conde soberano?

—No; no procedamos con ligereza. Aguardemos a esta noche, o sea cuando tengamos en nuestro poder a la condesa soberana y su amante, y podamos probar su culpabilidad.

—Sea como gustéis.

En esto los dos nobles se encontraron frente al alcázar condal.

Penetraron en su vasto patio y subieron por su gigantesca escalera.

Al llegar al final del primer tramo, don Juan tropezó con un hombre enjuto y cano que vestía de punta en blanco, llevando sobre el pecho de su sobrevesta las armas del conde soberano.

Era el capitán del alcázar encargado de su guarda.

Llamábase don Pedro Venablo, y era conocido en todo Burgos por su carácter atrabiliario y huraño, hijo de su temperamento bilioso.

—¡Hola!, don Pedro —dijo el de Sepúlveda— ¿Adónde vais?

—Tengo que dar algunas órdenes importantes.

—¿Ya ha dado audiencia a sus nobles el conde soberano?

—No, don Juan. Garci-Fernández no se ha levantado hoy de su lecho.

—¿Está enfermo?

—Sí. Esa melancolía que poco a poco ha ido apoderándose de él le ha vencido, obligándole a permanecer en el lecho. Hace poco ha dado orden de que entrarais en su estancia así que vinierais.

—Pues allá vamos.

Los dos nobles, después de esto, siguieron por la escalera arriba, entrando en las habitaciones del primer piso.

El capitán del alcázar bajó la escalera, y al llegar al patio se le acercaron dos ballesteros con la actitud respetuosa del que espera recibir órdenes.

—¿Qué ha sucedido esta noche? —preguntó don Pedro.

—Lo mismo que notamos en la anterior —contestó uno de los ballesteros—. Vigilando atentamente la callejuela, desde una ventana, hemos visto cómo el mismo hombre ha abierto la puerta de la torrecilla.

—¿No habéis podido averiguar a quién busca en sus visitas nocturnas?

—No; pero nosotros creemos que buscará a alguna de las doncellas de la condesa soberana.

—Es preciso que demos a ese atrevido una buena lección. En el alcázar del soberano de Castilla no debe entrar nadie de noche, y más como salteador. Mi cargo me obliga a impedir esto último.

Don Pedro, después de decir esto, quedose silencioso.

Poco después dijo así:

—Esta noche os situaréis vosotros dos a ambos lados de la callejuela.

—Está bien —dijo el balletero de antes.

—No vayáis solos. Llevad cada uno de vosotros a dos compañeros. No sabemos quién es ese hombre, y fácilmente se os pudiera escapar.

Los dos ballesteros, después de oír esto, fueron a retirarse e hicieron un profundo saludo a su jefe.

—Antes de marcharos, oíd. Si notáis esta noche al estar en acecho algo extraño, venid a comunicármelo. Yo aguardaré en este mismo sitio y tendré el postigo del portón entreabierto. No olvidéis mis órdenes, pues yo estaré vigilando. Ahora, adiós y mucho sigilo.

Y el capitán del alcázar, después de decir esto, volvió a subir la escalera.

Capítulo XX

Ir por lana...

CUANDO las campanas de Burgos ya habían hecho sonar el toque de cubrefuego y por las calles no se notaba el tránsito de ningún ser humano, un grupo de algunos hombres envueltos en negros mantos desembocó en la plaza del alcázar.

Como no nos gusta usar del misterio para nuestros lectores, diremos que eran don Sancho Antolínez, don Juan de Sepúlveda y cinco escuderos de este, entre los que se encontraba Fortún.

Con gran rapidez atravesaron el espacio de la plaza que estaba alumbrado por la luna, y fueron a situarse a la entrada de la calleja de que ya hablamos en otro capítulo.

Cuando hicieron alto, don Juan, dirigiéndose a Fortún, dijo así:

—¿Es aquí donde nos aguarda tu hombre?

—Sí, señor.

—¿Tardará mucho en venir?

—Creo que no. Antes de la medianoche le tendremos aquí.

Después de esto, callaron el de Sepúlveda y su escudero.

El grupo de embozados permaneció mucho tiempo inmóvil en la esquina.

Nadie transitaba por la plaza y ni el menor ruido venía a turbar el silencio que en ella reinaba.

Las fachadas de las casas solo estaban iluminadas por la luna, y por los resquicios de sus puertas y ventanas no se escapaba el menor rayo de luz.

La taberna de los nobles, situada frente al alcázar condal, ocupaba uno de los ángulos de la plaza, y por lo mismo, no recibía la argentada luz del astro nocturno.

Aquella mezquina casa estaba envuelta en la obscuridad, y a esto se debía que el grupo del que formaban parte don Juan y don Sancho no se apercibiera de que las vidrieras de su gran ventana estaban abiertas, y que a ella estaban asomados algunos hombres tan inmóviles y silenciosos como estatuas.

El tiempo fue pasando rápidamente.

Aquellos dos grupos de hombres que ocupaban tan diversas posiciones, permanecían en una absoluta inmovilidad.

El de la esquina vigilaba la plaza y la callejuela, y al mismo tiempo estaba, sin saberlo, bajo la inspección del de la gran ventana.

Cuando ya había transcurrido mucho tiempo, viose desembocar en la plaza, por una de las calles cercanas, a un hombre montado en un hermoso corcel y llevando otro de la rienda.

Aquella aparición tenía mucho de extraña.

Los caballos, al poner sus patas sobre el suelo, no producían ese ruido propio del choque de las herraduras, y avanzaban al trote silenciosamente como corceles fantásticos.

En pocos instantes aquel hombre llegó junto al grupo de la callejuela y desmontó.

Don Sancho le reconoció inmediatamente.

Era Lotario, era el mismo hombre a quien había arrojado de casa de Clodovea la hechicera.

Vestía un tabardo con capucha de burdo paño, y a la cintura llevaba una ancha espada de combate y un puñal de los llamados de misericordia.

Así que desmontó, Fortún, separose del grupo y se dirigió a él.

Entre tanto, don Sancho cubriose más con su manto para evitar que Lotario viera su rostro.

—Manfredo —dijo el francés dirigiéndose al escudero—. ¿Son estos los hombres?

— Sí, señor.

—Veo que has cumplido perfectamente mis órdenes. ¿Son gente dura?

—Cada uno de ellos puede resistir el choque de cuatro por lo menos.

—Bien, estoy satisfecho de tus servicios, y en prueba de ello, toma.

Y Lotario, al decir esto, sacó de su escarcela una bolsa llena de oro que entregó a Fortún.

Este se inclinó en señal de agradecimiento.

El caballero francés continuó diciendo así:

—¿Recuerdas mis órdenes?

—Creo que sí. Mis compañeros vigilarán los alrededores de la plaza mientras vos penetráis en la callejuela.

—Eso es. Si sucediera algo que no tuviéramos previsto, yo daré un grito para que acudáis en mi auxilio.

—No lo olvidaré.

—En ti confío. Ahora voy a entrar con los caballos en la callejuela. Vigílad, pues.

Lotario, después de decir esto, cogió de las bridas a los dos corceles y con ellos penetró en la callejuela.

En el entretanto, el grupo se retiró algunos pasos de la esquina para evitar que el francés lo viera inmóvil y sin cumplir sus órdenes.

Don Sancho, apoyándose sobre el muro del alcázar, dijo entonces al de Sepúlveda:

—Esperemos, que esto no tardará mucho en terminar.

—Doña Argentina debe estar esperando a su amante en la torrecilla —contestó don Juan.

—Lo mismo creo yo. No tardarán mucho en salir.

—Voy a decir a mi escudero que asome cautelosamente la cabeza por la esquina para ver lo que sucede.

Y don Juan dio esta orden a Fortún que inmediatamente la obedeció.

Cuando hubo visto lo que en la calleja sucedía, volvió al lado de su señor, y dijo así:

—Ese hombre acaba de abrir la puerta de la torrecilla, aunque no ha penetrado dentro de ella. Aguarda, sin duda, a que salga alguien.

—El momento se acerca —dijo entonces el de Sepúlveda—. ¿Qué es lo que debemos hacer, don Sancho?

—Ya lo sabréis —contestó este—. Así que veamos que los fugitivos van a salir de la calleja, cerramos la entrada de esta y los hacemos prisioneros.

—Está bien, Fortún, vuelve a ponerte en observación.

El escudero obedeció.

En tanto que esto sucedía, notábase un cambio en la situación de la escena.

De la gran ventana de la taberna de los nobles habían desaparecido aquellos hombres que hasta entonces estuvieron observando.

En cambio, la puerta del establecimiento se había abierto, y poco a poco salían a la plaza, aunque permanecían en la sombra, los mismos hombres espada en mano.

Los de la esquina no notaron esto.

Estaban ocupados en mirar a Fortún que inspeccionaba la calleja.

De vez en cuando decía a su señor, que junto a él estaba, con voz queda, lo que en aquella sucedía.

—Ese hombre parece que habla con alguien que le contesta desde dentro de la torrecilla.

Momentos después decía:

—Ahora arregla las monturas de los caballos.

A los pocos instantes tornaba a decir:

—Ha salido una mujer envuelta en un manto.

Y, por fin, dijo separándose de la esquina:

—Ya han montado a caballo los dos. Van a salir.

Al oír esto, don Sancho tiró de la espada, y todos los demás le imitaron.

Después se colocaron rápidamente en la embocadura de la callejuela, en el mismo instante en que aparecían montados a caballo Lotario y doña Argentina.

El primero, al ver la actitud hostil de aquellos hombres, a los que no conoció, no pudo menos de hacer su caballo atrás y tirar de la espada.

Pero en aquel mismo instante, y con una rapidez increíble, sucedió una cosa inesperada.

Cuando don Sancho iba a coger por las riendas el corcel de doña Argentina, él y sus acompañantes sintieron los pasos de algunos hombres que se acercaban corriendo, y casi al mismo tiempo una ruda acometida.

Uno de los escuderos de Sepúlveda cayó al suelo herido por la espalda.

Al ver esto, todos los del grupo se volvieron para hacer frente a los acometedores, y al instante se oyó el férreo chocar de las espadas.

La confusión fue inmediata.

Los dos nobles y sus acompañantes tuvieron que arrimarse al muro para defenderse de sus enemigos, que eran mayores en número.

Con esto la entrada de la callejuela quedó casi libre.

Lotario permanecía inmóvil sobre su caballo y presa de la mayor indecisión.

En su sorpresa parecía no darse cuenta de lo que estaba viendo.

Doña Argentina, en cambio, no mostraba el terror propio de una mujer en tales casos.

Al ver que la salida a la plaza estaba libre, inclinó su cuerpo adelante, dio con sus talones en un costado de su caballo, y este salió tan rápido como una flecha de la callejuela.

Fortún, que acababa de tender de una estocada a uno de los enemigos, y por lo tanto, era el que estaba más libre, intentó detener al corcel, pero este le dio un golpe con el pecho y lo derribó al suelo.

Lotario, al ver la resolución de su amante, la imitó al momento, y espoleando su caballo también, salió de la callejuela, pasando por encima del maltrecho Fortún.

Todo esto sucedió con una rapidez vertiginosa.

Don Sancho al verlo desesperose tanto más cuanto que aquellos hombres con sus repetidos ataques le impedían el correr en su persecución.

Dando tajos a todos lados logró abrirse paso, y entonces saliose del círculo de los acometedores y fue a correr por la plaza con dirección a la calle por donde habían desaparecido los dos jinetes.

Pero entonces le ocurrió un nuevo contratiempo.

El postigo del gran portón del alcázar se abrió, y por él salieron un sinnúmero de hombres, todos espada en mano.

A su frente marchaba un hombre armado de punta en blanco y que lanzaba furiosos juramentos.

A la luz de la luna conocíase que era don Pedro Venablo, el siempre malhumorado alcaide del alcázar.

Al ver correr a don Sancho púsose delante de él, y colocándole la espada horizontalmente a poca distancia del pecho, le gritó con voz de trueno:

—Detente o eres muerto.

El viejo caballero se detuvo al ver quién era, y gritó con ansiedad:

—¡Que se escapan! ¡Corred!

Al oír esto, el alcaide hizo un gesto de extrañeza, y cogiendo a don Sancho del brazo, dijo con sorna:

—No, pues lo que es tú no te escaparás. A ver —continuó dirigiéndose a los que le seguían—. Guardad dos de vosotros a este hombre, y los restantes venid conmigo para dar una lección a aquellos que en la esquina se baten con los ballesteros del conde soberano.

Don Sancho había frecuentado, como ya sabemos, muy pocas veces el alcázar, y de aquí que su alcaide no lo reconociera y lo considerara como un hombre sospechoso.

El buen don Pedro Venablo estaba horriblemente enfurecido.

Rugiendo se arrojó sobre el grupo que peleaba en la esquina de la calleja, y comenzó a dar golpes a diestro y siniestro.

Pero al cruzar su espada con un contrario y ver de cerca su rostro, no pudo contener una exclamación de sorpresa.

Acababa de reconocer a don Juan de Sepúlveda, el favorito de Garci-Fernández.

Inmediatamente gritó con voz tonante:

—¡En nombre del conde soberano, abajo las espadas! ¡Todos somos amigos!

A la voz de don Pedro, todos obedecieron, y la lucha cesó.

—Señor —dijo después respetuosamente dirigiéndose al de Sepúlveda—. ¿Qué es esto?

Don Juan, por toda contestación le miró con ira y le dijo:

—Señor alcaide, sois un majadero.

Don Pedro, al oír esto, bajó la cabeza como si el cielo se viniera sobre él.

Don Juan, después de desahogar su ira con tales palabras, gritó:

—¡Se han escapado! ¡Sigámosles!

—¿Quién se ha escapado? —preguntó el alcaide.

—La condesa soberana, y vos seréis responsable de su huida. Corred tras de mí.

Y el de Sepúlveda, al decir esto, echó a correr con la misma dirección que habían seguido Lotario y doña Argentina.

Todos le imitaron. Don Sancho desprendiose de los brazos de los dos ballesteros que le guardaban y siguió a su amigo.

Momentos después aquel grupo compuesto de los dos nobles y el alcaide, de los escuderos de Sepúlveda y de los ballesteros del conde soberano, salía corriendo de la plaza.

En el ángulo de esta quedaban tendidos algunos hombres, agitándose sobre su propia sangre.

Fortún también estaba en el suelo, todavía desvanecido por el golpe que recibió.

El alcázar condal estaba muy cerca de la puerta de Francia; así es que el grupo que se dirigía a este punto no tardó mucho en llegar.

Don Juan les había encaminado a aquella puerta con preferencia a las otras, por suponer lógicamente que por ella habrían escapado.

Cuando llegaron bajo la bóveda de la muralla en que se abría aquella, no vieron a nadie.

—Aquí —gritó don Juan— debían estar los guardas de la puerta.

—Pero no están —contestó don Sancho—. Ese miserable francés debe haberlos sobornado.

—Y habrán huido con él. ¿Qué hacemos ahora?

—Vos diréis; pero el tiempo urge.

—Volvamos al alcázar. Allí hay llaves dobles que abren todas las puertas de las murallas de Burgos.

—Además, ahora vamos a pie y no podemos seguir a los fugitivos, que por ir a caballo nos llevan mucha delantera. Vamos al alcázar, y allí, don Pedro, montaréis a caballo y saldréis de cabalgada con un grupo de los vuestros para perseguir a esos miserables.

Todos corrieron entonces hacia el alcázar; cuando llegaron a la plazoleta y fueron a retirar dentro de la mansión condal a los heridos que estaban tendidos junto a la esquina, vieron que entre estos se levantaba un hombre profiriendo juramentos.

Era Fortún. Al reconocerlo su señor, le dijo:

—¿Qué te sucede?

—El caballo de la mujer me derribó al sudo. Tengo un ojo hinchado de resultas del batacazo, y dentro de la cabeza siento una cosa parecida así como si todos los demonios del infierno se paseasen por ella.

—Buena ha sido nuestra jornada —murmuraba en tanto don Sancho—. Hemos venido a detener a unos miserables, y resultamos maltratados y burlados por añadidura. El chasco no ha podido ser mayor; ahora veremos si logramos todavía alcanzarlos.

Después de esto, todos penetraron en el alcázar.

Transcurrido un regular espacio de tiempo, la gran puerta del alcázar se abrió para dar paso a un tropel de hombres a caballo.

Entre ellos iban don Juan y don Sancho.

El escuadroncillo salió a todo galope de la plaza, y las herraduras de los caballos, al chocar contra el duro pavimento, despertaron los ecos de las calles, produciendo un estrepitoso ruido que despertó a gran parte de los vecinos de Burgos.

Capítulo XXI

En el que se ve lo que el conde soberano hizo al saber la fuga de su esposa

HAN transcurrido algunos días desde la noche en que sucedieron las escenas antes narradas.

Durante estos días ocurrieron en Burgos algunas novedades que conmovieron un tanto la monótona existencia de los burgaleses.

En la gran plaza del Coso fueron ahorcados tres hombres, que no eran otros que los guardas de la puerta de Francia.

Al día siguiente de la noche en que se verificó la fuga, los referidos guardas fueron encontrados en una taberna de la ciudad.

Las muchas monedas de oro que en sus bolsillos se encontraron fueron la mejor prueba de su culpabilidad.

Aquel mismo día se los condujo a la horca.

Además, don Pedro Venablo fue sustituido de su cargo de alcaide del alcázar y desterrado a la frontera.

A su torpeza inocente debíase el mal éxito que había alcanzado la emboscada que prepararon Sepúlveda y Antolínez para evitar la fuga de doña Argentina.

Los hombres que salieron de la taberna de los nobles para caer sobre aquellos eran ballesteros del alcázar que tomaron a los de la esquina por esbirros de los fugitivos.

Don Juan de Sepúlveda estaba furioso, y su ira se traslució con las dos citadas disposiciones.

Como el conde soberano estaba enfermo, el joven noble disponía a su antojo, y todos se apresuraban a obedecerle.

De este modo fueron ahorcados los guardas y destituido don Pedro Venablo.

El conde Garci-Fernández, gracias a los auxilios de un sabio médico árabe y a los cuidados de sus servidores, había ido restableciéndose un poco de su dolencia, aunque siempre le quedaba aquella melancolía para casi todos inexplicable y que era la causa de su mal.

En la mañana que lo presentamos a nuestros lectores estaba sentado en un dorado sitial de su gran cámara, y tenía los pies envueltos en una hermosa piel de oso.

La cabeza de Garci-Fernández, hermosa, como siempre, a pesar de las huellas que en ella había dejado la enfermedad, descansaba sobre un blasonado y magnífico almohadón, y sus descarnadas manos sostenían un largo pergamino lleno de desiguales renglones que el conde leía con atención rayana en la avidez.

Aquel pergamino contenía uno de aquellos cantos que en otra época habían dedicado a doña Argentina los trovadores provenzales.

El desdichado conde, aislado desde algunos días antes en su cámara, nada sabía de lo ocurrido y gozaba leyendo aquellos versos, que algunos años antes formaban todo su encanto, pues en ellos veía retratada a aquella mujer que después tantos sinsabores le había proporcionado con sus desprecios.

El lector encontrará muy extraño el que Garci-Fernández se entretuviera leyendo aquellas trovas, que eran las que principalmente le habían inspirado aquella pasión desgraciada; pero esto tenía su explicación en el extraño afecto que el conde experimentaba en su corazón, pues a la vez que aborrecía a la Argentina real por los desprecios que le hacía, amaba cada vez con mayor frenesí a aquella Argentina ideal que desde muchos años antes era la dueña de su imaginación.

El buen conde gozaba y era completamente feliz con aquella sombra, que aunque en lo físico era una fiel reproducción de su cuerpo, tenía un alma completamente diferente, pues le contemplaba con amorosos ojos en los ensueños.

Tal vez el lector juzgue esto como una especie de locura de Garci-Fernández, pero lo cierto es que este se embebía cada vez más en la lectura de los pergaminos.

En esta posición siguió durante mucho rato.

Su rostro se dilataba de alegría y su pecho palpitaba lleno de emoción.

De pronto sonaron pasos a la parte de fuera de la puerta.

El rico cortinaje que la cubría se levantó y aparecieron sobre el umbral don Sancho Antolínez y don Juan de Sepúlveda.

—Pasad caballeros —dijo el conde soberano apenas los vio—. Entrad sin reparo alguno.

Y diciendo esto dejó sobre una mesa el pergamino de trovas.

Los dos nobles entraron en la cámara, y obedeciendo a una indicación del soberano, se sentaron junto a este.

—¡Vive el cielo! —dijo Garcí-Fernández—, que tenía grandes deseos de veros. Sois unos ingratos para conmigo. Habéis estado mucho tiempo sin venir a verme.

—Señor —contestó don Sancho respetuosamente—, me parece que no ha sido tan larga nuestra ausencia como vos suponéis. Ayer tarde estuvimos a veros en esta misma cámara.

—Es verdad. Conozco que soy un egoísta, pero no puedo pasar mucho tiempo sin veros.

—Gracias, señor —dijo don Juan.

—Sois mis únicos amigos. Nadie fuera de vosotros me profesa un verdadero afecto.

—No merecemos tales palabras.

—Dejaos de cortesánías. Necesito hablar con vosotros y que me contestéis francamente.

—Decid, señor.

—A ello voy. ¿No os parece muy extraña la conducta de mi esposa?

Al oír esto, los dos nobles se inmutaron y miráronse con sorpresa.

—¿No comprendéis mi pregunta? —continuó el conde soberano—. Yo os la explicaré. Hace algunos días que estoy enfermo, y a pesar de esto, mi mujer no ha venido a visitarme. Solo el primer día en que yo estaba en el lecho vino a verme, pero su presencia fue tan rápida y fugitiva como un relámpago, pues a los pocos instantes ya se había separado de mi lado. Después no ha vuelto; decidme, ¿qué es de ella? ¿Qué hace mientras yo no la veo?

Al escuchar esto, los dos nobles se miraron con indecisión y no supieron qué contestar.

Temían, como en los días anteriores, revelar la horrible verdad al conde soberano.

—¿Nada me decís? ¿Os habéis vuelto mudos?

—Señor —dijo por fin don Sancho—, yo también quería haceros una pregunta, y el respeto que os debo me impide cumplir mi deseo.

—Habla, buen Antolínez; te escucho.

—¿Amáis mucho a doña Argentina?

—Si he de hablarte con franqueza, no sé qué decir. Hay instantes en que la adoro tanto como el día en que la conocí; pero otros en que mi instinto de caballero se subleva, y al considerar sus ofensas y desprecios, la cólera invade todo mi ser. Yo la amo y la odio a un mismo tiempo. Adoro a Argentina y aborrezco a mi esposa. No sé si vosotros comprenderéis ese

misterio, pero lo cierto es que estos son mis pensamientos. Pero, ¿por qué me has hecho tal pregunta, Sancho?

Este permaneció algunos instantes silencioso, dirigió una rápida mirada a don Juan, y por fin, haciendo un esfuerzo como aquel que acomete una difícil empresa, dijo así:

—Señor, tenemos una cosa muy grave que revelaros, y os rogamos que nos perdonéis si antes no lo hemos hecho, en atención a vuestro estado.

—¿Qué es ello? —preguntó Garci-Fernández bastante alarmado.

—Quiero hablaros de vuestra esposa.

—Eso es lo que yo deseo.

—Señor, la noticia que voy a daros exige tengáis la serenidad propia de un hombre que, como vos, es superior a los demás.

—Habla, Sancho. Ya sabes que en mi ánimo no causan mellas las más tristes noticias. ¿Se trata de mi honor? Pues, ¡vive Dios!, que llevo un hierro al costado, y mientras este no me falte sabré remediar cuantos males me sucedan.

—Se trata de vuestro honor y de algo más.

—¿Qué ha hecho mi esposa?

—Señor, perdonad que sea yo quien os dé tan infausta noticia. Vuestra esposa huyó del alcázar hace algunos días.

Don Sancho pronunció estas palabras con entonación fosca y apagada.

El conde soberano al oírlas tornose más pálido de lo que estaba, sus ojos chispearon, su entrecejo se arrugó, y después dejó caer su cabeza sobre el pecho con gran sorpresa de los dos nobles.

Estos esperaban una explosión de furor.

Garci-Fernández permaneció mucho tiempo de este modo.

Los dos caballeros estaban silenciosos e inmóviles, como temiendo turbar el dolor de su soberano.

Este, por fin, levantó lentamente la cabeza y preguntó con voz serena:

—¿Ha huido sola?

—No —respondió don Sancho—. La acompañaba un noble francés llamado Lotario.

—Relatadme todo lo sucedido.

Ante estas palabras, que el conde soberano pronunció con entonación de firmeza, el de Antolínez le relató todo lo sucedido en aquella noche que ya saben nuestros lectores.

El joven conde le escuchaba inmóvil, y en su rostro no se notaba la menor contracción, si bien estaba ceñudo e iracundo.

Cuando el viejo guerrero terminó su relación, Garci-Fernández estrechó las diestras de los dos caballeros, y dijo:

—Gracias, amigos. Habéis hecho lo posible para velar por mi honor e impedir que esa malvada se fugara del alcázar. Sois unos vasallos fieles y no puedo menos de estaros agradecidos.

Después de esto, el silencio volvió a establecerse en la sala.

Por mucho tiempo los tres hombres permanecieron silenciosos hasta que, por fin, don Sancho dijo con timidez:

—Señor, en casos como estos necesitáis del consejo de los hombres viejos y experimentados, y, por lo tanto, no creo ofenderos si os pregunto qué pensáis hacer.

—¿Me preguntas qué pienso hacer?

Garci-Fernández, al decir esto, levantose de su asiento, al mismo tiempo que de su rostro desaparecía aquella especie de tranquilidad ficticia que hasta entonces había observado.

—¡Ah!, Sancho —continuó con entonación atronadora—, quiero demostrar a esos dos extranjeros, a Argentina y a Lotario, a ese par de miserables, que no se ultraja impunemente al conde soberano de Castilla, al hijo de Fernán González. Yo pudiera anonadarles, exterminarles, entrar con mis mesnadas por tierras de Francia, sorprenderles donde estuvieran, quemar su vivienda, atormentar sus cuerpos, beber su sangre y romper sus miembros entre mis manos como frágiles cañas. Y lo haré, sí, lo haré. ¡Lo juro por mi patrón San Yago! ¡Que los moros me atraviesen a lanzadas y la maldición de Dios caiga sobre mí si no cumplo mi juramento!

El conde soberano, al decir esto, había llegado a su mayor exaltación.

Levantándose de su asiento braceaba como un energúmeno y rugía como una fiera.

Su rostro infundía pavor y se notaba en él que había desaparecido su estado abatido de momentos antes.

Los dos nobles le contemplaban con respeto, y don Juan, viendo a la exaltación que llegaba, le dijo:

—Calmaos, señor; os lo ruego.

—¡Calmarme! —continuó Garci-Fernández—, para mí jamás puede existir ya la calma. Yo quiero matar. Los buscaré, no seguido de mis lanzas; esto fuera deshonroso para un hombre como yo. Iré solo en su busca, y cuando los encuentre, ¡ah!, cuando yo los encuentre caerán a mis pies heridos por mi puñal.

Y luego dijo, con la mirada abstraída y como si estuviera preso de una alucinación:

—A mi alrededor solo veo sangre. En mi cabeza tengo una tempestad. Siento una voz que me grita: ¡mata!, ¡mata! Esa voz debe ser la de mi padre. Descuida; yo mataré. El honor de un hijo de Fernán González no puede quedar impunemente manchado. ¡Padre mío, yo te vengaré!

El soberano, al decir esto pareció serenarse, y por algunos instantes quedó inmóvil.

Después pasose las manos por la frente, que estaba llena de sudor, y preguntó a los presentes:

—Sancho, Juan, ¿dónde están esos miserables?

—Señor —contestó el segundo—, indudablemente estarán en Francia.

—Allá iremos a buscarles; y ¡por Cristo!, que no pararemos hasta dar con ellos. No hagáis la menor objeción a lo que digo. Vosotros me seguiréis.

—Os seguiremos —dijeron a un tiempo los interpelados.

—Durante mi ausencia, el buen caballero don Egido de Gormaz se encargará del gobierno de Castilla. Juan, después le dirás que entre.

—Escuchad, señor —dijo entonces don Sancho—, pensad que el viaje que vamos a emprender es muy largo, y no sé si tendréis fuerzas suficientes para resistirlo. Estáis enfermo.

—No lo creas. Mi dolencia ha desaparecido. Tus palabras la han disipado, y en estos instantes no tengo otra ambición que marchar cuanto antes a Francia para castigar a esos infames. Soy ya otro hombre. Vuestras revelaciones me han hecho más efecto que las drogas judías.

—Pues partamos, señor —dijo don Sancho.

—Antes oíd los dos. Es preciso que vayáis a vuestra casa y os vistáis como miserables aventureros. ¡Ahora que recuerdo!, vestíos los mismos trajes que el día en que os conocí de ballesteros montaraces. Desfiguraos el rostro para que no os conozcan, que yo por mi parte haré lo mismo, y llevaré igual traje.

—Os obedeceremos, señor.

—Podéis retiraros ya. Disponed todos vuestros asuntos para la marcha, que yo voy a hacer lo mismo. Mañana, al caer de la tarde, saldremos de Burgos. ¡A Francia!, caballeros.

—¡A Francia! —dijeron los dos nobles, y después de saludar al conde soberano salieron de la estancia.

Cuando Garci-Fernández se quedó solo, púsose a medir con sus pasos la vasta cámara.

En aquellos instantes en que nadie le miraba y, por lo tanto, podía dar rienda suelta a sus impresiones, tenía el rostro animado por una expresión casi salvaje.

Hubo un instante en que se detuvo junto al estrado para contemplar un objeto colgado junto a la dorada guzla, y que, envuelto en la penumbra del rincón, apenas si se podía distinguir.

Era el puñal de Fernán González.

Su sencilla empuñadura de hierro estaba ya algo cubierta de moho, y conocíase que el tiempo, aprovechándose del sagrado respeto con que era mirada el arma, la había ido injuriando con su aliento corrosivo.

El conde descolgó el puñal; lo contempló fijamente durante algún tiempo, y por fin dijo así:

—Por el alma de mi padre, que fue tu dueño, te juro que tú serás el puñal que se hunda en el pecho de los dos miserables. Tú, que en tantas ocasiones serviste para vengar las ofensas hechas al padre, también sabrás limpiar el honor del hijo.

Y Garci-Fernández, después de decir esto con fiera y entrecortada voz, puso el puñal en su cinto, y volvió a sentarse en su sitial.

En la tarde del día siguiente, cuando el sol trasponía las altas montañas para hundirse en el dilatado espacio y alumbrar otros mundos; cuando la naturaleza toda parecía disponerse a descansar, y el pájaro erguido sobre la flexible rama lanzaba al viento las armonías de su último canto; cuando por oriente en revuelto escuadrón comenzaban a aparecer las tinieblas que muy pronto debían invadir el cielo; cuando las campanas con sonos melancólicos despedían al día para enmudecer hasta el siguiente, una pequeña cabalgata salía por la puerta de Francia, que ya los guardas se disponían a cerrar.

Formábanla un hombre montado en un huesoso rocín y envuelto en una pobre capilla, por bajo de la cual asomaba una larga espada, y detrás tres hombres montados en caballos de igual estampa y vestidos de un modo bastante miserable.

El lector habrá ya conocida al conde Garci-Fernández y a don Sancho y don Juan.

El otro acompañante era el escudero Fortún.

Al trote de sus caballerías fuéronse alejando de Burgos, y por fin desaparecieron en una revuelta del camino.

Capítulo XXII

Un nuevo personaje

EL castillo de Limoges era una verdadera morada feudal.

Situado sobre la cumbre de una alta montaña llena de riscos y precipicios, solo era accesible por el punto en que, serpenteando, subía hasta él un estrecho camino.

El castillo, con sus macizos murallones y sus altas torres, parecía desafiar a las tempestades y pretender escalar el cielo.

Su grandeza y suntuosidad eran extraordinarias.

Dentro de su amurallado recinto extendíase un vasto jardín hermoso por árboles seculares, y en las torres y subterráneos podía alojarse cómodamente una guarnición de algunos miles de hombres y las suficientes provisiones para resistir un largo período de sitio.

Además, sobre la gran torre de honor veíase una colosal campana que, tocada a martillo batiente, tenía el poder de hacer que acudiesen al castillo armados hasta los dientes los habitantes de los pequeños pueblos que algunas horas a la redonda existían, amparados bajo la jurisdicción del feudal castellano.

Al pie de la montaña, sobre la que se asentaba la fortaleza, extendíase un villorrio, cuyos habitantes, en su mayoría, cultivaban los campos de los alrededores.

Aquellos villanos de sucia cara y haraposos vestidos, trabajaban toda su vida para entregar los productos de sus fatigas al señor que moraba en el castillo; y este, en cambio, les concedía el honor de poder ser ahorcados en una almena a la hora en que a él se le antojase, y de recibir una vuelta de cintarazos de manos de los escuderos de la fortaleza, especie de fieros lebreles, siempre dispuestos a cumplir con exactitud las bondadosas órdenes de su señor.

¡Dichosos tiempos!

Hora es ya de que digamos que el tal castillo pertenecía, desde tiempo inmemorial, a la noble familia de que formaba parte Lotario, el amante de Argentina.

En aquella guerrera y grandiosa mansión habían nacido y muerto todos sus ascendientes.

El citado caballero no era de los señores que más se distinguían por su bondad y consideración con los súbditos.

Era sencillamente como todos los nobles feudales de sus tiempos, y sabía tan bien como el primero salir a un camino para robar a una caravana de viandantes, enrobar a un mercader judío para sacarle hasta el último marco de oro y ahorcar a un villano para distraerse en los momentos de tedio.

Los servidores, que tenían al señor como a un ser superior a todos los demás, procuraban imitar su conducta, y allí era de ver a los escuderos, halconeros y pajes cómo hacían correrías por los pueblos cercanos al castillo y cometían mil atrocidades y violencias, convirtiéndose en una especie de tiranuelos de baja estofa, mucha más temibles por lo mismo que eran más numerosos.

En vano los vasallos se lamentaban a su señor; este no hacía de ellos el menor caso, y además, ocupado en sus empresas amorosas y originales aventuras, pasaba la mayor parte del año ausente del castillo.

Por fin llegó un día en que los vasallos creyeron acabadas sus penas, y fue el día en que Lotario se casó.

Su mujer era un dechado de virtudes, pero por desgracia murió al poco tiempo, no dejando como recuerdo de su paso por la tierra otro vestigio que una niña hermosísima, a quien pusieron por nombre Sancha.

Esta creció en el castillo entre aquella turba de infames y miserables, y a pesar de esto, sus sentimientos fueron puros y honrados.

Lotario la miró siempre con la mayor indiferencia, y la niña vivía sin verle durante largas épocas, y teniendo por único acompañante a las hijas de algunos de los guerreros del castillo.

Con este método de vida, la joven fue adquiriendo su carácter bravío y casi salvaje.

Aquella libertad de que gozaba fortalecía su corazón y le daba una energía varonil.

A pesar de esto, los sentimientos nobles y caritativos no le eran ajenos, y era tal, que, aun siendo niña, los villanos la consideraban como su paño de lágrimas.

La niña creció y llegó por fin a esa época crítica que separa a la infancia de la pubertad.

Su hermosura iba aumentando por momentos.

Su cuerpo se contorneaba, perdiendo las angulosas formas propias de la niñez; las sombras de su rostro iban llenándose, y sus ojos fulguraban ya ese oculto fuego que tiene por altar un alma virgen.

Cuando Sancha sufrió tal transformación fue cuando su padre recibió al emisario de doña Argentina que le incitaba a marchar a Castilla.

Durante la ausencia de Lotario, la joven quedó al frente de los estados, y aquella fue la única época en que los villanos gozaron de tranquilidad.

Pero pronto tornó Lotario.

Una mañana llegaron a la poterna del castillo, montados en dos caballos sudorosos y llenos de polvo, el caballero francés y doña Argentina.

Al ver Sancha a la acompañante de su padre no pudo evitar un sentimiento de repugnancia y odio.

Aquello nacía de su carácter bravo e independiente.

Con la llegada de tal mujer conoció que peligraba su libertad y el poco ascendiente que tenía sobre su padre.

Su instinto femenino le hacía adivinar que Lotario amaba locamente a doña Argentina y que esta le dominaba por completo.

Los temores de la joven se realizaron muy pronto.

A los pocos días doña Argentina comenzó a disponer y mandar en el castillo con el despotismo propio de su soberbio carácter.

La infiel esposa de Garci-Fernández no podía resistir cerca de ella a aquella joven tan pura y hermosa.

Su inocencia la mortificaba, pues contemplándola conocía cada vez más lo infame que era su propia conducta.

Como resultado de esto, la pobre joven comenzó a ser mortificada por la que bien pudiéramos llamar su madrastra.

Doña Argentina puso en juego todas sus artes para lograr que Lotario se olvidara por completo de Sancha, y que esta quedara relegada a un rincón del castillo.

La joven no se anonadó al notar el odio que la amante de su padre le profesaba; antes bien su carácter enérgico se excitó, y a la edad en que todas aman, ella comenzó a odiar, pero de una manera tan intensa y extrema que podía conducirla hasta el asesinato.

Las rivalidades fueron creciendo entre las dos mujeres. Los días transcurrían sin que se dirigieran la menor palabra, y si alguna vez se encontraban en el jardín del castillo cada una procuraba separarse de la otra, marchando en opuesta dirección.

Llegó un día en que Sancha oyó, por boca de su padre, una completa prohibición de que comiera en la mesa señorial al mismo tiempo que él y su amante.

Desde entonces la joven comió en su habitación acompañada solamente de una muchacha del villorrio que estaba a su servicio y que adoraba con toda el alma a su infeliz señora.

Aquello la causaba mucha pena, y pasaron algunos días antes de que pudiera acostumbrarse a no comer en la gran mesa de roble, a la cual habían venido sentándose todos sus antepasados.

Sancha, a pesar de su entereza y energía, tenía momentos de abatimiento, en los que lloraba recordando la feliz época en que vivía sola en el castillo.

En uno de estos momentos es cuando la presentamos a nuestros lectores.

La joven, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, y vistiendo su traje, aunque en otros tiempos rico y lujoso, ahora pobre y raído, pensaba en los felices tiempos de su niñez, y dos lágrimas saliendo de sus ojos resbalaban por sus tersas mejillas hasta evaporarse.

La hija de Lotario era hermosa; pero en ella, más que la hermosura, admirábase esa cosa inexplicable que se llama simpatía, y que era lo que formaba su principal encanto.

El detalle más notable del rostro de Sancha eran sus negros ojos que, según la expresión de un trovador errante que algunos años antes había visitado el castillo, «eran dos profundas simas en cuyo fondo dormía la pasión y la felicidad para algún hombre».

La infeliz joven permaneció en esta posición durante mucho tiempo, hasta que por fin hizo un ligero movimiento para desechar alguna idea que la atormentaba.

Después se levantó de su pobre sitio, limpiándose las lágrimas, serenó su rostro, y asomándose a la puerta de la estancia llamó a la joven villana que la servía.

Esta entró diciendo:

—¿Qué deseáis, señora?

—Hace ya mucho rato que en la gran campana del castillo ha sonado la hora tercia.

—Ya comprendo lo que la señora quiere decirme, pero me es imposible servirla.

—¿Todavía no han traído la comida?

—No, señora.

—¡Oh! —dijo Sancha con impaciencia—, esto es inaguantable. Esa mujer se propone desesperarme con sus vejaciones. La hija del señor del castillo siente hambre a la misma hora en que el último paje habrá comido ya. ¿Querrá esa mujer infame, que me aborrece y a quien aborrezco, que vaya a mendigar el sustento de sus manos?

—No os disgustéis, señora; esto tal vez no sea más que un olvido de los servidores.

—¿Y te parece propio que se olviden de enviarme la comida a mí que después de mi padre soy quien puede disponer en este castillo?

—Por desgracia, señora, esa mujer ha venido a robaros el prestigio que teníais.

—Es verdad. La infame es más poderosa que yo y se complace en atormentarme.

—No os apesadumbréis por ello. Tal vez cambie vuestra fortuna.

—No lo creas, Blanca. ¿Cuál es mi porvenir? Aquí viviré eternamente metida en este castillo contemplando solo caras feroces y viendo a mi padre entregado a impuros amores.

—No desesperéis, señora; la felicidad llega cuando menos se espera. Pero... ¡qué olvidadiza soy! Aquí me estoy charlando sin pensar en que no habéis comido. Voy corriendo a la gran cocina y al momento estoy de vuelta.

Y la joven villana, diciendo esto último, salió corriendo de la estancia.

—¡Pobre Blanca! —se dijo Sancha—, ¡cuán buena es! Merece otra suerte diferente a servir a una señora tan desgraciada como yo.

La noble joven, después de esto, salió también de su pobre estancia.

Atravesó algunos abovedados pasadizos, y bajando una estrecha escalera llegó a la plaza de armas del castillo, en cuyo centro, bajo unos cobertizos, un gran número de escuderos y ballesteros despachaban alegremente el contenido de tres calderas todavía humeantes, acompañando los bocados con sendos tragos de vino.

Sancha atravesó la plaza por cerca de aquellos hombres, y estos no hicieron el menor caso de ella, pues ninguno cesó de comer para saludarla.

Los actos de los criados son siempre el fiel reflejo del pensamiento del señor.

El desvío de Lotario para con su hija trascendía hasta los servidores más ínfimos del castillo.

La joven, sin duda porque estaba acostumbrada a ello, no paró la atención en tal descortesía y siguió adelante hasta llegar a la poterna de la fortaleza.

Allí, un muchacho regordete y colorado, que ayudaba en sus funciones al cocinero, repartía entre un sinnúmero de mendigos, peregrinos y vagabundos el contenido de dos enormes calderas.

En el castillo de Limoges era una costumbre establecida de muy antiguo el repartir comida a los pobres a aquella hora.

Lotario conservaba tan benéfica costumbre, más por respeto a sus antepasados que por afición a hacer el bien.

A la poterna acudían todos los días, al dar la hora de tercia, todos los pobres de algunas leguas a la redonda.

Sancha, que gozaba tanto en socorrer a los menesterosos, bajaba siempre a tal sitio en la hora del reparto para presenciar la operación.

Aquel día, como siempre, fue fijándose en los pobres, que uno por uno se acercaban al muchacho alargando la escudilla para que en ella le pusieran su ración.

Los había de todas clases. Allí se veían trajes en otros tiempos suntuosos y ahora convertidos en harapos, miembros tostados por el sol completamente al descubierto y rostros innobles o demacrados.

Aquello era un montón de miseria, un escobazo del más recóndito polvo social arrojado a la puerta del castillo.

La joven veía las mismas caras de todos los días, mas de pronto no pudo evitar un gesto de sorpresa.

Sus ojos miraron con profunda atención al hombre que en aquellos instantes entregaba su escudilla al muchacho.

Parecía un mendigo vagabundo, pero tenía algo en su aspecto que le diferenciaba de los demás.

Era de estatura regular, espaciosa frente, y todo su rostro tenía un marcado sello de distinción que él se empeñaba en hacer desaparecer.

Vestía de una manera miserable; pero esto no impedía el que llevara pendiente de su ceñidor un largo puñal que se dejaba ver siempre que se entreabría su manto lleno de agujeros y zurcidos.

Sancha adivinaba en él al hidalgo empobrecido por los reveses de la fortuna, y que, para poder vivir, se rebajaba hasta solicitar el sustento debido a la caridad del poderoso.

Lo que más llamó la atención de la joven fue las manos de aquel hombre, que eran blancas, finas y bien dibujadas como las de una dama.

Esto la afirmó más en su idea de que era un noble convertido en mendigo.

El hidalgo (y le llamaremos así adoptando los pensamientos de Sancha) fijó también su atención en la joven.

Sus negros ojos la envolvieron en una mirada de fuego y durante mucho rato la estuvo contemplando con extraña fijeza.

Las mejillas del hombre palidieron y conocióse que en aquellos instantes su corazón latía presuroso.

Sancha bajó la vista ante aquella mirada irresistible que puso en conmoción todas las fibras de su ser.

¿Qué más tenemos que decir?

El amor no necesita más que un instante para encadenar dos corazones, y esto fue lo que sucedió en aquella ocasión.

La noble joven quedó prendada del pordiosero.

A este parecía sucederle otro tanto.

Como el muchacho le devolvía la escudilla llena ya de comida, la tomó y lentamente fue retirándose sin dejar de mirar a Sancha.

Poco después se reunió con otros tres mendigos de su mismo aspecto que le aguardaban algo alejados del castillo.

La joven se sentía tan subyugada por aquella mirada, que hasta que el hombre se hubo alejado, no pudo arrancarse del sitio en que había permanecido inmóvil.

Por fin abandonó la poterna, y atravesando la plaza de armas volvió a subir a su estancia en la que encontró a Blanca, la doncella, que se disponía a colocar sobre una mesa la comida para ella y su señora.

—Aquí estoy, Blanca —dijo al entrar la joven.

—¡Ah! ¿Sois vos, señora? Ya tenéis aquí la comida. Cuando gustéis comenzaremos.

—Escucha antes unos momentos.

—Decid, señora.

—¿Has presenciado alguna vez la distribución de comida que a estas horas se hace a los pobres en la poterna?

—Muchas veces, y sin ir más lejos ayer mismo.

—¿Y no reparaste en los pobres? ¿Ninguno de ellos excitó tu atención?

—Sí, señora. No pude menos de fijarme en un mendigo que a pesar de su aspecto miserable parece un caballero.

—¿Cómo era?

—Su color era pálido, los ojos negros y su frente noble y dilatada.

—¿Y quién crees que sea?

—No sé qué contestaros, señora. Tanto fue lo que llamó mi atención, que durante mucho tiempo estuve pensando en quién sería, y por fin vine a caer que será algún hidalgo a quien su pobreza obliga a mendigar.

—Lo mismo he creído yo.

—¿Os ha llamado también la atención ese hombre?

—¡Oh! Más de lo que tú puedas creer.

—No comprendo... Habláis de él con mucha vehemencia.

—Blanca, yo no sé lo que es el amor, pero la aparición de ese hombre ha causado tal impresión en mí, que creo estoy enamorada.

—¡Por Dios, señora! Pensad lo que decís. Yo soy una pobre villana y creo que jamás llegaría a enamorarme de un mendigo. ¿Y vos que sois una señora os sentís atraída por un hombre de tal condición?

—¿Qué importa esto? ¿Acaso yo no soy en este castillo una mendiga a quien nadie respeta, y cuya subsistencia se deja en el olvido? Ese hombre ha supeditado mi voluntad.

—No digáis eso, señora; pues siempre sois aquí la hija del señor.

—¡Cuán feliz sería yo a su lado! —continuó Sancha hablando consigo mismo y sin escuchar las palabras de su doncella—. Por llamarme su esposa daría mi juventud y mi belleza. Tiene en su rostro una expresión celestial, melancólica y debe ser bueno y cariñoso. Yo sufriría las fatigas de una vida vagabunda, dormiría al raso, pasaría los días sin comer otra cosa que un mendrugo de pan, y, sin embargo, sería más feliz que en este castillo, en el que solo sufro vejaciones y penas. ¡Blanca!, ¿has visto cuan hermoso es?

—En eso tenéis razón, señora.

—Su rostro debe ser igual a su alma. ¡Ah! Yo no sé lo que siento, pero ese hombre me atrae; necesito verle, tal vez es un ángel que Dios me envía para darme la felicidad.

—Señora, ¿estáis loca?

—Ese hombre me ha robado la razón. Yo necesito verle, hablarle, poder mirarme en el fondo de sus ojos y aspirar su aliento.

Después de estas frases, que fueron dichas con un apasionamiento frenético, Sancha calló unos instantes y por fin dijo:

—Blanca, es preciso que yo hable con ese hombre.

—Pensad lo que hacéis.

—Si es que me amas, cumple mis deseos; obedéceme.

—¿Qué queréis?

—Sal al momento del castillo y busca a ese hombre.

—¿Dónde?

—Debe vagar por cerca de las murallas; me lo dice el corazón. Lo que aquí dentro del pecho siento me indica que no está muy lejos.

—Os obedeceré, señora. ¿Qué queréis que le diga?

—¡Oh! ¡Yo no sé! —dijo Sancha algo confusa—. No sé qué decirle. Dile, en fin, que quiero verle.

—Voy a cumplir vuestras órdenes.

Y la doncella, diciendo esto, salió de la estancia.

Cuando Sancha quedose sola miró a su alrededor, y viendo la comida que antes había colocado Blanca sobre la mesa, sentose y comenzó a probar los manjares de que aquella se componía.

Al leer esto tal vez alguno de los lectores se subleve, no pudiendo comprender que llegan a hermanarse el sentir amor y gustar un plato bien condimentado.

Nosotros creemos que el amor y el estómago no están reñidos. Además, las jóvenes de la Edad Media, sanas, robustas y de costumbres ajustadas en todo a la naturaleza, estaban muy lejos de parecerse a esas pollitas del día de talle encorsetado, pálidas, anémicas y románticas que dejan de almorzar (con harto pesar de sus mamás) apenas un pollo interesante pasea por su calle y lanza suspiros mirando a sus balcones.

Quedamos, pues, en que Sancha comió, y por cierto con bastante apetito.

Esto podrá hacer menos interesante su figura, pero la da más naturalidad.

Cuando estaba acabando su último plato, o sea cuando ya habría pasado el tiempo que en el día calculamos en una media hora, volvió Blanca a entrar en la estancia.

El carmín que coloreaba su rostro daba a entender que había corrido para cumplir con prontitud las órdenes de su señora.

—¿Le has visto? —le preguntó esta apenas la vio.

—Sí, señora. Le he encontrado en donde me indicasteis.

—¿Qué ha dicho al escuchar tus palabras?

—Al saber que venía de vuestra parte ha palidecido, y poco le ha faltado para caer de la sorpresa que ha experimentado. ¡Pobre hombre! Parece muy bueno, señora.

—¿Y qué te ha contestado?

—Que dentro de dos horas os aguarda en el barranco que hay a espaldas del castillo.

—¿En el de las Brujas?

—Sí, señora.

—Sitio es ese que siempre me ha causado horror. Pero no importa. Estando él allí no tengo miedo. Me acompañarás.

—La misma repugnancia me causa a mí el tal barranco, pero no quiero dejaros marchar sola.

—Come ahora. Después tomaremos los mantos y bajaremos al villorrio para visitar a algunos enfermos, y de este modo lograremos que nadie sospeche de nosotras. Luego iremos al barranco.

Blanca sentose a la mesa.

Entre tanto Sancha fuese a apoyar sobre el alféizar de la ojival ventana que daba luz a la estancia, y allí púsose a mirar distraídamente el vasto panorama que a su vista se extendía.

En aquel instante no pensaba, como en otros días, en su padre y en doña Argentina.

Un solo pensamiento la dominaba.

Que el tiempo transcurriera velozmente para ir a la cita.

Capítulo XXIII

El barranco de las Brujas

NADA más sombrío y de aspecto más selvático que el barranco que los vasallos de Lotario llamaban de las Brujas.

Situado a espaldas del castillo y entre dos montañas, hallábase interceptado por gigantescas peñas que de tiempo en tiempo rodaban desde las cumbres de aquellas.

Los buenos villanos de las cercanías suponían que aquellas piedras eran lanzadas por la mano del diablo, que de tal modo impedía a los atrevidos penetrar en aquel lugar, destinado solamente para que las brujas celebrasen sus sábados.

De aquí que el tal barranco fuese respetado de una manera supersticiosa por todos los habitantes de la comarca, y que si alguno de estos tenía necesidad de pasar por junto a él, avivase el paso haciendo sobre su frente la señal de la cruz.

El mismo Lotario participaba del temor general.

Muchas veces al salir de caza había perseguido con sus perros a algún ciervo y, al ver que este se internaba en el barranco de las Brujas, detenía su caballo, procurando alejarse cuanto antes de aquel lugar.

Sin duda tenía miedo a las lapidaciones del diablo.

Como ninguna persona transitaba por el barranco, y su cauce, por lo regular, estaba siempre seco, las plantas silvestres habían ido creciendo hasta formar tupidas cortinas de verdura que se rompían con dificultad.

Indudablemente bajo aquellas verdes hojas se escondían espíritus infernales.

Cuando Sancha, seguida de su doncella, llegó cerca del barranco no experimentó el menor temor.

Aquella vegetación bravía era de su agrado, pues se hermanaba con su espíritu.

Nadie la vio acercarse al barranco, pues de seguro que, a suceder tal cosa, a pesar del respeto que le profesaba todo el villanaje por sus bondades, olvidando los muchos favores que la debían, la hubieran calificado de bruja.

Mucho antes que Sancha llegase cerca del barranco ya aguardaba a la entrada de este, y sentado sobre una gran piedra, un hombre de noble aspecto, aunque de raído traje, el cual no era otro que el pordiosero que hemos visto en el capítulo anterior.

Su mugriento birrete estaba en el suelo y el viento hacía ondear la fina cabellera que cubría su cabeza.

En su rostro notábanse algunas señales de impaciencia y sus ojos estaban fijos en la estrecha abertura del barranco.

De repente levantose de su asiento, y trepando algunas rocas y rompiendo matorrales, dirigióse rápidamente a aquel punto, en el que acababa de ver aparecer dos mujeres envueltas en negros mantos.

El mendigo trepaba, descendía y pasaba por entre los matorrales con notable agilidad, así es que a los pocos instantes se encontró frente a las dos recién llegadas, que eran Sancha y su doncella.

Aquel hombre contempló por algunos instantes a la joven noble, y por fin la dijo con acento apasionado, aunque respetuoso:

—Señora, os doy las gracias por vuestra bondad, pues me dais el día más feliz de mi vida. Seguidme; aquí pueden vernos. Más adentro hablaremos mejor.

Sancha nada contestó y se dispuso a seguir al mendigo.

Este, la joven noble y la doncella se internaron en el barranco.

Siempre que tenían que ascender o dar un paso peligroso, el mendigo ayudaba a Sancha y hacía que se apoyara en aquella mano que, por lo fina y blanca, se confundía con la suya.

La joven experimentaba un agudo estremecimiento cada vez que se ponía en contacto con aquel hombre.

Este tenía un algo inexplicable que la avasallaba.

Después de haber salvado algunos de los peñones del diablo que interceptaban el barranco, los tres llegaron a una pequeña plaza desnuda de matorrales y guijarros y alfombrada con menuda hierba por entre la que asomaban muchas flores silvestres.

—Aquí es, señora —dijo el mendigo.

Y cogiendo sin gran esfuerzo una gran piedra, la colocó junto a Sancha, invitándola a que se sentara con un ademán.

—Descansad —dijo después—, que yo seré muy feliz solo con contemplaros.

—¡Caballero!... —dijo Sancha bajando los ojos y ruborizándose.

—Perdonad, señora; pero yo no soy caballero ni otra cosa que un hidalguelo mendicante.

—No lo creo. Tenéis aspecto de otra cosa.

—Os equivocáis.

—Decid, pues; ese aspecto tan noble que tenéis, esas manos tan hermosas y finas como las de una dama, ese rostro tan lleno de majestad, ¿es acaso propio de un hidalgo?

—Señora, me colmáis de lisonjas, y agradecido a esto debo hablaros con verdad. Yo soy un desgraciado, que a pesar de ser noble y de sus muchos pergaminos, se ve obligado a implorar la caridad de los grandes señores para poder subsistir. Pero permitidme que os pregunte para qué deseabais hablarme.

Sancha, al escuchar esto, quedose como ruborizada y no supo qué contestar; pero, por fin, dijo así:

—Caballero, vos manifestabais deseos de decirme también algo, y así se lo habéis indicado a mi doncella.

—Es verdad.

—Pues bien, sed galante y comenzad por hablar vos, que yo os escucho.

—Señora —dijo a su vez el mendigo, sintiéndose cortado por aquel cambio de papeles.

—Vamos caballero, hablad —dijo Sancha sonriéndose de un modo tal que animó al hidalgo.

Este fijó su altiva mirada en la joven, y la dijo como antes en el lenguaje del país, que hablaba por cierto con alguna dificultad:

—Señora, ¿vos no amáis a nadie?

—No. ¿Por qué he de amar? Vivo sola, abandonada, y nadie se acuerda de mí.

—¿Y vuestro padre?

—¡Oh! Mi padre es el que menos me ama.

—Señora, pensad que habláis con un hombre a quien no conocéis, y que muy bien pudiera ser un espía de doña Argentina encargado de sondear vuestro pensamiento.

—Cuando he deseado veros, y solo por esto he venido a un sitio tan solitario como este, es porque fío en vos y os considero incapaz de cometer ninguna acción que sea vergonzosa.

—Gracias, señora. Vuestras palabras me demuestran que habéis visto mi alma desde el primer instante que nos conocimos.

Tras esto reinó entre los dos un largo intervalo de silencio.

Entre tanto, Blanca, la doncella, un poco alejada de ambos para no escuchar su conversación, se entretenía en arrancar florecillas del suelo.

Pasado algún tiempo, dijo por fin el mendigo:

—Ya que tenéis confianza conmigo, permitidme que os haga una pregunta.

—Hablad.

—¿Es cierto que jamás habéis amado a nadie?

—Esa es la verdad. Además, nadie ha manifestado hasta hoy el menor interés por mí. Y vos, ¿jamás habéis amado?

—Sí; he amado dos veces solamente. Cuando yo ocupaba una posición superior a la que hoy ocupo, conocí a una mujer, hermosa en demasía, a la que no vacilé en dar mi honor y mi mano. Aquella mujer fue una infame; faltando a la fe que me había jurado ante el altar, me abandonó para unirse a otro hombre tan despreciable como ella. Vos ya comprenderéis lo que yo siento desde entonces. El amor que sentía por esa mujer se ha borrado de mi alma, y solo su recuerdo vive en mí, pero es unido al deseo de venganza. Quiero lavar la mancha que ha dejado en mi honor. Pero olvidémonos un instante de ella y de su amante; de los dos me vengaré cuando sea tiempo. Quiero hablar de mí y de vos.

El mendigo, al decir esto, hizo una breve pausa y luego continuó dulcificando la voz:

—Por una serie de circunstancias, después que fui abandonado por aquella mujer me vi pobre, desgraciado y rodando por el mundo vine, por fin, a parar a las puertas de vuestro castillo. Allí os vi esta mañana. Mi corazón, ya marchito y frío, ha vuelto a revivir; la extinguida llama de la pasión ha tornado a brotar en él, y... ¡señora!, ¡perdonadme si os ofendo!, pero yo, que soy un miserable pordiosero indigno de recibir de vos otra cosa que una limosna, os amo con toda mi alma, con una pasión que conozco es irrealizable, y por lo mismo me conducirá a la tumba. ¿Cómo os rebajaréis hasta llegar a mí?

Sancha, mientras el mendigo pronunciaba estas palabras, aunque con la cabeza baja, contemplaba de soslayo a aquel hombre que, a pesar de su humilde aspecto, sabía expresar tan bien y de una manera tan apasionada lo que sentía.

Al escuchar sus últimas palabras, en las que decía que su amor le conduciría a la tumba, no pudo contenerse, y siguiendo los impulsos de su amor y de su inocencia, levantose de la piedra que le servía de asiento, y cogiendo por la mano al mendigo que había caído de rodillas ante ella, le obligó a levantarse, diciéndole al mismo tiempo con vehemencia:

—No; vos no moriréis, porque yo... yo os amo, a pesar de la distancia que nos separa.

—Señora —contestó entonces el vagabundo con voz tranquila—, pensad bien lo que decís antes de darme una esperanza. Reparad en que soy un pobre mendigo que, confundido en una turba de haraposos enflaquecidos, va a recoger lo que sobra de la mesa de vuestro padre.

—¿Y qué me importa eso? Os amo tanto, que soy capaz de abandonar la casa de mi padre y seguiros por el mundo implorando la caridad.

—Esas palabras tal vez sean hijas solamente de la exaltación que sentís en este momento. Vos no os atreveréis a hacer tal cosa.

—Yo solo pienso las cosas una vez. No conocéis el poder que tiene mi voluntad.

Sancha dijo estas palabras con acento tan resuelto, que fácilmente podía creerse en su sinceridad.

El mendigo entonces se irguió, y abandonando aquella actitud humilde en que hasta entonces había estado, dijo a la joven con voz majestuosa:

—Veo que verdaderamente me amáis, como yo a vos. El amor acorta las distancias que nos separan. Yo soy quien va a descender para unirse con vos.

—¿Quién sois? —dijo Sancha con interés.

—Yo soy Garci-Fernández, el conde soberano de Castilla.

Al escuchar esto, Sancha quedose absorta.

Más que la elevada posición del que ella amaba, le sorprendía el que aquel hombre fuese el esposo de la amante de su padre.

La joven, aunque no de una manera cierta, había llegado a saber, por confidencias y palabras sueltas, que doña Argentina era la esposa del soberano de Castilla.

Por algunos instantes permaneció silenciosa, pero, por fin, dijo:

—¿Según eso sois el esposo de doña Argentina?

— Sí, yo soy el conde Garci-Fernández, que, disfrazado del modo que me veis, he llegado hasta aquí, después de recorrer media Francia, solo con el objeto de vengarme. Y decid ahora, Sancha: ¿me amáis todavía? Ya veis que soy casado.

—¿Y qué me importa a mí esto si me amáis verdaderamente? Estoy dispuesta a seguiros allá donde vayáis, y es tanto lo que os amo, que ya que no puedo ser vuestra esposa, pasaré por ser vuestra amante.

—¡Ah, Sancha mía!, ¡cuán bella estáis diciendo tales palabras!

—Es que os adoro, conde soberano.

—No me llames así; dime García solamente.

—Pues bien, García; te amo con toda mi alma.

Los dos, al decir esto, se estrecharon las manos cariñosamente.

Por mucho tiempo permanecieron en el más completo arrobamiento, hasta que por fin Garci-Fernández hizo un esfuerzo para salir de aquel dulce estado, y dijo así:

—Antes te he hablado de venganza.

—¿Acaso se dirige esta contra mi padre?

—Sí. Tu padre ha sido un infame, lo mismo que mi esposa. Escucha y te convencerás.

Y el conde soberano relató a Sancha todo lo que ya conocen nuestros lectores, o sea desde el día en que se unió con su esposa hasta que esta huyó con Lotario.

—Mal se han portado contigo —dijo la joven cuando terminó su amado—. Mi padre ha destrozado tu honra. Esa mujer es infame hasta en su felicidad, pues cuando se halla en los brazos del que ama se complace en atormentarme. Escucha y te convencerás.

Y Sancha relató al conde el largo capítulo de las desdichas, degradaciones y bajezas que sufría en el castillo.

—Lo que acabas de decirme —dijo Garci-Fernández cuando terminó la joven su relación— me demuestra que estás sola en el mundo. Tú no tienes padre, solo vives al lado de un hombre libertino cuya vida se ha reducido a sembrar la deshonra allá donde su brazo ha llegado a alcanzar. Ese hombre ha sido el que ha asesinado con sus escándalos a tu santa madre, el único ser que te ha amado en el mundo.

—Es verdad —dijo con tristeza la joven.

—Yo quiero vengarme, y mi ira caerá lo mismo sobre mi esposa que sobre tu padre.

Sancha nada contestó a esto.

Garci-Fernández continuó diciendo así:

—Yo daré muerte a Lotario; mi honor me lo exige así. Piensa bien lo que va a suceder. Tú amas al matador de tu padre; ¿me odiarás después que le tenga a mis pies, tinto en su propia sangre?

—¡García! ¡Por Dios! —exclamó Sancha—. Piensa que es mi padre. ¡Oh! A ella, que es una infame, máatala; pero ¡a mi padre! ¡Oh! ¡Por Dios! Piensa que soy su hija.

—Sancha, es inútil cuanto digas. Mi carácter es firme, mi voluntad inquebrantable, y no vacilaré a pesar de todo cuanto me supliques. Piensa bien tu situación. De un lado tienes a tu padre que jamás te ha amado, que apenas si se acuerda de ti y que te tiene en su castillo como a un ser inútil a

quien deja vagar por donde quiere; de otro, me tienes a mí, el que te ama, el que te adora, el que desea llevarte a Castilla para que seas condesa soberana. Elige, pues. Si quieres oponerte a mis planes, aléjate de mi lado, pues yo no sacrifico mi venganza a mi amor, aunque por esto viva infeliz toda mi vida.

—No, García, no —gritó Sancha toda conmovida y ciñendo con sus brazos el cuello del conde—. Tú no me abandonarás; yo te obedeceré en todo. ¿Qué quieres?, ¿matar a mi padre? Pues bien; cumple tu deseo, que yo te ayudaré. Soy una hija infame, una digna descendiente de Lotario; seré parricida, pero no importa; mi Dios es el amor y a él someteré mi conciencia. Pero, sobre todo, ¡no te vayas, García!, ¡no te separes de mi lado! Te he visto, y he visto el cielo; ya ves, si ahora me abandonases, mi desesperación me traería la muerte.

Y Sancha, diciendo esto, apretaba entre sus brazos con más fuerza a Garci-Fernández, como si temiera que se le escapase.

Este, al poco rato, se desprendió de aquellos brazos, y volviendo a coger las manos de la joven entre las suyas, continuó:

—Puesto que me obedeces, hablemos de mi venganza. A mí me es muy difícil entrar en el castillo y más todavía llegar hasta la cámara de tu padre.

—Efectivamente, por ese medio es difícil que llegues hasta donde duermen los dos. Yo tengo un medio más seguro.

—Habla, Sancha mía.

—Hay una oculta comunicación para llegar desde el pie de la montaña a la cámara de mi padre. Es una rampa estrecha que tiene a sus dos extremos dos aberturas secretas.

—¿Y sabes tú el secreto que hace quedar libres esas aberturas?

—Sí; lo descubrí siendo niña, en una época que estuvo mi padre mucho tiempo ausente.

—¿Esas puertas secretas tendrán sus resortes que las dejarán abiertas?

—Sí. Son dos grandes piedras, y si te fijas bien en ellas, verás cómo a la derecha hay un pequeño guijarro que parece incrustado en una grieta. Apriétalo con fuerza y las piedras rodarán sobre ocultos goznes.

—Esta noche me serviré del conducto subterráneo.

—No, aguarda. Cerca de la cámara de mi padre duermen algunos escuderos y es fácil que te oyeran al dar el golpe. Entonces serías perdido, pues no tardarían en acudir y morirías atravesado por sus espadas.

—Eso no me atemoriza.

—Aguarda solo tres días, que entonces es la noche del buen San Juan.

—¿Y por qué esa noche?

—Porque entonces todos los arqueros y demás servidores del castillo bajan al villorrio para beber y bailar con el villanaje.

—No me parece mala tu proposición.

—De ese modo estarás casi solo en el castillo y podrás llevar a cabo tu venganza sin que nadie te estorbe.

—Atenderé tu indicación.

—No encontrarás obstáculo alguno.

Los dos amantes quedaron en silencio después de esto.

Sancha dijo por fin:

—García, la tarde va cayendo y hora es ya de que parta. Antes de que cierre la noche he de estar en el castillo.

—Ve, pues. Mucho siento el que te alejes, pero me consuelo de tu ausencia pensando en que serás mi esposa, y allá en Castilla pasaré toda mi vida a tu lado. ¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Mañana; quiero antes de que llegue la noche de San Juan enseñarte el modo de abrir las entradas del subterráneo.

—¿En dónde te veré?

—Aguárdame aquí mismo.

—Adiós, Sancha.

La joven, seguida de su doncella, fue a alejarse, después de oprimir por última vez las manos de Garci-Fernández, pero este le dijo de pronto:

—Espera. Antes de que te vayas quiero que algunos de mis vasallos te reconozcan por señora.

Y dando un agudo silbido, gritó después:

—¡Hola! ¡A mí mis vasallos!

Apenas la voz del conde se extinguió en el espacio, aparecieron en lo alto de un cercano peñón, y bajaron hasta donde aquel estaba, tres hombres vestidos igualmente de pordioseros y que no eran otros, como ya se habrán figurado nuestros lectores, que don Sancho Antolínez, don Juan de Sepúlveda y el escudero Fortún.

Los tres hombres se agruparon en derredor del conde soberano, quien señalando a Sancha, dijo así:

—¡Castellanos!, aquí tenéis a la futura condesa castellana.

Los caballeros y el escudero se inclinaron profundamente, mientras Garci-Fernández decía a su amada:

—Sancha, estos que aquí ves son mis vasallos más adictos y fieles.

Después de esto, la joven se alejó seguida de Blanca.

—Que Dios te guarde, García —dijo al marcharse.

—Adiós, amada mía.

A los pocos instantes las dos mujeres habían desaparecido entre las quebraduras del barranco.

Cuando Garci-Fernández quedó solo con sus súbditos, les dijo así:

—Amigos míos, soy verdaderamente feliz. He encontrado una mujer hermosa y pura que me ama y que tiene un carácter franco, enérgico y apasionado, igual en todo al mío. Además, dentro de poco tiempo podré vengarme de mi infame esposa y de ese miserable Lotario. Mi desgracia termina, y voy a ser tan feliz como vosotros.

Dos horas después, cuando la noche había cerrado por completo, Sancha, apoyada en el alféizar de su ventana, contemplaba la marcha de la luna distraídamente.

Al mismo tiempo, dentro de su cabeza se agitaba un mar de encontrados pensamientos.

Su amor y su cariño filial reñían una cruda batalla.

Sancha, a pesar de todo lo que había sufrido, no podía olvidar que Lotario era su padre.

Pero al mismo tiempo se estremecía de pensar que el conde soberano podía olvidarla si ella no accedía a ayudarle en su venganza.

Y entregada a esta lucha interior, permaneció mucho tiempo inmóvil en la ventana.

Por fin, se decidió por una de las dos resoluciones que se le presentaban.

La amante venció a la hija, y para acallar la voz de su sangre, se decía:

—Ese hombre jamás ha sido mi padre. Yo no tengo en el mundo otro ser que me ame más que García. Yo soy su esclava, y quiero obedecerle en todo.

Capítulo XXIV

La venganza del conde

TRANSCURRIERON tres días.

Por el azulado manto que la noche había extendido sobre la tierra, la luna recorría su carrera derramando torrentes de argentada luz.

Las altas torres del castillo proyectaban en el suelo la sombra de sus gigantescas moles, y sobre ellas no se veían, cual otras veces, los vigilantes arqueros que, con la ballesta al hombro, se paseaban entonando a media voz las guerreras marchas que en otros tiempos les habían animado en los combates.

Todo yacía en la mayor calma.

El castillo parecía desierto. Ni en sus muros ni en sus torres se veía persona alguna, y solo junto a la gran poterna que cubría por la parte de afuera el elevado puente estaban algunos escuderos de los más viejos, que al mismo tiempo que se ocupaban en vaciar el contenido de algunos jarros de vino, se relataban sus hazañas, sus proezas y el modo cómo habían recibido las muchas heridas, de las cuales, como prueba de valor, quedaban las gloriosas cicatrices.

De vez en cuando, turbando el silencio propio de la noche, llegaban hasta el castillo, llevados por las ráfagas de viento, cantares incompletos, gritos y carcajadas.

Aquella confusión provenía de la plaza del villorrio.

A aquellas horas estaba llena de una abigarrada muchedumbre.

Dos grandes hogueras que agitaban en el espacio más humo que llamas, chisporroteaban en el centro de la plaza, e iluminaban de una manera indecisa y fantástica a toda aquella turba que se movía y regocijaba como cuadrilla de locos, y que estaba compuesta por los servidores del castillo y los vasallos del villorrio.

En un rincón de la plaza danzaban algunas parejas al son de tiorbas y laúdes que tañían malamente algunos labriegos de tosca mano.

La mayor cordialidad reinaba entre todos en la plaza, pero a pesar de esto notábase el recelo con que siempre miraban los vasallos a los servidores de Lotario.

Abandonemos la plaza del villorrio, en la que no ha de suceder nada que interese a nuestra relación, y rodeando la montaña, en cuya cumbre se levanta el castillo, parémonos a espaldas de este, o sea a corta distancia del

barranco de las Brujas. En la sombra que proyectaba un gigantesco peñón se cobijaban seis personas que departían en voz baja.

Eran Sancha, su doncella, Garcí-Fernández y sus tres vasallos.

—De modo, Sancha mía —decía el conde—, que a estas horas tu padre y mi esposa se dispondrán a acostarse.

—Sí. Hace algunos momentos que la campana del castillo ha anunciado la segunda vigilia: a esta hora se acuestan todas las noches.

—¿Está el castillo solo?

—Cuando hemos salido de él Blanca y yo, confundidas entre las doncellas de Argentina que bajaban al villorrio, solo hemos visto a algunos viejos escuderos que se quedaban velando en la poterna. El resto del castillo está desierto.

—Entonces no hay tiempo que perder. Antes de la tercera vigilia quiero que partamos para Castilla.

—Ve, pues, García. Que Dios preste a tu brazo la fortaleza necesaria para vengarte.

—Descuida, Sancha. Mi pecho encierra demasiado odio para que mi brazo flaquee en el momento de la venganza.

Garcí-Fernández, después de decir esto, volvió a sus vasallos, y dirigiéndose a Fortún, le dijo así:

—Oye, parte inmediatamente al villorrio y trae los caballos que compramos ayer. Los viejos déjalos abandonados.

—Está bien, señor —contestó el escudero—. Dentro de un instante estoy de vuelta.

Y se alejó corriendo.

El conde soberano dijo entonces a los dos nobles:

—Vosotros quedaos aquí acompañando a vuestra futura soberana. No tardaré mucho en volver e inmediatamente regresaremos a Castilla.

El soberano, después de decir esto, se envolvió en su raído manto y echó a andar.

Primero dio la vuelta al peñón, en cuya sombra había permanecido envuelto, y después, rompiendo por entre la maleza, llegó a un sitio en que acababa la falda de la montaña, en cuya cumbre estaba el castillo.

—Aquí es —murmuró buscando en la larga cortina de rocas que ante él se levantaba una cosa oculta.

Era el resorte que hacía practicable el camino subterráneo.

Por fin lo encontró.

Escuchose un profundo crujido, después el chirriar de hierros enmohecidos, y por fin, una de las rocas giró después de oscilar, dejando

abierta la entrada de un estrecho camino cuya oscuridad era indescriptible por lo intensa.

Aquello semejaba la abierta boca de un monstruo que había devorado todas las negras tintas de la noche.

Adivinábase que en aquel subterráneo estaban amalgamadas la atmósfera enrarecida con la oscuridad, por lo profunda, casi condensada.

A pesar de esto, el conde Garci-Fernández no vaciló.

Penetró en la estrecha abertura, y una vez allí, sacó por bajo de su manto la diestra armada de una linterna sorda cuya tapa abrió.

Una luz pálida que todavía amenguaban más los miasmas de aquella atmósfera pesada, se difundió en un corto espacio del subterráneo, contorneando apenas la bóveda y las paredes de aquel pasadizo.

Después de esto, el conde tocó otro oculto resorte y la piedra volvió a girar, cerrando herméticamente la abertura.

Cuando se vio encerrado en aquel reducido espacio, semejante al de una tumba, comenzó a andar.

La luz de la linterna no lograba disipar más que las sombras en un pequeño círculo, cuyo radio solo alcanzaba a algunos pasos de distancia.

El subterráneo era una acentuada rampa que tortuosamente ascendía por las entrañas de la montaña, siempre a través de la roca viva.

El conde caminaba sin cesar y respirando difícilmente por aquel suelo inclinado, áspero unas veces y húmedo y resbaladizo otras.

Mientras más avanzaba, su corazón latía precipitadamente.

Garci-Fernández sentía cómo se apoderaba de su cuerpo una emoción extraña.

A veces se estremecía de gozo pensando que allá arriba, sobre su cabeza, existían dos seres que se gozaban con su deshonra y que estaban ajenos de pensar que tenían tan próximo el castigo.

Pero el recuerdo de su esposa, la magnitud importante del acto que iba a llevar a cabo, y más que todo el aspecto frío y siniestro de aquella estrecha vía por la que caminaba, le causaban una impresión que paralizaba su cerebro, y que muchas veces llegaba casi a causar igual efecto en su cuerpo.

A pesar de esto, en algunos instantes su pensamiento salía del estupor y entablaba un monólogo mudo.

—¿Por qué este malestar que siento? —se decía el conde soberano—. ¿Acaso porque está cercana la hora de mi venganza? No; eso sería tener un corazón muy débil. Hace ya muchos días que en mi corte de Burgos bramaba y juraba, sintiendo el corazón rebotante de odio; y hoy que

encuentro la ocasión de lograr mi deseo, parece que mi ánimo flaquea, y que llevado de mi debilidad voy a retroceder en mi camino. Pero no; ¡adelante, Garcí-Fernández! Tú perteneces a una raza de héroes que jamás ha sufrido la deshonra sin haberla lavado con sangre, y en esta ocasión debes imitar la conducta de tus antepasados. El conde Fernán González me maldeciría desde su tumba si yo no clavase mi puñal en el pecho de esos infames. Además, lo exige así mi honor de soberano. ¿Qué dirían mis súbditos al saber que ya vacilaba al castigar a los que me han deshonrado? La venganza tras la ofensa es lo más justo; ¡adelante, pues, conde de Castilla!, y que el puñal de tu valiente padre se tiña con la sangre de esos dos miserables.

Garcí-Fernández seguía ascendiendo mientras pensaba todo esto; así es que de pronto tuvo que interrumpir su monólogo, pues se encontraba al final de la rampa.

Entonces el conde permaneció inmóvil durante algunos instantes.

Después apoyó la cabeza en el muro que delante tenía y escuchó.

Nada turbaba el silencio profundo que en torno del conde reinaba.

Garcí-Fernández, en vista de esto, buscó con mano febril el resorte que abría la puerta de piedra e inmediatamente lo encontró.

El muro abrióse sin hacer ruido alguno.

El soberano atravesó la oculta puerta que dejó sin cerrar, y entró en una espaciosa cámara lujosamente adornada y que alumbraba con luz tenue y vagorosa una lámpara árabe con globo de nácar.

En uno de los extremos de la estancia veíase una gran cama de madera tallada y ancho dosel, cubierta por los lados con colgaduras de brocado.

El castellano dejó su linterna sobre una mesa y luego se acercó a la cama, cuyos cortinajes descorrió.

En el gran lecho estaban acostados dos seres de distinto sexo, que eran doña Argentina y Lotario.

Los dos estaban dormidos y abrazados estrechamente.

Doña Argentina, con su abundante y rizada cabellera suelta y teniendo desnudo su blanco y palpitante seno, estaba tan hermosa que Garcí-Fernández no pudo menos de quedar absorto contemplándola.

Era la primera vez que el conde soberano podía ver a su esposa de aquel modo y admirar sus encantos.

Por esto sucedió que llegó hasta olvidarse del objeto que le había llevado allí.

Durante algunos instantes, el conde permaneció completamente inmóvil, absorbido en la contemplación de su esposa, hasta que por fin su voluntad hizo un esfuerzo y logró arrancarse de aquella especie de éxtasis.

Su frente se llenaba de sudor, su boca estaba seca y sentía además en la médula intensos estremecimientos.

—¡Dios mío! —murmuraba el conde—, ¡cuán hermosa es! Y pensar que en ese pecho blanco como la nieve se ha de hundir mi puñal, y tanta belleza ha de desaparecer bajo un mar de sangre. ¡Oh, imposible! Si tal cosa hiciera, sería un hombre feroz. Además, es una mujer, y un caballero no debe asesinar a los seres débiles que no pueden defenderse.

Y el conde se enternecía y comenzaba a sentirse débil.

Pero de pronto su vista tropezó con el rostro de Lotario, que estaba casi junto al de Argentina sobre la almohada, y entonces, rugió de furor, y el curso de sus pensamientos cambióse por completo.

—Pero no —murmuró—. ¿A qué tales enternecimientos? Esa mujer es traidora y ese hombre es un infame; que mueran, pues.

Y el conde, al decir esto, inclinó su cabeza para ver más de cerca a los que dormían.

Entonces vio una cosa que le exasperó más.

Argentina tenía uno de sus blancos brazos bajo la cabeza de Lotario, y de vez en cuando, a pesar de que dormía, por oculto estremecimiento oprimíala contra su pecho.

Este fue el golpe de gracia que desbordó todo el furor de Garci-Fernández.

Su cuerpo tembló, sus ojos centellearon, su rostro se contrajo, y con voz de trueno que resonó en la cámara cual la trompeta del ángel apocalíptico, gritó:

—¡Despertad, miserables!

Capítulo XXV

Donde se continúa el anterior

APENAS el conde soberano pronunció tales palabras, cuando los dos amantes, que tan tranquilos dormían, despertaron sobresaltados, y su sorpresa fue verdaderamente indescriptible al ver junto a su lecho la figura de Garci-Fernández, iracunda y terrible como la imagen de la venganza.

Doña Argentina especialmente experimentó terror.

Al despertar y ver cerca de ella a su esposo, dio un agudo grito de espanto y se pasó las manos por los ojos para convencerse de que no soñaba.

Cuando conoció que aquel hombre era realmente Garci-Fernández, dio un agudo grito y escondió su hermosa cabeza entre las sábanas del lecho.

Lotario también pareció dudar de la realidad de aquella aparición: en el primer instante creyó que sería un fantasma; pero le vino a sacar de dudas la voz fosca de Garci-Fernández que dijo con una calma verdaderamente terrible:

—Tened muy buena noche, Lotario; y vos, señora, ¿por qué os escondéis?

Doña Argentina nada contestó; pero en cambio Lotario, sintiéndose algo repuesto de su terror, dijo incorporándose sobre la cama:

—Conde Garci-Fernández, ahora no nos encontramos en Castilla, sino en mi casa, y como dueño de ella, me creo autorizado para haceros una pregunta. ¿Con permiso de quién habéis penetrado en mi castillo? ¿Por dónde habéis entrado?

—Es muy justo que yo os responda a tal pregunta. He entrado aquí como vos entrasteis hace mucho tiempo en mi alcázar de Burgos, furtivamente como un ladrón. Vos vinisteis a mi casa para quitarme la honra, y yo vengo aquí para quitaros la vida.

Estas últimas palabras las dijo el conde con un acento tan sombrío, que Lotario, aterrorizado y descompuesto, saltó del lecho antes que pudiera impedirlo aquel.

De un salto colocose junto a una ventana de la estancia y allí dijo contemplando al conde soberano con mirada burlona:

—Jugáis conmigo creyendo que podéis vencerme, y ¡por Cristo!, que vais a convenceros de que el vencido seréis vos.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó con calma Garci-Fernández.

—Voy a llamar a mis servidores, que no tardarán mucho en venir y haceros prisionero.

—No lograréis vuestro intento. Todos los del castillo están a estas horas en el villorrio, y ya veis que es muy difícil el que desde allí oigan vuestra voz.

Al escuchar esto, Lotario dejó caer la cabeza con desaliento.

—Además —continuó Garci-Fernández—, no podríais llamarles, porque antes que de vuestros labios saliera el menor grito, mi puñal os atravesaría el corazón.

Lotario permaneció silencioso algunos instantes más, y, por fin, dijo:

—Pero, ¿qué es lo que queréis?

—¿No os lo he dicho antes? Mataros; pero no, ahora no; os tengo en mi poder y quiero retardar el momento de mi venganza, quiero gozarme en vuestro desaliento y vuestro terror, quiero resarcirme de lo mucho que me habéis hecho padecer, quiero reírme con vosotros. ¿Lo oís, caballero? ¿Lo oyes tú, miserable mujer? ¡Llorad, estremeceos, temblad, que yo río contemplándoos, seres miserables y pequeños!

El conde soberano estaba verdaderamente horrible al decir esto.

Sus ojos tenían un brillo infernal y su labio inferior titilaba como si estuviera saboreando un supremo placer.

Lotario le contemplaba con terror.

Comprendía que aquel hombre iba a matarle y no podía menos de sentir miedo, considerando su debilidad ante aquel ser furioso y vengativo.

El miedo invadía todo su ser y se enseñoreaba de su espíritu.

Al mismo tiempo la idea de perder la vida, de abandonar el mundo, le sublevaba, y sentía la necesidad de defenderse.

Instigado por este sentimiento, fuese rápidamente a un extremo de la cámara y tomó de una panoplia de armas que en el muro se veía, una ancha espada de combate.

Garci-Fernández no se movió y dijo solamente:

—¿Intentas defenderte? Mejor, así nunca podrá decirse que el conde soberano de Castilla ha asesinado a un hombre. Pudiera sacar mi espada para matarte; pero no haré tal cosa, porque la espada es para los caballeros, y tú eres un miserable. Para ti me basta con esto.

Y el soberano, al hablar así, desenvainó el puñal de Fernán González que llevaba en el cinto, y levantando su armada diestra marchó sobre Lotario.

Este se arrojó sobre el conde, levantando su espada para herirle; pero antes de que lograra su intento, Garci-Fernández lo agarró con la siniestra

mano, y fue tal el empuje, que el francés vaciló durante unos instantes para caer después, arrastrando a su enemigo en la caída.

Los dos hombres, al rodar por el suelo, se abrazaron estrechamente.

Por un corto rato solo se vio una confusa masa que agitaba furiosamente piernas y brazos.

La lucha era silenciosa, y por lo mismo más terrible. Ni el menor grito venía a turbar el silencio que reinaba en la cámara.

Argentina, en tanto, se había incorporado sobre la cama y contemplaba con extraviados ojos aquella horrorosa lucha.

De pronto sonó un agudo grito, y al momento levantose el conde Garci-Fernández.

En su diestra aún se veía el puñal; pero estaba tinto en sangre hasta la empuñadura.

Sobre el pavimento quedaba el cuerpo de Lotario agitándose en las ansias de la agonía y con el pecho atravesado por una terrible puñalada.

Poco a poco la vida fue extinguiéndose en aquel cuerpo que quedó convertido en cadáver.

Su rostro estaba manchado de sangre, y solo se distinguían los ojos vidriosos y empañados por las sombras de la muerte.

El conde soberano contempló un buen rato el yerto cadáver de Lotario. Después volviöse hacia la cama y fijó su mirada en Argentina, que no pudo menos de estremecerse.

—Ahora os toca a vos, señora —dijo con fatídico acento.

Argentina permaneció inmóvil, como si no hubiera escuchado tales palabras.

Garci-Fernández dio entonces un paso adelante.

—¡Perdón, perdón! —gritó con acento angustioso la mujer.

Y de un salto se arrojó del lecho.

La hermosa iba envuelta en una túnica de lino blanco tan tenue que transparentaba todas las formas de su modelado cuerpo.

En aquellos instantes, con el terror en los ojos y la súplica en los labios, estaba verdaderamente tentadora.

—No me mates, García —exclamó con temblorosa voz—. Perdóname. ¿No te conmueven mis lágrimas?

—Señora, es ya tarde para que os perdone. Me habéis hecho sufrir mucho. No me amabais, y vuestra indiferencia casi me costó la muerte; mas por esto no podía yo castigaros; pero después habéis manchado mi honor, me habéis envilecido a los ojos de mis vasallos, y esto reclama un castigo. ¿No recordáis lo que os dije antes de que vinierais conmigo?

La mujer no contestó nada.

—Recordadlo —continuó el soberano—. Os dije que era de una familia que jamás había sufrido una mancha en su honor ni una afrenta en su linaje, y que antes preferíamos derramar sangre que vivir envilecidos.

—Perdón, García, perdón. Yo temí que me mataras porque no te amaba, y por eso...

—No mintáis, señora, y rezad, si es que queréis salvar vuestra alma, porque vais a morir.

—¡Morir! —dijo Argentina con desgarrador acento—. ¡Morir!

Y como si al pronunciar estas palabras cobrara más afán por la vida, dijo con exaltación:

—¡García! No me mates y yo te amaré con toda mi alma y seré tuya. Seré tu esclava, tu sierva; te serviré de alfombra, me hollarás con tus pies; pero, ¡por Dios!, no acabes con mi vida. Serena tu rostro; me da miedo el verte tan iracundo.

Doña Argentina había comprendido que aún podía salvarse si lograba enloquecer con su belleza al conde soberano; así es que continuó con fingido apasionamiento que la turbación del miedo hacía veraz:

—¡Oh, esposo mío!, tú eres más hermoso que Lotario y te amo, te amo con pasión frenética. Yo estaba antes loca. ¿Ves mi belleza? Pocas mujeres pueden competir la suya con la mía; pues bien, será tuya, completamente tuya.

Y Argentina, comprendiendo el efecto que sobre su marido causaban su belleza y sus palabras, se arrojó sobre él, y oprimiendo con sus ebúrneos brazos la cabeza de Garci-Fernández sobre su turgente seno, estampó en su boca un sonoro y apasionado beso.

El conde, a pesar de su furor y de sus deseos de venganza, no pudo menos de estremecerse al sentir la impresión de aquellos labios de fuego.

Aquello desvaneció con la prontitud de un conjuro mágico los deseos de venganza que Garci-Fernández abrigaba, y olvidándose de la infidelidad de aquella mujer, se dejó llevar de la pasión.

Argentina estaba hermosa de una manera extraordinaria.

El conde soberano la contemplaba por primera vez de aquel modo, así es que no era de extrañar la impresión que en él causaba.

El cerebro de Garci-Fernández se oscurecía.

En su pensamiento la venganza y el amor batallaban, y debemos decir, aunque sea en desdoro del soberano, que el segundo vencía a la primera.

Argentina, comprendiendo su triunfo, uniendo su boca con la del conde y envolviéndole en la atmósfera cálida y voluptuosa de su aliento, se sonreía satisfecha de su poder.

Garci-Fernández cedía a toda prisa.

Hubo un momento en que instintivamente levantó sus brazos para estrechar contra el pecho a su esposa; pero entonces notó que su mano oprimía algo, y fijando en ella su anublada vista reconoció el puñal de su padre, tinto en la sangre de Lotario.

Aquello le volvió a la realidad.

Pensó en Fernán González y en las veces que este se había valido del puñal para vengarse de los miserables que atentaron contra su vida y honor.

La vista de la sangre también enardeció su espíritu, y rápidamente aquel encanto misterioso en que le había envuelto su esposa se desvaneció.

Pensó en su padre; imaginose que tal vez en aquellos instantes desde el fondo de la tumba se disponía a maldecirle por su debilidad, y hasta le pareció que entre él y Argentina se levantaba airada la sombra de Fernán González, señalando con la diestra la adúltera esposa.

Lo cierto es que se estremeció de rabia; que sus ojos centellearon; que su cuerpo tembló, y dando un fuerte empujón a su esposa, se libró de sus brazos.

—¡No, infame! —gritó con voz tonante—, tu crimen no puede quedar sin venganza. ¡Muere, miserable, muere!

Y Garci-Fernández, al decir esto, hundió su puñal en el pecho de Argentina, que cayó al suelo exhalando un agudo grito de agonía.

La sangre salió a borbotones por la herida, y a los pocos momentos formó un charco en derredor de aquel cuerpo que ya era un cadáver.

El conde permaneció algunos instantes contemplando a las dos víctimas de su venganza.

Por fin salió de su terrible abstracción; pasose la mano por la frente como para arrancar de su mente los mil pensamientos que a ella acudían en tropel, y por último recogió su manto, que en la lucha con Lotario había caído al suelo, y escapó por la secreta abertura.

El soberano, con la linterna en una mano y el ensangrentado puñal en la otra, comenzó a descender por la subterránea rampa.

Tan precipitada era su carrera, que muchas veces sus pies resbalaban sobre el pavimento, y se dio golpes en la cabeza contra las paredes.

Garci-Fernández, a pesar de su sangre fría, sentía una oculta conmoción que aumentaba aquel lugar tétrico y casi sepulcral por el que corría.

Y el conde, de este modo, después de algún tiempo logró llegar al término de su carrera; pero su precipitación era tal, que no podía encontrar el resorte, mediante el cual se abría la peña que hacía las veces de puerta.

Después de muchas tentativas que su aturdimiento hacía infructuosas, procuró serenarse, y entonces logró hallar el medio de dejar libre la salida.

Cuando la gran piedra giró sobre sus goznes, el conde se arrojó de un salto fuera de aquel lóbrego pasadizo que para tanto le había servido.

Entonces apagó la linterna, envainó el puñal sin limpiar la sangre, y alumbrado por la luna se dirigió al sitio en donde mucho tiempo antes había dejado a Sancha y sus vasallos.

Al poco rato llegó a tal lugar.

Garci-Fernández vio que ya había vuelto Fortún del villorrio con los caballos, que eran cuatro y de muy buena estampa.

—¿Está todo dispuesto para la partida? —preguntó Garci-Fernández con tranquilidad, después de saludar a los que le aguardaban.

—Todo, señor —contestó don Juan.

—Pues entonces en marcha. ¡A Castilla!

Los nobles y el escudero no se hicieron repetir la orden y montaron inmediatamente a caballo.

—Fortún —dijo al escudero el conde soberano—, lleva esta mujer a la grupa.

Y al decir esto señalaba a Blanca, la doncella que permanecía al lado de su señora.

El mocetón, bastante contento por tal orden, inclinose un poco sobre la silla, y agarrando con sus robustos brazos a la joven, la levantó en alto fácilmente para colocarla sobre las ancas del caballo.

El conde montó entonces en su cabalgadura e hizo lo mismo con Sancha, que para asegurarse mejor rodeó con su brazo la cintura de su amado.

Como todos estaban ya a punto de marchar, Garci-Fernández gritó:

—¡Sus! ¡A Castilla!

Y diciendo esto clavó sus acicates en los ijares del caballo, que salió a galope tendido.

Los otros jinetes le siguieron, y la pequeña cabalgata, siempre a escape, perdióse en la sombra que proyectaban las montañas.

Durante algunos instantes escuchóse el chocar de los cascos de los caballos sobre el suelo; pero poco a poco fue alejándose este rumor hasta perderse por completo.

En aquel instante, en la campana del castillo sonaron tres fuertes golpes anunciando la tercera vigilia.

A aquella hora, la lámpara que alumbraba la cámara del castillo todavía arrojaba su luz sobre los yertos cadáveres de Lotario y Argentina, y la reflejaba en la sangre que cubría el pavimento.

Epílogo

EL conde soberano y sus acompañantes llegaron a Burgos algunos días después de su partida del castillo de Limoges.

El casamiento de Garci-Fernández con doña Sancha no tardó en verificarse.

Las bodas fueron magnificas y revistieron tan esplendorosa pompa, que, según la opinión de los buenos habitantes de Burgos, eran muy superiores a las celebradas con motivo del enlace del conde soberano con doña Argentina.

Garci-Fernández llegó por fin a ser feliz.

Tenía una mujer que le amaba y un pueblo que le profesaba el mayor respeto.

Últimamente logró lo que desde su segundo enlace constituía toda su ilusión, pues tuvo un hijo al que pusieron por nombre Sancho.

Los años pasaron muy rápidamente para el conde soberano.

Durante el transcurso de estos, ocurrieron algunos sucesos dignos de ser conocidos por el lector.

Don Fernán Antolínez murió en su castillo en olor de santidad siendo llorado por toda Castilla, que le conservaba en opinión de elegido de Dios.

Mas no fue únicamente don Fernán quien murió por entonces.

Apenas casado Garci-Fernández con doña Sancha, don Sancho Antolínez partió para la frontera, pues no era de su agrado la vida tranquila de Burgos.

Puesto al frente de los antiguos Hermanos de Hierro, convertidos ya en verdaderos soldados de Castilla, hizo grandes proezas y tuvo siempre a raya a los belicosos moros fronterizos.

En una algarada que hicieron don Sancho y los suyos en tierras sarracenas, cayeron en una emboscada que estos tenían preparada.

La derrota fue completa.

Don Sancho, a pesar de su edad, defendiose con la bravura y fiereza de sus primeros años, y muchos fueron los musulimes que mordieron el polvo antes de que él cayera muerto con el cuerpo lleno de heridas.

El conde soberano ordenó que se rescatara del poder de los infieles el cadáver de don Sancho, y lo enterró en el castillo de los Antolínez junto a la tumba de don Fernán, no sin antes hacerle en Burgos unas pomposas exequias.

Después, los años fueron transcurriendo sin que ocurriera ninguna cosa de importancia.

El conde Garci-Fernández fue envejeciendo, mientras que su hijo Sancho se convertía en un garrido mancebo, tan valiente y temerario como todos sus ascendientes.

Además de esto, el joven era de ánimo inquieto y tenía grandes deseos de ser cuanto antes el soberano de Castilla, deseos que aumentaban las lisonjas y consejos de algunos nobles que pululaban a su alrededor y que guardaban odio profundo a Garci-Fernández.

Todo esto dio por resultado que Sancho se levantara en armas contra su padre, cuando este menos lo esperaba, con el propósito de arrancarlo del trono de Castilla.

El estado dividióse entonces en dos bandos, uno a favor de Garci-Fernández, y otro al de su hijo, y estalló una sangrienta guerra civil.

Almanzor, el inmortal caudillo árabe, se aprovechó de estas disensiones para penetrar en Castilla y llevarlo todo a sangre y fuego.

El conde soberano, al ver entonces el terrible peligro que amenazaba a su patria, abandonó la lucha que con su hijo sostenía, y seguido de un pequeño ejército que aumentó con los restos de la Hermandad de Hierro, hasta entonces guardadora de la frontera, salió al encuentro de Almanzor y le presentó la batalla.

Esta fue tan terrible como sangrienta.

El conde soberano hizo sobrehumanos esfuerzos para salir vencedor; pero, por fin, abrumado por el número de enemigos, cayó cubierto de heridas junto al cadáver de don Juan de Sepúlveda, que con la espada rota y abrazado al pendón de Castilla yacía en el suelo.

El noble caballero había perdido toda su sangre peleando como un bravo al lado de Garci-Fernández y procurando parar con su cuerpo todos los golpes que le dirigían los enemigos.

El valiente conde todavía vivió algunos días después de la batalla, estando prisionero en poder de los alarbes.

El pesar que le produjo la derrota y el dolor y gravedad de sus heridas le acarrearón últimamente la muerte.

El historiador Mariana, al ocuparse del desgraciado fin de nuestro héroe, dice textualmente:

«El conde Garci-Fernández, movido por el daño que los moros hacían en Castilla, con los que pudo juntar, salió al encuentro del enemigo y presentoles la batalla. Fue brava la pelea; el conde, que llevaba poca gente, quedó vencido y preso y con tales heridas que de ellas a los pocos días

murió. Tuvo el señorío de Castilla como treinta y ocho años. No fue desigual a su padre Fernán González en la grandeza y gloria de sus hazañas. Los enemigos le quitaron la vida; la fama de su valor dura y durará. Su cuerpo, rescatado por gran dinero, fue sepultado en el convento de San Pedro de Cardeña. Diose esta desgraciada batalla el año 1006».

Tal fue el desgraciado al par que heroico fin del conde Garcí-Fernández.

Así que murió, su hijo ocupó la soberanía de Castilla y llevó a cabo proezas dignas de su padre y de su abuelo.

Como no entra a formar parte de esta narración la figura de don Sancho, lo abandonaremos para ocuparnos de los personajes a quienes ya conoce el lector.

Doña María Antolínez, la viuda de don Juan de Sepúlveda, vivió aún muchos años ocupándose en cuidar a sus hijos, que por el tiempo llegaron a ser unos cumplidos caballeros.

Doña Sancha, llevando siempre en su memoria el recuerdo del conde soberano, vivió por mucho tiempo al lado de su hijo el soberano de Castilla.

Su doncella Blanca fue muy feliz en su nueva patria.

En el viaje del castillo de Limoges a Burgos, yendo sobre la grupa del caballo del escudero Fortún, trabó amistades con este, y tal fue el afecto que ambos se tomaron, que a los dos años de su llegada a Castilla se unieron en matrimonio

Esto influyó mucho en la suerte de Fortún, pues merced al cariño que doña Sancha profesaba a Blanca, él fue nombrado, a la muerte de don Pedro Venablo, alcaide del alcázar de Burgos, con ejecutoria de nobleza, y ejerciendo tan alto cargo encaneció y se hizo viejo.

Los antiguos documentos de que entresacamos la presente narración no dicen nada más sobre nuestros personajes, y por lo mismo nos creemos en la ineludible obligación de hacer punto final.

FIN